

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

FICCIÓN



*...estas allá un año. Probablemente de 1911...
...botines finos...
...que ni por un momento...
...que estoy...
...querer...
...y de...
...trou...
...agrad me...
...chadilla...
...San-...
...de irme...
...sus vol...
...quise...
...la exa...
...en lo...
...caminos...
...de todo...
...comprend al...
...difícil...
...el le...
...presen...
...tación...
...y poro des...
...al anuncio...*



SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA

EDITORA NACIONAL

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
OBRAS COMPLETAS
TOMO I
FICCIÓN

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

FICCIÓN

**SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA
EDITORIA NACIONAL**

Henríquez Ureña, Pedro

H518 RD 860
Ficción / Pedro Henríquez Ureña
Santo Domingo: Editora Universal, 2003

Literatura dominicana.

236 páginas

© SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA

DIAGRAMACIÓN:
Margen Abierto

IMPRESIÓN:
Editora Universal

EQUIPO DE CORRECCIÓN:
Noris Céspedes
Modesto Cuesta
Eduardo Díaz Guerra
Clara Dobarro

DISEÑO DE PORTADA:
Fernely Lebrón

ISBN: 99934-867-8-7

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

MIEMBROS DE LA COMISIÓN PARA LA PUBLICACIÓN DE LAS OBRAS COMPLETAS DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Presidente

DR. TONY RAFUL
Secretario de Estado de Cultura

Coordinador Técnico

DR. ANDRÉS L. MATEO
Subsecretario de Estado de Cultura

Miembros

DRA. CELSA ALBERT BATISTA
Directora de Cultura de la Secretaría de Estado de Educación

LIC. SOLEDAD ÁLVAREZ
Escritora

DR. DIÓGENES CÉSPEDES
Director General de la Biblioteca Nacional “Pedro Henríquez Ureña”

DR. MIGUEL ÁNGEL FORNERÍN
Catedrático de la Universidad de Puerto Rico

LIC. FEDERICO HENRÍQUEZ GRATEREAUX
Ensayista

DR. BRUNO ROSARIO CANDELIER
Director de la Academia Dominicana de la Lengua

DR. MANUEL MATOS MOQUETE
Catedrático del Instituto Tecnológico de Santo Domingo

LIC. MANUEL NUÑEZ
Director General de CENTROMIDCA

DRA. IRENE PÉREZ GUERRA
Miembro de la Academia Dominicana de la Lengua

LIC. GUILLERMO PIÑA CONTRERAS
Director del Departamento de Español de UNAPEC

DR. VICTOR VILLEGAS
Presidente del Consejo Editorial de la Editora Nacional

PALABRAS LIMINARES

MANUEL LARA HERNÁNDEZ
ADMINISTRADOR GENERAL DEL BANCO DE RESERVAS
DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

El Banco de Reservas se honra en auspicar esta edición de las *Obras completas* del gran humanista dominicano don Pedro Henríquez Ureña, por cuanto, además de contribuir a difundir su vasta obra, creamos conciencia entre la intelectualidad dominicana de hoy y del mañana acerca de la importancia que el maestro alcanzó como una de las voces más autorizadas de las letras hispanoamericanas y peninsulares.

Al conocer la propuesta que nos formulara el doctor Tony Raful, Secretario de Estado de Cultura, a favor de esta importantísima colección, entendimos que era fundamental que el Banco de Reservas la acogiera, porque ha sido norma de esta institución ofrecer sus servicios ininterrumpidos al pueblo dominicano, siempre asociados a proyectos de tanta relevancia, bien como parte de la Colección Banreservas o como auspiciadores de ediciones especiales, o a partir del desarrollo de importantes proyectos culturales como el XXXIV Concurso de Pintura Infantil, el III Concurso de Literatura Infantil, las XXIV Olimpíadas de Matemáticas, las Colecciones de acuarelas de Silvano Lora y *Frases y refranes dominicanos*, con los cuales nos hemos propuesto devolver al pueblo dominicano parte de los beneficios que este nos ha confiado en todos nuestros años de fructífera vinculación.

Además, reconocemos la deuda de gratitud que tiene el país con este hombre que, viajero de todos los caminos, esparció su apostolado a favor del engrandecimiento de la lengua común, siempre orgulloso don Pedro de haber nacido en esta Patria, a favor de la cual ofrendó los mejores años de su vida.

Intelectual de inmensa lucidez, dominicano ejemplar, prócer de la dignidad americana, don Pedro Henríquez Ureña sintetiza los altos valores que el Banco de Reservas entiende deben ser alcanzados por los dominicanos porque aún estamos a tiempo para, desde la grave columna de su pensamiento, construir el futuro.

DESDE EL PÓRTICO DE SUS OBRAS COMPLETAS

El acelerado proceso de desarrollo en las comunicaciones y la tecnología ha mundializado el conocimiento, lo cual supone un avance extraordinario que todos admiramos.

Sin embargo, un estudio ponderado de la realidad de las humanidades en nuestros centros de educación superior nos lleva a la conclusión de que la era del conocimiento adolece de deficiencias comprobables.

Basta sólo con auscultar el desconocimiento de nuestros estudiantes acerca del aporte hecho por autores que forjaron las bases para sentar en nuestra América los criterios no sólo de sus fuentes originarias en el campo de la cultura, sino de nuestra propia identidad conformada por diversas fuentes y por un accidentado proceso cuyo desconocimiento impediría seguir sobreviviendo como culturas específicas.

La publicación de las obras completas de Pedro Henríquez Ureña por la Editora Nacional, editadas antes por la Universidad "Pedro Henríquez Ureña" por iniciativa de don Juan Jacobo de Lara, viene a constituir un aporte en la era del conocimiento, en razón de que Pedro Henríquez Ureña, José Martí, Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó y Alfonso Reyes, para mencionar sólo algunos nombres, deben estar en nuestra América como el insumo esencial de nuestras bibliotecas, para nuestras computadoras, la Internet y las nuevas tecnologías que garanticen un verdadero saber cuyo contenido ético humanístico oriente los nuevos senderos en nuestra América.

El carácter universal de la obra de Pedro Henríquez Ureña nunca contrasta con lo que llamó don Emilio Rodríguez Demorizi con acierto *La dominicanidad en Pedro Henríquez Ureña*.

Sus estancias en Estados Unidos, Cuba, España, las dos jornadas de México y los más de 20 años en Argentina, permitirán captar la evolución de su conocimiento y la multiplicidad de las disciplinas que abordó.

Sus reflexiones sobre figuras de nuestra literatura como Rubén Darío, Sor Juan Inés de la Cruz, Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó y Juan Ruiz de Alarcón son determinantes. Acerca de este último elaboró una tesis sumamente original que transformó toda la visión de la intelectualidad hispanoamericana y peninsular sobre este dramaturgo de primera dimensión.

Su admiración desde la juventud por la cultura griega y el rigor de su estudio sumados a sus profundos conocimientos sobre las literaturas inglesa, alemana, francesa y norteamericana le llevó a pensar en un mensaje a todos los estudiosos: “El ansia de perfección es la única norma, pero no una perfección intelectual al margen de la justicia”. Y por eso dirá: “El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior al hombre apasionado de justicia el que sólo aspira a su propia perfección intelectual [...] Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia esa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que esta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación [...] Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando se constituya en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la inteligencia”.

Lo que confiere la condición de maestro, es decir, de paradigma, de influencia bienhechora, de irradiación espiritual, no es la sumatoria de palabras o de hechos que expone un disertante. Los diccionarios también cumplen esa función. Diríamos ahora, que la Internet y las diversas formas de comunicación moderna, tecnológicas, también.

La mejor expresión de su figura nos la ofrece Jorge Luis Borges, cuando dijo que “maestro no es quien enseña hechos aislados o quien se aplica a la tarea mnemónica de aprenderlos y repetirlos, ya que en tal caso una enciclopedia sería mejor maestro que un hombre, Maestro es quien enseña con el ejemplo, una manera de tratar las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y vario universo... ideas que están muertas en el papel, fueron estimulantes y vividas para quienes las escucharon y conservaron porque detrás de ellas, y en torno a ellas, había un hombre. Aquel hombre y su realidad las bañaban. Una entonación, un gesto, una cara, les deben la virtud que hoy hemos perdido...”

Cuando hablamos de sus ideas tenemos que destacar como lo hace Emilio Carrilla, en su obra *Pedro Henríquez Ureña, signo de América*, que su pensamiento se asienta en raíces liberales, que defiende la democracia y las libertades, que pide respeto por los pueblos pequeños, que señala su repudio al totalitarismo y al imperialismo, que defiende la paz justa, que en lo social aboga por la necesidad de reformas sociales y la rehabilitación de los oprimidos, que postula un

mejor reparto de tierra y explotación de los recursos naturales. Que en instrucción pública aconseja la expansión del alfabetismo y la enseñanza técnica. En niveles superiores, el desarrollo de la Universidad y los centros de investigación. Plantea salvaguardar los valores auténticos que hemos producido en artes y letras, una expresión americana como resultado armónico de lo propio y lo adaptado. Importancia de lo culto sin desmedro de lo popular, pero eso sí, reacción contra lo populachero, confluencia de lo tradicional y lo moderno.

Pedro Henríquez Ureña dice en su ensayo publicado en *El Herald de la Raza*, en México, en 1922: “Ninguna nación tiene derecho a pretender civilizar a otra; estamos seguros de que hay grados de civilización? ¿O son tipos, clases de civilización? Hay quienes dicen que es una fortuna que no se haya pretendido civilizar al indio de los Estados Unidos: así ha conservado su civilización propia, por ejemplo su arte [...] El ideal de civilización no es la unificación completa de todos los hombres y todos los países, sino la consideración de todas las diferencias dentro de una armonía”.

Pedro Henríquez Ureña trabajó la crítica filosófica y privilegió tres condiciones que constituyen base firme de cualquier método o sistema de crítica, conocimiento, intuición y sensibilidad. Sereno, equilibrado, exigente. Distinguió con claridad dos Américas en *Caminos de nuestra historia literaria* y en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*: la América buena y la América mala. La América buena está erigida sobre la cultura, la estabilidad y el desarrollo. La América mala, en el atraso y la flaqueza. La América buena la identifica con la democracia; la mala con las tiranías ignorantes o ilustradas, o la anarquía.

El renacimiento de sus ideas no es la validez exacta de todas sus innumerables investigaciones o puntos de vista sobre la cultura. Nunca pretendió esa certidumbre. Podemos decir que renunció constantemente a la tentación de involucrar su pensamiento en las corrientes inapelables del juicio excluyente o maniqueo.

Para la Secretaría de Estado de Cultura y la Editora Nacional, la edición de las *Obras completas* de Pedro Henríquez Ureña es el acontecimiento capital de la cultura dominicana de cara al siglo XXI. Ningún evento o acción en plano trascendente de la formación y uso consciente de las herramientas teóricas y la visión práctica del proceso de creación de los valores de la lengua, la identidad y la cultura, está por encima de este aporte. Su voz es actual y su pensamiento es inagotable. Al actuar bajo el mandato del Honorable Señor Presidente Hipólito Mejía, quien nos encomendó este trabajo ciclópeo, en edición popular para que llegue a todas las bibliotecas, escuelas y clubes del país, con la colaboración del Banco de Reservas de la República Dominicana, puntal de apoyo a la cultura nacional, nos sentimos realizados y comprometidos con la regeneración moral y espiritual del pueblo dominicano. Delante de nosotros, su efigie, su rostro sobrio y

su palabra rigurosa y estricta; marchan ya sus palabras, su enorme cultura y su fundamental sabiduría y, sobre todo, camina el pueblo liberado por la cultura, el país exorcizado de sus demonios de oscurantismo y envilecimiento. Desde algún cielo de amor y magisterio, llueven sus ideas, como abono fértil, sobre un nuevo ser nacional, mejores dominicanos para una Patria de hombres y mujeres cultos, de hombres y mujeres libres, como dijera Martí.

Dr. Tony Raful
Secretario de Estado de Cultura
24 de abril del 2003

LA DIMENSIÓN DE LA FICCIÓN Y SU PRÁCTICA EN PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Por Diógenes Céspedes

INTRODUCCIÓN

El asedio de PHU¹ a la práctica de la ficción tiene tres momentos históricos en su vida de ensayista y gran crítico: 1) los textos poéticos de la juventud prometedora de gloria literaria, los cuales abarcan de 1894 al 11 de septiembre de 1911, aunque esporádicamente aparecerá aquí y allá un poema, pero siempre con el ritmo perdido en 1911²; 2) el único texto teatral de PHU, “El nacimiento de Dionisos” cuya primera versión vio la luz en 1909 en la *Revista Moderna*, de México, y la segunda en 1916 en la Imprenta Las Novedades, de Nueva York; y, finalmente, los cuentos que escribió en momentos de agobio y exceso de trabajo.

Estos últimos textos tienen una función didáctica orientada a la infancia. Según se dice, fueron escritos para lectura de sus hijas. Reunidos en forma de libro con el título *Cuentos de la Nana Lupe* (1966), el primer espécimen se publicó en 1923. Hubo cuatro más: “El hombre que era perro” (1925), “Éramos cuatro” (1926), “El peso falso” (1935) y “La sombra” (1936), y un quinto, “Ríe, payaso”, publicado en *El Dictamen* (1906) durante su estancia en Veracruz al lado de Arturo de Carricarte. En el referido cuento se advierte una crítica sutil a los mercaderes de ilusiones que estafan, por ingenuas, a las almas nobles.

¹ A partir de ahora abrevio el nombre y apellidos del autor con las letras mayúsculas PHU.

² Incluye este período los poemas documentados en la crono-bibliografía establecida por Emma Susana Speratti Piñero para el libro de PHU, *Obra crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960. Abrevio este libro así: *Oc*, seguido del número de la página. Traté de localizar los textos indicados del 1 al 21 en el trabajo de Speratti Piñero a fin de confrontarlos con la edición de las *Poesías juveniles* de PHU hecha por Emilio Rodríguez Demorizi. Bogotá: Ediciones Espiral, 1949, pero la tarea fue infructuosa. Una segunda edición vio la luz en Santo Domingo: Ediciones de la Comisión Permanente de la Feria del Libro, 1982.

I

PHU Y EL POEMA COMO IDENTIDAD BIOGRÁFICA

El poema "Aquí abajo" es una traducción del poema "Ici-bas", del francés Sully Prud'homme. Fue hecha en octubre de 1897, cuando PHU tenía apenas 13 años³. Lo publicaron en *Letras y Ciencias* —revista de la Capital dirigida por su tío Federico— el 1 de febrero de 1898.

El darlo a la luz pública tiene un mínimo de tres motivos: 1) el mostrar la precocidad del adolescente; 2) el mostrar su conocimiento de una lengua de "cultura"; y 3) dado que no había radio en esa época, el poema funciona como una declaración de amor hecha por otro, pero asumida por el emisario traductor, al estilo de las canciones o poemas que los enamorados dedican a las musas en noches de serenatas.

En este caso, el objeto de amor del poema del traductor fue la jovencita Blanca Alfonseca, de la cual el hijo de Salomé Ureña confiesa estar enamorado: "Conocí entonces, en una fiesta en casa de parientes de mi padre, a Blanca, adolescente que pertenecía a una familia de mujeres bellas; y tuve por ella amor infantil y tranquilo."⁴

La escritura de ficción rondará a PHU hasta 1923, pero de vez en cuando le aguijonea la idea de una vuelta a los días alcióneos⁵ de 1909, tal en los años 35-36 cuando emprende la escritura de los cuentos infantiles como proyecto de largo aliento. Pero la necesidad de cumplimentar las urgencias de la vida cotidiana, le obligaba a volver la mirada a la realidad: de la escritura poética no se vive; se malvive del oficio de profesor de literatura y se cultiva la crítica literaria por vocación con la exclusiva finalidad de afianzar valores que

³ Acerca de las publicaciones que hizo desde finales de siglo XIX hasta su llegada a Cuba en 1904, PHU informa (*Memorias. Diario. Notas de viaje*. México: Colección Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 94): "Para *Cuba literaria* comencé a escribir con frecuencia. Antes sólo había publicado con intermitencias en los periódicos de Santo Domingo". Pero lo que más disgustaba a PHU era la edad que colocaban debajo de sus primeros poemas publicados. Para comodidad del lector, abreviaré esta obra, de ahora en adelante, por la parte que interese a la cita, seguida del número de la página.

⁴ Para los detalles de este episodio y su desenlace, véase de PHU *Memorias*, 53. Para la identificación de la musa, consultar de Emilio Rodríguez Demorizi, *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas. Para la historia de la dominicanidad*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1960, p. 153. En la lista de 1887 de alumnas del Instituto, Blanca Alfonseca aparece con 5 años, lo que significa que nació en 1882 y era dos años mayor que PHU, quien la identifica como alumna de la institución fundada por Salomé Ureña. Para la fecha de la traducción del poema, Blanca Alfonseca tenía 14 años y cuando se publica, 15.

⁵ Este adjetivo, derivado de *alción*, no existe en español. Ni el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE, de ahora en adelante) ni el de María Moliner dan cuenta de *alción*. En cambio, traen ambos *alcionio*. Es, por lo tanto, un creación léxica individual de PHU, acuñada desde 1910 en el prólogo a *Horas de estudio*, dividido en dos partes: la primera dedicada a Antonio Caso y Alfonso Reyes; y la segunda, a Leonor M. Feltz. Dicho adjetivo ha pasado a la terminología literaria para designar la serenidad y la claridad que produce la inteligencia humana dedicada al estudio. El alción es la estrella más brillante del grupo de las Pléyades. En el contexto del prólogo de PHU poca cosa tiene que ver con martín pescador y celentéreo alcionario. Dice PHU, dirigiéndose a Feltz: "Antes tuve para el estudio todas las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas, las horas tranquilas, los días serenos y claros, los días *alción*." (*Oc*, 51, texto firmado en México en octubre de 1909).

los intelectuales de la época que le toca vivir al escritor fueron incapaces de reconocer y compartir.

La reenunciación del poema de Prud'homme debe verse como un ejercicio al cual se somete voluntariamente el poeta adolescente. Sabe que esa escritura no es suya, pero el sentido del poema le presta una autoría vicaria y momentánea que le permite reproducir el romanticismo por boca ajena:

Aquí abajo los hombres todos lloran
sus perdidos amores y amistad;
yo sueño con amantes que se adoran
¡eternamente con pasión igual!

No sólo se reproduce la ideología del amor pasional, sino también la identificación del yo biográfico con el yo del poema. O los adjetivos sobranceros, útiles para cumplir con una exigencia métrica: los “todos” del poema.

En cambio, “¡Incendiada!” es cosecha de PHU. Es ejercicio de descripción bucólica, pero con más preguntas que respuestas. Es introspección que guarda relación con el poema traducido, puesto que Blanca no ha cumplido los veinte abriles, apenas llega a los 17 y el poeta a los 15. Pero Blanca se ha ido del barrio, se ha ido de la mirada del poeta que la encontraba en la fiesta de mayo consagrada a la Virgen en la iglesia Regina Angelorum:

¿Amará? ¡Quién lo sabe! Entre sus rayos
la envuelve sol de maternal ternura,
y ve correr su placentera vida
como de suave arroyo linfa pura...

Subsisten, todavía, en este poema de 1899, la dureza sintáctica y los adjetivos y sustantivos extravagantes, ansioso el poeta por probar a los demás sus conocimientos: “los adornos moriscos y persianos” (por persa, posiblemente calcado del inglés *Persian*, no del francés *persan*. Este adjetivo aparece otra vez en “Pero no es el jardín, no es el persiano/adorno, ni el color que cabrilla”, Sin embargo, hay, más adelante, una ocurrencia fónica parecida, pero sin lazo semántico: “el azul que engalana./destruye el arabesco y la persiana”. Los verbos difíciles de conjugar, trampa de maestros: “se irgue la corola oriflamada”. O nombres exóticos de plantas: “el convólculo⁶ oculto, y sonreída/la blanca stephanotis⁷ florecida”.

⁶ Según el DRAE: 1. enredadera, planta de las convolvuláceas. 2. Oruga muy dañina, de color verde, que roe, arrolla y seca la vid.

⁷ Según Henri-Alain Liogier, *Diccionario botánico de nombres vulgares de La Española*. Santo Domingo: Jardín Botánico Nacional “Dr. Rafael María Moscoso”, 2000, p. 201, la estefanotis es planta oriunda de Madagascar y se cultiva en los jardines. Para la descripción científica de la

Otro poema (de abril de 1899) es el titulado “En memoria del decano de la poesía patria”, es decir, Félix María del Monte⁸. El ritmo de Salomé está patente desde el primer verso y sigue luego con la adjetivación, tan propia de ella y su fin de siglo XIX:

Ayer, cuando al impulso de su anhelo
de Patria y Libertad glorioso y vivo
la noble juventud dominicana
dio de Separación el grito altivo;

Cuando la pluma clama por soltura, PHU se inventa o introduce un sustantivo o un adjetivo raro que rompe el hilván discursivo y muestra al adolescente deseoso de hacer gala de su sabiduría:

cuando agrupado en inmortal baluarte
lanzó su reto al tiranismo haitiano,

Sorprende hasta cierto grado la dedicatoria de este poema, pues compite con su madre en cuanto al trono de la poesía patriótica en el cual se la colocó. Aunque quizá no tenga yo razón, puesto que Del Monte era hombre y en esa categoría se quedaba.

En “Fiez-vous”, del poeta haitiano Oswald Durand, PHU ha conservado, sin traducir, el título, el cual aparece en el primer verso. Se publicó en 1900 en *Nuevas Páginas*: “Confiad en la mordida”.

Es necesario volver a las *Memorias* para entender que las traducciones de poemas ajenos llenan un vacío existencial en cuanto a lo que PHU quiere decir por sí mismo y no puede.

A su regreso al país procedente de Cabo Haitiano, PHU no está en sus aguas. Al volver al Liceo Dominicano, dice: “...ya no era el alumno distinguido, pues había llegado a perder interés por la ciencia, y además comencé a sufrir con el trato de los alumnos.” (p.52)

El Liceo había adquirido fama en el interior “y muchos provincianos ricos enviaron allí a sus hijos. Me hallé mal entre aquella multitud, tan distinta del primitivo grupo de alumnos capitaleños, con quienes no había sentido disgusto alguno al salir de mi aislamiento, a

Stephanotis floribunda, véase dicha página. PHU quizá escribió bien la palabra, aunque todavía con *s* inicial, pero por errata se cambió la *a* por la *o* en la edición de *Poesías juveniles*, de Bogotá. Hemos hecho el cambio de grafía, aunque dejando la *s*.

⁸ En las *Memorias*, 52, dice PHU: “Más tarde, en 1899, escribí unos versos en memoria del poeta D. Félix María Delmonte, autor del primitivo Himno dominicano, a quien había visitado en los meses anteriores a su muerte; y una especie de pequeño poema descriptivo, sugerido por los de Gastón Deligne, con el título de “Incendiada”: este también fue publicado a disgusto mío: acaso más que otra cosa me disgustaba ver que pusieron mi edad al calce de los versos.” Existe indeterminación en cuanto a la grafía del decano de la poesía dominicana: PHU lo escribe sin separación en *Memorias*, pero Rodríguez Demorizi lo escribe separado en *Poesías juveniles*, p. 17. La confusión es total en las antologías e historias literarias dominicanas. ¿Cuál es la ortografía correcta? ¿Félix María del Monte o Delmonte? No se trata de gusto, sino de declaración en las Oficialías o Registro del Estado Civil.

los once años, y relacionarme por primera vez con otros niños; estos provincianos, no sin puntas de semi-barbarie, me traían a mal traer; y llegué a concebir la idea de que la amistad era imposible entre jóvenes.” (*Ibíd.*)

El joven PHU no estaba acostumbrado a lidiar con el tigueraje⁹ ni con la picaresca criolla de la capital y de provincia. Esos jóvenes no sólo eran como los dominicanos, “bruscos y poco reservados”. Eran, además, muchachos que “crecían y corrían tras toda malicia”, la mayoría no era de la capital, lo cual agravaba la situación de PHU. Y esta forma de desahogo explica la traducción del poema de Durand, el cual concluye en que se puede confiar en todo en esta vida (en la serpiente, en el tigre, en la onda amarga, en la mujer misma, más pérfida –la vanidosa– que los reflujos del mar, en la malaria) menos en la amistad.

En la paráfrasis (así le llama él) del soneto de Baudelaire titulado “La beauté”¹⁰ (“La belleza”, 1901), el joven PHU vuelve con este tipo de ejercicio donde un sujeto vicario habla por él. Todavía conserva el recuerdo de Blanca, incluida como adjetivo en el texto, tal vez el de la hija del diplomático venezolano (p. 53) o su nuevo amor platónico¹¹.

De todos modos, el joven PHU introduce, como siempre, un vocablo que rompe el ritmo que marca el lenguaje ordinario: “imperatorias,

⁹ El tigueraje es un dominicanismo que ningún hablante hispanoamericano o peninsular encontrará en el DRAE o en María Moliner. Construido el vocablo a partir de *tigre*, este pasó a *tiguere* en el uso diario, y de ahí, con un poco de barniz, *tigueraje*. Según el periodista y escritor Lipe Collado, el tiguere es el personaje típico dominicano, “un eco del tono de lo dominicano”. A demostrar esta hipótesis se dedica su libro *El tiguere dominicano. Hacia una aproximación de cómo es el dominicano*. Santo Domingo: Editora Collado, 2^o edición, 2002. La primera edición vio la luz en 1992.

¹⁰ Para una comprensión más detallada de la operación perifrástica del joven PHU, copio el soneto XVII de *Flores del mal*:

Je suis belle, ô mortels! Comme un rêve de pierre,
Et mon sein, où chacun s'est meurtri tour à tour,
Est fait pour inspirer au poète un amour
Éternel et muet ainsi que la matière.

Je trône dans l'azur comme un sphinx incompris;
J'unis un cœur de neige à la blancheur des cygnes;
Je hais le mouvement qui déplace les lignes,
Et jamais je ne pleure et jamais je ne ris.

Les poètes, devant mes grandes attitudes,
Que j'ai l'air d'emprunter aux plus fiers monuments,
Commenceront leurs jours en d'austères études;

Car j'ai, pour fasciner ces dociles amants,
De purs miroirs qui font toutes choses plus belles:
Mes yeux, mes larges yeux aux clartés éternelles!

(*Oeuvres complètes*. Pléiade, Gallimard, 1975, t. I, p. 21)

¹¹ En el libro de *Memorias*, 56-57, dice, a finales de 1899: “Mi amor por Blanca había llegado, por fas o por nefas, a entibiarse; y espontáneamente, mi afición cambió hacia Stella; no se trataba sin embargo, de un amor, ni se me ocurrió pensarlo, así ni menos hablarle en tal sentido. Stella ejercía fascinación espiritual sobre toda persona de aficiones no vulgares; y todos sus amigos cultos le reconocían valor singular. No es extraño, pues, que yo gustara de entretenerme con ella en largas conversaciones, animadas siempre por los inagotables recursos de su graciosa dialéctica, aunque los motivos fuesen fútiles, como muchas veces lo eran.”

de desdén supremo”, donde ni siquiera “imperiosas” supliría la falta a la claridad de una sintaxis sin aristas.

“Flores de otoño”, publicado en *El Ideal* de Santo Domingo (n° 1 del 4 de noviembre de 1901) es un poema emblemático por dos razones: el joven PHU lo fecha en Nueva York. El 16 de enero de ese año ha viajado a Nueva York, con escala en Ponce y San Juan de Puerto Rico. Iba acompañado el flamante bachiller en ciencias y letras, acabados de cumplir los 16 años, de su padre Francisco, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores del presidente Juan Isidro Jimenes, y de su hermano Francisco Noel, además de la compañía de su primo Enrique Henríquez y el hijo de este último, Enrique Apolinar Henríquez. El padre iba a una misión relacionada con los acreedores americanos de la deuda externa de la República.

Pero lo que interesa aquí es la segunda razón: con la publicación de este poema se inaugura, al decir de Max, el hermano de PHU, el modernismo en la cultura dominicana¹². En efecto, presentes están de Martí, Casal y Darío el culto a Grecia, el exotismo oriental, con su paisaje nevado y su cambio de estación a la primavera y el estío resallante de luz y colores. Sólo ha faltado la pedrería, pero está presente el suspenso vago del espíritu:

¿Es que sueñan
en atávicos ensueños,
en olímpicas nostalgias,
con su país encantado,
con su patria luminosa que no han visto,
con Cipango, el lejanísimo Japón?

Es el primer poema del joven PHU que discurre sin sobresalto sintáctico, sin palabras raras o científicas que distraigan el interés por la lectura y obliguen a consultar el diccionario. El poema funciona semánticamente como un manifiesto modernista para la República Dominicana:

¡Flor de oro, flor de nieve,
ya ha pasado, entre esplendores el estío,
ya es la hora, desplegad vuestro botón!

En cambio, el siguiente poema en el orden cronológico de la selección de Rodríguez Demorizi es “En la cumbre”, con dedicatoria a Mercedes Mota, alumna de Salomé Ureña, y miembro del grupo de

¹² Citado por Emilio Rodríguez Demorizi en la nota del prólogo a las *Poesías juveniles* (ya citadas, p. 10), Max Henríquez Ureña dice: “Una de las primeras poesías de sabor genuinamente modernista, si no la primera de un autor dominicano” (*Panorama histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1947, p. 187). En este prólogo, el polígrafo Rodríguez Demorizi advierte que el joven PHU desvía hacia otros rumbos sus aficiones literarias de la mocedad.

mujeres ilustradas con el cual la familia Henríquez-Ureña mantuvo lazos de amistad, protestas de lealtad y activo comercio intelectual. El poema tiene un epígrafe de Federico Nietzsche, el cual, más que epígrafe, es el título de uno de sus libros. Revela dicho epígrafe la rebeldía amable de estos jóvenes pequeños burgueses, la cual consistía en ser culto en aquella época de guerras civiles desatadas por el control del Estado, único espacio desde donde era posible la acumulación de riquezas. El cultivo de la sabiduría era el ideal de aquella juventud a la que pertenecieron PHU, su familia, sus amigos y el círculo reducido e íntimo que frecuentaron.

El poema está fechado en Nueva York, en 1902 y se publicó en el *Listín Diario* del 24 de septiembre del mismo año. Simboliza la nostalgia por la patria, su paraíso perdido. El ritmo poético, atado todavía al de la madre, es una regresión con respecto a "Flores de otoño". Es una condena de la traición de Horacio Vásquez al presidente Jimenes, de quien era vicepresidente y al que dio un golpe de Estado en abril. Salomé respondió en su momento a los enemigos de su esposo ausente en París cuando quisieron echar lodo sobre su reputación. He aquí, en el hijo, el ritmo y el sentido de la poesía patriótica de Salomé:

¡Ay de la sociedad que envilecida,
no alza a reinar, hierática y suprema
a la mujer, vestal incorruptible
que el templo augusto del hogar sustenta!
¡Ay si niega, sarcástica, homenaje
al genio, a la virtud, a la belleza,
—los únicos blasones de la raza
en que su fe del porvenir alienta,

Ese golpe de Estado de abril de 1902 será la causa del peregrinar de los Henríquez Ureña por Estados Unidos, Cuba, México, España, Francia y Argentina. Esa herida simbólica de la trashumancia no cicatrizará jamás.

En el poema "Mariposas negras", fechado en Nueva York en 1903, motivado en la pieza homónima del músico y compositor alemán Robert Schumann, el joven PHU también introduce un epígrafe en italiano, tomado de un poema de Gabriel D'Annunzio, con el propósito inconfesado de exhibir sus lecturas y su grado de cultura.

En este poema, al igual que en algunos versos de otros textos, el joven PHU muestra su yo biográfico hundido, desde la muerte de su madre, en una tristeza o melancolía reveladoras de la dificultad de superar el duelo¹³. ¿Una depresión, más bien?

¹³ Las *Memorias*, ya citadas, p. 42 y siguientes muestran el influjo de la madre sobre el hijo y el duelo de este por la muerte de Salomé, estado depresivo que nunca le abandonó: "...mi madre había llegado a ser para mí la guía espiritual consultada a cada minuto" (p. 43).

Hay, sin embargo, y a pesar de esos poemas, traducciones y paráfrasis, un nacimiento de autoconciencia en el joven PHU acerca de su práctica. Él mismo se juzga, se valora y dice que la traducción de “Ici-bas” de Prud’homme la hizo “incorrectísimamente” (p. 42); que escribió poemas con “motivos fútiles, como por juego.” (p. 40-41)

La mayoría de los poemas de la estancia en Nueva York tiene un sentido triste y melancólico, ya sea a causa de la muerte de la madre o debido a la patria perdida, ya sea por el estilo de vida que el adolescente llevó en aquellos salones de parientes y amigas, como se observa en “Mariposas negras”:

Cual estas tristes notas doloridas
tal son mis pensamientos
nocturnas mariposas
que se agitan con lúgubre aleteo
en la prisión oscura de mi espíritu

También “Música moderna”, fechado en la urbe pétreo y siderúrgica en 1904, trae su carga de tristeza. Lo novedoso es asumido como tristeza:

El alma triste, cual corriente oculta
de muertas aguas, gime entre las sombras:
su incógnito dolor canta en el blanco
Nocturno de Chopin, vibra en la Erótica
de Grieg, sueña de Brahms en el Adagio,
o a la noche con Schumann interroga.

¿Prefiguran los versos finales que aluden a la ópera de Verdi la escritura del cuento del mismo título publicado dos años más tarde en *El Dictamen*, de Veracruz? No hay una explicación de causa a efecto, pero sin duda que el joven PHU, consciente o inconscientemente, a la hora de escribir su cuento, debió recurrir a su experiencia biográfica anterior plasmada en los poemas del ciclo de Nueva York:

ruge celosa con Otelo¹⁴, ríe
con el payaso¹⁵, mata la Tosca¹⁶,

En el poema “Íntima”, fechado en Nueva York en 1904 y dedicado a su tía Ramona Ureña, está condensada toda la depresión que arrastra desde la muerte de la madre, agravada tal situación en aquel momento por los episodios que señala en las *Memorias*: la muerte de

¹⁴ Ópera muy conocida de Verdi.

¹⁵ Aria muy popular de la ópera *Payasos*, de Mascagni.

¹⁶ Ópera muy conocida de Puccini.

Altagracia Frier Troncoso, del círculo íntimo de Salomé, y sus cuatro hijos en un naufragio cuando se dirigen a Nueva York; la caída del gobierno de Jimenes por la traición del vicepresidente Vásquez; y el exilio y pérdida de preeminencia política y cultural de la familia Henríquez Ureña. Entre versos al estilo Manrique: “lloré cuán presto” y la ideología del desterrado, el joven PHU ha caído en un hoyo negro:

Solitario me encuentro
sin patria, sin hogar, sin ilusiones
todas volaron con volar ligero;
busco para las penas interiores
las aguas del Leteo
y tiende del espíritu las alas
al país irreal de invicto ensueño.

Los valores tradicionales en los cuales se formó PHU, sus hermanos y el grupo de positivistas que Hostos animó, han quedado deshechos; las guerras civiles y los golpes de Estado han vuelto por sus fueros; el orden recio de Ulises Heureaux como garante de la ilusión de la paz romana voló por los aires y el poeta se duele, ante su tía, de aquella hecatombe después de la dictadura:

En mi noche de amargo pesimismo
el instante espero
en que escuche, soñando,
tus palabras de nuevo
sobre las ruinas de la triste patria,

Así como estos versos discurren sin caídas bruscas, es justo decir que aparece uno que adolece de la manía de PHU de introducir vocablos efectistas:

Por la canción macábrica de un cuervo?

O este verso duro que rompe el ritmo del discurso en provecho del inglés:

¿Qué mucho que el postrado combatiente

La onda depresiva con la cual los ojos del alma de PHU captan cuanto miran, continúa su evolución vertiginosa en los poemas biográficos del ciclo de Nueva York. En “Música moderna”, título denotativo puesto que es un himno a los grandes compositores que inauguran el siglo XX: Chopin, Grieg, Brahms, Schumann, Mascagni, Wagner:

El alma triste, cual corriente oculta
De muertas aguas, gime entre las sombras.

Pero connotativamente, estos grandes músicos y algunas de las obras suyas que el joven PHU cita, también influyen en la lírica de la época. Esta poesía modernista en su versión prístina, despojada de efectismos orientales, pedrerías y salones del siglo de los Luises¹⁷, es, definitivamente, la que comenzó a cambiar las imágenes del mundo hispanoamericano desde la colonia hasta la independencia. La última hazaña libertaria la realizan en Cuba Martí y Máximo Gómez y el ojo asombrado de Darío ve entrar las tropas del naciente imperio norteamericano para imponer la Enmienda Platt. El poeta condena simbólicamente ese intervencionismo en la oda “A Roosevelt”.

El poema “Frente a las ‘Palisades’ del Hudson”, publicado en *Cuba Contemporánea* el 14 de junio de 1904, es un texto de ideología modernista, es decir, de su época; en él, el léxico es actual o arcaico (*sportivo*, *yacht* dos veces, *do* en vez de *donde*) o posee un aire proveniente de la pintura de paisajes de los artistas norteamericanos de la época¹⁸. Descriptivo a la vez que posee un tinte impresionista, el poema funciona como un programa poético de la vida urbana moderna para el Caribe. El léxico moderno envejeció con el poema cuando apareció *yate* o se volvió al castizo *velero* y a *deporte* y sus derivados. El título mismo que el joven PHU deja en inglés, en vez de usar el término castizo *farallones* o *riscos*, es tributario de la operación que remite al problema de la traducción de “Ici-bas”.

La operación descriptiva y realista prosigue en “Ensueño”, fechado en Nueva York en 1904¹⁹, como casi todos los poemas del joven PHU serán publicados en periódicos y revistas dominicanos. El texto es el lado amable del Leteo evocado en el poema dedicado a la tía Ramona. El olvido del horror que sacude a la patria le saca de vez en cuando de la realidad para colocarle en el mundo menos doloroso de las ilusiones. Este es uno de los raros poemas en donde PHU se muestra poeta con futuro, de haber continuado el exigente oficio. La totalidad del poema es el ejemplo probatorio.

En “Escorzos”, un tríptico con título de tres grandes divas de la ópera (Adelina Patti, Marcella Sembrich y Lillian Nórdica), con dedicatoria a su primo segundo Enrique Apolinar Henríquez, compañero del viaje a Nueva York en 1904²⁰, PHU prefigura “El nacimiento de Dionisos”, el derrumbe del positivismo autoritario del porfiriato, su vuelta a Grecia, su magisterio griego para los discípulos del Ateneo

¹⁷ Véase de Pedro Shimose, “Reflejos de la cultura japonesa en las letras hispanoamericanas”. *Isla Abierta*, suplemento del periódico *Hoy*, Año XXI # 836, domingo 15 de septiembre de 2002, p. 3-8.

¹⁸ En el verso 4 de la primera estrofa aparece *decadente*, segura errata por *decadente*.

¹⁹ Publicado en *La Cuna de América* No. 48 del 28 de mayo de 1904.

²⁰ Véanse las peripecias del joven PHU desde la memoria vicaria de su nacimiento hasta 1911 en *Memorias*, 64-66. Como la mayoría de los poemas juveniles de PHU son autobiográficos, usaremos como apoyo este libro.

de la Juventud²¹. Con las divas sacralizadas, son también sacralizados los músicos clásicos y modernos de Italia, Austria y Alemania, países supuestamente herederos de Grecia y Roma.

Con este tríptico termina el ciclo de Nueva York y se abre el ciclo de La Habana en marzo de 1904, fecha de la salida de Nueva York.

En "Ante el mar"²², paráfrasis, enviado por PHU a *La Cuna...*, el autor se inspiró, según Juan Jacobo de Lara, en un fragmento de la oda "To the sea", de la poeta norteamericana Amelie Rives. A propósito de esta época del ciclo habanero, nuestro poeta juvenil reconoce que es a partir de esta época en la cual escribe varios artículos en la revista *Cuba Musical* cuando se le presta más atención en su país que en Cuba (*Memorias*, 95)²³.

En el texto poético de referencia, el autor no describe el paisaje cubano. Se va de lo exterior y sus objetos (calles, utensilios, flora, al yo biográfico) a los sentimientos de su subjetividad. Parafrasea, desde sus ojos del alma, la portentosa presencia del mar y la ciudad habanera con respecto a la capital dominicana y su malecón, sin morro, sin torreones:

mis tristezas profundas y perennes,
 mis sonrisas ya mustias en su aurora,
 mis ensueños que en niebla desfallecen,
 tú, escucha mi plegaria,
 ¡oh mar, soberbio mar!

Es como si el autor echara el poema en una botella que llevará su queja a la patria lejana. En esta Habana de 1904 no hay punto de comparación, como cuando llegó a San Juan, procedente de Ponce, y encontró la zona colonial más reducida que la de Santo Domingo. De isla a isla, la capital cubana tenía, en 1904, mansiones, castillos, torreones. El poeta los contempla y les opone su yo, identificado con el mar. Como ese mismo mar, el yo del poeta posee sus furores, sus olas, sus calmas, sus tormentas y sus glaciales regiones solitarias. Pero también posee el yo un pasado, una historia.

Al ciclo habanero pertenece también "Máximo Gómez", escrito el 18 de junio de 1905, según la edición de Rodríguez Demorizi²⁴. La

²¹ Existe una errata en el verso 2 de la primera estrofa: *giego*, en vez de griego.

²² Poema que él envía a *La Cuna de América* y se lo publican en el No. 44 del 1 de mayo de 1904. También se publicó en Cuba y México. Véase J. J. de Lara. *Pedro Henríquez Ureña. Vida y obra*. Santo Domingo: UNPHU, 1975, p. 102.

²³ Se trata de "Richard Strauss", "La profanación de Parsifal", y en *Cuba Literaria*, dirigida por su hermano Max, "José Joaquín Pérez"; "Ariel", sobre la obra de Rodó; "Rasgos de un humorista", sobre Bernard Shaw, y el fragmento de "D'Annunzio, poeta". En *La Cuna...* "Reflorescencia", sobre Deligne; "Sobre la antología proyectada por Américo Lugo"; en *La Discusión*, de La Habana, "Pínero", "El modernismo en la poesía cubana" y "La sociología de Hostos". "Estos artículos, -dice PHU- si en Cuba no eran muy leídos, sí lo fueron en Santo Domingo, donde comenzaron a ocuparse de mí." (*Memorias*, 95)

²⁴ Enrique Zuleta Álvarez da la fecha de 25 de junio como día de la muerte de Máximo Gómez. Aunque tiene a mano la edición de *Poesías juveniles*, no dice nada acerca de la incongruencia de las dos fechas. Si el entierro fue el 25, es posible que Zuleta confunda, por esta razón, la fecha.

distribución de la sonoridad interna encamina el poema a la forma-sentido del consonantismo prosódico en [r, br] y [k, kl]:

- Verso 1: sobre el campo tenebroso y yermo
 Verso 2: bajo la tempestad embravecida
 Verso 5: Hondos clamores de infinitos
 Verso 6: sordos gritos de cóleras altivas
 Verso 9: Postrero paladfn gallardo
 Verso10: Con la explosión de seculares iras!
 Verso 14: De uno en otro confín corrió bravía
 Verso 15: cual sacro fuego redentor que infunde
 Verso 20: albor triunfal del esperado día!
 Verso 22: su alta visión profética cumplida
 Verso 25: ¡Hijo postrero de la heroica estirpe,
 Verso 28: el alma de la tierra estremecida.

Salvo en los versos 9, 20 y 28, en los cuales el consonantismo se reparte con la serie de oclusivas sordas y sonoras *tr, rd, bl, tr y tr*, con una débil resonancia lejana en *tierra*, la sonoridad interna está bien repartida, como puede constatarse, en forma de espejismo consonántico invertido en *sordos* [rd], *inmortales* [rt], *volcán* [lk], *enardeció* [rd], *hercúleo* [rk], *verso 17* [rk], *albor* [lb], *estirpe* [rp], *sentirte* [rt].

El trabajo del joven poeta descansa en la onomatopeya como imitación del ruido sordo y, paradójicamente sonoro, de las armas en combate y los cascos de los corceles, como en “Los caballos de los conquistadores”, de José Santos Chocano. Este poema no es su referente inmediato, aunque existe un verso que alude a la época romántica de Espronceda: “De uno en otro confín corrió bravía”.

El ciclo habanero prosigue con “Lux”, así, en latín, sin olvidar la afición del joven poeta a mostrar su competencia cultural grecolatina, francesa, inglesa o italiana y el dominio de su respectivo idioma. Es el poema más largo de la selección. Una nota nos advierte que su escritura fue inspirada por un dibujo titulado “Lo inasequible”, del pintor inglés Patten Wilson. La fecha: 1905, en un tris de partir hacia Veracruz en 1906, seducido por la labia de Arturo de Carricarte. Allí le esperan el ciclo mexicano y la vuelta a Grecia y a Platón, vuelta de la cual este poema “Lux”, leído en toda su extensión, es una prueba emblemática

Es muy difícil que PHU, testigo presencial, confunda la fecha de la muerte de Máximo Gómez, lo cual queda dilucidado en su artículo “La muerte de Máximo Gómez” (*Obras completas*. Santo Domingo: Universidad Nacional “Pedro Henríquez Ureña, t. I, 1976, p. 101-104. De ahora en adelante, *Oc*, más el tomo y la página). En ese artículo PHU dice que el 17 enfermó de gravedad y expiró a las 6 de la tarde: “el Presidente Estrada Palma acababa de entrar en el cuarto del enfermo cuando éste expiró.” (p. 101) E informa que “el entierro estaba dispuesto para las tres de la tarde del martes 20 de junio.” (p. 102) El artículo de PHU tiene fecha 21 de junio de 1905, Habana. El nombre de la capital cubana aparece sin el artículo La: una interferencia del inglés, el cual no lo necesita. En ese idioma se escribe y se pronuncia Havana.

de la sacralización del modelo platónico del arte, la literatura y la ciencia: verdad, belleza y justicia igual a Dios. El joven poeta no sólo asume la Grecia clásica, sino el mito y la leyenda, con su ideología infusa, de la “ciencia” alemana, cuya pretensión era la de considerarse como la única heredera de la cultura griega.

Esta vuelta al helenismo explica el tono arcaizante de “Lux” con el uso de vocablos muertos: *fazañas*, *aquesta*, *do*, *aquilón* o los nombres de los héroes mitológicos Amadís, Lohengrin, Belianís, Gurnemanz, la leyenda del Grial, la acogida de mitos del lenguaje común o de la leyenda: querube, dragones, endriagos, Golconda.

Con “Serpentina” llega a su fin el ciclo habanero. De Grecia, con “Lux”, el joven poeta baja a la base, a la realidad moliente de la vida cotidiana: el carnaval, vocablo que él escribe con mayúscula. Su hermano Max también fue hechizado por el carnaval —de Santiago, supongo, o talvez de La Habana— y esa experiencia la dejó plasmada en un buen cuento titulado “La conga se va”²⁵, escrito en 1920.

Las figuras del poema, la dramatización de objeto tan pequeño y colorido y su “farándula triunfal” mientras dura el suceso muestran el curso de la serpentina y su destino final como serpiente molida que termina en el suelo, pisada por los viandantes. Ese mismo destino es casi el de Juana —Juaniquita— Lafori, la protagonista del cuento de Max.

El joven Pedro, tan traído y llevado por los asuntos griegos, no deja de introducir su cuña helénica: *Proteo*, *Aquilón*, *sílfide*, vocablos que conviven con “el taf taf del automóvil y la trompeta del break”. La onomatopeya del fotingo de 1905 convive con el préstamo inglés *break*, el cual sobrevive hasta hoy gracias a su empleo masivo por los jóvenes y los gerentes de la generación X que mercadean sus productos en los salones de los hoteles o en las convenciones de los complejos vacacionales de lujo, donde existen en español *pausa* o *descanso* o a su uso extensivo por los miembros de la generación Y. *Proteo* y *Aquilón* envejecen el texto, pero este pugna por salir a flote y quedarse en la cultura popular celebrada y teorizada por Mi-jail Bajtín.

Con “El pinar”, escrito en 1907, se inicia el ciclo mexicano. Ya el joven poeta ha concluido su aventura de Veracruz y su labor en *El Dictamen*. El redactor cubano-mexicano Arturo G. Mugica le entregó una carta de recomendación para un amigo suyo y este le habló al Dr. Luis Lara Pardo, jefe de redacción del poderoso periódico *El Imparcial*²⁶, lo cual le permitió a PHU sentar sus reales en la capital azteca. Pero en Veracruz dejó publicado el cuento “Rfe, payaso” (*El Dictamen*, 14 de enero de 1906), texto que debe contabilizarse al ciclo mexicano.

²⁵ Verlo en Sócrates Nolasco. *El cuento en Santo Domingo. Selección antológica*. Santo Domingo: Biblioteca Nacional, colección Orfeo, 1986, p. 125-138.

²⁶ *Memorias*, 104-105.

De la misma manera que al ciclo habanero debe anotársele el poema "El niño", aunque publicado en *El Fígaro*, de La Habana, en 1918, mientras se encontraba en Minneapolis realizando su doctorado. "El niño" es un diálogo simbólico de PHU con su madre.

"El pinar" (1907, *Revista Moderna* y *La Cuna...*) tiene la misma estrategia descriptiva de "Frente a las 'Palisades' del Hudson" o "En-sueño", más cercano a este último que al primero. El colectivo arbóreo es figura del ambiente donde acaba de llegar el peregrino: es la ciudad hostil, sin conocidos y obligado el poeta a cumplir largas y penosas jornadas de trabajo en el periódico:

no se advierte un camino
abierto al día, en la región del sueño.

De pronto el poeta descubre un resquicio y no se deja abatir por el pesimismo o la depresión, ambos compañeros de ruta del sefardí trashumante cuyos ancestros trocaron en Holanda la estrella de David por el cristianismo y, al llegar el abuelo Noel Henríquez Altías a Santo Domingo, aquella pesadilla que comenzó en España con la expulsión de los judíos bajo Isabel y Fernando, era ya un retazo del inconsciente. Pero el racionalismo armónico implantado por Hostos fue la rebelión o pequeña venganza al agravio español.

El ciclo mexicano continúa con "A un vencido". Dado que he asumido como biográficos los poemas juveniles de PHU, debo decir que estos están fuertemente imbuidos de la ideología del yo del autor, pero sin caer en la cursilería. Las ideas literarias con las cuales el autor ha labrado sus poemas, no los dejan caer en el impudor descarnado. Tales ideas no transforman creencias e ideologías literarias, sino que se adscriben a ellas, entre otras a la estética clásica griega, la música moderna ya hecha, la adoración de los héroes mitológicos o históricos y a una métrica parsimoniosa que busca la libertad versal, alcanzable solamente en 1909 con "El nacimiento de Dionisos", ante la imposibilidad de aplicar al poema castellano la métrica griega. Pero hay que insistir en que el teatro en prosa había comenzado ya en la cultura dominicana en 1904²⁷.

²⁷ Con la pieza "El baile", de José Ramón López. Aparece en *Cuentos puertoplateños*. Santo Domingo: Tipografía Oiga, 1904. Le continúan en la escritura de piezas de teatro en prosa Apolinar Perdomo, "Sonámbulo". Revista *La Cuna de América*, 1907; del mismo José Ramón López "El pleito de Botijuela". Revista *La Cuna de América*, 1908; de Domingo Villalba, "Violante reía, reía". Revista *La Cuna de América*, 27 de julio de 1909; y, finalmente, PHU, "El nacimiento de Dionisos", *Revista Moderna*, México, 1909. Pero el precedente más antiguo es el entremés de Cristóbal de Llerena escrito y representado en el patio de la Catedral de Santo Domingo en 1588, aunque no puede hablarse de literatura dominicana, sino colonial. Véase estos datos y la evolución del teatro en prosa en José Molinaza. *Historia crítica del teatro dominicano*. Santo Domingo: Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, t. II, 1984 para el cronograma de las obras dramáticas publicadas desde 1492 hasta 1930 en verso y prosa y t. I, 1984, p. 211-15 para la transcripción del entremés de Cristóbal de Llerena.

En “A un vencido”²⁸, el joven poeta se autoexamina, como lo hace continuamente en otros textos similares. Se interroga acerca del estatuto de su persona, acerca de sus metas y aspiraciones. Cada vez que lo hace, es desde una perspectiva triste y pesimista, llena de autocompasión. Y cuando exilia el yo del autor y cae en el camino de una cultura-sociedad específica, es con ese dejo de melancolía que le acompañó desde la muerte de su madre en 1897. El yo del autor es detectado en un poema cuando la experiencia que el sentido narra es intransferible a otro sujeto, como en el inicio del texto. De joven, y luego de adulto, PHU se percibía a sí mismo como un vencido, un derrotado por la ignorancia y el Poder, aunque nunca renegó de su nacionalidad dominicana. Esta perspectiva pasará a los *Cuentos de la Nana Lupe*, pero más elaborada en el texto del ratón del campo y el ratón de ciudad donde hay una crítica a los escritores ricos y deshonestos. Vuelvo con la ideología de “A un vencido”:

¿Caíste? Di: ¿deshecha la coraza,
libre tu pecho al enemigo dardo?
¿La fuerte lanza rota
rodó a tus pies acaso?

Y responde a la pregunta que se formula a sí mismo:

¡Ah no! Soñaste con supremas lides:

Es decir, que PHU sueña con batallas en las cuales otros son los que se matan entre sí, pero lejos el soñador del terreno concreto: guerra de Troya, duelo entre Aquiles y Héctor, entre el dios Marte y Diómedes, entre Tersistes y Pándalo²⁹. Pero el joven poeta elude la lucha:

¡Y esquivaste la liza!
Tornaste, sin heridas y sin lauros,
al hogar silencioso,
al fiel terruño patrio
donde, pensando en los que lejos luchan,
cantan su triste coro los ancianos.

La mirada del joven poeta desde México es mirada a su país devastado por las guerras civiles. Gobierna con mano de hierro Ramón Cáceres, el cual ha asolado la Línea Noroeste; sus órdenes son de matar, acabar con el enemigo según el telegrama al Delegado del Gobierno. Una guerra tras otra, sin que se avizore fin, taladra el corazón

²⁸ Poema enviado desde México y publicado en *La Cuna de América* en 1909.

²⁹ No he encontrado a este Pándalo en el libro de Félix Guiraud. *Mitología general*. Barcelona: Labor, 1971. Es posible que esté en la *Ilíada*.

del poeta y acepta como una fatalidad “los odios santos” entre hermanos. Y se duele Pedro de no haber participado en una sola de aquellas batallas. Tal vez si se hubiera iniciado en ese rito sangriento, hubiera conocido por experiencia propia las motivaciones de los agonistas: por un lado la lucha de los guerrilleros por la libertad en una sociedad cerrada –tribal, como la definió Karl R. Popper³⁰ y, por el otro lado, el asalto al poder del Estado como único lugar de la acumulación de riquezas. La eterna lucha entre clientelismo y patrimonialismo, por un lado; y, por el otro, alcanzar la modernización e institucionalización como vía para implantar un Estado de derecho donde la igualdad de todos ante la ley sea ley suprema. Esta antinomia es el dolor del poeta:

¡Ah! ¡Tornaste sin gloria!
Sin herida y sin lauro!

Termina el poeta con el deseo de ser uno de esos guerrilleros, marcado por el plomo candente:

¡Y si un blasón al menos
llevaras a tu albergue solitario!
Si en tu cuerpo una herida
Nutriera el germen de los odios santos!

Pero el joven PHU no es guerrero. El poema que su madre le dedicó, se lo impide. Por eso vagará por tierras extrañas hasta cumplir la profecía de “Mi Pedro”, la cual le impele a alcanzar la vida superior del arte y a rechazar las ambiciones de César o Alejandro. El joven Pedro estará obligado, desde la trashumancia, a sufrir las vicisitudes de la patria:

Pero no sabes, pálido vencido,
vivir feliz en el hogar lejano,
indiferente al estridor de la guerra;
y no podrás, con tu dolor amargo
y tu anhelo marchito
vivir seguro como el persa bardo
en la gran soledad de sus ensueños,
en el sonoro orgullo de sus cantos.

Se sabe por lo biográfico que desde el destierro económico y político, PHU vivió siempre pendiente de la agonía de la patria. Siempre se planteó volver al país a dar su ciencia como tributo, pero cada

³⁰ *La société ouverte et ses ennemis*. París : Éditions de Minuit, t. I, *L'ascendant de Platon*, t. II, *Hegel et Marx*, 1979. La primera edición data de 1962 y la segunda de 1966.

vez que examinaba el panorama dominicano, este no podía ser más desolador³¹. En 17 mayo de 1911 hizo su primer viaje al Santo Domingo³² de su nostalgia desde que se marchara a Nueva York en 1901: “*Miércoles 17 de mayo. Ayer por la mañana llegamos a Santo Domingo.*” (*Notas de viaje*, 212). Ojo certero que ha visto grandes urbes: Nueva York, La Habana y México, el joven poeta radiografa su ciudad: “Las calles han mejorado (las del centro están niveladas, y hay alcantarillas), hay un buen número de casas nuevas –estilos a veces extravagantes, a veces sencillas, como las de la Habana– y subsisten las casas viejas pintadas de colores, al modo antillano. No queda gran cosa de arquitectura vieja –menos de lo que yo esperaba–, pero sí hay cosas interesantes. El detalle más notable de ornamentación antigua es el de la ‘Casa del Cordón’. Hay muchos árboles: desde el mar la ciudad se ve envuelta en árboles y rodeada de vegetación. Pero lo que da aspecto pobre a la ciudad es la poca altura de las casas, que rara vez, cuando son de un piso, pasan de cinco metros de altura.” (*Ibid.*)

PHU cuenta ya 27 años. Es un joven maestro y guía de lo más granado de la juventud mexicana. En este periplo, le hemos visto, en esas notas de viaje, hacer una radiografía de la intelectualidad cubana. A su llegada a Santo Domingo se reunió con los miembros de su familia, con las mujeres del círculo íntimo de su madre, con los mayores y con la “juventud literaria”. Este es –repito sus palabras–el

³¹ En el viaje de Jacmel a Santo Domingo, PHU encuentra en el barco a Óscar Ortiz, un dominicano “de los favoritos del actual gobierno, muy inculto pero lleno de la malicia dominicana: un dominicano típico.” (*Notas de viaje*, 212). Y realiza una visita, una vez llegado a la Capital, al Dr. José Lamarche, un viejo amigo de la familia: “Este es un hombre de alta cultura, pero extravagante.” (*Ibid.*, 214). Su encuentro con la joven intelectualidad le decepciona: “He estado también, en parques y cafés, con ‘la juventud literaria’, un grupo de gente ruidosa y quisquillosa, formado por Rafael Damirón, Arturo Logroño, Arquímedes Cruz, Arturo Freites Roque, Luis Armando Abreu, O. Vigil Díaz, Primitivo Herrera, Fernando Arturo Garrido, Juan Bautista Lamarche, Julio A. Piñeiro (*sic*), Fernando Arturo Pellerano, Enrique Aguiar, y mi primo Noel. Es una juventud que quizás tenga más talento literario que la de Cuba, pero tiene todavía menos cultura que aquella.” (*Ibid.*). Ni la familia se salva del implacable juicio crítico, y certero, de PHU. Al llegar a Santiago de Cuba, constata lo siguiente en casa de su padre: “Con la familia vive –¿cuándo no?– un atlátere (*sic*): mi primo Aristides Sócrates Nolasco, Aristides en la familia. ‘Sócrates Nolasco’ por firma literaria. Se ha hecho literato en Santiago de Cuba; el resultado es que su talento natural –que tiende a la observación humorística– se ha desviado hacia la tontería romántica de la literatura provinciana. Tiene allí un círculo de jóvenes literatos, tan desorientados como él; sólo conocí a uno, que hace versos encrespados, de romanticismo tétrico y misantrópico, aunque en la vida privada es un joven sencillo y parlanchín: Fernando Torralba.” (*Ibid.*, 210).

³² PHU salió de México el jueves 13 de abril de 1911 a bordo del buque “Monterrey” en el puerto de Veracruz. Había salido la noche anterior de la capital “en el proyectado viaje de vacaciones, con licencia de ausentarme por tres meses de mi puesto en la Secretaría de la Universidad Nacional, y quitando la instalación que tenía en la casa de Mme. Moreau, donde por pereza de mudarme, permanecí tres días y medio. Dejé repartidos mis libros y muebles en las casas de Alfonso Reyes, Antonio Caso y Martín L. Guzmán” (*Diario*, 191). Francisco Madero entró victorioso a Ciudad México el 7 de junio de 1911. De modo que PHU no vivió los pormenores de la victoria de la revolución y su instalación en el poder (Jesús Silva Herzog. *Breve historia de la revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992, t. I, p. 212. La primera edición es de 1960). De ahí la explicación de la ausencia de este hecho histórico en *Memorias. Diario. Notas de viaje*. La salida de circulación de PHU tuvo su explicación en una sugerencia de su padre y otra del grupo de ateneístas que quiso protegerle, como extranjero, ante un eventual fracaso de la revolución.

dictamen final: “Es una juventud que quizás tenga más talento literario que la de Cuba, pero tiene todavía menos cultura que aquella.” (*Ibid.*, 214). Trece años más tarde sería el maestro de la pujante juventud argentina. Desde Buenos Aires intentó dar de nuevo su savia al país.

El 15 de diciembre de 1931 volvió a Santo Domingo, ya con 47 años a cuestas y una madurez intelectual reconocida en América y Europa, pero su aventura fue un fracaso. A la distancia de 21 años, la tierra de promisión había cambiado por completo. La pequeña burguesía provinciana que le zarandó en el Liceo Dominicano, bullanguera y sin modales, a más de inculta, había ascendido al poder con su apoyo militante a la dictadura de Trujillo. Aquellos salones poblados de apellidos sonoros y de prestigio social, se habían esfumado. Las damas de evanescente belleza, inclinadas al arte y la buena conversación, la música y la recitación, se habían recluido para siempre en sus recámaras. La aristocracia del pensamiento liberal encarnado por el proyecto de Hostos, con los Henríquez a la cabeza, era apenas un recuerdo. La vuelta de Hostos en 1900 y su muerte en 1903 vinieron a certificar el fin de una época. De Cáceres a la intervención norteamericana, la república había sucumbido dos veces.

Y ese dolfn de PHU es el mismo que resintieron los intelectuales hispanoamericanos que a partir de 1880 comenzaron a ser barridos del poder que el proceso de independencia forjó para muchos de ellos, con nombramientos de ministros, jefes de legaciones, cónsules, secretarios de Presidentes, directores de periódicos, ejecutivos de casas editoriales. El incipiente proceso de industrialización, aunado a la expansión del control imperial norteamericano de buena parte de Hispanoamérica, provocó que el intelectual latinoamericano se viera de súbito desnudo en la calle.

“A un poeta muerto”, el siguiente poema del ciclo mexicano, también publicado en *La Cuna...* (3 de octubre de 1909), escrito en ese mismo año, al parecer muy cercano a “A un vencido”, conserva de este último algunos elementos léxicos y rítmicos que se repiten. De la misma manera que se repite de un texto a otro la letanía mitológica como retórica de la Grecia clásica. Los dos poemas comienzan con la misma palabra, el primero con el signo de interrogación y el último con el signo de admiración y la eterna muletilla del oh, ah, tan utilizada por su madre como reforzadores de un procedimiento retórico efectista.

El poema fue escrito a la memoria de René López, poeta que abandonó este mundo en plena juventud, sin haber surcado los aires de la fama con obra significativa:

¡Oh cantor sin ventura y sin reposo!
 tu vida breve me arranca una queja,
 y tuviste la virtud del canto
 y fuiste ¡nada más! una promesa.

El gusto por la palabra rara (*flava*) remata con un referente al ave evocada en la carta a Leonor Feltz –el alción– y concluye el poema con una alusión manriqueña: ¡Cuán presto!

Otro poema del ciclo mexicano es “Despertar”, de 1910, según Rodríguez Demorizi (prólogo a *Poesías juveniles*), pero no hay indicación del lugar de publicación.

Por supuesto, el poema no sólo es mirada al México a punto de estrenar una revolución, sino que también es oído, sonoridad y, al igual que “Serpentina”, anuncia la eclosión de un tiempo nuevo que PHU y su legión de discípulos y amigos del Ateneo de la Juventud han ayudado a construir. El más que nadie lo anuncia desde su discreta atalaya de la docencia, el diálogo íntimo y la tribuna periodística, escenario socrático desde donde se preparó la liquidación del positivismo autoritario del porfiriato, enarbolado por los Salomones del régimen, los llamados *científicos*, que encabezaban don José Ives Limantour, don Justo Sierra, Casasús y “el Maquiavelo del partido *científico*, Rosendo Pineda” (*Memorias*, 127):

¡Esplendor del libérrimo día!
Tras el sueño y la noche falaz,
El tropel fugitivo de sombras
Ante el brusco y veloz despertar..

El consonantismo es aquí procedimiento rítmico parecido al de “Máximo Gómez”. El consonantismo de “Esplendor” (1909) [pi] y [tr] de *detrás* encuentra a [tr] de *tropel* y [br] de *sombras* para remate y conclusión en [br] de *brusco* y [rt] en forma de espejo con *despertar*. El sentido discurre como un pensar la revolución que ha ocurrido no como “miraje ideal”. Ella:

es la luz que ilumina las sendas
roja luz de la muda verdad.

Al lector parece acudir la forma-sentido de los poemas de Salomé cuando celebraba las hazañas de la revolución del 25 de noviembre de 1873. Pero describe el mal causado por la dictadura positivista que pervirtió la doctrina:

a lo lejos en niebla se esfuma
cuanto fue deleitoso y vivaz
y en color y sonidos mentía
el portento de un mundo inmortal.

Esto explica la inversión de la ética y los valores de la democracia asumida por la figura de “la noche falaz”. Un ejemplo de esa inversión es el cuadro familiar de D. Justo Sierra y su entorno clientelista,

inscritos todos sus miembros en el presupuesto nacional y en cuantos bandos políticos había en México. Y esto en nombre de la libertad³³.

El esfuerzo prosódico-semántico del canto que anuncia la revolución como vuelta a un tiempo primitivo en el cual se abolió la justicia, ahora restablecida, es halado por un ritmo ajeno que arcaíza el poema. Lo envejece con los versos que copian el ritmo de Bécquer:

¡Volverán las miríficas formas
la fantástica noche a poblar:

Lo cual es un doblaje de:

Volverán las oscuras golondrinas³⁴
en tu balcón sus nidos a colgar,

Y en esa penúltima estrofa que comento, la referencia mitológica envejece, con su figura de lo griego arcaico, la parte de modernidad (crítica y cambio del viejo sistema) de la revolución mexicana triunfante:

sombra amiga del plátano agreste
del liso en la margen feraz

La estrofa final recupera el hilván perdido del discurso poético que la mirada mexicana de PHU ha instalado, desde la calle, en forma de tinta y papel. Aunque ausente, no vio entrar las tropas triunfantes en la capital azteca, pues tanto el padre en Cuba como los amigos del maestro prefirieron, dada su condición de extranjero, que se ausentara discretamente hasta que la política se clarificara³⁵.

Luego del poema que acabo de comentar, PHU publica el 15 de

³³ "D. Justo quería invitar a Alfonsito [Reyes], afirmando que su casa era campo libre; pero se le hizo ver que el invitado estaría un tanto incómodo entre gentes enemigas de su padre, y al fin desistió de su propósito. La familia misma de D. Justo es curiosa muestra de esa libertad: pues hay gentes de todos los partidos: mientras él ocupa un ministerio y pasa por *científico*, uno de sus hijos, Chano J., escribe una biografía de Corral, uno de sus yernos, Miguel Lanz Duret, escribe en *El Debate* a favor de Corral y contra Reyes, otro, Manuel Calero figura en el Partido Democrático, aunque luego se le conquista con el interinato en la sub-secretaría de Fomento, otro, José Barros, que es personalmente rico, escribe contra los reeleccionistas y es atacado por el mismo *Debate*. Urueta, marido de una sobrina, hace campaña contra la reelección, a nombre del Partido Democrático, y con afinidades hacia el *revismo*. Tablada canta himnos a D. Porfirio y escribe *tiros al blanco* contra la oposición (Tablada es marido de otra sobrina), y el sobrino Chano J. se dice *reyista* en lo privado. Los que no se afilian a ningún partido son sus hijos Justito, cuya poca salud y costumbres inglesas lo hacen ver con despego la política si bien es diputado, y Manuel, que parece inclinarse a asumir la actitud de Casasús... quien todavía no asume públicamente ninguna actitud (aunque se le clasifica como *científico* prominente) en la cuestión reeleccionista, por o contra Corral." (*Diario*, p. 162-63)

³⁴ Gustavo Adolfo Bécquer. *Rimas*. Madrid: Melsa, S. A., 2ª edición, 2000, p. 73, Rima LIII.

³⁵ Enrique Zuleta Álvarez comenta en una nota lo siguiente: "El *Diario* de P.H.U., interrumpido el 25 de abril de 1910, es retomado el 25 de marzo de 1911. No se registran, por lo tanto, los acontecimientos puntuales relativos al estallido de la Revolución, que tuvo lugar en el norte de México a partir del 20 de noviembre de 1910. Los primeros reveses sufridos por las tropas del gobierno hicieron que Porfirio Díaz buscara alguna forma de mantenerse en el poder, razón por la cual

enero de 1910, “Todo lo que pasa es bello...”, dedicado a Rosa Anders Causse. Poema de álbum para señoritas de salón, escrito en las postrimerías de la moda de las postales y álbumes de la *belle époque*. Poesía galante, como en los siglos XVII y XVIII, dedicada a una bella:

Un resplandor de autora te anunciaba.
Y en el trino del ave Poesía
un júbilo mirífico estallaba:
la aparición del astro predecía.

El uso desmedido del elogio, casi siempre falso en razón de la imperfección humana que a lo perfecto le encuentra un pero, PHU debió acogerse a la moda y al mismo tiempo sufrirla. La cortesía sucumbe un poco ante la hipocresía:

Sí, sobre el sol hermosa, rara estrella:
toda la luz del sol, más dulce y pura.
¡Oh visión inmortal de oro y de rosa,
nunca soñada por la fantasía.

El poema inscribe el nombre de la bella, sin que pueda afirmarse que la operación es escritura conscientemente programada.

Penúltimo del ciclo mexicano, “Imitación d’annunziana”, poema al cual Rodríguez Demorizi, en *Poemas juveniles*, le atribuye la fuente a una cortesía de Alfonso Reyes (México, 1948).

Sin embargo, Susana Speratti Piñero lo fecha en 1907 y da la revista *Osiris*, la cual dirigía en Santo Domingo el poeta Valentín Giró, como el órgano de su publicación en 1909.

Es necesario establecer la fecha exacta³⁶, pues si fue escrito y publicado en 1909, debe ir en la cronología antes de “Despertar”. Pero al concluir su selección, Rodríguez Demorizi anota esta procedencia: “La Mariscalá” (México, 15 de septiembre de 1911), especie de finquita o “huerto de las delicias” donde solía retirarse Reyes a escribir y practicar la vuelta a Grecia y al espíritu platónico.

Sea como fuere, el último poema de la selección de Rodríguez Demorizi termina con una imitación y se inicia con una traducción. El tanteo se caracteriza por la búsqueda de una expresión propia, no la adopción de un ritmo ajeno. El epígrafe es de D’Annunzio y está traducido por el joven PHU en el mismo primer verso:

cuando en mi humilde casa, huésped caro

el 24 de marzo renovó su gabinete, del cual salió Justo Sierra, que ocupaba la cartera de Instrucción Pública. Eran los últimos momentos del porfirismo.” (*Diario*, 182).

³⁶ En realidad, el poema fue publicado en la revista *Osiris*, año I n° 10 del 31 de marzo de 1910.

El poema tiene una dedicatoria a Alfonso Reyes: es el mismo programa que PHU le propuso al grupo juvenil mexicano (*Memorias*, 123-27) para que volviera al helenismo, a la metafísica, a la crítica del positivismo y a la adopción del anti-intelectualismo y el pragmatismo). La invitación es a Reyes en particular: volver a Platón y a Grecia ante la hecatombe del positivismo científico del porfiriato.

A partir de esa fecha (1911), PHU comenzará a replantearse lo que había escrito acerca del positivismo, pero hará un deslinde entre el de origen comteano (autoritario) y el de origen hostosiano, derivado del krausismo, el cual conciliaba el racionalismo y la religión (armonía) adoptado por los intelectuales dominicanos, entre los cuales estaba Salomé Ureña. De lo contrario, la inteligencia española e hispanoamericana —defistas, comenzando con la madre de Pedro— no hubiese apoyado los proyectos de Giner y Hostos.

Pero el proyecto de vuelta al platonismo, donde quiera que surja, ¿no es una reacción conservadora? Basta situar la concepción de la literatura y el arte en Platón para darse cuenta de cuál es la política que orienta la teoría del lenguaje y la poesía, el sujeto y el Estado. El poeta está excluido de la ciudad, salvo si se aviene a producir ideología, es decir, poemas que canten a los dioses y a los héroes de la república.

El convite a Reyes es para que, junto con PHU y quienes deseen sumarse al proyecto, esquiven “el bullicio urbano” y se limiten al cultivo de la idea, eje central de la filosofía platónica. Pero no es la idea como sinónimo de opinión, sino la idea absoluta, la cual es Dios, suma de belleza, verdad y justicia en el mundo de las formas eternas, es decir, de la metafísica como el gran misterio del cosmos:

Dime, ¿sorprendes música de lirás
del lago y frondas en el gran secreto?
Va el tributo amistoso: ¡grato sea!

Este poema es emblemático de la entrada de PHU en el mundo de la idea absoluta, es decir, de la prosa ideológica: su vuelco hacia la crítica literaria y el abandono del cultivo de la poesía casi definitivamente, puesto que según las crono-bibliografías establecidas después de 1911, constato la escritura de dos poemas solamente en un espacio de tiempo muy largo: “Todo lo que pasa es bello...” y “El niño”³⁷.

³⁷ Escrito en La Habana, pero enviado desde México en 1909, fue publicado en la revista de Valentín Giró: *Osiris*, año I. N.º 5, 15 de enero de 1910, aunque el propio PHU dice (*Notas de viaje*, 196) lo siguiente con respecto a este poema: “En las clases, ayer y hoy, encontré a Rosa Anders Causse, a quien hice los versos de “Todo lo que pasa es bello...”. Tendrá apenas veinticinco años, pero ha enflaquecido, tiene manchas en la cara, usas lentas, y el brillo del pelo rubio se ha opacado.” Y durante su estancia de 1904 a 1906 en La Habana (*Memorias*, 94), con respecto a este y otros poemas, PHU anota: “Escribí algunos versos; ante todo, muchas postales, pues era la época de ellas (aunque ya en postrimerías) y tuve que escribirlas para muchas cubanas y dominicanas, y hasta para algunas argentinas (...) *Todo lo que pasa es bello...* dedicada a Rosa Anders Causse, joven linda y semi-intelectual, de Santiago de Cuba, a quien traté pocos días en la Habana;

El poema dedicado a Anders Causse, los versos a Irene³⁸ y las postales a las damas de salón obedecen a una ideología galante, falsa y pasada de moda, cursi si se quiere, pero en esa escritura el poeta no es libre, sino que está obligado a halagar de mentira a fin de cumplir con una convención social³⁹. Lo que digo podrá ser apreciado por el lector o la lectora en dicho poema, insertado después de “Imitación d’annunziana”.

Provisionalmente, el último poema de este volumen se titula “El niño”. Dado el apego casi enfermizo de Pedro por su madre Salomé, este poema hay que leerlo como la relación con ese símbolo nutricional. Es decir, como un diálogo del niño con la madre ausente y que el poeta la revive a través de la escritura, la vuelve presencia a fin de interrogarla sobre lo desconocido:

¿De dónde vine, madre?
 ¿De dónde vine a ti?
 —Viniste de mis sueños,
 de cuánto amé y sentí.

En el cuarteto final del poema, el niño-hombre que es PHU cuando escribe el texto, recibe la gratificación de la respuesta amorosa de la madre a la pregunta inicial:

¡Oh misterioso encanto!
 ¡Prodigio del amor!
 ¡Tener entre mis brazos
 el tesoro mejor!

unos versos de recordación a una Irene, que conocí en Nueva York en los últimos días de 1903, los versos *Hacia la luz*, paralelo de pesimistas y optimistas; y el poema *Luz*, inspirado en un dibujo de Patten Wilson.” Por otra parte, “El niño” fue publicado por primera vez en la *Colección Ariel* 8 (7): 92, 1916, Buenos Aires, y luego en el semanario *El Figaro*, La Habana, enero de 1918. La versión que se publica en este tomo es la de Buenos Aires, suministrada amablemente por la dirección de la Biblioteca Nacional de Costa Rica, a la cual doy las gracias más sentidas.

³⁸ Bajo el título de “Otoñal”, poema dedicado por PHU a una tal Irene, a la cual conocí en Nueva York a finales de 1903, posiblemente publicado en *El Ideal*, periódico quincenal vocero del Ateneo de la Juventud, de Santo Domingo, fundado el 27 de octubre de 1901. He buscado infructuosamente el referido periódico, pero no aparece ni en la biblioteca de la UASD ni el Archivo General de la Nación.

³⁹ Del respeto a estas convenciones sociales no se infiere, como lo sugiere Andrés L. Mateo, que Rosa Anders Causse fuera “una antigua enamorada” de PHU. Pudo ser cierto. Salvo que no existan documentos fehacientes (cartas amorosas, testimonios, etc., que lo prueben), no es prudente hacer afirmaciones rotundas. Sobre todo cuando el propio PHU dice que la “trató pocos días en La Habana”. (*Notas de viaje*, 196) Para la cita de Mateo, véase *Pedro Henríquez Ureña. Vida, errancia y creación*. Santo Domingo: Comisión Permanente de la Feria del Libro, 2002, p. 168. Está de más decir que cuando PHU se refiere a Rosa Anders Causse (unas dos veces) en *Memoorias. Diario. Notas de viaje*, no se infiere nada al respecto. Todo lo contrario del caso de Blanca Alfonseca. Incluso en el *Epistolario* de la familia Henríquez Ureña. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Educación, 2ª edición, 2 tomos, 1996, no aparece una sola mención de esa dama cubana. Y conste, que PHU era sumamente discreto y púdico no sólo en materia amorosa, sino también para todo en general.

En cambio, PHU, se alejará cada vez más, a partir de este poema, de la ficción, pero mantendrá con la escritura un leve contacto solamente a través del cuento y el teatro, dos géneros que cultivará de manera esporádica. El primero de estos géneros fue un asunto extraño, casi incompatible con el programa de vuelta a Grecia. El segundo género lo cultivará una sola vez en su vida con "El nacimiento de Dionisos", pieza escrita en México en 1909 (Speratti Piñero, "Crono-bibliografía" 160 y 318)⁴⁰.

Aunque PHU escribió cuentos entre 1906 ("Ríe, payaso") y 1936, ("La sombra"), me detendré solamente en el análisis de la pieza de teatro como segunda opción cronológica y, como tercera, en los textos del "género" cuento.

II

"EL NACIMIENTO DE DIONISOS"⁴¹

(Ensayo de tragedia antigua)

¿Qué valor tiene para el contexto de la época de 1909 en adelante en la cual el joven PHU, cumplidos los 25 años, escribió este ensayo de tragedia antigua en donde imita el drama tal como se escribía en el período inmediatamente anterior a Esquilo?

El propio autor, en la justificación de su obra, describe solamente la forma-sentido del período que imita, pero no explica el porqué ha tratado de resucitar esa forma de tragedia antigua y cita al poeta Frínico como uno de sus cultores.

El joven poeta describe y define cada una de las partes de la tragedia frínica, pero no dice nada acerca de su opción. A esto es lo más lejos que llega: "Si mi ensayo de tragedia no corresponde a la concepción moderna del conflicto trágico, no altera la concepción griega: como desenlaces sin desastre, y a veces jubilosos, recuérdense los de *Las suplicantes* y el *Filoctetes* de Sófocles, el *Ion*, la *Helena*, la *Ifigenia en Táuride* y la *Alcestes* de Eurípides. El desenlace de muchas tragedias griegas era el establecimiento de un culto: el de las Euménides en Atenas, por ejemplo."⁴²

⁴⁰ En *Obra crítica*, ya citada.

⁴¹ Esta pieza teatral, la única escrita por PHU, si no yerro, se publicó por primera vez en la *Revista Moderna*, de México, en febrero de 1909; y por segunda vez en la Imprenta del diario *Las Novedades*, de Nueva York, el 16 de diciembre de 1915. En ese diario, dirigido por su compatriota Francisco José Peynado, laboró PHU desde finales de abril de 1915 hasta mitad de 1916. (Véase en la Crono-bibliografía, ya citada, de Speratti Piñero, los números 160 y 168).

⁴² *Op. cit.*, t. I, p. 64, edición de la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña". Santo Domingo, 1976.

¿No escribió ningún trágico griego una tragedia, frínica o no, que en su desenlace estableciera el culto a Dioniso? ¿Es jubiloso el desenlace de la obra del joven PHU? ¿Constituye la muerte de Semele, madre de Dioniso, y personaje secundario, el rasgo de la tragedia o no afecta la forma-sentido del drama? ¿Se define la tragedia como tal solamente si el desenlace fatal afecta al personaje principal? Por supuesto, si es así, la obra del joven dramaturgo califica como tragedia con desenlace jubiloso. Pero, ¿nos da la obra una perspectiva nueva que no esté ya expresamente incluida en el mito del nacimiento de Dioniso narrado por Hesíodo en su *Teogonía* o en otras obras clásicas posteriores⁴³.

El procedimiento es legítimo en la medida en que no existe una tragedia acerca del tema. O si existe, el autor que se aventura abre una perspectiva nueva. En ese sentido, la pieza del joven poeta es un llenado de laguna que sólo tiene pertinencia para sus contemporáneos, pues los griegos que tuvieron cocimiento –lectura o asistencia al teatro– de las tragedias con desenlaces jubilosos, estaban bien muertos en 1909. De modo que el sentido de la obra de PHU está dirigido a sus contemporáneos: en primer lugar al círculo íntimo de amigos del Ateneo de la Juventud que él orientaba; y, en segundo lugar, al público que a la hora de la publicación de la pieza, la leyó, o al que, de haberse escenificado, asistió a verla.

Y para los jóvenes del Ateneo, incluido Alfonso Reyes, quien entendió cabalmente la estrategia intelectual y socrática de PHU, ¿cuál era el sentido de esa obra publicada precisamente en la *Revista Moderna*? Para los poetas y dramaturgos dominicanos de la misma época, ¿cambió la pieza la forma de escribir teatro en verso cuando estos la leyeron?⁴⁴

Tengo para mí que, excepto si se la lee como un agotamiento de las formas de la tragedia frínica o de desenlaces jubilosos, esta pequeña pieza de PHU es una invitación a la juventud del Ateneo y de América a volver al espíritu griego, por no decir platónico o clásico, en un momento de crisis del positivismo comteano encarnado por los científicos de la dictadura de Porfirio Díaz. Ese es el símbolo semántico de “El nacimiento de Dionisos”. La vuelta a Grecia sin desenlace fatal que PHU ha preconizado en los ensayos “El espíritu platónico”, de 1907⁴⁵, y en “La moda griega”, de 1908, incluido también en

⁴³ Luciano di Crescenzo. *Cuenta la leyenda áurea de los dioses del Olimpo. Los mitos de los dioses*. Barcelona: Seix Barral, 1994. Véase Dioniso, p. 91-98.

⁴⁴ He tratado de dar una respuesta en una nota anterior donde cito el cronograma de José Molinaza (*op. cit.*) de las piezas teatrales escritas en prosa desde el entremés de Llerena hasta 1930. Entonces la pregunta debe plantearse, junto con su respuesta, así: ¿era “El nacimiento de Dionisos” una invitación a los escritores dominicanos a volver a Grecia? Sí. ¿Pero podían estos volver a Grecia en el sentido en que PHU lo plantea en el drama y en los artículos inspirados en la obra de Walter Pater? No, porque como lo afirma en propio PHU, a esos escritores les faltaba cultura (*Notas de viaje*, 214).

⁴⁵ En *Horas de estudio*. París: Paul Ollendorff, 1910.

Horas de estudio. Es también la misma invitación del poema "Lux", de 1905, perteneciente al ciclo habanero, y en "Imitación d'annunziana", de 1907, publicada en la revista dominicana *Osiris*, año I n° 10, del 31 de marzo de 1910, dedicado a Reyes, precisamente. No es casual que en este poema, el narrador se dirija a Reyes, como destinatario, en estos términos: "A Alfonso Reyes, orillas del Lago de Chapala, enviándole una ofrecida disertación platónica."

Pero no contento con esta dedicatoria, el narrador del poema dice:

Tú, que el bullicio
urbano esquivas (¡Rústico Salicio
anhelas ser!) y bajo el cielo claro
junto a la clara onda, plena aspiras
la paz rural ¿presientes, manso y quieto,
este *hortus deliciarum* de la idea?

El marco de esta vuelta a Grecia y lo clásico se completa con el ensayo de PHU "El positivismo independiente"⁴⁶, de 1909, el cual es un rechazo de lo que fue el positivismo autoritario comteano extrapolado a México durante el porfiriato y una premonición de la ideología que deberá guiar a la revolución que estallará el año siguiente. PHU rechazó la parte de repetición de la conferencia de su amigo Antonio Caso acerca del tema y alabó la segunda parte dedicada a la exposición del positivismo independiente, el cual será enarbolado el día de la ruptura de los ateneístas con el pasado.

Existe, sin embargo, otra observación de PHU en la justificación que escribió para dar cuenta de "El nacimiento de Dionisos", lo cual es emblemático en un metrista empedernido, pues la misma empalma con las investigaciones acerca del ritmo, sobre todo en "En busca del verso puro", de 1926. Esta indagación y la práctica de la escritura teatral casi ponen en jaque el metrista de PHU: "Si este ensayo en un género esencialmente poético no está escrito en verso, débese a la dificultad de emplear metros castellanos que sugieran las formas poéticas de los griegos. He preferido la prosa, ateniéndome al ejemplo de muchos insignes traductores de las tragedias clásicas, uno de ellos no menor poeta que Leconte de Lisle."⁴⁷

Quizá sin proponérselo, y a despecho de que renuncia al uso de la métrica sólo en este caso clásico, ¿influye el gesto de PHU para que los escritores dominicanos cambiaran, a partir de 1909, el uso de la métrica por el verso libre o el poema en prosa? Si Darío a lo más que llegó fue a una mezcla de varios metros, bien estudiados por PHU, ¿cómo exigirles a los poetas dominicanos de 1909 ir más allá?

⁴⁶ *Obra crítica*, ya citada, p. 64-72.

⁴⁷ Edición de la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", ya citada, p. 63.

He discutido este problema en otro lugar y he concluido en dejar el debate abierto acerca de la presencia del versolibrismo y del poema en prosa en la cultura dominicana, no obstante mis posiciones encontradas con Manuel Rueda en cuanto a los nombres de Ricardo Sánchez Lustrino, Domingo Moreno Jimenes y Vigil Díaz⁴⁸.

La pieza teatral es el fracaso confesado de la métrica y el triunfo del ritmo, específico tanto del poema como de la prosa y que PHU buscó con tanto ardor, pero que no pudo encontrarlo al confundir, en su último intento, la regularidad con el ritmo.

III Cuentos para sonar y soñar

Para el estudio de la cuentística de PHU, existen, hasta ahora, salvo error u omisión, los siguientes cuentos publicados y que doy en orden cronológico de aparición, y en el primer medio impreso, prescindiendo de las veces en las cuales vieron la luz en otros periódicos, revistas o libros:

1. "Ríe, payaso"⁴⁹
2. "Cuentos de la Nana Lupe"⁵⁰
3. "Éramos cuatro"⁵¹
4. "El hombre que era perro"⁵²
5. "El peso falso"⁵³
6. "La sombra"⁵⁴
7. *Cuentos de la Nana Lupe*⁵⁵

No pude, pese a los esfuerzos, obtener los textos 1 y 4. Aunque debería comenzar el análisis por el primero de los "Nana Lupe", me atengo a lo que poseo hasta ahora: "El hombre que era perro", "El peso falso" y "La sombra". Los dos últimos pertenecen –si no yerro– al ciclo argentino. El primero, posiblemente escrito en México, fue enviado, con alta probabilidad, a *El Fígaro*, de La Habana. Luego fue

⁴⁸ Diógenes Céspedes. Estudio a *Obras escogidas* de Vigil Díaz/Zacarías Espinal. Santo Domingo: Consejo Presidencial de Cultura, 1996.

⁴⁹ *El Dictamen*. Veracruz, 6 de enero de 1906.

⁵⁰ *El Mundo Ilustrado*. Ciudad México, septiembre-noviembre de 1923.

⁵¹ *Caras y Caretas* N° 1401 Buenos Aires, agosto de 1925.

⁵² *Caras y Caretas* N° 1407, Buenos Aires, septiembre de 1925 y *Repertorio Americano* 11(11):164-165, San José, Costa Rica.

⁵³ *Bahoruco* N° 263, Santo Domingo, 7 de septiembre de 1935.

⁵⁴ *La Nación*. Buenos Aires, 30 de agosto de 1936.

⁵⁵ Ciudad México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1966. Incluye todos los cuentos escritos bajo esa denominación. El primero vio la luz en 1923, como llevo dicho.

publicado en *Caras y Caretas*, de Buenos Aires; y, finalmente, en *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica⁵⁶. Dejo en tercer lugar el libro de 1966 porque están integrados en él todos los cuentos y forman una unidad coherente como obra.

Fuera del aspecto anecdótico que narra que PHU escribió estos cuentos para leerseles a sus hijas en momentos de reposo de la intensa actividad de trabajo, hay que verlos menos de esa manera y más como el padre que hace un hueco para compartir con las niñas⁵⁷ y contribuir a su formación integral e inculcarles el amor por la fantasía y la lectura, a lo cual se agrega el interés por el cultivo de la ficción, carrera abandonada al llegar a México en 1906. ¿Por qué abandona la poesía por el cuento? ¿Para realizar el ritmo que no pudo traducir del griego al castellano si se queda en la poesía?

EL CICLO ARGENTINO

PHU adoptó, no sé si es manía adquirida en los Estados Unidos, país donde es costumbre, o si es hábito español o hispanoamericano, el enviar simultáneamente a varios medios, para fines de publicación, artículos, poemas, ensayos, pequeñas piezas de teatro, etc. Es posible que esta moda se debiera a la inexistencia de derechos de autor y al no pago por colaboraciones.

Es por esta razón que es importante determinar si el cuento “El hombre que era perro”, fue publicado primero en Cuba, Argentina o Costa Rica. Esta indagación debe hacerse con todas las colaboraciones de PHU en vista de un estudio bio-bibliográfico sistemático. Por razones de espacio, sólo planteo que la versión publicada por *Repertorio Americano* en 1925 trae al calce *El Fígaro, Habana* y que la versión argentina de *Caras y Caretas* es del 19 de septiembre de 1925. Para esa fecha ya PHU ha iniciado su ciclo argentino. Auxiliado por Rafael Alberto Arrieta y otros amigos que mantenían con él una intensa relación intelectual, es ya, desde su llegada a Buenos Aires en 1924, profesor en el Colegio Nacional de La Plata, más tarde lo será de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, a partir de donde contribuirá a la “mexicanización” de la Argentina, como le decía a Alfonso Reyes en una carta.

⁵⁶ Esta versión, que me fue enviada por la dirección de la Biblioteca Nacional de Costa Rica, a la cual doy las más expresivas gracias por este gesto de fraterna colaboración, es la que se publica en el presente volumen.

⁵⁷ Natalia y Sofía son personajes de algunos cuentos de PHU. Esos eran los nombres verdaderos de ellas en el registro civil mexicano y argentino, pero en la vida real pasaron a ser más conocidas como Natacha y Sonia. Los nombres se les dio PHU a partir de los personajes de *Guerra y paz*, de Tolstói.

En este contexto se produce la publicación de “El hombre que era perro” en *Caras y Caretas*. Pero, ¿fue escrito este cuento en Buenos Aires? Es altamente improbable. Su elaboración, su composición, su léxico, su sintaxis y la forma-sentido apuntan más bien a su estancia mexicana. Dada la intermitencia de sus escritos de ficción, abandonados en beneficio del ensayo y la crítica (según le comunicara conscientemente esta decisión a su hermano Max), PHU iba desgranando por aquí y por allá el fruto de su creatividad, que no era abundante, dado el hecho de que tenía que enseñar y trabajar en otros oficios hasta doce horas para sobrevivir financieramente.

Para el 16 de noviembre, ya PHU estaba instalado en La Plata⁵⁸. La importancia de este cuento radica en que constituye, al igual que el primero de los que integran el “Nana Lupe” de 1923⁵⁹, el trabajo mejor logrado, en el plano de la ficción, de la mirada mexicana del autor, aunque su publicación corresponda al ciclo argentino.

El valor de “El hombre que era perro”, en ese tramo de la historia literaria de los años 20, reside en que está construido para destruir, mediante un procedimiento estrictamente literario, una ideología religiosa y, por lo tanto, social y política, cual es la creencia en el poder de lo sobrenatural por encima del mundo natural, es decir, la eterna lucha entre el mundo sensible y el mundo suprasensible. El texto se abre con un problema literario: “En uno de mis eternos viajes –me refería el señor Garduño–⁶⁰ of una de las “historias extraordinarias” cuyo misterio me ha hecho cavilar más... aunque como es de suponer, nunca lo he descifrado. ¡Ni nunca espero descifrarlo!” (*Repertorio Americano*, ya citado, p. 164). Un texto plural, sin duda, dado el hecho de su ritmo-sentido.

Se trata de un paralelo con las “narraciones extraordinarias”, de Poe; y por otro lado, de un contrato, como diría Barthes, que le propone el narrador de la historia, un militar mexicano acantonado en un remoto lugar donde ya no había enemigos y se aburría enormemente. El militar le propone al viajante –el lector– el negocio a cambio de su

⁵⁸ Carta a Alfonso Reyes en Nueva York. Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. *Epistolario íntimo*. Santo Domingo: Universidad Nacional “Pedro Henríquez Ureña”, 1983, t. III, p. 261.

⁵⁹ Andrés L. Mateo afirma que PHU (*op. cit.*, p. 239) “publicó en este período los *Cuentos de la Nana Lupe*, una agradable selección de narraciones juveniles, que aparecían sin firma en *El Mundo*, entre septiembre y noviembre de 1923, y que en el año de 1966 dio a la luz como libro la Universidad Nacional Autónoma de México.”

⁶⁰ Es posible que PHU adoptara este seudónimo con el cual firmó, desde los Estados Unidos, la mayoría de sus artículos de combate contra la intervención militar norteamericana en Santo Domingo de 1916-24, como recuerdo grato de un artista mexicano: “Estuvimos de regreso en Amecameca a las 12 del día: comimos; Castaño se volvió a México en la tarde, y entre tanto nos visitaron Cuéllar, secretario de redacción de *El Mundo Ilustrado*, los Garduños, uno de los cuales, Alberto, es pintor y dibujante del mismo periódico (él hizo mi máscara para *El Diario* cuando mi conferencia sobre Gabriel y Galán), y Juan de Dios Arellano, uno de esos políartistas que nada son en resumen” (*Diario*, 173-74). Es poco probable, aunque no descartado del todo, que por familiaridad fonética el seudónimo utilizado por PHU el 15 de octubre de 1908 en *El Antirreleccionista –Lilius Giralduz–* nuestro crítico haya escogido semejante máscara. (*Diario*, 148, n. 584).

atención. Pero el viajante, que es hombre que no cree en las supersticiones del mundo natural, acabará, aunque no pueda decidir si Catarino, el nahual del lugar, era perro disfrazado de hombre u hombre disfrazado de perro con oficio de robar para sobrevivir y reproducir sus condiciones materiales de existencia y su poder de brujo de la aldea.

Sea como fuere, el meollo de la narración gira en torno al escarceo del militar para interesar al viajero en el cuento y lograr atraparlo, pues a quién no le gustan las historias de personajes que poseen poderes sobrenaturales. En efecto, la trama del cuento de PHU consiste en la oposición entre el viajero que no cree en eso y el militar, que tampoco cree, pero que ha vivido –supuestamente– la peripecia de haber matado al perro, el cual en realidad era el nahual disfrazado de perro. Con ese disfraz mantenía las creencias religiosas de la aldea desde hacía miles de años y, al mismo tiempo, combatía la lucha tenaz que en contra de esas supersticiones libraron los conquistadores y los evangelizadores y que ahora, en pleno siglo XX, el positivismo, el cual heredó el anticlericalismo de la guerra contra los cristeros, amenazaba con derribar.

El texto de PHU, entre lo rural y lo urbano, pero no insertado completamente en lo que sería “la novela de la tierra”, marca el inicio de la escritura de estricto apego a lo fantástico, dominio privilegiado de la imaginación por encima del naturalismo y el realismo literarios. En esos afanes estaba Borges cuando PHU llega a La Plata y luego a Buenos Aires. Borges acaba de traer a Buenos Aires el ultraísmo⁶¹, directamente desde España, donde trabajó como promotor de ese movimiento. Borges y PHU serán amigos y miembros del círculo de Victoria Ocampo y su revista *Sur*. Borges reconoció su deuda con PHU, y es posible que el vaso comunicante entre ambos haya sido Alfonso Reyes.

Para la misma fecha, Huidobro, chileno, sembrará también en Buenos Aires la semilla contra el realismo y desde París fundará su movimiento creacionista, a favor de la imaginación total. Los aires del surrealismo, del dadaísmo y de los caligramas comienzan a llegar a Hispanoamérica como vanguardias. En el caso particular de nuestro país, el cuento de PHU debió ser leído con avidez, como todo lo que venía de Cuba, México o Buenos Aires. Y mucho más tratándose de un compatriota que había estado en el país en 1911 y mantenía, tanto él como su padre y su hermano, un intenso comercio intelectual y político con los poetas y escritores dominicanos.

⁶¹ Para los textos de este movimiento y su inserción en Argentina, véalos en Hugo J. Verani. *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica. (Manifiestos, proclamas y otros escritos)*. Roma: Bulzoni, 1986. Sobre todo, Jorge Luis Borges “Al margen de la moderna lírica”; “Manifiesto del ultra”, de Jacobo Sureda, Fortunio Bonanova, Juan Alomar y Jorge Luis Borges; “Anatomía de mi ‘Ultra’”, de Jorge Luis Borges; “Apuntaciones críticas. La metáfora”, y “Proclama”, de Jorge Luis Borges, Guillermo Juan, Eduardo González Lanusa y Guillermo de Torre y, finalmente, “Ultraísmo”, de Jorge Luis Borges, textos todos de 1921 y que PHU, si no los leyó en México, tuvo, por fuerza, que leerlos en Argentina en 1924, tanto para sus clases como para sus ensayos.

Ocho años después de la recepción de este cuento, Juan Bosch⁶² publicará su *Camino real* (1933), y la renovación que inicia a partir de este libro no es ajena a trabajos como “El hombre que era perro”, pero tampoco es extraña a todo el trabajo político contra la intervención norteamericana realizado por Francisco Henríquez y Carvajal, su hermano Federico, y los hermanos Henríquez Ureña, Pedro y Max. Gozaban todos de un prestigio literario, social y político enorme y eran conocidos internacionalmente.

Continúo con el ciclo argentino. PHU pone a sonar, en “El peso falso” (1935), la serie consonántica en [k] y la vocálica en [a]. Isabelítica —el nombre propio de la protagonista—⁶³ desencadena la distribución de sonoridades: *casa*, tres veces, *muñeca*, *capital*, *criados*. O la frase “...pero la mamá se pierde en ella, y a veces sale a la calle sin avisar, y cuando Isabelítica la busca y no la encuentra, cae enferma, y la mamá tiene que pasarse la noche junto a la cama.”⁶⁴ Otra correlación: “Los perros no le hacían caso: tuvieron que ir a traerlos los monteros del papá, tocando sus cuernos de caza, y de lejos no se distinguía cuándo tocaban ellos el cuerno y cuándo los perros labraban.” (Obra citada, t. VII, p. 68)

El último fragmento del cuento es un destello de [k] y [a], repartición rítmica que busca mantener vivo el interés de las hijas de Pedro en la lectura o en oír lo que se les lee. Hechizarlas mediante la sonoridad. Natalia (Natacha) y Soffa (Sonia) son personajes biográficos sometidos a la lógica de la ficción. He aquí una prueba de semejante lógica: “Pero Isabelítica sabe cómo es la nieve, porque ha subido a la montaña: a veces, cuando su papá y sus dos hermanos grandes salen de caza, las llevan, a ella y a sus dos hermanas mayores, Natalia y Soffa, hasta una parte del camino.” (*Ibid.*) Isabelítica tiene dos hermanos mayores, pero no son, sino metafóricamente, ni esta ni los dos primeros, hermanos de Natalia y Soffa, las cuales no tuvieron ni hermanos ni más hermanas.

El nombre de la esposa de PHU, Isabel, pasa a ser personaje de la ficción bajo el hipocorístico de Isabelítica, sin relación con Natalia y Soffa. Isabelítica es hija de otros padres y es amiga de Natalia y Soffa. Esta argucia de narrador es para despistar a quienes leen obras malas creyendo que son de valor. Como Isabelítica, la cual, por su edad, no es capaz de establecer el valor de un peso falso. Para ella es sólo un objeto lúdico que revela su egoísmo infantil.

⁶² El autor de *La Mañosa* confiesa que PHU fue su mentor literario. Véase los artículos “Un trabajo ejemplar de Pedro Henríquez Ureña” y “Evocación de Pedro Henríquez Ureña”, en *Textos culturales y literarios*. Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1988, p. 55-69 y p. 109-115. Ambos artículos datan de 1984.

⁶³ ¿Es casual que PHU inscriba también el nombre de su esposa, Isabel, en la obra, no en el papel de madre, sino de hija? El autor no estaba obligado a copiar la realidad familiar, pero sí a tras-trocarla, cargándola de afecto con ese diminutivo doble.

⁶⁴ En *Oc*, t. VII, p. 67-70. Santo Domingo: Universidad Nacional “Pedro Henríquez Ureña, 1979.

Otra prueba de la lógica ficcional: esta vez pongo en mayúsculas las [k] y las [a] acentuadas y átonas: “IsAbelitiKA estÁ enfermA de llorAr. No puede ir A lA fiestA de lAs AmiguitAs inglesAs; NatÁ-liA y SofiA se irÁN solAs, porKe la mA mA se kedA en KásA, inventÁndo mAnerAs de KalmÁr A lA peKeñA. Al fin, lA fAtigA y lAs promesAs vencen el llÁnto de IsAbelitiKA: se telegrAfiarÁ pidiendo otrA muñeKa iguÁL, si no ApArece lA del trueKe. Y hAy ke telegrafiÁr. En efecto, porKe los KriÁdos vienen diciendo Ke Anduvieron por todAs pÁrtes y pudieron sAber Ke por el Kamino de ChinAulingo pasó unA niñA KampesinA Kon unA muñeKA grÁnde, pero en ChinAulingo nadie dA rAzón de ella y nadie hA visto la muñeKA.” (*Ibíd.*, 70).

En cambio, en “La sombra” (1936), en vez de Isabelitica o “casa de la sierra”, la sonoridad está emparentada con “casa cerca del mar”, frase rítmica que detona el reparto sonoro en [k] y [a], como sucedió en el cuento anterior. Aquí también aparecen ingleses y perros. Y casa genera por familiaridad sonora, *cosas, encogido, orquídeas, climas, hocico, claras, confianza y tropicales*, para desembocar en un fragmento como este; “El AnimÁl volvió, pero en Actitud de AmenÁZA. No entró en lA gAlerÍA, Komo Ántes; se escurrió por el KAmino lAterAl hÁciA la KocherA, en el fondo del terreno, y se instalaAló en la KocinA, sepArÁDA del Kuerpo principÁl de la KÁsA. LA eKcelente CeliciA (¡Ké torgugas! ¡Ké lAngostas! ¡Ké KAmiguÁmas!) no tuvo vAlor pÁrA AfrontArlo y me pidió soKorro.”⁶⁵

EL OÍDO MEXICANO

Es una lástima que la primera edición de *Cuentos de la Nana Lupe* (1966), no traiga un estudio, si no erudito, al menos anotado, que informara al lector acerca de la historia de la publicación de cada uno de los textos que componen el libro, incluso detalles culturales, filológicos y biográficos de PHU, las hijas, la esposa. O de la relación semántica entre nana=nodrizas y Nana, hipocorístico de cualquier nombre femenino terminado en ana: Mariana, Ana, Aniana, Aria(d)na, etc., o, nana, canción de cuna.

No haré una lectura exhaustiva de cada uno de los cuentos, sino que delinearé el funcionamiento semántico y sus connotaciones culturales, así como una aproximación a las ideologías y contra ideologías presentes.

⁶⁵ En *Oc.*, t. VII, 1979, p. 164-65.

El primero, “En los volcanes”, tiene la frase de conjuro: “Había una vez”, una prueba de que su lector primario son los niños y las niñas, quizá, preferiblemente de la misma edad de los protagonistas, 9 y 8 años, o incluso hasta los 12 años. Nada de príncipes encantados ni princesas dormidas. Un topónimo concreto: México, la capital primero y luego el interior. Los nombres propios de los personajes principales remiten, a través del ritmo y la entonación, a la lengua y la cultura mexicana: Nachito, diminutivo doble de Nacho (Ignacio), su padre, y Mariquita, diminutivo doble de María, madre de los dos infantes, no tanto por Mariquita, sino por el apodo ornitológico. Tanto el padre como la madre son personajes secundarios que enlazan y legitiman las acciones de Nachito, el cual también tiene el apodo de Pelón (explicado metalingüísticamente), y correlativamente Mariquita lleva el sobrenombre de la Chachalaca, ave parlara y ruidosa.

En medio de los dos niños, un personaje de los cuentos fantásticos: el duendecillo Don Yo de Córdoba, un maguito creado en la mejor tradición de Merlín con remisión a la mítica ciudad española de la época de la preponderancia morisca y judía. Simboliza Don Yo el lazo con el idioma y la cultura europea de los cuentos fabulosos o de hadas: desde Esopo hasta hoy. De ahí el diálogo de los cuentos con otros textos, parecidos o no, a los cuales se les llama íntertextos. Por ejemplo, la hipérbole de las tunas (p. 6-7) alude a “Dos pesos de agua”, de Juan Bosch, pero ambos tienen su referencia inmediata en el mito del diluvio universal.

Existe una estrategia didascálica en la obra y la misma se revela con claridad en el segundo cuento titulado “En Jauja”. Esa estrategia es política y está orientada a cambiar la percepción que los niños tienen de la sociedad en la cual viven, por otro tipo de sociedad mítica y utópica, producto de la invención o del sueño de los Campanella, Moro o Harrington, o talvez por una del tipo existente antes de la conquista del imperio azteca por las huestes españolas: “No hija mía –le había contestado Don Escarragut–, se han portado ustedes bien aquí en Jauja, y de todos modos aquí hay derecho de pedir todo lo que uno quiera, porque para todos hay de sobra: Aquí no hay pobres ni ricos, todo el mundo tiene lo que quiere, y tanto como quiera y a nadie puede metérsele en la cabeza el ridículo orgullo de decir: ‘yo tengo más que el vecino’. Sólo al que no trabajara tendríamos que cortarle las raciones diarias; pero aquí a nadie se le ocurre no trabajar, y a lo que vienen de fuera, si son molestos, los obligamos a someterse.” (p. 53) El mismo personaje –caracol en catalán, o fotuto que esparce noticias– informa a Nacho y Mariquita: “...pero precisamente Jauja se estableció en una isla que tenía minas de azúcar. El día que se enteraran las grandes naciones, ya las veía yo mandar barcos a conquistarnos; pero nunca podrán saber dónde queda nuestra isla.” (p. 54) La ficción dice su nombre: Utopía. En Jauja hay también lugar para la ideología

nacionalista mexicana: “Nachito le explicó [a Mariquita] quiénes eran los ‘gringos’.” (*Ibid.*)

En el país de Jauja “no hace frío nunca” (p. 47). Es el país de la eterna primavera: un Paraíso. Como en Utopía, de Moro, en Jauja no se paga el trabajo: “aquí ni se compra ni se vende ni hay dinero.” (p. 40) Sin embargo, tanto los hombres como las mujeres y los niños trabajan: las dos primeras categorías, de tres a cuatro horas al día; los niños una hora al día. Por supuesto que en Jauja hay escuelas, pero en ellas “no se enseñan cosas inútiles” (*Ibid.*) Los libros no se usan en las escuelas y la gente lee por gusto. El cine y el teatro son gratis.

En esta ciudad utópica, los cuentos de hadas transforman el rol de brujas que comen niños: “—No, hijita, las brujas de ahora, por lo menos, no sé yo que se los coman.” (p. 30) O se cambia en Jauja la percepción del orden público de la sociedad capitalista: “A mí me parece —le dice Nachito a los jaujenses— que donde hay policía es porque la gente no es buena ni feliz. —¡Ah! —explicó Don Escarragut—. La policía no es para nosotros; es para los que vienen de fuera y no saben conducirse.” (p. 29) Pero “la ocupación de la policía es distribuir el trabajo principal de los habitantes” (p. 39) El léxico se hunde en la cultura popular. Mariquita es codiciosa y quiere cajas de dulces, imagínense ustedes, del país de Jauja: “Yo quiero una de chocolates, y otra de cerezas cristalizadas, y otra de peras y otra de confites, y otra de guayabate, y otra de jalea de membrillo, y otra de quesadillas de coco...” (p. 27) ¡Insaciable, como todo niño o niña!

En el texto analizado más arriba, Nachito explicó qué eran los “gringos”. En “Con el león”, la tarea se la encomienda Nana Lupe al felino, el cual sitúa el racismo en aquella nación: “Dicen que en Yanquilandia la gente va a ver quemar hombres como si el espectáculo fuera muy divertido. —Los yanquilandeses dicen que eso no es malo —agregó uno de los coyotes— porque los hombres a quienes queman son negros y no les parecen iguales a ellos. Pero yo los he visto quemar blancos. La costumbre de quemar...”

—Francamente —dijo el león— no sé por qué los hombres acusan tanto a las fieras. Los leones no nos matamos unos a otros, ni los lobos; pero el hombre es el lobo para el hombre.” (p. 96)

¿Por qué lo es? Porque el ser humano es el enemigo no sólo de su especie, sino de las demás: “¿Pero quién me ha de matar me va a comer? —pregunta el león a Nachito y al zorro. Eso de matar a quien no nos hemos de comer, no lo hacemos los animales: esas son cosas de los hombres.” (p. 148) Y cierra el lobo el cuento con estas palabras, que al igual que las anteriores, son un símbolo de la guerra: —“Lo animales nos vengamos muy pocas veces. La venganza es fea, y sólo los hombres la practican sistemáticamente.” (p. 150)

En el aspecto de la especificidad mexicana, a veces el sujeto de la escritura interviene a través del sesgo del narrador, o de otro personaje,

para marcar una enunciación extraña a la cultura nacional azteca: —“Y luego —terció el duende— como dicen: “Cuando falta el pavo real hace la rueda el pavo.” (p. 104) “O como le llamaban los aztecas, el guajolote.” (*Ibíd.*) Como se trata de cuentos que recurren a la fábula, este refrán y los que se hallan a todo lo largo de la obra, son importantes hechos de discurso que implican la re-enunciación de un sentido nuevo para un contexto diferente marcado por los sujetos. Los indios están integrados a la obra desde la página 5, la cual abre el primer cuento “En los volcanes”: “Hasta les gustaban más [a Nachito y Mariquita] los dulces que hacían los indios del pueblecito.” Es una prueba de la aclimatación de la fábula europea a la cultura nacionalista del México de aquella época.

Estimo que si estos cuentos hubieran sido escritos por un escritor o escritora de México, la función metalingüística que se observa con frecuencia en el libro de PHU, no hubiera sido tan necesaria y determinante. O en un mexicano o mexicana tendría, en el interior de la ficción, otra orientación y otro contexto léxico.

En “El zorro azul”, texto que presenta formalmente el mismo hilo conductor a través del duende Don Yo de Córdoba como garante de la autoridad del relato, al igual que los demás cuentos, existe una crítica abierta a los sistemas políticos contemporáneos de la escritura: “El zorro pretendió que lo eligieran, no porque él crea en los reyes, pues tiene muy poco respeto a la monarquía y sabe que ya no goza de ningún prestigio, sino por pura vanidad.” (p. 130)

Como los animales eligieron rey al mono, este hizo del mando lo que sabía hacer. Los partidarios de la democracia derribaron esa monarquía de monerías y el zorro dirigió la conjura y el “pobre mono volvió a trabajar en el circo. Así acaban a veces los reyes modernos.” (p. 131)

Finalmente, he de detenerme, para concluir este estudio, en el cuento [El león] “Con el burro y el ratón”, último texto que cierra la obra de PHU. El modo de fabulación, desde Esopo, Apuleyo, el Conde Lucanor, Perrault, La Fontaine, los hermanos Grimm, Andersen, Iriarte, Samaniego, los árabes, chinos, japoneses e indios, entre otros, es poner en la obra los animales como personajes principales o secundarios. Ellos simbolizan los conflictos sociales y el lector y la lectora caen en el mundo del hechizo al dejarse atrapar por la historia lineal contada y no por la forma-sentido o ritmo, la cual es el valor.

Ese ritmo es la prosodia como procedimiento de la escritura: su consonantismo y su vocalismo, su sintaxis, sus transfiguraciones. El que lee, olvida fácilmente el procedimiento y se dejar envolver por el sentido lineal de la historia. Como llevo demostrado, los problemas que plantean los cuentos de PHU son conflictos entre humanos. ¿Por qué no usa a personajes humanos en vez de animales? En primer lugar, los animales no leen ni hablan. Es, lógicamente, un procedimiento

simbólico que facilita la exposición de los conflictos sociales a través del empleo de personajes animales, ya que la crítica a las creencias y las ideologías de época son más fácilmente asimilables por las clases sociales conservadoras que encarnan el Poder y sus instancias.

En este cuento que cierra la obra de PHU, los animales permiten, como personajes a los cuales las clases objeto de crítica tienen en una escala inferior al ser humano. Por esa razón, esa crítica es asimilada más con el entretenimiento o comicidad fantasiosa que como el lugar de transformación de las ideologías que sostienen el orden social.

Las ideologías de ese orden son el blanco del cuento de marras: el estatuto de los gobernantes y el lenguaje que ha de emplearse para dirigirse a ellos y, en segundo lugar, el estatuto del escritor de valor en comparación con el escritor que carece de este atributo.

¿Cómo entrar y salir indemne del palacio donde un príncipe poderoso y arbitrario se halla en lecho de enfermo? El león encarna este símbolo en el cuento que analizo. Un zorro azul, un oso negro y un mono gris son los visitantes. Se ha explicado, para contextualizar, que a tales felinos les gustan esas visitas, pero que a veces se aprovechan de ellas para matar a los huéspedes, sobre todo si los leones fingen estar enfermos.

Es en estos casos cuando el zorro azul practica su prudencia y discreción, mientras que el mono y el oso muestran su torpeza. Al detectar el león que el oso estaba inquieto y que no se sentía a gusto, le preguntó, enojado: “—¿Qué te pasa?” El oso contestó que la cueva (palacio simbólico del rey de la selva) no estaba nada agradable, además de estar sucia. “—¿Y a ti que te importa?” —A mí me importa, porque los olores no son nada agradables.” (p. 159-160)

“El león se encendió de furia, entonces, y de un zarpazo lo tendió muerto en el suelo, diciéndole: —¡Toma olores agradables!” (*Ibid.*)

“El mono, al ver aquello, comenzó a dar chillidos: —¡Qué absurdo! ¡Qué ofensa para el rey! ¡Oso estúpido! —No chilles, le gritó el león. —Es que no puedo tolerar la conducta del oso. ¡Ponerse a censurar la mansión real, que sólo huele a perfumes de Arabia! —No es verdad: el oso tenía razón en lo que decía, y mis chacales son muy sucios, no entienden cómo debe tenerse una casa distinguida, y me van a obligar a llamar a los gatos para que la limpien. Pero lo que molesta fue el aire grosero con que habló el oso. —Pues a mí, de todos modos, me huele aquí a perfumes de Arabia...” (p. 160) El león, a quien le subía de punto el enojo, acabó de darle otro zarpazo al mono y tenderlo también muerto en el suelo, con esta frase: —¡Toma perfumes de Arabia!

“—Yo lamentaba haber accedido —se dijo el zorro azul— a aquella visita. Mis dos compañeros yacían muertos, y yo no veía el modo de salir de allí. El león me dijo entonces: —¿Y a ti cómo te huele? —¿A mí? —le dije—. No me huele a nada. Tengo catarro.” (*Ibid.*)

Todos sabemos que la historia, sobre todo la de los reyes y gobernantes absolutos y arbitrarios, está llena de víctimas (privados o súbditos corrientes y comunes, que osaron responderles grosera o neciamente a preguntas parecidas. El oso y el mono son símbolos emblemáticos de estos súbditos. Pagaron con su vida el precio por criticar imprudentemente al poderoso en su propia cara o por halagarle de mentira. No existe príncipe que no sepa lo que anda mal o bien en su reino. Él finge no saber: trampa para los incautos y cebo para los necios o ambiciosos. Al poderoso hay que saber cómo decirle la verdad: esa es toda una técnica discursiva, con sus tácticas. El súbdito debe procurar no provocar la ira de los poderosos, decía Séneca. Y da el filósofo estoico ejemplos históricos a favor y en contra de los prudentes y los arrogantes. Sobre todo de estos últimos que sueñan, inconscientemente, que son iguales, mejores o más inteligentes que el rey.

El zorro azul, en cambio, salvó la vida gracias a su prudencia y discreción. Así debe obrar el ser humano cuerdo: no dar consejo al poderoso ni al débil, si no lo piden. Debe en esto como en lo demás tenerse la virtud de saber en qué momento se le dice, y cómo, la verdad al príncipe o en qué momento se le sugiere un cambio, con sutil y velada indicación de los males que acarrearía tal disposición a su persona, a sus bienes y al reino.

Remato con el ratón de campo y el ratón de ciudad. El primero invitó al segundo a su humilde morada. El ratón de ciudad lo criticó por vivir y comer tan pobremente y entonces, para probarle que vivía en la opulencia, lo invitó a la casa de un rico donde se daba banquete. El ratón de ciudad se permitió la libertad de criticar a su anfitrión.

—“Es pobre tu comida. ¡Si vieras qué bien se come en la ciudad!” (p. 161) —“No ha de ser tanto —contesté yo—. Dicen que tienen ustedes que comer papel.” —“¡Oh no! Eso sólo les ocurre a los ratones que viven en las casas de los escritores honrados.” —“Sí hay papel, aunque no mucho que digamos. Pero como los escritores deshonestos tienen muchas cosas buenas de comer en la despensa, a nadie se le ocurre ir a roer el papel.” (*Ibíd.*) —“¿Entonces los escritores honrados no tienen buena despensa?” —“No. Se mantienen con muy poca cosa. Viven al día... Así que a los ratones que viven en esas casas no les queda otro recurso que comerse el papel. Pero no son muchas esas cosas, no creas, así es que la historia de que los ratones de ciudad nos alimentamos de papel es falsa, es una de tantas consejas que corren en el campo.” (p. 161-62)

Para mostrarle el ratón de ciudad a su huésped que la conseja era verdad de a folio, le invitó a casa de un escritor deshonesto y, es evidente, rico por de más. El narrador enumera a continuación los ricos manjares: vinos, quesos, postres, frutas secas, dulces y otras delicias, pero una vez servido el banquete, las peripecias, peligros de muerte y sobresaltos que hubo de pasar el ratón ciudadano para obtener unas

migajas, rondado siempre por un gato dispuesto a todo y una criada lista para apalearlo, no pudo menos que exclamar el huésped foráneo esta frase llena de sentido común: —“Será muy buena la despena del escritor rico, pero yo prefiero comer maíz en el campo a comer queso y dulces con tanta intranquilidad...” (p. 162)

A través de los distintos narradores que el sujeto de la escritura lanza a la escena de los *Cuentos de la Nana Lupe*, nos ha dejado en el primer apólogo esta reflexión sobre el comportamiento que ha de observarse en el trato con los poderosos. En el segundo, le ha bastado con ilustrar la especificidad del escritor deshonesto, sin entrar en detalles y operaciones de esta falta de virtud que conduce a la adquisición de una vida material donde sobra de todo. Al narrador le ha bastado exhibir los productos servidos en la mesa.

Los dos ratones —al igual que el empleo de otros animales— permiten al sujeto de la escritura hilar un discurso y dotar a esos personajes de unas acciones sin que estos, símbolos de lo humano, sean el blanco directo de la crítica, sin que puedan replicar o defender sus mal proceder. En este sentido, al mismo tiempo que la obra expone un problema social y, por ende íntersubjetivo, la escritura se revela en contra de las ideologías encarnadas por los sujetos de la ficción, los cuales simbolizan los valores de un mundo clausurado.

En cambio, la crítica a las ideologías y creencias que funcionan como la verdad está encarnada por los personajes animales que vienen a simbolizar el distanciamiento, brechtiano, si se me permite la falta de cronología con respecto a PHU, de la escritura y su imposibilidad de que se la tome por un efecto de realidad, una biografía o un narcisismo del autor. Es en estos cuentos, con la salvedad de un uso a veces descuidado del idioma⁶⁶ —algo extraño en este purista— donde PHU se muestra escritor y no, contrariamente a lo que pudiera pensarse, en los poemas que nos legó como textos que casi rozan el impudor del yo.

⁶⁶ Algunos de esos descuidos son: confusión en el uso de *lolle* (p. 15), *de él* en vez de *suyas* (p. 15), indistinción entre *gente* y *gentes* (p. 21), *desgracias* en vez de *infortunio* (p. 22), uso profuso de *cosa(s)* como *muletilla* (p.23), *Y cómo es que*, en vez de *Y cómo* (p. 37) *en que*, en vez de *en la cual* (p. 41), *lo siento* en vez de *lo lamento*, *me apena* (p. 51, 134), uso de lo poseído en plural cuando el contexto semántico exige un singular: *sus casas* (p. 57, cuatro ejemplos, 64, 76), *quienes*, en vez de los cuales (p.66, 142, dos veces), *Ello es que*, en función de pronombre (p. 80, 146), *en contra mía*, en vez de *en contra de mí* (p.139) *más malo*, en vez de *peor* (p.156)

FICCIÓN

POESÍAS JUVENILES

OFRENDA*

La poesía es el sueño de la mañana de las grandes vidas; contiene en sombras todas las realidades futuras de la existencia... ¡Desgraciado del que no ha sido poeta una vez en su vida! Estas bellas palabras de Lamartine parecerían escritas para Pedro Henríquez Ureña, porque el sabio humanista, el maestro de disciplina tan áspera como la filología, se inició en las letras como poeta. Antes de cosechar, con manos de filósofo, los maduros frutos del pensamiento, cultivó en sus huertos interiores la flor de la poesía. Y fue siempre poeta: en lo hondo de sus escritos, aun en la parquedad de la frase en que ocultaba su emoción, hay esa poesía recóndita que es quizás la más pura expresión del don divino.

Su fuente de gracia la halló en el seno de la madre poeta, de la excelsa Salomé Ureña; reposó la infantil cabeza sobre el corazón de la más egregia mujer dominicana; aspiró los hálitos de la poesía en el ambiente de la esclarecida casa solariega. Al despertarle, en la dulce mañana, los versos maternos, cantó también. Había de ser poeta donde asentaba su reino la poesía. Dentro del verso conoció el sentido de las palabras y en ellas puso, con pasmo de todos, el juvenil espíritu.

Así nacieron sus versos, antes de los días alciónicos de su precoz adolescencia. De tal manera, que en carta al poeta Osvaldo Bazil, del 21 de enero de 1907, decía don Américo Lugo: "Confieso que siento admiración por Pedro Nicolás, a quien tengo por el mayor poeta de la última generación, aunque usted le aventaje en rareza y delicadeza de emoción. Su falta misma de originalidad tiene plausible explicación meditando en la pasmosa lentitud del crecer de las encinas. Ninguna juvenil pluma poética dominicana, sin embargo, podría escribir *Lo inasequible* y *Al mar*. Podrá dejar de escribir en verso y golpear y

* Este tomo I conserva, debido a su valor bibliográfico, la introducción de don Emilio Rodríguez Demorizi a la edición de *Poesías juveniles* de 1949 de Bogotá y sigue en lo esencial su orden cronológico, roto solamente por la inclusión de los poemas "Todo lo que pasa es bello" y "El niño".

romper con la maza del crítico las mallas de la diamantina cota que le cubre el corazón; pero éste será siempre el de un poeta. No me gustan las profecías, por más que sólo en éstas sean tolerables las equivocaciones; pero dudo mucho no le saque verdadero a quien de él afirmara que llegará a ser el primer hombre de letras de la República; y cuenta que tiene competidores como Tulio Cestero. Si figura, juvenuelo único entre tantos viejos, es porque creo que su penacho ondea por cima de casi todas esas cumbres”.

¡Qué claros vaticinios! Años después, ahora, con motivo de la muerte del sabio humanista, acaba de escribir el doctor Lugo: “Pedro creció bajo profético influjo. Fluctuó primero entre dos mundos: la poesía y la ciencia. Pagó tributo a la estirpe materna, y fue musageta en *Lo inasequible* y *Al mar*, en *Flores de otoño* y *Mariposas negras*; pero rindióle al fin el pujante temperamento paterno, y ya en 1905 era el más notable crítico dominicano”.

Si Pedro Henríquez Ureña vivió en el mundo de la ciencia —de la ciencia literaria, preferentemente— nunca estuvo ausente de los altos reinos de Apolo: pervivían en él las inquietudes espirituales de la infancia, el dulce acento apostólico de la madre, parte enseñanza y parte poesía. Que toda la sabiduría y todos los caminos del conocimiento y de la vida tienen por meta esa luz única.

En la muerte de Pedro Henríquez Ureña mi devoción de amigo, de compatriota y de discípulo no acierta a dedicarle ofrenda más pura que estas poesías juveniles suyas, manojo de olvidadas rosas inmarcesibles cultivadas por él en el propio huerto de su espíritu*.

EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI

* 1946. Holgaría advertir que Pedro Henríquez Ureña dejó dispersas y en olvido estas *Poesías juveniles*, desviadas por otros rumbos sus aficiones literarias de la mocedad. “Una de las primeras poesías de sabor genuinamente modernista, si no la primera, de un autor dominicano fue *Flores de otoño*”, según afirma el doctor Max Henríquez Ureña en su *Panorama histórico de la literatura dominicana* (Río Janeiro, 1945, p. 187, nota 219). Para utilidad de los que deseen conocer las fuentes de donde hemos tomado estas composiciones, se indican a continuación: “Aquí abajo” (*Letras y Ciencias*, Santo Domingo, 1 febrero de 1898); “Incendiada” (*Letras y Ciencias*, S. D., No. 168, 20 de junio de 1899); *En memoria del decano de la poesía patria* (iné dita, manuscrito de Pablo Del Monte, S. D.); “Fiez-vous” (*Nuevas Páginas*, S. D., No. 2, 15 de oct. de 1900); “La belleza” (*Nuevas Páginas*, S. D., No. 8, 15 enero de 1901); “Flores de otoño” (*El Ideal*, No. 1, S. D., 4 de nov. de 1901); “En la cumbre” (*Listín Diario*, S. D., 25 de sept. de 1902); “Mariposas negras” (*La Cuna de América*, S. D., No. 2, 8 de marzo de 1903); “Íntima” (*La C. de A.*, S. D. No. 63, 11 de sept. de 1904); “Música moderna” (*L. C. de A.*, No. 44, 1 de mayo de 1904); “Frente a las ‘Palisades’ del Hudson” (*Cuba Literaria*, Santiago de Cuba, 14 de junio de 1904); “Ensueño” (*La C. de A.*, S. D., No. 48, 29 de mayo de 1904); “Escorzos” (*La C. de A.*, S. D., No. 76, 11 de dic. de 1904); “Ante el mar” (*La C. de A.*, S. D., No. 80, 8 de enero de 1905); “Máximo Gómez” (copia del doctor M. H. U.); “La serpentina” (*La C. de A.*, S. D., No. 60, 23 de feb. de 1908); “Luz” (*Cuba Literaria*, No. 44, S. de C., 28 de abril de 1905); “El Pinar” (*La C. de A.*, S. D., No. 42, 20 de oct. de 1907); “A un vencido” (*La C. de A.*, S. D., No. 140, 3 de oct. de 1909); “A un poeta muerto” (*Blanco y Negro*, S. D., No. 66, 19 de dic. de 1909); “Despertar” (omitida la procedencia); “Imitación D’Annunziana” (*Cortesía*, por Alfonso Reyes, México, 1948).

AQUÍ ABAJO

De Sully Prud' homme

Aquí abajo las lilas todas mueren,
de las aves los cantos breves son,
¡ay! con estífos que subsisten siempre
soñando voy...

Aquí abajo los labios todos quemán
sin de su suavidad nada dejar;
y yo sueño con besos que no sean
cruels jamás...

Aquí abajo los hombres todos lloran
sus perdidos amores y amistad;
yo sueño con amantes que se adoran
eternamente con pasión igual!...

Octubre de 1897, a los 13 años

¡INCENDIADA!

En la plácida aldea
—punto visible en el abierto valle—
la casita azulada es el detalle
que más la vista al viajador recrea.

En su frente, de azul engalanado,
resalta, como en mar la nívea espuma,
de las puertas el blanco nacarado;
y la tornan extraña y peregrina
los adornos moriscos y persianos;
como velo de bruma,
de finas alambreras el cercado;
y el jardín ¡qué jardín! “Ni en la vecina
cultiva ciudad hay uno de su grado”
dicen a única voz los aldeanos.

Allí florecen lirios y azucenas;
esplende la gardenia delicada;
se irgue la corola oriflamada
de la caña de India; de miel llenas
se abren las rosas que la brisa mece;
el olor de jazmines adormece;
de arbusto generoso
fantásticas orquídeas beben vida
y enrédase en las ramas amoroso...
el convólvulo oculto, y sonreída
la blanca stephanotis florecida.

Pero no es el jardín, no es el persiano
adorno, ni el color que cabrillea,
lo más bello en lo bello de la aldea:
la casita gentil, cual del milano
esconde a la paloma
su apacible morada,
encierra flor de virginal aroma
y de blanca corola inmaculada...

La niña que sin padre vio su aurora,
libre de afán, bajo maternas alas,
creció; la juventud arrobadora
la ornó con todas sus radiantes galas;
y hoy, aunque no ha visto veinte mayos,
en medio de sus flores escondida,
es orgullo del pueblo donde anida.
¿Amará? ¡Quién lo sabe! Entre sus rayos
la envuelve sol de maternal ternura,
y ve correr su placentera vida
como de suave arroyo linfa pura...

Mas, ¿quién vaticinar puede el mañana?
¿quién del futuro mal hallada fuente?
¿Dónde nació la chispa incendiadora
que prende en la casita, y descolora
el azul que engalana,
destruye el arabesco y la persiana,
la pulida madera carboniza,
y mustia tanta flor esplendorosa?

¿Qué será de la madre casi anciana
y la niña gentil en quien hechiza
la dulce juventud color de rosa?

...;Sólo escombros y pálida ceniza
ilumina la Luna misteriosa...!

1899, a los 14 años

EN MEMORIA DEL DECANO DE LA POESÍA PATRIA

(Félix María Del Monte)

Ayer, cuando al impulso de su anhelo
de Patria y Libertad glorioso y vivo
la noble juventud dominicana
dio de Separación el grito altivo;
cuando agrupada en inmortal baluarte
lanzó su reto al tiranismo haitiano,
de uno de aquellos juveniles pechos
brotó el himno de guerra quisqueyano
a cuyo acento bélico al combate
la falanje voló libertadora
armada de valor y enardecida
¡y volvió del combate vencedora!

Después aquella lira prepotente
que vibró con los tonos de Tirteo
cantó la Patria: su tenaz recuerdo
en la ausencia, y el único deseo
que al desterrado alienta; cuando esclava
la vio vendida por traición impía
lloró su postración; y de su historia
sacó raudales de viril poesía.

Hoy ya no late el pecho que alzó un día
el himno que lanzara a la victoria
las guerreras legiones quisqueyanas...
¡Mas guardará la Patria su memoria!

FIEZ-VOUS

De Oswald Durand
Traducido para Nuevas Páginas

Confiad en la mordida
de sierpe; en los blancos dientes
del león; en la zarpada
del tigre de ojos ardientes;
confiad en la onda amarga;
en la mujer misma, más
pérfida —la vanidosa—
que los reflujos del mar;
¡oh! confiad en la fiebre
amarilla, que, traidora,
mata al posar en el labio
su caricia abrasadora;
en la peste, aun cuando nadie
espera de ella piedad;
—en el toque de agonía
¡y jamás en la amistad!

1900

LA BELLEZA

(Paráfrasis de un soneto de Baudelaire)

*A Andrés Julio R. Aybar
Para Nuevas Páginas*

Cual soñada escultura soy hermosa;
mi seno vencedor, que ahoga y mata,
enciende en el poeta amor eterno
y mudo como el mármol de la estatua.

Mi reino es el azul: soy una esfinge
de helado corazón, cual cisne blanca;
odio el gesto que rompe la armonía:
mi faz ni el llanto ni la risa exaltan.

Ante mis soberanas actitudes,
imperatorias, de desdén supremo,
consumirán su vida los poetas,
esclavos del poder de dos espejos
donde sólo refléjase lo hermoso:
¡mis grandes ojos de fulgor eterno!

FLORES DE OTOÑO

Crisantemas,
crisantemas como el oro,
crisantemas cual la nieve,
desplegad vuestras corolas,
las corolas como el sol de mediodía,
las corolas como el mármol inmortal.

¡Qué lucentes
en el rico invernadero
o tras límpidas vidrieras,
entre rosas como auroras,
entre vívidos claveles como sangre,
entre tímidas violetas como el mar!

¿Es que sueñan
en atávicos ensueños,
en olímpicas nostalgias,
con su país encantado,
con su patria luminosa que no han visto,
con Cipango, el lejanísimo Japón?

Desterradas,
sólo nacen con las nieblas,
sólo viven en Otoño.

¡Flor de oro, flor de nieve,
ya ha pasado entre esplendores el estío,
ya es la hora, desplegad vuestro botón!

Nueva York, octubre de 1901

EN LA CUMBRE

A Mercedes Mota

Por encima del bien y del mal

NIETZSCHE

Elsa que imploras con clamor ferviente
ante la muda inmensidad del cielo
y aún aguardas que acuda a tu defensa
el armado, invencible caballero;
¿ves surgir en el pálido horizonte
dulce esperanza de solar destello,
o se acerca fatídica y silente
la noche en que se apagan los luceros?

Como el árbol que roto y desolado
tenaz retoña, y resistir intenta
contra el soplo letal de los inviernos
que el fuego vivo de la savia hielan;
el hombre en las batallas de la vida
arranca al seno de la madre tierra,
cuando le postra enfurecido embate,
nuevas viriles y pujantes fuerzas.
Mas la débil mujer, la débil planta
que el leve soplo de la brisa quiebra,
¿cómo podrá vivir cuando le azotan
las alas de dragón de la tormenta?
¿Cómo gallarda se alzaré, esparciendo
el casto aroma de su gracia excelsa,
si la mata el aliento ponzoñoso
de una egoísta sociedad enferma?

¡Ay de la sociedad que envilecida,
no alza a reinar, hierática y suprema,
a la mujer, vestal incorruptible
que el templo augusto del hogar sustenta!
¡Ay si niega, sarcástica, homenaje
al genio, a la virtud, a la belleza,
—los únicos blasones de la raza
en que su fe del porvenir alienta,
y pone en su camino, no las palmas,
ni glorioso laurel, ni flor risueña,
sino el lodo de escarnios y calumnias
y el lazo infame de la envidia artera!...
Son sus mismas indómitas pasiones
la llama que consume su existencia
y la imperiosa mano del destino
a esclavitud o a muerte la condena.
Almas que al bien y a la verdad dáis culto
en una triste sociedad enferma,
haced de la altivez vuestra arma blanca
y portad como escudo la conciencia.

Elsa que imploras con clamor ferviente
ante la muda inmensidad del cielo,
y esperas que ilumine el horizonte
la argentina armadura del guerrero,
el cielo no responde; está vacío;
pasó la edad del noble caballero.
¡Sea tu paladín en la batalla
el sol de tu radioso pensamiento!

Nueva York, 1902

MARIPOSAS NEGRAS

(Recuerdo de las *Mariposas negras* de
Schumann)

Para *La Cuna de América*

*In me misero fan tumulto porte
gli interni sogni, e con dolor novello
del'un vago desio l' altro risorge.*

GABRIEL D'ANUNNZIO

Cual esas tristes notas doloridas,
tal son mis pensamientos,
nocturnas mariposas
que se agitan con lúgubre aleteo
en la prisión oscura de mi espíritu.

Es allí donde ruge el sentimiento,
náufrago de la vida,
do el insaciable anhelo
entre sus ligaduras se debate
en infructuoso empeño,
se alza tenaz el indomable orgullo,
vibra sus rudos yambos el despecho,
y extiende el desengaño,
enemiga de luz, su ala de cuervo.

Mariposas sombrías de la noche,
vagan los pensamientos
en la cárcel oscura en que se agitan
esos torvos, vencidos prisioneros
que guarda y atormenta,
implacable, el recuerdo.

¡Oh notas doloridas!
¡Oh tristes pensamientos!
Cesad, cesad, no sea, mariposas,
vuestro pausado y rítmico aleteo
quien despierte en su cárcel
a los pálidos, torvos prisioneros.

Nueva York, 1903

ÍNTIMA

A mi tía Ramona Ureña

Desde el solar nativo,
—el nido de los pálidos recuerdos—,
la casa palpitante de memorias
que viven y se agitan como espectros;
me llega tu palabra,
henchida de magníficos consuelos,
mensajera piadosa del terruño,
hasta el extraño techo,
el techo que indolente me cobija,
mudo y escueto,
intacto por los fuegos de las luchas,
intacto por las alas del ensueño.

¡En la vida, en la lucha,
cual sangra el corazón, cual llora el pecho!
¿Qué mucho que el postrado combatiente
destierre el sentimiento,
vulnerable talón que el dardo hiere,
y haga del estoicismo su remedio?

En la vida, en la lucha,
¡cuán temprano sentí, lloré cuán presto!
¡cuánto de penas supe!
Solitario me encuentro,
sin patria, sin hogar, sin ilusiones,
—todas volaron con volar ligero—;

busco para las penas interiores
las aguas del Leteo,
y tiendo del espíritu las alas
al país irreal de invicto ensueño.

Todo cuanto fue amores,
luz de la edad y juveniles sueños,
yace entre los escombros del pasado,
apenas en los lindes del recuerdo.
Sobre esas ruinas
la vista tiendo
con muda indiferencia.
No renace el extinto sentimiento,
cual si el ansia de dulces efusiones
fuese muerta en el pecho.

El fatigado espíritu
no se enciende en la llama del deseo,
y contempla a través de las edades
como un campo vastísimo de hielo.
¡Ah! que cuando resuena tu palabra
del letargo despierto,
y la nostalgia del amor antiguo
dentro del alma siento.

¡Oh tú, la soñadora, la constante!
¡Oh tú, sacerdotisa del ensueño!
¿No sientes bajo el cielo de la patria,
de ruiseñor parlero
cual se ha trocado el himno de esperanzas,
por la canción macábrica de un cuervo?
¿No sientes que las vivas ilusiones,
la vieja tradición, el dulce ensueño,
vuelan en el confuso torbellino
que azota el patrio suelo,
y hechos jirones en la hoguera caen,
perecen de la patria en el incendio?

¡Que con tu fe radiante,
que con tu amor perpetuo,
reconstruyes las muertas ilusiones
y guardas el altar de los recuerdos,
y en las frágiles notas de tus cartas
el alma envías del terruño entero!

En mi noche de amargo pesimismo
el instante aún espero
en que escuche, soñando,
tus palabras de nuevo,
sobre las ruinas de la triste patria,
“sobre las ruinas del hogar deshecho”.

Nueva York, 1904

MÚSICA MODERNA

A Consuelo de Castro

Para La Cuna de América

El alma triste, cual corriente oculta
de muertas aguas, gime entre las sombras:
su incógnito dolor canta en el blando
Nocturno de Chopin, vibra en la Erótica
de Grieg, sueña de Brahms en el Adagio,
o a la noche con Schumann interroga.

El alma pasional, violento río,
en luminosos campos se desborda:
ruge celosa con Otelo, ríe
con el payaso, mata con la Tosca,
con Isolda y Tristán de amor se embriaga,
¡con la valquiria espléndida se inmola!

Nueva York, 1904

FRENTE A LAS “PALISADES” DEL HUDSON

El cielo de otoño, do van confundidos
el gris de las nieblas y el diáfano azul,
palidece apenas, en vago crepúsculo,
del sol decadente¹ a la mustia luz.

La tarde está pálida. El viento muy leve
apenas agita el paisaje otoñal:
en una ribera, los verdes peñascos,
en otra, callada, la inmensa ciudad.

Las aguas tranquilas del río reflejan
azules y pálidas el cielo otoñal,
y viajan muy lentas entre ambas orillas
las velas blanquísimas de sportivo yacht.

El viento dormita. El yacht se detiene:
sus velas reciben del astro la luz.
Delante del barco la lumbre riëla:
un surco de oro en campo de azul.

Nueva York, 1904

¹ En la edición de Rodríguez Demorizi aparece escrito *decadente*.

ENSUEÑO

Para La Cuna de América

Es regio palacio de sueños
el bosque.
Los árboles tristes
se rinden a suave letargo,
que el invierno llega
mecido en las ráfagas
de los tormentosos vientos boreales.

El regio palacio,
el bosque,
se adorna de raros matices,
de rojos purpúreos,
de sangrientos rojos,
de rojos que tienen fulgores de incendio,
de pálido rosa,
del más moribundo amarillo.
Y danle los pinos su verde,
su verde triunfante.

Cual lamento vago
como lento arrullo,
de las hojas secas el caer se escucha.
¡Oh las hojas muertas,
oriental alfombra
del regio palacio de sueños!
Invierno, ceñudo,
con gélido soplo deshace
el regio palacio de sueños,

levanta el palacio imperial de la muerte,
de alfombras muy blancas,
de escuetas columnas,
de cielos muy grises.
En tanto, los árboles sueñan.
Ensueños de vida, de savia bullente,
de ramas profusas,
de frescas y vívidas flores.
¡Y de brisas cálidas,
de fecundo riego,
de aves amorosas, de cantos, de nidos!

Nueva York, 1904

ESCORZOS

A Enrique Ap. Henríquez

I

ADELINA PATTI

Como vive en los siglos la leyenda
del arte giego, la perenne magia
que aún en sus rotas, desoladas ruinas
suspende el pensamiento y le entusiasma,

Tal viaja por los años tu leyenda,
diosa del canto y de la escena maga,
y corren los asombros de tus triunfos
en el carro fulgente de la fama.

Tal se finge la absorta fantasía
tu voz —diamante, lirio, seda, nácar—,
tus glorias de Rosina y de Violeta.

Mas hoy si a ti se acerca, toda en ansias,
llora la admiración al contemplarte,
¡triste ruina, doliente, desolada!

II

MARCELLA SEMBRICH

Es el triunfo sonoro de tus arias
rival de la melódica floresta
donde impera en su trono de esmeralda,
monarca de los trinos, Filomela.

A la gracia vivaz y luminosa
con que animas la clásica comedia
¡oh compatriota de Chopin! adunas
dulces melancolías de *Bohemia*.

La cascada de perlas de tus trinos,
tus cavatinas lánguidas y lentas,
rememoran antiguos esplendores,

glorias fugaces de lejana época:
¡el genio de Mozart canta en tu canto
sus divinales notas postrimeras!

III

LILLIAN NÓRDICA

En la gloria divina de tu canto
palpita un alma melodiosa y tierna:
el alma, toda luces y dulzuras,
del arte ensañador de Italia y Grecia.

En la urna radiante de tu pecho
prende su sacro fuego la tragedia:
la llama de heroísmos y de amores
de la magna teutónica leyenda.

Cuando encarnas de Wagner las creaciones,
en gracia y en pasión, sobre la escena,
de tu genio evocadas al conjuro

miríficas se abrazan y conciertan
la sublime alma trágica del Norte
y el alma soñadora de la Grecia.

Nueva York, 1904

ANTE EL MAR

(Paráfrasis)

Mi corazón ¡oh mar! tiene sus olas,
sus furores, sus calmas, sus tormentas,
sus glaciales regiones solitarias
donde la nieve impenetrable reina,
hondas grutas pobladas de cantares
falaces cual la voz de la sirena,
nafragios espantosos, torreones
de altos castillos, de blancura argéntea,
que alzara la ilusión en sus delirios
a ser mansiones de la dicha excelsa
y cambió el tiempo en tumbas resonantes
do yacen hoy las esperanzas muertas.

Todo cual tú poseo, mas tu altivo
desdén jocundo de la suerte fiera,
¡oh perpetuo inconstante,
ansiara yo imitar!

Ante tu altar de rocas implacables
que enguirmalda la espuma iridescente,
mecido por el choque clamoroso
de olas votivas mil, cuando Selene
repose en la armadura de tu pecho
la joya nacarada de su frente,
mientras avanzan cual luciente coro
de vestales cantoras las rompientes,

y la mística estrella de la tarde
en el azul purísimo aparece,
te ofrendaré mis muertas alegrías,
mis tristezas profundas y perennes,
mis sonrisas ya mustias en su aurora,
mis ensueños que en nieblas desfallecen,
tú, escucha mi plegaria,
¡oh mar, soberbio mar!

Habana, 1904

MÁXIMO GÓMEZ

Fue... Sobre el campo, tenebroso y yermo
bajo la tempestad embravecida,
acosada en la furia de los odios,
el alma de la tierra perecía...

Hondos clamores de infinitos duelos,
sordos gritos de cóleras altivas,
eran voz de las ansias inmortales
del alma de la tierra dolorida.

Surgió... Postrero paladín gallardo
de la heroica legión de almas lumínicas,
¡fue roja llama de volcán que ruge
con la explosión de seculares iras!

¡La roja llama enardeció los campos,
de uno en otro confín corrió bravía,
cual sacro fuego redentor que infunde
al alma de la tierra nueva vida!

¡Era del legendario Hatuey hercúleo
el fiero orgullo, la pujanza invicta,
resurgiendo, en la noche tempestuosa,
albor triunfal del esperado día!

¡Era la fe del genio de los Andes,
su alta visión profética cumplida!
¡La centuria de magnas epopeyas
todo un mundo, una raza redimía!

¡Hijo postrero de la heroica estirpe,
último paladín de alma lumínica,
hoy te besa, al sentirte en su regazo,
el alma de la tierra estremecida!

Habana, junio 18 de 1905

LUX

(Inspirado en el dibujo *Lo inasequible* del pintor inglés Patten Wilson)

Fue en tiempos lejanos: cuando florecía
la raza de héroes bella y varonil;
cuando el milenario su sombra extendía,
cuando fe sincera las almas prendía,
y Amadises hubo, y hubo un Lohengrín.

Fue en tierras extrañas: reinos que se ignoran,
que en trágicos sueños puebla Maeterlinck
de bosques y alcázares do vírgenes moran
esbeltas y magras cual las de Puvis.

Era un caballero. Tan joven: su frente
aún tiñe un destello de gracia infantil;
en su ser la vida es ritmo potente,
y un cielo de ensueños se anima en su mente,
que en sus vivas ansias se juzga feliz.

Si joven, anhela emular los nobles
rudos caballeros de fazañas mil,
que ha fuerza en su pecho cual de recios robles
y es diestro en las armas cual un Belianís.

Las historias cuéntanle las magnas proezas,
las dulces victorias tras la brava lid:
cuales por amores, cuales por riquezas,
cuales en defensa del patrio país.

El mundo a sus ojos magnífico extiende
campo de heroísmos, de lucha viril,
do triunfa el que osado su espíritu enciende
en el noble culto de un excelso fin.

A él seduce aquesta sublime armonía,
soñada en visiones de austero ideal:
la cumbre do esplenden, en perpetuo día,
la inmortal Belleza, la suma Verdad.

Nunca oyó en las trovas de tal maravilla,
concepto más santo que el Santo Grial;
fue en libros vedados a gente sencilla,
cual pasto de herejes y origen de mal.

Libros en que el griego Platón discurría
sobre la potencia fecunda, esencial
que anima del mundo la inmensa armonía,
cuya ley suprema descubrir ansía
afanoso, el hombre, con empeño audaz.

En nocturnos sueños vislumbró distante
un templo marmóreo, de blancura astral,
donde custodiaba querube radiante
el alto misterio: la Luz inmortal.

La Luz, fuente prístina de toda la ciencia,
fuente de la hermosa, perfecta Verdad.
Un solo destello más rara excelencia
dará a nuestra vida...

Firme en su creencia
el templo soñado partióse a buscar.

A través de tierras, feudos y ducados,
visitó castillos, donde gran señor
era el que, pirata de tiempos pasados,
expoliaba ahora en nombre de Dios.

Vio los caballeros de forma pomposa
armados y prestos a lucha feroz
por ofensa nimia, por ruín quisicosa
que desdén inspira cuando burla no.

Miró las princesas, gentiles y blondas,
servir de botines al más luchador;
¡las pálidas vírgenes, de ojeras muy hondas,
en celdas sombrías soñando de amor!

Habló con los sabios, frailes y doctores,
de filosoffa, saber superior,
mas no de sus labios escuchó loores
de las aromosas, de las ricas flores
del pensar amable, sutil de Platón.

A cuantos propicios su plática oían
la ruta del templo preguntó con fe;
e inquirió de todos qué fin perseguían,
qué empeño juzgaban más digno de prez.

Dijéronle muchos: el sacro tesoro,
la tumba de Cristo, salva del infiel.
En España: hidalgo, lucha contra el moro;
un sabio alquimista: de crear el oro
indaga do existe, oculto, el poder.

Contóle un trovero que en valles perdidos
se hallaba la fuente de eterno placer,
el edén pagano de amores prohibidos,
el ansiado, espléndido, róseo Venus-berg.

Díjole el piadoso, venerable anciano
Gurnemanz: si aspiras al supremo bien,
si eres fuerte y puro, sin mancha, si ufano
renuncias los goces de tu ser mundano,
la gloria inefable del Grial te dará.

Mas nadie escancióle de la ciencia el vino
que dulcificara su ardorosa sed;
ilusión llamaron su templo divino,
y negaron, ciegos, la luz de su fe.

Al palor violáceo de un lento crepúsculo
llamó en apartada, severa mansión
que poblaba en casto y sereno júbilo
de una nueva Hipatia el semblante fúlgido,
del genio y la gracia mirífica unión.

Escuchó la dama sus cuitas. Y dijo:
—Sé extraños secretos de ciencia y dolor.
El templo que buscas con afán prolijo
existe... mas nadie sus puertas franqueó.

—Quizás un valiente de esforzada mano.
—Jamás: será víctima del fiero dragón.
—Yo habré de vencerle. —Tu empeño es en vano. —
¡Soy el destinado a triunfar!
Partió.

Fue larga la ruta... Montañas bravías
do rugen locuras en rudo aquilón;
abismo de bocas siniestras, sombrías,
donde en ígneos vórtices gira la pasión.

Desiertos de mustias, estériles vidas
que consume el ansia de un mundo mejor;
jardines do extiende sus ramas floridas
el árbol maléfico de la Tentación.

Aurora irisaba el cristal sidéreo
cuando, cual contraste de más puro albor,
rasgando de nieblas el cendal etéreo,
a su vista el templo soñado surgió.

Mientras anhelante, rápido marchaba,
mil huellas extrañas a trechos notó:
rotas armaduras que el tiempo oxidaba,
cascos, esqueletos... ¡Ay de quien osaba
hollar del Misterio la austera región!

Cercano, extasióle tan alta armonía:
¡nunca tan radiosa, la que en sueños vio!
En el manso ambiente su gloria esparcía
el inmarcesible, divino Esplendor.

De los sauces glaucos surgía en la fronda
de mármol y acero firme torreón;
brillaba en su altura, cual regio Golconda,
premio ansiado, el ánfora de níveo licor.

Pero allí, extendidas las alas ingentes,
vigilaba el ángel exterminador;
y a sus pies abría sus fauces rugientes
el hambriento Enigma, el voraz dragón.

Y endriagos perversos, junto de los fosos,
con fuerza indomable y astuta traición,
ataban con férreos lazos espantosos
al irreverente que avanzar osó.

¡Próximo su triunfo! El doncel avanza,
recoge el aliento con viva ansiedad;
embraza su escudo y enristra su lanza.
¡Mil otros peligros venció su pujanza:
rñdánsele ahora los genios del mal!

Mas cuando llegaba frontero del pórtico,
invisible mano le ató sin piedad.
Agitó los sauces un rumor insólito
e hirió los espacios cual ¡ay! melancólico
de blancas palomas el vuelo fugaz.

¿Ansió un imposible? ¿Sus fuertes cadenas
romperá? No gime ni jura el audaz:
¡mitigando el torvo negror de sus penas,
emerge el destello que en ondas serenas
en torno difunde la Luz inmortal!

Habana, 1905

LA SERPENTINA

Gira, corre, flota, vuela, canta, ríe...
 la bullente serpentina,
 en las ondas del espacio policroma se deslíe,
 grácil, rápida, divina.
 Cuando suena sus plateados cascabeles
 Carnaval,
 ella surge como reina de los gozosos tropeles,
 como sílfide en farándula triunfal.
 Es entonces suave y leve.
 Tal se escapa de una mano —mano tersa como flor—,
 con ritmo lento se mueve,
 y se enrosca sobre un cuello tentador.
 En la luz que incendia el aire,
 bajo el regio palio azul,
 su donaire
 es ligero, vaporoso como el tul.
 Ya sus velos apresura.
 Ya domina.
 Es señora de la altura
 la bullente serpentina.
 ¡Cual se agita! Centellea,
 todo lo cubre y enflora,
 como espuma de una rápida marea,
 cual diluvio de los tintes de la aurora.
 Teje lazos, velos, mallas...
 es Proteo: brota y salta por doquier.
 La enloquecen, cual si fuera el clamor de las batallas,
 el taf taf del automóvil y la trompeta del break.
 Es vértigo su carrera
 Ya es la reina del turbión.
 Es de víboras su larga cabellera.

Es su ritmo como un ritmo de Aquilón.
Mas a poco, dulcifica los ardores de su frente
 una lánguida caricia
 del fulgor opalescente
 que en el ocaso se inicia.
Y termina, fatigada, su carrera
 en un largo disminuyendo...
 cuando emergen de la azul cóncava esfera
 las estrellas maliciosas sonriendo.
Y es marchita, muelle alfombra cual de follaje otoñal,
 y en los árboles, fantástica cortina,
 cuando cesa su farándula triunfal
 la bullente serpentina.

Habana, 1905

EL PINAR

Para La Cuna de América

En el pinar, detiéndose callada
la mirífica luz frente a lo austero
de la violada sombra; abajo, el río
corre en sordo rumor, profundo y lento;
entre las oquedades del peñasco
temerosos refúgianse los ecos;
no se advierte un camino
abierto al día, en la región del sueño.
¡Ah! Brillando en la ignota lejanía,
cual presagio fugaz, surgió un destello.

México, 1907

A UN VENCIDO

Para La Cuna de América

¿Caíste? Dí: ¿deshecha la coraza,
libre tu pecho al enemigo dardo?
¿La fuerte lanza, rota
rodó a tus pies acaso?

¡Ah no! Soñaste con supremas
lides: el duelo del Peleida y el troyano;
Ares bronco vencido por Diomedes...
Y viste, con angustia y con espanto,
héroes y triunfadores,
a Tersites y a Pándaro.

¡Y esquivaste la liza!
Tornaste, sin heridas y sin lauros,
al hogar silencioso,
al fiel terruño patrio
donde, pensando en los que lejos luchan,
cantan su triste coro los ancianos.

¡Ah! ¡Tornaste sin gloria!
Sin herida y sin lauro!
¡Mas qué! ¿Sólo vileza hallaste? ¿Nunca
viste flotar sobre el ardido campo,
envolviéndolo en luces diamantinas,
la veste de la diosa de ojos claros?
¿Dónde tu fe, tu esperanzado brío,
dónde el arresto y la virtud del brazo?
¡Y si un blasón al menos
llevaras a tu albergue solitario!
¡Si en tu cuerpo, una herida
nutriera el germen de los odios santos!

¡ Ah! Vencido sin lucha,
porque no viste en liza a los gallardos,
porque mancharon, al pasar, de lodo
tu escudo refulgente los enanos;
te doblega el primero
juvenil desencanto,
y las armas guerreras
intactas vuelves a los lares patrios.

Pero no sabes, pálido vencido,
vivir feliz en el hogar lejano,
indiferente al estridor de guerra;
y no podrás, con tu dolor amargo
y tu anhelo marchito,
vivir seguro como el persa bardo
en la gran soledad de sus ensueños,
en el sonoro orgullo de sus cantos.

México, 1909

A UN POETA MUERTO

En memoria de René López

¡Caíste! Van de púrpuras vestidas,
tu ocaso a acompañar, las nubes lentas;
y muere en el confín póstumo rayo,
última luz de tu fugaz promesa.

¡Quien vio la aurora prístina, radiosa!
¡Quien oyó el canto, al despertar la selva!
Mientras emerge el sol con lumbre flava,
tu voz en trino inacabable suena...

¡Y las arpas del bosque!
¡Y la mañana espléndida!
Tu voz, diáfana y pura,
es todo el canto de la primavera.

¡Yo no sé cuál maléfico Faetante
del gran carro del sol asió las riendas!
Súbito es un delirio la mañana
con el furor de la solar carrera.

Se torna aciago el día.
Arde y abrasa, o ya se nubla y vela.
Vientos asoladores
azotan por el valle y la eminencia,
y en pávidos clamores se convierten
las voces seculares de la selva.

Te arrastra el torbellino.
Torvo rumor se eleva;

y en medio del horror que te circunda
y el bárbaro fragor que ruge y truena,
tu voz en gritos estridentes rompe
como la del alción en la tormenta
pero a veces, venciendo el rudo estrago,
vuelve a sus notas límpidas, gorjea,
y entona, con arpegios cristalinos,
el dulce canto de la primavera...

Y allá vas, con la racha tormentosa,
lanzando, en gritos de tu voz enferma,
notas de plata entre clamores roncros...
Con el furor de la solar carrera,
es un vértigo el día,
y el ocaso está cerca...

Y llega al fin. ¡Cuán presto!
Ya la noche comienza...
¡Oh cantor sin ventura y sin reposo!
Tu vida breve me arranca una queja,
porque tuviste la virtud del canto
y fuiste ¡nada más! una promesa.

México, 1909

TODO LO QUE PASA ES BELLO...

Un resplandor de aurora te anunciaba.
Y en el trino del ave Poesía
un júbilo mirífico estallaba:
la aparición del astro predecía.

Y fue un meridional deslumbramiento.
Toda se conmovió la selva agreste.
Sonar el alma absorta oyó en el viento
una cántiga lírica y celeste.

Recogida en fervor, y temerosa,
osó mirar al cielo el alma mía.
¡Oh visión inmortal de oro y de rosa,
nunca soñada por la fantasía.

Sí, sobre el sol hermosa, rara estrella:
toda la luz del sol, más dulce y pura.
Era, al pasar, su esplendorosa huella
florescencia de rosas en la altura.

¡Ay! Cuando más absorta se extasiaba,
sintió mi alma ensombrecerse el cielo.
Rauda, fugaz, el astro se alejaba.
Reinó la noche: el insondable duelo.

¿Fuiste un astro fugaz? ¿Una quimera?
Con la mirada en el confín distante,
tímida suplicando mi alma espera
que surja una vez más el astro errante.

DESPERTAR

¡Esplendor del libérrimo día!
Tras el sueño y la noche falaz,
el tropel fugitivo de sombras
ante el brusco y veloz despertar...

A la absorta mirada se ofrece
el camino de sol y de paz.
Mas no el cielo de albas se cubre
ni seduce miraje ideal:
es la luz que ilumina las sendas
roja luz de la muda verdad.

A lo lejos en niebla se esfuma
cuanto fue deleitoso y vivaz,
y en color y sonidos mentía
el portento de un mundo inmortal.

¿Volverán las miríficas formas
la fantástica noche a poblar:
las marmóreas columnas del templo:
bajo el pórtico, lucha y solaz;
sombra amiga del plátano agreste,
del Iliso en la margen feraz?

¡Ay, si el sueño me asalta en la ruta
sin que el término logre alcanzar...!
¡Oh visiones! Dejad que camine
en mi senda de sol y de paz.

IMITACIÓN D'ANNUNZIANA

Quando nella mia casa, hospite caro...

A Alfonso Reyes, orillas del Lago de Chapala, enviándole una ofrecida disertación platónica.

Cuando en mi humilde casa, huésped caro,
te torne a ver, si Cronos es propicio,
verás cómo el mundano maleficio,
ahuyenta de mi espíritu, con raro,
sutil influjo y paternal amparo,
el sereno Platón. Tú, que el bullicio
urbano esquivas (¡Rústico Salicio
anhelas ser!) y bajo el cielo claro
junto a la clara onda, plena aspiras
la paz rural ¿presientes, manso y quieto,
este *hortus deliciarum* de la idea?

Dime, ¿sorprendes música de liras
del lago y frondas en el gran secreto?
Va el tributo amistoso: ¡grato sea!

*La Mariscal, México,
15 de septiembre de 1911*

EL NIÑO*

Ideas de Rabindranath Tagore

—¿De dónde vine, madre?
¿De dónde vine a ti?
—Viniste de mis sueños,
de cuanto amé y sentí.

Cual temeroso pájaro
que espera el nuevo sol,
estabas escondido
aquí en mi corazón.

Estabas en los juegos
de mi niñez feliz;
y sobre los altares,
como deidad te vi.

¡Oh misterioso encanto!
¡Prodigio del amor!
tener entre mis brazos
el tesoro mejor!

* Publicado por primera vez en la colección *Ariel* 8 (7): 92, 1916 y por segunda, en el semanario *El Figaro*, 13 de enero de 1918, p.37

TEATRO

EL NACIMIENTO DE DIONISOS

(ENSAYO DE TRAGEDIA ANTIGUA)

JUSTIFICACIÓN

En este ensayo de tragedia antigua se ha tratado de imitar la forma trágica en uso durante el período inmediatamente anterior a Esquilo: la forma que, según las noticias llegadas hasta nosotros, empleó el poeta Frínico, y cuyas características son el predominio absoluto del coro y la intervención de un solo actor en cada episodio. No se ha omitido ninguna de las partes esenciales de la tragedia griega: el “Parodos”, la entrada del coro; los “Episodios”, que contienen la acción (forma primitiva de nuestros *Actos*); los “Stasima”, cantos del coro que separan los episodios; en cuanto al “Éxodo”, el final, he adoptado, no la forma en uso desde Esquilo, en la que se desechaba generalmente la forma lírica en favor de la dialogada, sino una de las formas primitivas, que subsiste todavía, por ejemplo, en *Los persas* del propio Esquilo: las voces alternas del coro y el actor. He introducido también el “Commos”, lamento alternado del coro y el actor, parte no imprescindible, pero sí tan usual que cabe llamarla característica de la tragedia griega.

Si este ensayo en un género esencialmente poético no está escrito en verso, débese a la dificultad de emplear metros castellanos que sugieran las formas poéticas de los griegos. He preferido la prosa, ateniéndome al ejemplo de muchos insignes traductores de las tragedias clásicas, uno de ellos no menor poeta que Leconte de Lisle. Con relación a las estrofas, antistrofas y épodos, debo recordar, a quienes juzguen absurdas las estrofas en prosa, que estas palabras, significaban originariamente los movimientos del coro. En el lenguaje, he tratado de seguir principalmente las formas de los trágicos, conservando, entre otros detalles, el uso variable (arbitrario en apariencia, pero psicológico en realidad) de singular y plural en el coro.

Si mi ensayo de tragedia no corresponde a la concepción moderna del conflicto trágico, no altera la concepción griega: como desenlaces sin desastre, y a veces jubilosos, recuérdense los de *Las suplicantes* y *Las Euménides* de Esquilo, el *Edipo en Colona* y el *Filoctetes* de

Sófocles, el *Ion*, la *Helena*, la *Ifigenia en Táurida* y la *Alceste* de Eurípides. El desenlace de muchas tragedias griegas era el establecimiento de un culto: el de las Euménides en Atenas, por ejemplo.

PERSONAJES:

Coro de mujeres de Tebas

Semele

Hermes

Cadmo

Iris

Dionisos

PARODOS

CORO

Aquí llegamos las mujeres de Tebas ante las puertas del palacio de Cadmo, solícitas en nuestro amor a esta raza ilustre. Nuestro corazón está lleno de gratitud para Cadmo, cuya sabiduría es hija de Gea, venerable nutriz del don profético, y cuyo valor alcanza la protección de Palas, la virgen de fuerte lanza; Cadmo matador del dragón, inventor de los gráficos signos, fundador de Tebas la de las siete puertas, maestro de las artes pacíficas y las industrias de la guerra. Pues desde que él hizo nacer de la tierra cosecha de caballeros armados, Tebas rica en guerreros es temida entre las ciudades; y él hace fructificar sobre el suelo la magnanimidad de su poder, como el trigo maduro lleno de espigas de oro.

Pero he aquí que graves desazones afligen a la raza cadmea. La discordia divide a las hijas de Cadmo y Harmonía. Semele, la de espesa cabellera, ha sido amada por el poderoso Zeus, y espera como fruto de su vientre nuevo dios que sea protección y honor de Tebas; pero sus hermanas, Ino y Agave y Autonoe, la acusan de sacrílego engaño. Mi corazón se contrista al considerar esta disensión lastimosa en familia egregia; vacilo entre el temor de ofender la majestad olímpica de Zeus Cronida y el deseo de que la ciudad posea un dios tutelar, y ansiosa espero el día en que se ostenten claros los designios divinos.

Estrofa. Entretanto, quiero recordar la esforzada virtud del monarca venerable y los hechos famosos que ilustran los orígenes de mi ciudad nativa. Los dioses me inspiran para que elogie el esfuerzo tenaz que levantó los muros tebanos, sobre el suelo escogido por la bestia apolínea, a la orilla del Ismeno impetuoso, y el valor osado que dio muerte al dragón de roja cresta.

Antistrofa. Los dientes del dragón devorador de hombres hicieron nacer, sembrados en el polvo, la raza de mis antecesores, guerreros de bronceína armadura resplandeciente. Y Atenea, protectora de

las ciudades, dio al héroe poder sobre esta fértil tierra oscura, pródiga en claras fuentes; y él la hizo rica por sus labores, y la fama de Tebas próspera y aguerrida se extendió por toda la Hélade.

Estrofa. Ni olvido el don de Zeus omnipotente. Fuiste tú, brillante Harmonía, fiel e irreprochable, hija de Ares invicto y de Afrodita áurea, la esposa destinada por el soberano inmortal a compartir el lecho de Cadmo y el trono de Tebas.

Antistrofa. Y fueron tus nupcias esplendor y orgullo de la tierra, abrumada de gozo por la presencia de los olímpicos, que para honor de los desposados ilustres descendieron de sus moradas inquebrantables.

Estrofa. Pero a vosotras, hijas felices de la pareja favorecida por los dioses, los augurios os declaran madres de héroes. La suerte de los héroes es siempre triunfo y sacrificio. Cantemos Ailino, Ailino, pero que venza al fin la buena fortuna.

Antistrofa. Semejantes a las plantas que se coronan de hojas verdes en la margen de los ríos, generosos padres de la vida lozana, habéis vivido junto a la pródiga virtud paterna. Os agitan ahora vientos que son amenaza de destrucción y promesa de vigor. Cantemos Ailino, Ailino, pero que venza al fin la buena fortuna.

Epodo. Más que ninguna consagrada a las Moiras por los presagios, Semele anuncia el nacimiento del dios epónimo de Tebas, hijo de Zeus tonante. Hay sombras y luces en los presagios. Ante su misterio cantemos Ailino, Ailino, pero que venza al fin la buena fortuna.

Estrofa. Zeus Cronida, cuyo cetro sostiene la excelsitud de Olimpo, tuya es la cólera resonante del trueno y tuya la gloria refulgente del relámpago, tirano de los ojos mortales.

Antistrofa. Tuya es también la sonrisa del cielo abierto, luz apacible, blancura de nubes, serenidad infinita, deleite de los humanos ojos.

Estrofa. Impenetrables son los designios de Zeus y oscuros los sueños y los augurios de las aves. No aspiro a conocer el arcano terrible; acato la ley de la Voluntad suprema y temo a sus cóleras ardientes.

Antistrofa. Pero la clemencia de Zeus se ostenta en la clara serenidad del cielo; Iris, la virgen alada de clámide polícroma, es la portadora de los mensajes de paz. Sea siempre benévolo el poder de Zeus.

EPISODIO I

SEMELE

Vengo, mujeres de Tebas, del palacio en donde fui otro tiempo hija dilecta y soy ahora recibida con ceño adusto. Mis padres me acogen en silencio y oyen con tristeza mis palabras. Mis hermanas son mis enemigas, porque la envidia fácilmente se apodera del corazón femenino. El poderoso Zeus, que rige el Olimpo e impera sobre los inmortales y sobre los mortales, ha deseado conceder a Tebas el ser cuna de nuevo dios portador de bienes innúmeros para campos y ciudades, y ha escogido entre todas las mujeres a esta hija de Cadmo y Harmonía, para ser la madre de su hijo divino.

Pero ved que mis hermanas me acusan de sacrilego engaño y me imputan ofensa a la majestad de Zeus. A vosotras acudo, a vuestros jóvenes pechos maternos, pues no ignoro vuestra fidelidad a los designios de las uránidas y a las acciones ilustres de los héroes, para que encendáis en vuestro corazón la llama viva del amor que debe acoger al dios amable. Por mí se dirá que en Tebas las mujeres mortales tienen hijos inmortales. Tened fe y esperanza, mujeres de Tebas.

CORO

Mi corazón se regocija con tus palabras, pero teme ofender.

SEMELE

¿Por qué alimentas temores?

CORO

Ignoro los designios divinos.

SEMELE

¿No ves clara la voluntad de Zeus?

CORO

Temo me engañe la esperanza.

SEMELE

Confía en la verdad que te diga tu corazón.

CORO

Mi corazón presente a un tiempo mismo dichas y males.

SEMELE

Aleja de ti los pensamientos negros.

CORO

Quisiera fundar la fe en la certeza.

SEMELE

El nacimiento, ya no lejano, del dios que alienta en mis entrañas, disipará tus dudas. Todo será esplendor y contento de la tierra en el fausto día. Pero he ansiado dar a vosotras, y a mis padres contristados, y a mis hermanas envidiosas, y a toda la ciudad de Cadmo, clara muestra del favor que me otorga el augusto Zeus. Él penetra en mi morada bajo la apariencia de simple mortal, y así me ama. Día por día ruegole, sin alcanzarlo aún, me conceda verle circundado de la majestad con que se presenta a su divina esposa Hera. Pero ha jurado, derramando en el polvo sitibundo agua de la Estigia incorruptible, acceder a todas mis súplicas. La rogaré de nuevo y confío ¡oh mujeres de Tebas! en que descienda circuido de esplendor olímpico para dar testimonio del favor que ha prometido a esta tierra. (*Exit*).

STASIMON I**CORO**

Estrofa. ¡Ay me! ¡Que presiento desgracia! No es dado a los mortales contemplar la forma divina sin deslumbrarse, ni la presencia terrible de Zeus sin perder la vida. Temo que los deseos ambiciosos de esta hija de Cadmo la lleven a perecer y perezca con ella la carga divina de sus entrañas.

Antistrofa. ¡Ay me! ¡Qué de males se avecinan! Ciegos están quienes pretenden alcanzar esplendor de dioses. Presiento la tempestad que ha de abatirse sobre la casa del hijo de Agenor y el duelo que ha de afligir al heroico anciano en su vejez.

EPISODIO II

CORO

¡Dioses inmortales! ¡Qué espectáculo contemplan mis ojos! ¡Qué espanto cae sobre la tierra! El rayo desciende, más que nunca ingente y airado, sobre la morada de Semele. Mi vista se ciega y no puede resistir tanta luz. ¡Ay! ¡Ay! La tierra se estremece y llena los aires estrépito fragoroso. Caigo prosternada en el polvo. Acorredme, dioses inmortales. Sé clemente, Zeus Cronida.

Ha cesado ya el fragor terrífico. Trémula todavía por el espanto tiendo la mirada para conocer el desastre. He aquí que la morada de Semele es consumida por el fuego y la hija de Cadmo no se levanta de entre los escombros. La piedad señora mi alma, pero temo acercarme a la mansión herida por el rayo. Suplícote, Zeus omnipotente, salves al dios próximo a nacer. A ti acudo también, Peán protector.

Pero ved que Hermes llega rápido hacia aquí. Aunque asume forma de mortal, por su casco alado le reconozco, y por sus insignias de heraldo. La presencia del dios prudente sosiega mi ánimo, y confío en que traiga del Olimpo palabras de esperanza.

HERMES

Tranquilizaos, mujeres de Tebas, que os traigo palabras de consuelo. Semele ha perecido, frágil forma humana devorada por el fuego de la divina presencia, pero Zeus no quiere que perezca el fruto de su vientre, el dios prometido a la ciudad de Cadmo.

CORO

Tu llegada calma mi ansiedad, pero mi corazón se desgarrar ante la certidumbre de la muerte de Semele.

HERMES

Bien está que llores a la hija de tus príncipes, pero no olvides que Zeus es clemente para tu ciudad.

CORO

¿No perecerá el nuevo dios?

HERMES

Zeus me envía a salvarlo del incendio.

CORO

Y ¿cómo podrá vivir, si no era llegada aún la hora de su nacimiento?

HERMES

Zeus lo guardará dentro de su propia carne, cerrándola con aureos broches, para que se nutra con sangre olímpica, mientras las Moiras terminan la obra comenzada.

CORO

¿Y cuándo verá la luz este dios prematuramente huérfano?

HERMES

Cuando llegue el día en que debió nacer del vientre de Semele; así nacerá dos veces.

CORO

¡Suerte excepcional, feliz y a la par desgraciada!

HERMES

Guardad en vuestro corazón la memoria de Semele, pues como ella sois jóvenes y sois madres. El dios que Zeus ofrece a Tebas tendrá para la madre tristemente muerta, muerta sin conocer la gloria de su hijo, la más piadosa recordación: santuario de ternura será su alma. Conservad vuestros corazones como urnas perfumadas de piedad para ser gratas al dios epónimo de la ciudad cadmea. (*Exit*)

STASIMON II**CORO**

Preludio. Las palabras del mensajero olímpico me inundaron de amor para el dios cuya gloria presiento; pero todavía me agobia con pesadumbre de montaña el fin pavoroso de Semele.

Estrofa. Cae sobre mí el dolor como lluvia lenta, y mis ojos dan salida a los raudales de mi corazón lleno de amargura. Lamento con gemidos la suerte de la que no logró ver el nacimiento del hijo ansiado. ¡Ay! ¡Ay! ¡Madre sin ventura!

Antistrofa. El dolor me abrasa el pecho como fuego inclemente y sale fuera en llamas rojas. Alzo clamor ante la suerte de Semele, descendida al oscuro Hades cuando su cuerpo florecía de juventud como el jacinto en primavera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Juventud desgraciada!

Estrofa. ¡Lamentable hija de Cadmo! Martirio fue para ti concebir un dios; sola y desdeñada viviste, y al fin te consumió el fuego de tu divino amor, la presencia radiosa del amado inmortal. Atrozmente espían los mortales el deseo de igualar a los dioses.

Antistrofa. ¡Raza lamentable de Cadmo! Ilustre y dichosa hasta ayer, privilegiada en el favor de los soberanos poderes del Olimpo, duérome presintiendo larga serie de males que afligirán de hoy más tu casa. La balanza de la Moira es fiel, y para vencer la fuerza de los dones gloriosos, comienzan a caer a la opuesta parte gérmenes de calamidad perdurable.

EPISODIO III

CADMO

Yacía en mi palacio bajo el ala de la sombra, porque presentí que descendería sobre mi raza el primer golpe de Atropos, la Moira implacable. Oí las palabras orgullosas de Semele, sin que lograran librarme de la duda que me laceraba como herida que sangra interiormente; pero el brillo y el fragor del rayo me hicieron comprender la verdad de sus palabras y la tremenda realización de sus deseos. El terror me aprisionó, ató mis manos y nubló mi cabeza. Pero escuchando ahora vuestros lamentos y clamores, salgo a darme cuenta del suceso fatal. Tú, que sin duda lo contemplaste, dime si Semele ha muerto.

CORO

Bien te dijo tu corazón: tu hija pereció abrumada por la divina presencia. Contempla los escombros humeantes de su morada. Pero sabe que Hermes vino a salvar del desastre al hijo de Semele, y ascendió al Olimpo llevándolo consigo para entregarlo a Zeus, en cuyo cuerpo quedará encerrado hasta la hora del nacimiento.

COMMOS

CADMO

Estrofa. Como príncipe de esta ciudad ilustre, tributo mi gratitud a Zeus; pero mi corazón de padre está desolado por la muerte de la hija dilecta.

CORO

Lamenta, rey de Tebas, el destino tremendo de tu hija; lamenta los males que caen sobre tu raza gloriosa.

CADMO

Antistrofa. Con golpes hiero mi pecho, meso con desesperación mis cabellos; el dolor me acosa como hambriento lobo.

CORO

Uno mis lamentos a los tuyos; no ignoro cuán duro trance es la eterna partida de los bienamados.

CADMO

Estrofa. ¡Ay! ¡Ay! ¡Hija sin ventura! ¿Por qué no tuve fe en tus palabras? Trajiste gloria a tu raza, y tu raza se apartó de ti; no supo escuchar el divino mensaje.

CORO

¡Ay! ¡suerte lamentable! El amor de Zeus es justo motivo de orgullo; pero el esplendor olímpico no es para los ojos mortales.

CADMO

Antistrofa. ¡Ay! ¡Ay! ¡Madre sin ventura! No conocerás la gloria prometida a tu hijo; al abrasarse tu cuerpo, sin duda creció tu angustia pensando que contigo perecía el fruto de tu entrañas.

CORO

¡Ay memorias dolientes! La muerte de las madres jóvenes es duelo de la tierra, y es recuerdo piadoso para los hijos.

CADMO

Estrofa. Dolorosa será mi vejez, huérfana de tu amor; y mi morada, llena de tus memorias, será muda evocadora de perennes tristezas.

CORO

Profundo es tu mal ¡oh anciano heroico! y duélome por tu corazón herido.

CADMO

Antistrofa. Si mi voz puede llegar a tu morada sombría, oye los clamores paternos, acepta el amor que te fue esquivo en tus días supremos.

CORO

Yo también deploro el desastre; lloro a los muertos y honro sus tumbas; me inclino ante los golpes de la Moira.

CADMO

Epodo. Fuentes de lágrimas eternas son mis ojos: ellas regarán tu sepulcro y caerán sobre el fuego que te consume.

CORO

Llevaré mis ofrendas a la tumba de Semele, para que Hades devorador sea propicio a sus manes. Acato reverente los designios de la Voluntad augusta.

CORO

Pero no eches en olvido ¡oh Cadmo! los dones de Zeus; álzate con fortaleza y ordena los tributos que deben ofrecerse al dios epónimo.

CADMO

Cuerdamente hablas. Reprimo la corriente de mis lágrimas y atiendo a mis deberes de príncipe. De hoy más será lugar santo la mansión herida por el rayo; allí fue concebido el dios, y allí descendió la majestad de Zeus. Cerca de las fuentes se edificará el templo del dios pirogénito; y el fresco rumor de las aguas hará grato el ambiente. Acoged vosotras con regocijo su fausto advenimiento. Yo retorno a mi palacio a refugiarme bajo el ala de la sombra. (*Exit*).

STASIMON III

CORO

Estrofa. Se ha calmado la tempestad cuyas alas coléricas azotaron mi frente. Descansa en paz, hija desgraciada y gloriosa de Cadmo, que no faltarán a tu sepulcro los ritos y las ofrendas venerables. Entretanto, me dispongo a recibirte, hijo de Zeus, honor de Tebas, gloria de la tierra. ¿Cómo te llamaré? ¿Con qué nombre habré de invocarte?

Antistrofa. Invade mi ánimo quietud serena. Se acerca ya la hora feliz en que ha de nacer de nuevo, desprendido de la carne inmortal del padre Zeus, el hijo de Semele. La paz de los cielos se refleja en mi pensamiento. ¿No veo lucir el signo de la gracia? ¿No es Iris la que desciende rápida?

EPISODIO IV

IRIS

Devorando el espacio con vuelo de paloma silvestre llego a vosotras, fieles mujeres de Tebas; os traigo palabras aladas del padre Zeus. Llegó la hora fausta del nacimiento de vuestro dios epónimo, y el soberano de los inmortales, abriendo su carne sagrada, lo ha dado a la vida. Las ninfas, vírgenes ligeras y alegres, coronadas de flores nuevas, bañan en las aguas cristalinas de la fuente Dircea el cuerpo glorioso del recién nacido, cuya blancura brilla bajo los rayos benéficos de Helios. Junto a la fuente ha brotado la planta simbólica: la vid que acendra energía y dulzura en su fruto de oscura corteza; ved ahora cómo surge de entre las ruinas de la mansión azotada por el rayo de Zeus, cobijándola con sus sombras verdes y púrpúreas. Ha invadido también las laderas del monte Nisa, en cuyas cavernas, llenas de grato frescor, florecerán los primeros años del hijo de Semele, al cuidado del astuto Sileno. Pronto llegará hacia aquí el dios niño, vestido de blanco y oro, a anunciaros su poder.

CORO

Mi corazón está lleno de júbilo, júbilo que anhela saltar como chorro de manatíal borbotante. ¿Cómo llamaré al dios? ¿Con qué nombre le invocaré?

IRIS

Le llamarás Dionisos, porque su ser participará de la brillantez del cielo y de la humedad de la tierra. Le invocarás con muchos nombres: Dítirambo, Baco, Lisio, Lenco, Basáreo, Eleuterio, Evio, Bromio, Zagreo; y así conmemorarás su doble nacimiento, y el don que hará a los mortales, y el entusiasmo de su culto, y los trances de su vida heroica. Porque él dará a los humanos nueva riqueza, causa a la vez de gozo y de mal: el jugo de la vid de purpúreos racimos. Él será libertador de los corazones, animador de los labios, generador de los pensamientos elocuentes, inspirador de pasiones ardorosas y de iras horribles. Tendrá poder gemelo al de la venerable Deméter, como sobre terrestre olimpo; su espíritu, formado de fuego y de rocío, presidirá la germinación bullente de la savia; en su cortejo formarán las ninfas de las fuentes y los árboles, las Dríadas que vuelan entre las frondas y las Híadas que recorren los caminos líquidos; y se unirán también Pan arcádico, con sus rústicos hijos, y los sátiros alegres y veloces. Apolo, señor de la lira mirífica, le dará, para que en ella reine, una de las dos cumbres del Parnaso; desde allí regirá la música de las flautas, y nadie que le desconozca podrá entonar hermosos cánticos. Él presidirá los más ardientes y graves misterios; reinará por fin en las fiestas de las ciudades, y su nombre será inseparable de las glorias de la Hélade.

CORO

Gracias te doy por tus palabras aladas, hija de Taumas, y me regocijo con tu mensaje.

IRIS

Dispónete, pues, a recibir a Dionisos, que presto vendrá hacia aquí. Recíbele con voz de entusiasmo. (*Exit*).

STASIMON IV

CORO

Estrofa. Late con ritmo acelerado mi corazón y me impulsa a danzar de alegría. ¡Bienaventurado hijo de Zeus, opulento Dionisos! ¿Cómo te honraré? ¿Qué tributos te ofreceré que más gratos te sean?

Antistrofa. Quiero entregarme al culto entusiasta, quiero celebrar a Dionisos inspirador. ¡Dios tutelar de mi patria, Evio portador de la buena nueva! ¿Qué himnos te cantaré? ¿Qué fiestas serán más dignas de ti?

EPISODIO V

(APARICIÓN DE DIONISOS)

CORO

¡Llega, dios niño, dios virginal, coronado de yedra, coronado de pámpanos, coronado de serpientes; Dionisos fructuoso, lleno de aromas, portador de mieles, amigo de Deméter, maestro de las Gracias; Bromio deleitable, Evio inspirador, Baco benévolo, Leneo resonante, Zagreo rugiente, Eleuterio, libertador de corazones, libertador de espíritus! Inspíranos para que dignamente celebremos tus ritos; inícianos en tus misterios sagrados; aquí tendrás tu templo, cabe las fuentes gratas.

DIONISOS

Vengo tan sólo a anunciaros mi reinado; Tebas, patria de mi madre muerta, será la primera ciudad helena que conozca mi culto; así está prometido. Pero aún no ha llegado la hora. Antes iré al monte Nisa, donde me espera, afable y prudente, el maestro Sileno; y cuando transcurra mi infancia, rápida y floreciente como conviene a un dios, iré a llevar mis dones a los pueblos lejanos, recorreré el Oriente, venerable dominio del culto de la madre Rea, que guarda la clave de los ritos de la naturaleza; moraré en las selvas índicas, y atravesaré los llanos ardientes de la Persia, y la Arabia feliz, y el Asia menor bañada por el mar sedoso; y me detendré en la Lidia rica en oro y en la Frigia famosa por sus corceles; y tornaré por fin a esta ciudad ilustre, para darle la flor de mi sabiduría. Yo traeré nuevas virtudes a la Hélade; no lucharé con los olímpicos, reinaré sobre la tierra, a los humanos daré mi sangre, y prestaré esplendor al culto imperecedero de Zeus omnipotente, porque los dioses nuevos no vienen a luchar con los antiguos, sino a acrecer el sentido religioso de la tierra. Mientras tanto, conservad en vuestro corazón el entusiasmo que debe acoger mi culto; venerad la mansión herida por el rayo, donde crecen ya mis vides sagradas; regocijaos por la ciudad de Tebas, regocijaos también por Semele, a quien libertaré del Hades sombrío, llevándola a las moradas inmortales, y por Cadmo, que a su vejez, convertido en serpiente sutil, morará en la vecindad maternal de Gea; regocijaos por la alegría

que llega a la tierra, y no lamentéis los males que mis dones causen, porque el delirio dionisíaco será la obra de las ocultas voluntades ascendentes y elevará a los mortales por sobre el dolor hacia la vida plena. Esperad mi retorno triunfal; las mujeres de Tebas serán las primeras bacantes de la Hélade.

CORO

Esperaremos, niño divino, tu madurez y tu regreso. Entretanto, no olvidaremos los ritos debidos a la tumba de tu madre ilustre, y alimentaremos en nuestro corazón los gérmenes de entusiasmo y esperanza. Aprenderé a invocarte, dios juvenil, dios virginal, dios doloroso y heroico, gozoso y triunfante. ¡Salve, Dionisos, Baco, Evio!

ÉXODO

DIONISOS

Preludio. ¡Cantad Io Peán, Io Peán!

CORO

¡Io Peán! ¡Io Peán!

DIONISOS

¡Cantad Evohé, Evohé!

CORO

¡Evohé, Evohé!

DIONISOS

Estrofa. ¡Io! Preparad los tirsos y las coronas de yedra y las pieles de ciervo; disponed las ramas de pino que deben arder esplendorosamente y las ramas de laurel que deben agitar el aire; aprestad al sacrificio cabras y ovejas.

CORO

Ya ansío purificarme para ser iniciada en tus misterios, y ornarme con tus galas espléndidas, y portar las insignias de tu culto.

DIONISOS

Antistrofa. ¡Io! Preparad las flautas armoniosas y los resonantes tambores; disponed el culto en las montañas, y ensayad los juegos brillantes, y los cantos de los viñedos, y las danzas ardorosas.

CORO

Quiero recorrer las florestas, entregándome a los ritos jocundos, y sentirme transportada con las alas que darás a los que sigan tus giros veloces.

DIONISOS

Epodo. ¡Io! ¡Io! Yo os guiaré a los bosques sacros, poblados de espíritus amables, vida del mundo verde; respiraréis los hondos aromas, y domaréis los seres salvajes, y yo os daré el agua de mis fuentes y la miel de mis panales y la sangre de mi cuerpo.

CORO

Te cantaré siempre, me uniré a tus cortejos, y me poseerá tu delirio, dios de mil nombres, dios de mil coronas. A Dionisos los himnos exaltados, las antorchas fulgurantes. ¡Io Peán, Io Peán! A Dionisos los sacrificios ardientes, las danzas vertiginosas. ¡Evohé, Evohé!

CUENTOS

EL HOMBRE QUE ERA PERRO

En uno de mis eternos viajes —me refería el señor Garduño— of una de las “historias extraordinarias” cuyo misterio me ha hecho cavilar más... aunque como es de suponer, nunca lo he descifrado. ¡Ni nunca espero descifrarlo!

A bordo del barco donde navegaba, en la ocasión, iban mexicanos: uno, el que me contó la historia, era original como pocos. ¡Ya es decir! No olvide cómo abundan en México las figuras originales: lo son en todos los sentidos posibles, mejores y peores. Pues este mexicano, joven todavía, de nombre raro que sonaba a japonés, había llevado una vida de peripecias curiosísima. Naturalmente había sido un oficial en una revolución. Pero tenía poco del tipo en que personificamos nuestra noción del militar de revoluciones. Era leído y curioso: la historia extraordinaria me la contó planteándome el problema extraño que implica.

—Sabrá usted —me dijo— que en México tenemos brujos indios a quienes el pueblo da el nombre de nahuales, ¡el nombre que en otro tiempo designaba a los ciudadanos del Imperio Azteca! ¿Cree usted en los fakires?

—Francamente —le dije—, no estoy convencido de su poder. Las hazañas maravillosas que de ellos se cuentan no me han sido demostradas. Y son siempre unas mismas: desde que los ingleses llegaron a la India se repiten dos o tres fábulas con ligeras variaciones. El último retoque, según parece, es afirmar que mientras los espectadores dominados por el fakir contemplaban escenas terribles, una cámara fotográfica retrata al dominador cruzado de brazos, imperturbable. Su compatriota Amado Nervo es de los que repiten la conseja.

—Muy bien; mientras menos crea usted en estas cosas, mejor me aclarará la verdad de lo que voy a relatarle. ¿Qué diría usted si conociera a uno de los nahuales nuestros? Ha de saber que se trasforman en animales.

—No creería nada.

—Muy fácil. Pero ¿qué diría usted si tres o cuatro personas le aseguran tener delante de sus ojos a un animal que usted no ve?

—Me figuraría que padecen una alucinación colectiva..., aunque no sé a punto fijo cómo ocurren esas cosas ;si es que ocurren!

—¿Y si de pronto también usted viera el animal?

—¡Amigo mío, es demasiado suponer!

—Pero supóngalo usted. ¡A mí, precisamente, eso me ha sucedido!

—Creería que acabaron por contagiarme con su alucinación.

—¿Y no creería que el animal existe?

—No lo creería.

—Pero si el animal existiera, si usted hubiera de convencerse de que existe, ¿qué diría?

—Diría que estuve alucinado cuando no lo veía.

—Y si, ya convencido de que vio al animal, descubriera que realmente era un hombre quien tomaba aquella figura, ¿qué diría? Si el hecho resultara innegable —supongamos—, ¿cómo lo explicaría?

—Puesto a explicar, en la situación que suponemos, nunca creería que el hombre se transformó en animal; acudiría a la explicación que corre por ahí sobre los fakires y diría que aquel hombre, por sugestión, compele a los demás a verlo bajo formas extrañas sin que le sea necesario ;ni posible! asumirlas en realidad. Pero narre su caso. Para suposiciones y concesiones, ya le hice demasiadas; vamos al hecho.

—Ya lo verá. Durante una revuelta, me tocó estar con una pequeña guarnición en un pueblo de la altiplanicie de México. Allí no pasaba nada; nos aburríamos. ¡No había enemigos en muchas leguas! Una de las pocas cosas que allí me entretuvieron fue conocer las supersticiones del lugar: descubrí que para aquellos campesinos era artículo de fe el poder sobrenatural de los nahuales. En el pueblo vivía uno, justamente; se llamaba Catarino —entre nuestros indios es común inventar formas masculinas de los nombres de mujer—, y le gustaba transformarse en perro para robar. Lo conocí en su apariencia, nada de extraordinario. Hay muchos indios como Catarino... Pero cuando menos esperaba yo que aquel personaje tuviera que mezclarse conmigo, comenzaron los soldados a murmurar que Catarino se robaba armas de nuestra guarnición convirtiéndose en perro. Todas las noches rondaba nuestro improvisado cuartel un perro desconocido al que nadie vio nunca de día. Apenas ocurría un descuido, se perdía un rifle y ya no se veía al perro.

Ordené vigilancia, y yo en persona me puse en acecho durante tres noches: no hubo nada; el perro no apareció más; las armas permanecían intactas y completas.

Decidí entonces retirarme de la guardia nocturna... Días después me avisaron que recomenzaban los robos y corrían rumores de que Catarino, el nahual, a escondidas se llevaba del pueblo los rifles para venderlos en lugares cercanos.

—¡Imbéciles! —reflé a los pobres Juanes de la guarnición—. ¡Por creer en esas estupideces se dejan robar las armas! Se asustan de

cualquier perro y ¡claro! Catarino, o quien sea, se aprovecha cuando los ve atontados y se mete a robar.

Dejé pasar unos días, en que los supersticiosos soldados no atinaron a impedir nuevos hurtos y una noche, cuando no me aguardaban, me presenté en el cuartel. Serían las nueve.

—¿No se ha aparecido el nahual?

—No, jefe, pero a esta hora más o menos es cuando viene. Vea, vea por aquel caminito es por donde aparece.

Y me mostraron el sendero blanco de luna.

No pasó largo rato sin que uno de los Juanes exclamara:

—¡Ahí viene!

Los otros miraron hacia el camino blanco y dijeron con la voz tranquila de nuestros indios, como si nada los conturbase:

—Sí, ahí viene.

—¿Dónde?— interrogué.

—Allí. ¿No lo ve, jefe, *mero* en medio del camino? ¿No ve el perro?

—No veo ningún perro.

—Pero sí, vea, jefe, ahí viene, viene para acá.

—¡Están locos! —les grité.

—Mírelo: ahora se paró debajo de aquel pino grande. Así se para siempre.

—¡Qué locura más extraña! ¿Y si lo ven por qué no lo matan?

Todos bajaron los ojos, no se atrevían a intentar nada contra el nahual. Comprendiéndolo, les pregunté:

—Si yo le tiro desde aquí, ¿lo alcanzo?

—¿Cómo alcanzar?

Nadie dejó escapar la idea que en todos estaba: o el nahual era invulnerable, o, de no serlo, su venganza sería pavorosa y extraña.

—Bueno —insistí y preparé mi rifle—, voy a apuntarle y ustedes me dirán si apunto bien. A ver, tú —al soldado más práctico en manejo de armas—, dime si estoy apuntando bien a la cabeza del endiablado perro.

Me hizo el soldado las indicaciones que le pedí, y por fin me dijo:

—Está apuntando bien, jefe.

—¿Crees que lo mato?

—Puede, jefe.

—¿No se ha ido el perro?

—Se está quieto, jefe.

Hice el disparo. El murmullo de mis indios ¡siempre discreto! me indicó que algo sucedía.

—¿Qué ha pasado?

—Cayó, jefe.

Miré hacia el camino, hacia el árbol ¡nada! Decidí aproximarme.

—Vamos a ver si se ha muerto el perro —dije a los soldados— o, a que ustedes lo vean: yo no me figuro que veré nada.

Pero no fue así: al llegar cerca del pino, me esperaba la más rara de las sorpresas. Vi claramente a un perro tendido al pie del árbol, un perro vulgar, mediano, ni grande ni pequeño, como los que abundan en nuestros campos y aldeas. Me acerqué: tenía una herida, que le sangraba detrás de la oreja izquierda.

Me fui a acostar.

Al amanecer, la mujer que me preparaba la comida acudió a despertarme, alarmada.

—¡Señor! ¡Señor! Que mataron al nahual...

—¿A Catarino?

—Sí, señor... Y dicen que usted lo mató.

—¿Yo? Yo sólo he matado un perro.

—Pero ya sabe... Anoche, después que usted le tiró desde el cuartel, llegó herido a su casa, y a poco murió.

—¡Vaya! ¡Qué ocurrencia! Voy a ver qué es eso.

—¡Ay, no! No vaya, señor, porque la mujer del nahual dice que ha de vengarse y que ha de hacer que a usted lo maten y quemen.

Apresurado me vestí y llegué hasta la casa del brujo. La mujer, rodeada de otras que plañan con ella, al verme se desató en gritos y amenazas. Sus palabras me convencieron de que me echaban encima aquella muerte y no me la perdonarían, sino me harían víctima de una venganza misteriosa. Decidí alejarme de aquel pueblo sin tardanza. Pero antes, entre la gritería de las mujeres, penetré violentamente hasta la hulmide cámara mortuoria. Catarino estaba tendido, y en la cabeza tenía una herida, detrás de la oreja izquierda.

EL PESO FALSO*

¿Por qué llora la Isabelitica? Estaba en la puerta de su casa de la sierra, con su muñeca del Día de los Reyes Magos. Su casa de la sierra, en el pueblo donde su papá tiene la mina, es la que le gusta más entre todas sus casas. La de la capital es muy grande, y tiene muchos criados, y tres automóviles; pero la mamá se pierde en ella, y a veces sale a la calle sin avisar, y cuando Isabelitica la busca y no la encuentra, cae enferma, y la mamá tiene que pasarse la noche junto a su cama. ¡Y luego tantas salas donde no la dejan entrar! La casa del lago es muy bonita, y hay botes; pero está muy sola, hay muy pocos vecinos y no se halla nada que hacer sino pasear en bote o montar en burro. Y la casa del mar, muy chiquita: es alegre bañarse en el mar y salir en el yate del papá; pero el puerto ¡qué feo, con tantas aves negras! No, ninguna casa como la casa de la sierra. Allí pasan la Navidad y el Año Nuevo, y esperan a los Reyes Magos.

Ahora los Reyes le trajeron esta muñeca preciosa: del mismo tamaño que Isabelitica, pero no morena, sino rubia, con los ojos azules; y acostándola cierra los ojos, y si la inclinan hacia adelante llora, y si le aprietan el estómago dice ¡naturalmente! “papá”, y si le aprietan el corazón dice ¡naturalmente! “mamá”, y si le dan cuerda echa a andar; eso sí, hay que enderezarla bien para que al andar no se caiga.

Es muy divertido estar en la puerta de la casa, porque se ven muchas cosas. Se ve la niebla fina que flota y sube y baja entre los pinos de la montaña. Se ve la nieve de las alturas, cambiando de color con el sol y con las nubes. ¡Qué tonto Martincito, el primo, creyendo que la nieve unas veces sería de fresa y otras veces sería de limón! Pero Isabelitica sabe cómo es la nieve, porque ha subido a la montaña: a veces, cuando su papá y sus dos hermanos grandes salen de caza, las

* *Bahoruco*, Santo Domingo, 7 de septiembre de 1935, No. 263; *La Nación*, 12 de julio de 1936; “Homenaje a Pedro Henríquez Ureña”, *Letras*, Buenos Aires, I, Núm. 4 de diciembre de 1946, pp. 35-38; en *Veinte cuentos hispanoamericanos del siglo XX*, ed. de Enrique Anderson Imbert, New York, 1956, pp. 36-40.

llevan, a ella y a sus dos hermanas mayores, Natalia y Soffa, hasta una parte del camino. Y van con perros muy delgados, que dan aullidos muy largos. ¡Y el día que Isabelitica soltó los perros, y se fueron solos a la montaña, y ella les corría detrás, queriendo detenerlos! Todo el pueblo le llamaba: ¡Isabelitica! Los perros no le hacían caso: tuvieron que ir a traerlos los monteros del papá, tocando sus cuernos de caza, y de lejos no se distinguía cuándo tocaban ellos el cuerno y cuándo los perros ladraban.

Por delante de la casa se ve pasar mucha gente, y todas con cosas curiosas. Ahí va ese hombre con ese animal que tiene largas las patas de atrás y cortas las de delante, y lleva cinco animalitos en la bolsa del vientre. ¡Qué cosa más rara! Da un poco de miedo. Pero los animalitos son muy graciosos.

—¿No me regala uno de sus animalitos?

—No puedo, porque se moriría, ¿No ves que todavía están mamando?

Aquí viene Magdalena, la hija del carnicero. Es muy burlona. Pero ahora está muy sorprendida de ver la muñeca. Isabelitica se la muestra, y la hace hablar, y la hace andar. Y cuenta que a Natalia, su hermana rubia, le trajeron los Magos una muñeca de pelo castaño y ojos grises, con traje verde, y a Soffa, su hermana de pelo castaño, una muñeca de pelo y ojos negros, con traje rojo.

—¿Todo cambiado? —rfe Magdalena.

— Sí, así tiene más gracia —le contesta Isabelitica. Pero le queda la inquietud de que a ella, secretamente, le gusta la muñeca de ojos grises más que la suya de ojos azules.

Magdalena mira y toca el traje azul celeste de la muñeca rubia, y el sombrerito, y las mediecitas, y los zapatitos. Y de pronto sale huyendo con uno de los zapatitos.

Isabelitica quiere ir detrás de Magdalena; pero entre que Magdalena salió huyendo muy de prisa y que no es fácil correr con una muñeca tan grande, al fin se queda en la puerta, pensando en ir a contarle a la mamá aquella maldad, para que hablen a la carnicería y devuelvan el zapatito. Pero ahí viene una mujer con unas guitarritas pintadas de muchos colores. ¡Qué lindas! Isabelitica quiere una, naturalmente; la mujer le dice que todas las tiene comprometidas, que las lleva a casa del ingeniero inglés, porque en la tarde las niñas inglesas tienen baile de muñecas, y esas son las guitarras para los músicos de la orquesta, que son muñecos con trajes típicos. Isabelitica va a la fiesta de las niñas inglesas. Pero quiere guitarritas para sí, y la mujer se las promete para mañana.

Hay que hablarle al papá, porque con este trajín del Día de Reyes, y con la novedad de la muñeca, no se ha acordado de pedir dinero. ¡Y en estos días hay tantas cosas que comprar!

En eso, ahí viene por la calle una niña que Isabelitica no conoce, una niña campesina, que viene jugando con un peso, tirándolo sobre

el empedrado y recogiénolo cuando rueda. A veces se mete entre dos piedras, da trabajo sacarlo, pero al fin lo saca, divertidísima.

—¡Qué lindo tu peso!

—Sí, es muy lindo. A cada rato parece que se me va a perder, pero siempre lo encuentro.

—¿No me lo das?

—¡Ay, no!

—Mira: te doy este zapatito de mi muñeca.

— ¡Ay, qué muñeca!

Y aquí de mirar y tocar y examinar la muñeca, y de averiguar cómo anda, y cómo habla, y cómo llora, y cómo duerme.

—¿Pero qué hago yo con un zapatito?

—Te doy las medicitas también.

Y para adentro: la muñeca trajo doble de todo.

—¿Pero para qué las quiero?

—Te doy el traje.

—Pero ese traje cuesta caro. Y mi peso es falso. ¿No oyes cómo suena?

—¡Pero yo lo quiero!

—¿Pero qué hago yo con el traje si yo no tengo muñecas de ese tamaño?

—Te doy la muñeca por el peso.

Brillaron los ojos de la campesinita. Débilmente dijo:

—Pero el peso es falso...

—No importa: yo lo quiero.

La campesinita desaparece con la muñeca, a todo correr, volviendo la cabeza de cuando en cuando. Isabelitica se queda jugando con el peso.

A los pocos minutos suspira por la muñeca. Al fin, entra en la casa llorando.

—¿Por qué llora la Isabelitica?

—¿Qué niña esta! ¡A quién se le ocurre! Corran a ver si descubren a la chica del peso falso. ¿Cómo era? ¿Para dónde iba?

Isabelitica está enferma de llorar. No puede ir a la fiesta de las amiguitas inglesas; Natalia y Soffa se irán solas, porque la mamá se queda en casa, inventando maneras de calmar a la pequeña. Al fin, la fatiga y las promesas vencen el llanto de Isabelitica: se telegrafiará pidiendo otra muñeca igual, si no aparece la del trueque. Y hay que telegrafiar, en efecto, porque los criados vienen diciendo que anduvieron por todas partes y pudieron saber que por el camino de Chinaulingo paso una niña campesina con una muñeca grande, pero en Chinaulingo nadie da razón de ella y nadie ha visto la muñeca.

LA SOMBRA*

En la tarde, al llegar a mi nueva casa cerca del mar, sentí la fruición de las cosas bien logradas: el jardín, que recibimos en desorden salvaje, iba definiendo formas; las enredaderas iban subiendo decididas; los rosales habían encogido su exuberancia de ramas dispares; en los naranjos se afianzaban las orquídeas familiares de las Antillas, la mariposa y la flor de lazo, que allí no se siente vanidosa y envanece-dora como en climas extraños.

Pero en la galería encontré al perro desconocido. Echado, en actitud vigilante. Me miró; lo miré; no se inmutó. Mediano de tamaño; afilado de hocico; piel negra con manchas claras. Nada extraño que hubiera atrevesado el jardín y se hubiera plantado en la galería: en la feliz confianza de las tierras tropicales no hay verjas cerradas. En otro tiempo, ni siquiera puertas cerradas. Pero ahora las puertas se cierran y yo cerré la mía.

Por la noche, a altas horas, llamaron en la casa. Abrí una ventana de la galería, y mi cara estuvo a punto de chocar con otra cara, grande, envejecida, de cochero,

—Aquí traigo al señor.

—¿A qué señor?

—Al inglés que vive aquí.

—Aquí no vive ningún inglés.

—Pero si yo lo he traído muchas veces...

—Habrá vivido aquí antes que nosotros.

—¿Y no sabe dónde vive ahora? Ha bebido mucho y no le entiendo lo que dice.

—No lo conozco y no sé dónde vive. Lo siento mucho.

—¡Adónde lo llevaré!

Al dormirme, en la flojedad aprensiva de la somnolencia, sentía deshecha la felicidad de la tarde y envuelta la casa en aura de persecución: perros desconocidos... ingleses ebrios...

* *La Nación*, Buenos Aires, 30 agosto 1936; *Hermano y maestro*, de Max Henríquez Ureña, Ciudad Trujillo, 1950, pp. 138-141; *El cuento en Santo Domingo*, antología por Sócrates Nolasco, Ciudad Trujillo, 1957.

Al día siguiente, al caer la tarde, el perro estaba de nuevo echado en la galería. Me miró: lo miré; se levantó del suelo, con los ojos fijos en mí. Entré, cerré la puerta, y no hubo más.

A la tercera tarde, el perro estaba allí otra vez. Al verme, se levantó del suelo gruñendo. Lo amenacé con el bastón y huyó.

No volvió a echarse en la galería. Pero noches después divisé en la calle la sombra negra con manchas claras. Se lo mostré a mis hijos, salieron a mirarlo, y hablaron de él con niños del vecindario: supieron que había vivido en la casa y que su amo era inglés; al inglés lo pintaban ebrio, rojo, malhumorado.

—¿No será que el amo lo trata mal y que quiere venir a vivir aquí? ¿Quieres que lo dejemos? Estará mejor que con el inglés.

Sí quisiera... Pero de seguro está enojado porque vivimos en esta casa: él cree que es suya. Si volviera y no nos amenazara...

El animal volvió, pero en actitud de amenaza. No entró en la galería delantera, como antes: se escurrió por el camino lateral hacia la cochera, en el fondo del terreno, y se instaló en la cocina, separada del cuerpo principal de la casa. Allí, al caer la tarde, recibió con gruñidos a la cocinera. La excelente Celicia (¡qué tortugas! ¡qué langostas! ¡qué camiguamas!) no tuvo valor para afrontarlo y me pidió socorro. Afortunadamente, la cocina tenía ventanas, y amenazando al perro desde una de ellas, bastón en mano, pude hacerlo huir. Se escapó, con ladridos cortos de despecho, de rabia contra los intrusos que le vedaban su hogar.

Semanas después, cuando íbamos olvidándonos de él, lo encontramos inesperadamente en una confitería vecina, adonde acompañé a mis hijos en busca de caramelos y piñonates. Me miró fijamente, con ojos de conocido, sin aire de rencor.

—Lo conozco bien— me dijo el dueño de la confitería—. Sus amos vivían donde viven ustedes ahora. Ahí murió su ama, que era inglesa; el inglés se mudó en seguida.

—¡Ah! ¿Pero la señora murió ahí? No sabíamos.

—Sí. Se ve que el perro no sabe qué hacerse sin ella: al caer la tarde viene siempre a este barrio y ronda la casa.

—Entonces... tendrá ganas de irse con nosotros. Si quiere, nos lo llevaremos.

Miré al animal: me devolvió la mirada sin temor y sin ira. Lo llamé y se acercó, manso, amistoso: al fin comprendíamos sus deseos. Le hicimos señas para que nos acompañara y se puso en camino con nosotros. Mis hijos iban delante saltando.

—¡Qué bueno! ¿No se peleará con el gatito?

—Verás que no: él es grande ya: el gato es muy chico; yo creo que le hará gracia.

Apenas abrimos la puerta de la casa, el perro corrió ansioso al aposento principal. Allí observó, buscó, olfateó... De cuando en cuan-

do nos miraba: vimos al fin en sus ojos el desconsuelo del vacío. Después, pausadamente, como quien cumple el deber sin la urgencia de la esperanza, recorrió todas las demás habitaciones. Y entonces, cabizbajo, sin mirarnos siquiera, salió de la casa, y nunca lo volvimos a ver.

CUENTOS DE LA NANA LUPE

EN LOS VOLCANES

Había una vez, en un pueblecito no lejos de México, un matrimonio que tenía dos niños. El papá se llamaba Don Nacho; la mamá se llamaba María. De los niños, uno era hombrecito, tenía nueve años, y se llamaba Nachito; le decían “El Pelón” porque el pelo se le caía sobre la frente y había que cortárselo a cada rato. La mujercita tenía ocho años, se llamaba como su mamá, y le decían Mariquita, y también “La Chachalaca”, porque hablaba mucho y metía mucho ruido.

Los papás no eran ricos, pero tenían una buena huerta y vivían muy a gusto. En la huerta había muchas cosas buenas para comer y para vender; pero a Nachito y Mariquita les gustaban los dulces que les traían de la capital más que las frutas de su huerta.

Hasta les gustaban más los dulces que hacían los indios del pueblecito. Los papás tenían que impedirles que comieran demasiados dulces, porque a veces se enfermaban del estómago y había que tenerlos tres días en cama y darles medicinas amargas; pero a ellos se les olvidaban las enfermedades antes de que pasara un mes.

También les gustaba irse a pasear lejos de la casa, aunque los papás les habían dicho que podían perderse y encontrarse con brujas. Ellos decían que nunca habían visto una bruja; pero los papás les contaban que las brujas eran unas viejecitas jorobadas, con la barba y la nariz muy grandes, que andaban a caballo en palos de escoba y se robaban a los niños para hacerlos trabajar.

En sus paseos, Nachito y Mariquita no habían encontrado a ninguna bruja; pero sí a otro ser extraño que no les hizo nada malo, sino que, al contrario, se hizo muy amigo de ellos. Un día que trataban de coger unas tunas sin espinarse, oyeron una carcajada que venía de adentro del nopal, y de pronto vieron caer a su lado dos tunas bien maduras. Nachito y Mariquita bien hubieran querido coger las tunas de una vez y comérselas, pero les entraron ganas de saber cómo había sucedido aquello. Se pusieron a mirar bien al nopal y de pronto vieron una cosa que nunca habían visto antes.

Nachito “El Pelón” y Mariquita “La Chachalaca” estaban azorados de ver que del nopal caían las tunas sin que ellos las hubieran tocado. Y lo que vieron fue la figura pequeñita de un duende que se movía entre el nopal sin espinarse.

Al ver a los hermanitos azorados, el duende saltó de entre el nopal riéndose con una risa que sonaba como cuando se toca un vaso de vidrio fino con el filo de un cuchillo. Era un hombrecito no más alto que un gallo; con una barba blanca que le llegaba hasta la cintura, pero con la cara rosada y fresca, los ojos azules, y todo él muy rápido de movimientos. Iba vestido de blanco, con un capuchón en la cabeza.

—¿No querían tunas? ¡Pues ahí tienen todas las que quieran! —les dijo a los niños clavados en el suelo por el azoramiento; con una varita tocó el nopal y cayeron como cincuenta tunas rojas. Era el mes de septiembre, y los nopales reventaban de tunas maduras; se veían la mitad verdes y la mitad rojos.

—¿Quién es usted? —preguntó al fin “La Chachalaca”.

—Yo soy yo.

—¿Y no tiene nombre?

—¿Yo? Me llamo Don Yo de Córdoba.

—Pero yo he oído a mi papá decir que él se llama así también.

—¡Cuentos! Tu papá se llama Don Nacho.

—¡Ay, es verdad! Así le dice la gente.

—Ya ves.

—Bueno, pero yo lo he oído responder: “Don Yo de Córdoba”.

—Haciéndose el chistoso, hijita. No hay más Don Yo de Córdoba que Don Yo de Córdoba.

—¿Y por qué es usted tan chiquito y tan viejo?

—Porque quiero. Cuando quiero soy grande,

—¿De veras?

—Sí, de veras. Pero deja que hable “El Pelón”; no hables tanto tú; por eso te dicen “Chachalaca”.

—¿Y usted cómo lo sabe, si nunca nos había visto?

—¿Tú qué sabes? Pero no te azores: Don Yo de Córdoba lo sabe todo.

Entonces habló “El Pelón” y le preguntó:

—Si usted lo sabe todo ¿sabe cómo se va a la montaña de nieve, donde se puede tomar nieve sin pagar?

El duende se quiso morir de risa. Nachito y Mariquita no comprendían por qué.

Al fin les dijo:

—¡Cómo no he de saber! Vamos allá.

El duendecito con cara fresca y barba de viejo, cuando Nachito y Mariquita le preguntaron por la montaña de nieve donde se toma nieve sin pagar, les dijo:

—Sígueme.

Y echó a andar por la carretera amarilla; era tan pequeñito que se perdía en el suelo y a veces los dos niños no podían verlo.

Mientras iban andando, Mariquita no paraba de hacerle preguntas:

—¿Y cómo es que usted nos puede llevar a la montaña de nieve, y mi papá dice que está muy lejos y que para ir allá hay que tomar el tren, uno de los trenes que echan humo, y que después hay que andar a caballo y después a pie, y apenas entonces se llega a donde está la nieve?

—¡Chachalaca tan habladora! Ya verás, ya veras...

—Pues la verdad es que así, andando a pie, yo no creo que lleguemos nunca, porque de aquí ni siquiera vemos la montaña. Y eso que son dos, que no es una sola la que tiene nieve, y de mi casa se ven cuando no hay muchas nubes, y unas veces tienen nieve de limón y otras veces tienen nieve de fresa, cuando ya va a ser de noche.

El duendecito se rió con tanta fuerza y de manera tan extraña que parecía como si se cayeran y se rompieran una docena de vasos.

Nachito dijo:

—Yo creo que esta Chachalaca se equivoca, y que la nieve de las montañas no es de limón ni de fresa, y que no se come. Eso me dijo mi papá, y él sabe lo que dice.

—¡Cállate, Pelón! —dijo Mariquita enojada—. Eso lo dice mi papá porque no quiere que nos vayamos tan lejos; cree que nos perderíamos. Y de que es lejos, es lejos; yo no sé cómo vamos a llegar. Este Don Yo de Córdoba...

—De Córdoba, de Córdoba, hijita.

—Pues como sea; yo digo...

—Oye —le interrumpió el duendecito— ¿tú no quisieras tener que caminar mucho?

—Claro que no; figúrese no más que...

—Bueno, bueno, aquí tienen ustedes estos anillitos con ópalos; cada uno de ustedes se pone uno, así como yo (y él tenía otro anillo chiquito), y cierra los ojos y piensa en que quiere llegar adonde se toma nieve sin pagar.

Así lo hicieron, y no abrieron los ojos hasta que Don Yo de Córdoba, les dijo:

—¡Ya!

Y entonces vieron delante de sí dos montañitas de nieve de muchos colores, parecidas a los dos volcanes que se ven de México, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl; sólo que, con el asombro que tuvieron, no se dieron cuenta de que éstas que tenían delante eran muy pequeñas, y no como los volcanes. Le preguntaron al duendecito, muy contentos, si podían comer de aquella nieve, y él contestó:

—Vamos a ver.

Nachito y Mariquita estaban encantados frente a las montañitas de nieve a donde los había llevado el duendecito.

—Mira, mira —gritaba Mariquita— hay nieve de fresa. Yo voy a tomar... Pero ¿con qué? No tenemos cucharas, ni barquillos, y si la cojo con los dedos se me enfrían demasiado, y además mi mamá dice que no se debe comer nada con los dedos.

—Vamos a ver si encontramos barquillos siquiera —dijo Don Yo el duende.

—¿Qué te parecen los de este arbolito?

Nachito y Mariquita se volvieron hacia donde les indicaba el duende, y vieron un arbolito verde, parecido a los de Nochebuena, que tenía barquillos en las puntas de las ramas. Los hermanitos se pusieron a palmotear y a bailar de gusto, y Mariquita fue la primera que cogió barquillos y se acercó a la nieve para llenarlos.

—¡Mira nieve azul! ¿De qué será? —gritó Nachito.

—¡Ay, qué bonita, Pelón! —dijo “La Chachalaca”.

—Tú sabes, mi papá dice que él ha comido nieve azul en la tierra de los gringos...

—Sí, pero acuérdate que mi papá dice que no debemos decirles así, que es feo y ellos se enojan.

—Bueno, pues los americanos. Dicen que hacen nieve azul y que sabe a almendra.

—¡Ay, qué bueno! Vamos a probarla.

—De pistacho le llaman a ésa —les dijo el duende.

—¡Está rebuena! Pero mira, allí hay verde.

—¡Ay, ésta sabe más fría que la otra!

—Como que es de menta —les explicó el duendecillo.

—¿Y ésa de color de mango? —preguntó Nachito.

—Pues de mango es.

—¡Aquella si es fea! Parece sucia —dijo la Chachalaca.

—Pues es de mamey.

—Pues aunque sea fea —dijo Nachito— a mí me gusta mucho el mamey.

—Bueno, chamacos, no comer más que hace daño. Si fueran a probar de todas, no acababan. Hay hasta de frutas que ustedes no conocen: guanábana, marañón, níspero...

—¡Pero yo quiero más! —pateó Mariquita— ¡Yo quiero más!

Nachito, razonable, le decía: “Mejor vámonos, Chachalaca”; pero ella no quería oír razones.

—Si no fuera porque tienen esos anillitos de ópalo en los dedos...

—dijo Don Yo de Córdoba— Porque mientras los tengan se les cumplen todos los deseos...

—¡Ya ves! Ahora me quedo aquí, y pruebo de todas las nieves.

—Pero nos podríamos ir a otras montañas más grandes, donde hay más nieve —propuso el duende.

—Así sí. Vamos, vamos —gritaba La Chachalaca muy contenta y hasta Nachito dijo que sí.

—Bueno, a cerrar los ojos y a pensar que quieren ir.

Nachito y Mariquita no sintieron, frente a estas grandes masas de nieve, una alegría como la que tuvieron al ver las montañitas de nieve de muchos colores. Aquello les parecía extraño...

—No sé, pero aquí no me dan ganas de tomar nieve —dijo Mariquita.

—¿No será que ya tomaste mucha? —preguntó el duende riéndose.

—Yo tampoco tengo ganas —dijo Nachito—. No sé por qué me parece que ésta no se come.

—Ahora sí atinaste —le contestó el duende. Esta es la verdadera nieve de las montañas, que es blanca y no es buena para tomar, porque no sabe más que a agua; además, que nadie la hace sino que cae del cielo como lluvia. La otra, la que se hace para tomar, ni siquiera le llaman nieve en muchas partes.

—Entonces tenía razón mi papá... Pero de allá de mi casa yo veo estas montañas, y unas veces la nieve se ve blanca, y otras veces se ve rosada, y hasta azul la he visto yo.

—La nieve es blanca aquí arriba, pero de lejos cambia de color con la luz del sol. Pero vamos a acercarnos, para que la prueben.

—¡No, que está muy fea! —dijo Mariquita.

—Pues ¿cómo esta nieve no es buena para tomar y la de las montañas chiquitas sí? —preguntó “La Chachalaca”.

—Porque estas son montañas de verdad y aquellas montañitas son de juguete, apenas como del alto de una casa —explicó Don Yo el duende—, y yo las tengo para invitar a mis amigos.

—¿Y tiene usted muchas cosas buenas así? —pregunto Nachito abriendo tamaños ojos.

—Ya veremos... ya veremos... Pero ahora, vengan por acá y miren.

Se llegaron a una peña muy grande, y desde allí miraron para abajo. Se veía un gran valle, en que había tierra de distintos colores: unas veces era amarilla, otras veces roja, otras veces negra, otras veces blanca. Se veían manchas verdes donde había árboles o sembrados; a veces se veían casas, y don Yo de Córdoba les enseñó una gran mancha polvorienta, diciéndoles:

—Allí es México.

—¡Ay, qué raro, qué raro! —gritaba Mariquita.

—¿Y mi casa por dónde queda? —preguntó Nachito.

—Por allí, a la izquierda —explicó don Yo el duende.

—¡Pero no se ve nada! —dijo Nachito.

—Yo quiero ver bien mi casa —dijo Mariquita—. ¿Si quiero la veo con ayuda de mi anillito?

—¡Claro! Cierra los ojos, piensa y verás.

Y era verdad. Los dos niños hicieron lo que les aconsejó el duende y cuando abrieron los ojos vieron todo el interior de su casa, aunque estaba muy lejos. El papá acababa de llegar a la casa, y la mamá

le decía que estaba muy enojada porque los niños se habían ido hacía mucho rato y no aparecían.

—¡Ay, vámonos, Chachalaca! —dijo Nachito asustado.

—¡Ay, sí, sí, Pelón! —decía Mariquita llorando.

—Bueno, bueno, váyanse, ya saben cómo —les dijo el duende—.

Mañana nos vemos.

—¡Qué bueno! —respondieron los dos hermanitos—. Queremos que nos enseñe otras cosas como hoy.

EN JAUJA

Al día siguiente de haber conocido al duende Don Yo de Córdoba, Nachito y Mariquita no pensaban más que en volverlo a ver. Nachito quería contárselo todo a su mamá, pero “La Chachalaca” decía que no, porque iban a querer estorbarles que se vieran con el duendecito, creyendo que podía hacerles algún mal.

—Ya ves —decía Mariquita—, mi papá nunca nos quería llevar a las montañas de nieve, y para Don Yo ¡ya ves qué fácil!

—Sí —contestó Nachito—, pero mi papá tenía razón; que esa nieve no sirve para tomar y allá arriba hace mucho frío y es muy lejos.

—Sí, pero el duende sí tiene montañas de nieve dulce.

—Bueno, pero esas son de él.

—Y figúrate que dice que tiene otras cosas buenas. Vámonos a buscarlo...

—Mejor sería —dijo Nachito, siempre razonable— ir primero a la escuela.

—¡No, qué escuela! ¡Este Pelón con su escuela!

—Pues no, yo voy primero a la escuela, porque si no la maestra se queja con mis papás, y a mí, como soy hombre, me castigan más que a ti.

—Eso crees tú, pero hay veces que mi papá dice que “por un gustazo un trancazo” y mi mamá canta aquello de “aunque me espine la mano me he de comer esa tuna”.

—No, pues yo no —insistió el Pelón—; yo primero voy a la escuela. Si tú quieres ver al duende, vete sola, que quién sabe cómo te vaya sin mí.

Mariquita, que nunca se había visto sola sin su hermanito en ninguna aventura, se quedó callada, pensando, y al fin dijo:

—Bueno, pues iremos a la escuela, pero en seguidita que acabe vamos a buscar a Don Yo.

Y así fue. Ya a las doce, al salir de la escuela, se apartaron de sus compañeros, cerraron los ojos y pensaron en que querían encontrarse con el duende. Al rato se hallaban frente a los nopales, como el día anterior, y de entre las tunas saltó Don Yo de Córdoba riéndose con su risa como de cristal fino.

—¿Qué quieren hoy los señores? —preguntó a los niños pasándose la mano por la barba.

—Yo quiero ir donde hubiera automóviles —dijo Nachito— y quiero uno para mí.

—¡Poca cosa pides!

—Pues yo no —dijo Mariquita—, yo no quiero automóviles, yo quiero ir donde haya muchos dulces.

—¡Qué dulces ni qué nada! —dijo enojado Nachito.

—Pues yo sí quiero dulces —pateó Mariquita.

—Bueno, bueno, quietos —dijo el duende—, vamos primero a una parte y luego a otra. ¿Qué tal?

—Así sí... —contestó Mariquita ya contenta—. Pero que no estemos mucho rato con los automóviles.

—Vámonos, vámonos, ya saben cómo —dijo don Yo. Y pronto se encontraron frente a un pequeño palacio de cristal, donde había muchos automóviles, pequeños también.

—Supongo que no querrías automóviles grandes, sino como para ti, para tu tamaño —le dijo el duende a Nachito.

—Sí, pero no de juguete —contestó el niño—. Yo los quiero de verdad.

—Éstos son de verdad, aunque chiquitos. ¿Y cuál quieres, uno europeo o uno americano?

—Uno americano, claro.

—Bueno, te durará menos; pero de todos modos no te había de durar mucho ninguno, porque los has de maltratar.

—Que no, que yo ya sé manejar, porque Carlitos es hijo del señor que tiene el único automóvil del pueblo, y como él ya tiene catorce años lo dejan manejar, y él me ha enseñado un poquito.

El duendecito sacó el automóvil del palacio de cristal al campo, y se lo entregó a Nachito. El niño comenzó a darle, pero se equivocaba; Don Yo el duende le daba consejos con mucha paciencia, cosa que muy pocas veces tienen los que enseñan a sus amigos a manejar automóviles; pero la que perdía la paciencia era Mariquita. Al fin el automóvil echó a andar por la carretera, pero se echaba unas veces demasiado hacia la izquierda, otras veces demasiado hacia la derecha.

Mariquita seguía enojada:

—Ya ves: ¡si tú ni sabes! Así nada más vamos a perder el tiempo, y hasta nos vamos a caer a algún barranco, y nunca vamos a llegar a... a donde yo quiero.

—¿A Jauja? —le preguntó Don Yo de Córdoba.

—¡Ay, de veras! Allá todo es de dulce.

—Sí, lo mejor será que vayamos en este mismo automóvil.

Dando saltos, y tropezando con piedras, y desviándose a cada rato, iba el automóvil guiado por Nachito, con gran disgusto de "La Chachalaca" y gran diversión de don Yo de Córdoba el duende. "El

Pelón” sudaba y sudaba, pero iba contento porque aprendía a manejar y el automóvil era suyo.

—¿Por qué mejor no dejamos este Fotingo y nos vamos a Jauja con los anillitos de ópalo? —dijo al fin Mariquita.

—¡Que no es Fotingo! gritó Nachito, y por atender a contestarle a “La Chachalaca”, por poco se mete dentro de unos nopales; pero el duendecito, metiéndole mano a la dirección, logró sacarlo del peligro y enderezarlo.

—Bueno, lo que sea, bien chiquito es —contestó con enojo la niña.

—No, hijita, es coche de buena marca —le dijo Don Yo— y es chiquito para que lo pueda manejar tu hermano. Ya te imaginas cómo le iría con uno de esos coches grandes. Y si no te divierte el auto, diviértete mirando el camino.

—¿Qué le voy a ver al camino? Puros magueyes y nopales; y las montañas ya me las sé de memoria. Por eso quiero que ya lleguemos a Jauja, porque si no llegamos allá pronto no nos alcanzará el día.

—¡Ay, y la escuela! Hay que comer, y hay que volver a las tres, y en casa nos estarán esperando —dijo Nachito.

—Yo no sé ni para qué te acuerdas de eso —dijo Mariquita—; lo mejor es divertirnos y después veremos cómo nos las arreglamos.

—Tiene razón tu hermano —le explicó el duende—. Hay que ver cómo vuelven ustedes temprano a su casa, para que no los castiguen. Dirán que se estuvieron una hora más en la escuela porque les dieron trabajo que hacer, y que como era “dibujo mexicano” del que inventó el señor Best, y ustedes no tienen en su casa muchos lápices de colores, se quedaron allá.

—¿Y usted, no puede hacer que el tiempo no pase, y que lleguemos a casa como si no nos hubiéramos escapado a pasear? —preguntó “La Chachalaca”.

—No, hijita, todavía no he aprendido. Antes se decía que eso no se podía hacer. Ahora, quién sabe. Uno de estos días me voy a hablar con el sabio alemán que entiende de eso.

—¡Ay, qué bueno sería! Pues ahora lo mejor será que nos vayamos prontito a Jauja, para poder volver a casa.

Don Yo el duende estuvo de acuerdo, cerraron los ojos, apretaron los anillitos de ópalo y sintieron que el automóvil volaba por los aires. Cuando el duende les dijo: “Ya”, se encontraron frente a una ciudad que parecía hecha de vidrios de todos colores. Mariquita palmo-teaba de gusto, y Nachito le dio con tanta fuerza al automóvil, que tropezaron con la primera casa y se les vino encima toda una pared de merengue, y salió muy enojada la dueña, que era una mujercita hecha toda de yemas de huevo.

Nachito había dado tanta velocidad a su pequeño automóvil, y con tan poco tino, al entrar a Jauja, que había chocado con una de las primeras casas y se le vino encima una pared de merengue. Don Yo

de Córdoba, el duende, al vérsela venir encima, se había escondido en uno de los repliegues del coche y había lanzado tales carcajadas que parecía como si se hubiera venido abajo toda la vajilla de una casa: Nachito creyó que le habría roto una pared del comedor a la dueña de la casa de merengue. Mariquita, que no pudo esconderse, quedó toda envuelta en la masa blanca y muy asustada.

La dueña de la casa, la mujercita hecha de yema de huevo, salió en seguida, amarilla de rabia, más amarilla que de costumbre y le dijo:

—¿No saben que aquí están prohibidos los automóviles? ¡A quién se le ocurre venir a Jauja en armatostes de hierro! Aquí no se permite nada de hierro. Van a tener que pagar una buena multa y además componerme la casa.

Los niños, con el susto, no atinaban a responder nada. El duendecito habló:

—No se preocupe, señora, ahora mismo vamos a componer su casa. A ver, chamacos, toquen los anillitos de ópalo, cierren los ojos y piensen en que quieren que vengan a componer la casa de la señora.

Así lo hicieron, y en seguida se presentaron unos hombres pequeñitos muy blancos, como si ellos también fueran de merengue, y se pusieron a componer la casa. Traían masas de merengue cortadas como adobes y las ponían unas sobre otras; a los pocos momentos se veía que la casa quedaría compuesta muy pronto.

La mujercita de yemas miraba aquello con asombro y decía a su marido, hecho de yemas también, que salió poco después:

—Yo no sé quiénes serán estas gentes que con tanta facilidad hacen componer lo que rompen. Se ve que son gente decente. Porque a cada rato vienen a Jauja extranjeros que no nos hacen ninguna gracia, sobre todo esas brujas que nos roban todo lo que pueden para llevárselo y hacer casas de dulce donde puedan coger a los niños.

Y dirigiéndose a los del automóvil:

—Miren, como veo que son ustedes personas decentes, no le diré nada a la policía. Eso sí, les aconsejo que se lleven de aquí el automóvil antes de que se entere todo el pueblo, para que no les pongan multa.

—¡Ya ves! —dijo Mariquita, recobrando al fin el habla—, ya ves para qué nos sirve el automóvil. Y ahora tenemos que quitarnos todo el merengue de encima.

—Y eso es un poco difícil, porque yo no tengo agua; aquí nos lavamos con jarabe —dijo la señora.

—¡Ay, y ahora qué hacemos! —decía Mariquita queriendo llorar—. Voy a tener que andar sucia hasta que llegue a mi casa.

—Yo creo que les pueden dar agua en “Las Fábricas Centrales de Jauja”. Allí tienen un pozo, el único de la ciudad, y hacen todo el jarabe que se consume y nos lo mandan por tubería a las casas. Aquí nunca dejamos que llueva, porque se nos disolverían los edificios, y

hemos suprimido el agua en las casas particulares porque a veces cualquiera se descuidaba y con que se derramara una poca se venía abajo todo y ocurrían desgracias. Pero allá en “Las Fábricas Centrales” cuidan científicamente el uso del agua.

—Bueno —dijo el duende—, vamos a despachar el automóvil. A ver, Pelón, tú mándalo que salga en seguida de Jauja y se vaya a esconder detrás de unos nopales.

Nachito bajó del automóvil, le dio las órdenes necesarias con su anillo de ópalo, y los dos hermanitos y el duende echaron a andar a pie por las calles de Jauja, buscando el edificio de “Las Fábricas Centrales”.

A medida que Nachito y Mariquita, en compañía del duende Don Yo de Córdoba, atravesaban las calles de Jauja, iban descubriendo cosas interesantes. Había casas de todos colores: blancas de merengue, y las gentes que había adentro eran como hechas de yemas de huevo, según habían visto con los que vivían en la casa con que chocó el automóvil de Nachito; amarillas de yema, y las gentes que había adentro eran como hechas de merengue; rojas, verdes, azules, moradas, rosadas, de caramelo en su mayor parte y las gentes que había adentro eran de colores que formaban contraste con los de la casa. Los árboles eran, como habían oído contar, de caramelo verde. El piso de la calle era de turrón.

Mariquita hubiera querido pararse a probar de todo lo que veía, pero, como estaba toda untada del merengue de la pared que les había caído encima con el choque del automóvil, prefería llegar pronto a “Las Fábricas Centrales de Jauja” a ver si les daban agua para lavarse, ya que en ningún otro lugar del pueblo tenían agua pura, sino jarabe. Nachito, por su parte, tenía también prisa en llegar, porque apenas podía ver con tanto merengue que tenía pegado en la cara.

Apretando el paso, pues, llegaron a una plaza, donde había palacios muy hermosos, grandes en comparación con las casitas que formaban la ciudad. No se detuvieron a mirarlos, por la prisa, y quedaron en volver allí apenas estuvieran lavados y limpios, porque había muchas cosas que ver. Por fin, detrás del palacio que les pareció sería el de gobierno encontraron un edificio grande, de madera, y no de dulce como los demás.

—¿Y por qué esta casa es de madera, y no de dulce como las otras? —preguntó Nachito.

—Porque aquí hay que usar mucha agua, y ya ves lo que pasaba en las casas cuando las dejaban llegar agua, que en cualquier descuido en que se saliera el agua se venía abajo una pared. Así es que decidieron hacer de madera este edificio para que no hubiera percances.

—¿Y qué fabrican aquí?

—Pues aquí se fabrica todo lo que necesita la ciudad: se hace el jarabe que corre por las tuberías; se hace todo el dulce que sirve para componer las casas, como pasó con la que ayer rompió Nachito; se

hacen muebles, se hacen objetos de comedor y de cocina... Pero vamos para adentro a pedir agua.

El duendecito fue a saludar al jefe de las fábricas, uno de los hombres más altos de Jauja: era como del alto de uno de nuestros muchachos de nueve o diez años, como Nachito precisamente, pero tenía grandes bigotes como de cocinero francés. Se veía que era muy fuerte, muy recio, porque estaba hecho de turrón apretado, como el de almendras que hacen en Alicante. Todo él iba vestido de cuero, con gran mandil y con guantes; en la cabeza llevaba también gorro de cuero, y de él colgaba una visera con que podía taparse toda la cara, dejando sólo huecos con vidrios para los ojos.

—Buenos días, señor don Yo de Córdoba —dijo con muy buen humor el jefe—. Mucho gusto de tenerlo por acá. Ya sabe que sus visitas son siempre agradables; no es usted de los visitantes que traen molestias, como muchos otros que vienen a Jauja.

—Muy buenos días, don Escarragut de Narbona —contestó el duende, con no menos buen humor—. Ya sabe que la discreción es la mejor virtud de los duendes y que cuando molestamos a los demás es porque ya nos tienen muy cargados. Pues aquí vengo de paseo con dos amiguitos.

—Mucho gusto, mucho gusto —dijo sonriendo don Escarragut—, pero parece que los amiguitos se acercaron demasiado a una pared fresca. ¡Cómo vienen! Pero siempre sucede así a los que vienen a visitarnos.

—No fue precisamente como usted supone. Yo no recordaba que aquí estaban prohibidos los automóviles y no se lo dije a tiempo a estos amigos, así es que este joven venía manejando su auto y tropezó con una casa de merengue a la entrada de la ciudad.

—¡Malo, malo! —dijo don Escarragut, frunciendo el ceño—. ¿Y qué han hecho para componerla?

—Oh, por eso no se preocupe. Traemos anillos de virtud, y todo se compuso. Ahora necesitan agua.

—Bueno, bueno —y don Escarragut desarrugó el ceño—, voy a llamar al jefe de pozos.

Tocó entonces cuatro llamadas en un timbre, y se apareció otro hombre recio, hecho de naranja cristalina, y vestido de cuero más fuerte que el que llevaba don Escarragut. Después de las presentaciones obligadas (en Jauja son todos muy corteses), dijo:

—Don Aurancio, lleve a estos amigos a que se laven. Y tenga cuidado no vayan a hervir, como les pasó a aquellos otros...

Nachito y Mariquita se miraron asustados; pero el jefe de las fábricas les dijo mirándolos maliciosamente:

—No tengan miedo; les irá bien si lo hacen todo con cuidado y no como cuando le embistieron a la casa de merengue.

Don Aurancio, el jefe de pozos de “Las Fábricas Centrales de Jauja”, llevó a Nachito y a Mariquita a las calderas para que allí se

quitaran el merengue que se les había pegado a la ropa. Mariquita, que era muy amiga de hablar y discutir, pero muy cariñosa y muy trabajadora, comenzó por lavar la ropa de Nachito; después lavó la suya, que estaba menos sucia. Mientras la ropa se secaba, les prestaron unos "overalls" de hule. Mariquita, además, viendo que Nachito tenía las manos sucias, tanto del merengue como de haber manejado el automóvil, se las lavó con agua bien caliente.

Mientras le lavaba las manos, observó el anillito de ópalo que le había regalado el duende don Yo, y al acabar, se lo pidió prestado para compararlo con el suyo.

—¡Ay, mira! El tuyo se ve a veces como si fuera azul y el mío como si fuera rojo. ¿Cómo será el de don Yo?

En esto, Don Yo llegaba a ver cómo les iba; Mariquita le pidió su anillito, y se puso a jugar con los tres.

—La piedrecita de éste es como verdosa. ¡Qué bonito! Yo quisiera tener muchos diferentes. ¿Y usted no puede regalarme muchos?

—Ya veremos... Primero hay que portarse bien, y que se vea que haces buen uso de tu anillito.

En esto Mariquita decidió volver a lavarse las manos, y dejó los tres anillitos en uno de los lavaderos. Estaba muy divertida en Jauja, con tantas cosas nuevas como veía, y no pensaba en otra cosa; pero Nachito sí se acordaba de su casa y de su escuela, y dijo:

—Si nos pudieran prestar otra ropa, y mañana volvíamos a buscar ésta, que todavía no está seca...

—Pues no se puede —les dijo don Aurencio— porque aquí la ropa es de dulce, como todo, y ustedes no se la pueden poner; apenas los que trabajamos en "Las Fábricas Centrales" tenemos estas ropas de cuero y de hule para que no se nos meta el agua; pero sería muy raro que llegaran ustedes a su casa y, sobre todo Mariquita, vestida de hule.

—Pronto ha de estar seca la ropa, no se apuren —dijo Don Yo de Córdoba—. Anda a ver, Chachalaca.

Y Mariquita vio que ya estaban secas y se vistieron los dos niños, y Nachito insistió en que ya debían irse, porque habían perdido mucho tiempo. El duende dijo que Nachito tenía razón, que lo mejor sería volver al día siguiente, y que entre tanto sus buenos amigos de Las Fábricas les regalarían unas cajitas de dulce.

—¡Qué bueno, qué bueno! —palmoteaba Mariquita—. Yo quiero una de chocolates, y otra de cerezas cristalizadas, y otra de peras y otra de confites, y otra de guayabate, y otra de jalea de membrillo, y otra de quesadillas de coco...

—¡Qué manera de pedir! —dijo Nachito.

Al fin le dieron a Mariquita diez cajitas, cada una diferente; las cajitas eran de caramelo de distintos colores, muy pintadas y adornadas con moñitos de dulce, y las metieron en una cesta hecha de naranjas cristalizadas.

—La cesta es recuerdo mío —les dijo don Aurancio—, porque yo soy de naranja, del barrio de los naranjales en Jauja.

—Muchas gracias —contestó Mariquita, feliz como nadie—. Tú la llevarás, Pelón. Adiós, adiós, vámonos.

Pero cuando se disponían a irse vieron que les faltaban sus anillitos.

—¡Ay, se quedaron en el lavadero!

Corrió Mariquita para adentro, en busca de sus anillitos de virtud, pero cuando llegó al lavadero no encontró nada.

—Deben de haberse caído en el agua —les explicó Don Aurancio— y se habrán ido por las tuberías, y a estas horas correrán en el jarabe del drenaje.

Don Yo de Córdoba se puso muy serio, y los dos hermanitos se quedaban mirándolo asustados. Al fin Nachito preguntó:

—¿Y no nos podemos ir?

—Claro que no. Ni a pie, porque ni siquiera estamos en América. Jauja está en el Océano Pacífico, y si ustedes no vieron que pasábamos el mar es porque yo tengo buen cuidado de que cierren siempre los ojos cuando vamos de un lugar a otro para que no se asusten de verse volar por el aire. Así es que por ahora nos quedaremos en Jauja viviendo de puro azúcar hasta que la suerte nos saque de aquí.

Nachito y Mariquita se quedaron azorados al comprender que tenían que quedarse en Jauja, sin saber cuándo podrían regresar al valle de México, donde vivían sus padres. Lo peor del caso era que el duendecito Don Yo de Córdoba había perdido su anillo de virtud, por el descuido de Mariquita, y no tenía manera de moverse de allí.

Como Nachito era muy amigo de conocer todas las máquinas y los inventos, y decía que cuando fuera grande iba a dedicarse a inventor, pensó en comunicarse con sus papás por telégrafo, y así se lo dijo a Don Escarragut de Narbona, el director de “Las Fábricas Centrales de Jauja”.

—No podemos comunicarnos con México —le contestó el jefe—, Jauja se fundó para no tener comunicación con el mundo de los hombres, que hacen vida desgraciada por sus ambiciones de poder y de dinero, mientras nosotros sólo aspiramos a una vida dulce.

El duendecillo sonrió al oír a don Escarragut hablar de “vida dulce”.

—¿Por eso todo es aquí de dulce?

—Precisamente; el dulce de que estamos hechos aquí nosotros y todas nuestras cosas, no es más que la representación material de nuestros deseos de vivir en paz y alegría. Si dejáramos venir aquí a los hombres de carne y hueso, o si estuviéramos en comunicación con ellos, pudiera suceder que les tomáramos sus ideas y nos volviéramos desgraciados, o a ellos se les ocurriera venir a conquistarnos y acabar con nosotros. Hasta aquí sólo pueden llegar personas con recursos extraordinarios, como los anillos de virtud que ustedes traían, pero de

nada sirven los vapores ni las locomotoras ni los aeroplanos ni los telégrafos con hilos o sin hilos...

—Pues si ustedes son felices —dijo Nachito, que todo lo oía con mucho interés—, ¿por qué tienen policía? A mí me parece que donde hay policía es porque la gente no es buena ni feliz.

—¡Ah! —explicó Don Escarragut—. La policía no es para nosotros; es para los que vienen de fuera y no saben conducirse. No hemos podido evitar que vengan las brujas a Jauja, con su manía de robar dulce. Pero las brujas hacen mucho menos daño del que nos harían los hombres. Dicen que en otro tiempo las brujas eran muy malas; yo no sé si es verdad. Ahora tienen muy poco poder, sólo que pueden viajar por el mundo entero montadas en su palo de escoba, y como no les gusta trabajar se roban lo que pueden para comer y se roban también a los chicos para que trabajen por ellas.

—Pero a mí me han dicho que se comen a los niños —interrumpió Mariquita.

—No, hijita, las brujas de ahora, por lo menos, no sé yo que se los coman. Sólo sé que los hacen trabajar como esclavos, lo cual ya es bastante malo. ¿Verdad que a ti no te gustaría que te tuvieran trabajando todo el día, cargando leña, y haciendo carbón, cocinando y lavando?

—No, claro, a mí me gusta todo eso, pero hacerlo de juego, por gusto.

—Ya decía yo... Bueno, ahora necesitan ustedes instalarse; pero como aquí no tenemos casas vacías, será necesario que les hagan una, y a ver cómo se acostumbran a vivir en una casa de dulce.

Tocó Don Escarragut el timbre seis veces, y vino un señor todo de dulce de piña. Era el jefe de construcciones.

—Don Atanasio, a ver si les construimos una casa a estos amigos. Y que sea del dulce menos pegajoso, turrón como el mío, por ejemplo. Y cubrir las paredes con obleas. Vayan, pues, y ayuden al señor diciéndole todo lo que crean necesario para que la casa quede a su gusto. Para la noche ha de estar acabada.

Nachito, Mariquita y el duende Don Yo de Córdoba fueron con Don Atanasio, el hombre hecho de dulce de piña, jefe de construcciones de Jauja, a escoger los materiales para su casa. El jefe de Las Fábricas Centrales les había aconsejado de turrón estilo de Alicante, por duro, y el tapiz de obleas para cubrir las paredes de manera que no se pegaran ellos en el dulce. Los niños estuvieron mirando con cuidado todas las clases de ladrillos de dulce, que se hacían en Las Fábricas Centrales: les enseñaron muchas muestras distintas; había unas gentes que querían casas sólidas, hechas de frutas duras “cubiertas”, de turrones, cocadas y alfajores, y había otras gentes que preferían casas ligeras, de fantasía, hechas de merengue o de yemas o de miel hilada. Las gentes de menos pretensiones se contentaban con casas de caramelo que era el ladrillo más fácil de hacer.

A Mariquita todo le divertía. Nachito estudiaba seriamente las cosas y de pronto se le ocurrió una idea:

—Bueno, ustedes no dejan correr el agua en su ciudad para que no se les deshagan las casas; pero, ¿y cuando llueve?

—Aquí no llueve —les explicó don Atanasio—. Esas nubes que ves las ponemos en el cielo, porque adornan y además son útiles; tapan el sol a medio día. Pero esas nubes no son de agua, sino de algo-dón de azúcar. Cuando se fundó Jauja, se hicieron arreglos con los poderes del cielo para que no lloviera nunca.

Al fin Nachito pensó que los ladrillos más sólidos eran los que les habían aconsejado, y convenció a Mariquita, demostrándole que así la casa parecería de piedra de cantera, sobre todo si se fabricaban trozos grandes para ponerlos en la fachada. Pero “La Chachalaca” quiso que pusieran adornos de otros dulces, con colores diferentes, como si fuesen azulejos, y así se hizo. El duendecito los dejaba hacer: se veía que estaba a disgusto con la idea de tenerse que quedar en Jauja, hasta quien sabe cuándo, por el descuido de Mariquita con los anillos.

Pero había que hacer el plan de la casa, de acuerdo con las necesidades de los que iban a vivir en ella, y escoger el estilo de construcción. Les enseñaron modelos, y escogieron uno de dos pisos de altura, el más grande que se podía hacer en Jauja, pues Nachito y Mariquita eran del tamaño de las personas más altas de la ciudad. Como estilo, dijo Nachito que él prefería el mexicano colonial, pero le dijeron que no lo conocían. Entonces “El Pelón” se ofreció a explicarles cómo era, dándose mucha importancia, y le contó que había una piedra llamada “tezontle” y otra llamada “chiluca”, y que a él le gustaba más la “chiluca”, y que era gris clara, mientras que el “tezontle” era roja oscura. Hicieron, pues, una casa que pareciera de chiluca con azulejos y en estilo mexicano.

Mientras los albañiles de Jauja construían la casa de estilo colonial mexicano en que debían vivir Nachito y Mariquita con don Yo, los hermanitos, aconsejados por el duende, se dedicaron a buscar muebles y objetos de uso diario. Mariquita estaba encantada con la idea de que iba a tener muebles hechos de dulce, pero el duende se refa de ella, y le decía que iba a resultar muy gracioso verla sentada en una silla de caramelo sin poderse levantar de ella porque se le había pegado la ropa.

Lo malo era que, como en la ciudad no se fabricaban sino cosas dulces, la situación era muy apurada. El duendecito aconsejó que los muebles que debían ser fuertes se hicieran de caramelo y se cubrieran con obleas, y que los muebles blandos, como los sofás, se hicieran de pan.

Pero había una dificultad seria: el cuarto de baño. Se necesitaba agua, y se necesitaban muebles, que el agua no deshiciera.

¡Y en Jauja no había otra agua que la de los pozos de “Las Fábricas Centrales”, ni tubería para llevarla hasta las casas! El duende podía

pasárselo sin agua, si quería, porque como no era de carne y hueso sino en la apariencia no tenía necesidades parecidas a las de los hombres. ¡Pero los dos muchachos! Nachito se acordó de que había oído decir que en otro tiempo sí se mandaba agua hasta las casas, porque le llamaban la atención toda clase de trabajos y de cosas mecánicas, y preguntó si no quedarían por ahí restos de aquellas tuberías. Don Escarragut, el jefe de las Fábricas, hizo que lo llevaran al último patio, al cobertizo donde se guardaban cosas viejas, y allí encontraron tuberías antiguas. Nachito en persona se puso a trabajar con los obreros para hacer pasar aquella tubería por debajo del piso de la calle y hacerla llegar hasta la casa nueva, que quedaba bastante lejos, porque en Jauja no hay lugares vacíos en medio de la ciudad y no se puede construir una casa nueva sino en los extremos. A veces parecía que la tubería aquella no iba a alcanzar, porque había muchos pedazos maltratados e inútiles, pero juntando unos con otros se pudo hacerla llegar hasta la casa.

Faltaba todavía la instalación del cuarto de baño y les dijeron que no era posible hacerla de metal ni de porcelana, en Jauja se admitían muy pocas cosas de metal, y se trataban con mucha prudencia, porque el menor golpe que con él recibiera uno de los habitantes podía causarle la muerte o romperle una pierna o un brazo; y en “Las Fábricas Centrales” tenían unos objetos de porcelana, pero habían obligado a las brujas y a los trasgos a traerlos a cambio de dulce.

—Ni aun los objetos de madera los hacemos nosotros —explicó Don Escarragut, porque es necesario derribar árboles y cortarlos, cosas que nosotros, hechos de materiales dulces, no podemos hacer, porque nos partiríamos en pedazos. Cortar los árboles y trabajar la madera son los castigos que imponemos a las personas que vienen de fuera y no se conducen bien; por eso podemos tener siempre madera en nuestros depósitos, y con ella trabajan esos extranjeros que cometen delitos.

Nachito ofreció hacer él mismo, con la ayuda que pudiera darle Mariquita, y hasta el duende si quería, los objetos que necesitaba para el cuarto de baño. Se puso, pues, a trabajar, y a eso de las ocho de la noche los tenía hechos, aunque no muy buenos que digamos. Trabajó tanto durante todo el día, que apenas se sentó en uno de los sofás hechos de pan se quedó dormido sin cenar, hasta el día siguiente.

Al día siguiente de su llegada a Jauja, Nachito y Mariquita se despertaron muy sorprendidos de no hallarse en su casa. Recordaron entonces todo lo que les había sucedido, y eran tantas cosas que les parecía como si hubieran estado años lejos de sus papás.

Fueron a lavarse y les dio mucha risa tener que hacerlo en lavamanos de madera. Apenas lavados, se fijaron en que no tenían toallas, y Nachito salió inmediatamente a ver al director de “Las Fábricas Centrales”. Don Escarragut le dijo que de tela era imposible dárselas,

porque no había; que de oblea, con la cual se hacían las toallas para los habitantes de Jauja, tampoco era conveniente para ellos, pero que se las mandarían hacer de papel, Nachito pidió de una vez que se les hicieran sábanas, porque también se les habían olvidado; Mariquita se había quedado dormida en el primer sofá en que se sentó, lo mismo que su hermano, y no se habían fijado en todo lo que les faltaba.

Después, a la hora del desayuno, pensaron que no habían hecho provisiones de ninguna clase, y no sabían qué se podía hacer para comer todos los días en Jauja; el día anterior se habían contentado con los dulces que les regalaron, y no se les había ocurrido pensar si diariamente iban a comer dulce y nada más. Cuando comenzaban a discutir el problema de la comida, llamaron a la puerta: era uno de los repartidores de "Las Fábricas Centrales" que llegaba a ofrecerles la comida del día.

—Pues ¿cómo es eso? —dijo Mariquita—. ¿Aquí no tenemos que ir al mercado a comprar la comida?

—No —le respondió el repartidor, que era un hombrecito de aspecto sencillo, hecho de caramelo rojo—; aquí no se compra ni se vende.

Mariquita se quedó azorada. Nachito, a quien le gustaba oír las conversaciones serias de las personas mayores, se acordó de una que había oído a su papá:

—Entonces ustedes son cómo los bolcheviques.

—No sé que será eso —dijo el repartidor.

—Pues dicen que en Rusia gobiernan los bolcheviques, y que ni compran ni venden, ni dejan que nadie sea dueño de nada, sino que quieren que todo sea de todos y que todos trabajen para todos. Y como dicen que quieren hacer al mundo entero como ellos, créf que de eso les habría venido a ustedes la idea de arreglar así las cosas.

—No, aquí no tenemos nada que ver con las gentes de carne y hueso, y cuando algunas llegan hasta aquí es porque las acompaña algún duende, como a ustedes; y como los que vienen son siempre niños, no es mucho lo que cuentan de cómo se gobiernan los hombres...

—Pero aquí vienen también brujas —interrumpió Mariquita— y las brujas son de carne y hueso.

—Eso si no sé. Lo parecen. Pero unos dicen que las brujas son mujeres de carne y hueso que se han puesto muy viejas, y otros dicen que nada más tienen la apariencia, pero que no son seres humanos. Lo que si sé es que no están hechas como nosotros, y no tienen gran dificultad en trabajar con la madera cuando las castigamos por algún daño que hayan hecho, mientras que para nosotros la madera resulta demasiado dura...

—¿Y cómo es que, estando ustedes hechos de dulce, y pudiendo quebrarse con facilidad, no les hacen nada las brujas y las obligan a trabajar?

—Porque hemos inventado una red para coger en ella a todo el que venga de fuera y quiera hacernos daño. Todos nuestros gendarmes

llevan una de esas redes, y todos los habitantes sabemos silbar de manera que inmediatamente, en dos o tres segundos, llegan los gendarmes y cogen al que quiera hacernos daño. Pero no puedo decirles más, porque está prohibido contarles a los extranjeros el secreto de las redes de defensa, y luego, aunque yo quisiera, sé muy poco de cómo están hechas... Y... bueno, díganme qué quieren que les deje de comida, porque ya tengo que irme.

—Déjenos leche, y café, y pan —dijo “La Chachalaca”— y para el mediodía...

—Pues... —dijo el repartidor, rascándose la cabeza— pan sí traigo, pero de café sólo jarabe y de leche sólo cajeta.

Mariquita, azorada, no atinó sino a pedir que le dejaran de lo que hubiera, escogido lo que más se parecía a su comida de costumbre.

—¿Y usted qué querrá, Don Yo? —le preguntó al duende.

—Yo, nada, Chachalaca, con irme de paseo por el bosque tengo todo lo que necesito. Por suerte hay bosques aquí en la isla y no son de dulce los árboles. Pero ya verás, tú, que tanto querías venir a Jauja, a qué sabe vivir en una ciudad toda hecha de dulce, cuando uno no está hecho de dulce también.

Durante todo el día, el primero que pasaban en aquella casa nueva, mexicana por el estilo, pero toda de dulce como las demás de Jauja, Nachito y Mariquita pasaron el tiempo descubriendo dificultades que no se esperaban. Mariquita era quien las descubría: que no podían limpiarse los dientes con los cepillos que usaban los habitantes de Jauja; que les hacían falta peines aunque fuera de madera; que los trastos se rompían fácilmente... El Pelón se pasó el día corriendo a “Las Fábricas Centrales” para reponer lo que se rompía o para hacer las cosas nuevas que les faltaban.

—Ya ves —decía cuando acababa de hacer dos peines— yo hago todas estas cosas, porque me fijo cómo trabajan los hombres, y tú, Chachalaca, que siempre estás diciendo que soy demasiado serio, no hubieras sabido arreglártelas aquí.

—Sí —contestaba Mariquita enojada— crees que es la gran cosa haber hecho dos peines, qué quién sabe cómo estarán; a lo mejor me van a arrancar los cabellos. Pero cepillos de dientes no has podido hacer.

—Eso no, porque es más difícil, y además, aquí no hay con qué hacerlos. Nos contentaremos con unos palitos, y pasarnos la toalla muy fuerte sobre los dientes después.

—Sí, sólo nos faltaba limpiarnos los dientes con los dedos. Pero ya que te fijas en tantas cosas ¿a que no has pensado en que se nos van a acabar aquí estos trajes que traemos puestos, si no nos vamos pronto?

—¡Ay, es verdad! ¡Cómo nos haremos! Le preguntaremos a Don Yo de Córdoba.

—¿Don Yo? Don Yo se fue de muy mal humor, y le pregunté si no quería nada, y me dijo que no, que se iba al bosque y que no le veríamos la cara en mucho tiempo. Yo me puse a llorar entonces y me dijo que si lo necesitábamos lo llamaríamos cantando una canción. Me la enseñó; se llama El Rey de los Elfos; dice que donde quiera que se cante él la oye y si comprende que la cantan para llamarlo viene lo más pronto que puede. Es muy bonita pero triste. Te la enseñaré.

—Bueno, pero ¿y nuestros trajes? ¡Ah, ya sé! Aquí nos hacemos unos de papel, y guardamos éstos hasta el día en que podamos irnos.

—¡De veras, qué bueno!

Mariquita saltaba de gusto, y Nachito salió otra vez corriendo a “Las Fábricas Centrales” a pedir que se les hiciera la ropa de papel.

Cuando ya se acercaba la noche, recibieron una visita que no esperaban. Era el jefe de policía de Jauja, hombre recio, hecho de coca-da, con grandes bigotes y cejas espesas. Mariquita se asustó, Nachito abría los ojos muy grandes.

—No se asusten —les dijo el jefe, que se llamaba Don Cocayo— no les va a pasar nada malo; como ustedes están ya viviendo aquí, y no es probable que se puedan ir muy pronto, vengo para que arreglemos las cosas de la manera que aquí se acostumbra. Aquí la policía tiene muy poco qué hacer, del que dicen que tiene entre los hombres de carne y hueso; quiero decir que aquí no suceden cosas malas sino cuando las hacen gentes que vienen de fuera, y la ocupación principal de la policía es distribuir el trabajo de los habitantes.

Mariquita respiró fuerte, ya tranquila, y Nachito miró con interés.

—Y ¿a nosotros nos tocará trabajo que hacer?

—Sí, pero no mucho. Una hora o dos horas al día. Aquí todos trabajamos, pero nunca mucho. Los hombres y las mujeres trabajamos de tres a cuatro horas cada día, en “Las Fábricas Centrales” o en nuestras casas o en los bosques. Los niños, desde que tienen siete años, trabajan también, pero nunca más de una hora al día. A ustedes les pedimos que trabajen un poco más algunos días, porque son más fuertes que nuestros niños y pueden hacer cosas que nosotros no podemos hacer y que nos hacen falta.

—Muy bien —dijo Nachito, poniendo cara muy razonable— pero ¿no tienen escuelas ustedes para sus niños?

—Sí tenemos, pero sólo duran dos o tres horas cada día. Dicen que entre las gentes de carne y hueso la escuela dura muchas horas; entre nosotros, no, porque no enseñamos cosas inútiles. Cosas que allá sirven para la vida, pero que resultaría inútil.

—Bueno, ¿y cómo pagan ustedes el trabajo?

—No pagamos; creí que ustedes sabrían que aquí ni se compra ni se vende ni hay dinero. Todos trabajamos para todos, y todos tenemos lo que necesitamos: en los almacenes hay de sobra... Así es que ustedes pueden pedir todo lo que quieran, no como obsequio, que es como

se lo hemos dado hasta ahora, sino porque tienen derecho a todo desde que trabajen.

—¿Y la escuela será muy aburrida? —preguntó Mariquita.

—Yo creo que no. Es una escuela en que los niños preguntan al maestro lo que quieren saber; no es el maestro quien les pregunta lo que han leído en libros.

—¡Ay, qué raro! —dijo Mariquita.

—¿Entonces aquí no hay libros? —preguntó Nachito.

—Sí, pero no se usan en la escuela; sólo son para gusto de los que quieren leerlos. Y todos leemos porque nos gusta.

Quedaron convenidos, pues, en cómo trabajarían desde el día siguiente, y Don Cocayo se despidió muy amable.

Durante varios días, Nachito y Mariquita estuvieron a gusto en Jauja, asistiendo a la escuela y trabajando; y como la escuela y el trabajo les quitaban muy poco tiempo, les quedaba mucho para jugar y divertirse.

Al principio, Mariquita encontraba muy raro tener que jugar con niños tan pequeñitos de tamaño como eran los de Jauja, aunque tenían la misma edad que ella; se figuraba que tenía que tratarlos como una mamá; pero como eran muy inteligentes, y sabían muchos juegos bonitos, estaba muy contenta con ellos. En lo que sí tuvo que poner cuidado fue en no tocarlos con demasiada violencia, porque se quebraban: el primer día le rompió un brazo a una niña, que era de caramelo, y mandó que le aplicaran untura de jarabe cada hora y le pusieran al sol: al otro día estaba buena.

Entre cinco y seis de la tarde se abrían los cinematógrafos y los teatros. Como no se pagaba, cada quien iba a lo que prefería. Cuando el cinematógrafo era cosa nueva, les contaron a Nachito y Mariquita, muchos habitantes de Jauja iban a ver películas en que se representaban dramas y comedias; pero después pensaron que todo eso era mejor verlo en teatros, con gentes como ellos mismos, cuya voz se pudiera oír. Sabían que entre las gentes de carne y hueso muchas iban al cinematógrafo y no al teatro, porque de los dos el cine era el más barato, y se podían ver buenos artistas, mientras que en el teatro, aunque era más caro, no había siempre artistas buenos. Nada de eso sucede aquí en Jauja, decían, porque como ni el cinematógrafo ni el teatro cuestan dinero, nadie tiene que pensar en hacer economía; y en el teatro no trabajan sino los artistas que han demostrado mucho talento. Por eso el cinematógrafo se usa sólo para escenas de la naturaleza, para lecciones científicas y para guardar el recuerdo de las cosas que suceden: toda la historia de Jauja, desde que había cinematógrafo, se conservaba así, y de cuando en cuando se exhibían partes interesantes de ella. Desde luego, el cinematógrafo registraba siempre la visita de personas extrañas a la ciudad, y muy pronto Nachito y Mariquita pudieron verse en película, acompañados del duende

Don Yo, visitando "Las Fábricas Centrales". Como Nachito quería conocer los principales sucesos de la historia de Jauja, les dieron una fiesta especial en que pudieron ver cosas muy curiosas, como la gran procesión de homenaje al inventor de las redes de defensa cuando cumplió cien años de edad, la gran invasión de brujas europeas que vinieron a robar dulce durante la Guerra Grande (dicen que entonces faltaba mucho el azúcar en Europa); la llegada de las focas que se salieron del mar a quererse comer las casas de chocolate; los enjambres de abejas que a veces se les escapaban a los cuidadores (porque en Jauja tenían muchas) y después de volar como nubes negras sobre la ciudad se amontonaban sobre las paredes de las casas... Pero siempre los habitantes de Jauja se libraban de estos peligros, porque inventaban muy buenos medios de defensa.

Durante unos diez días, Nachito y Mariquita estuvieron muy contentos en Jauja, enterándose de cómo vivían los habitantes, de lo que hacían y de cómo se divertían, todo ello muy distinto de lo que sucede en el mundo de las gentes de carne y hueso. Mariquita, sobre todo, era feliz probando cada día dulces distintos, no solamente los que ya les gustaban en México, sino muchos más que nunca habían conocido. Como en Jauja no se hacía otra cosa que dulces, eran capaces de hacer todos los que existen en el mundo de los hombres y además otros muchos que los hombres nunca habían imaginado.

Pero a los diez días comenzaron los niños a ver que no se sentían bien. Estaban muy pálidos los dos, y Nachito tenía náuseas. Fueron a ver al médico principal, y él les dijo que no sabía curar a las gentes de carne y hueso sino a las gentes de Jauja, hechas de dulce, pero que se figuraba lo que les sucedía: el alimentarse de dulces no era conveniente para ellos, y se estaban enfermando. La cosa había ocurrido ya a otros visitantes que se habían quedado algún tiempo en Jauja. Les recomendó, pues, que se fueran al bosque y se alimentaran de frutas; además, les dio una orden escrita para el jefe de los establos, con el fin de que todos los días les dieran leche para tomar.

Los dos hermanitos se fueron inmediatamente a los establos, que quedaban en las afueras de Jauja. Allí tenían unas vaquitas, como de la mitad de tamaño de las que existen entre los hombres de carne y hueso; había también cabras y burritas. Cerca de los establos estaba el campo, con mucho pasto verde, a donde se sacaba a los animales a pastar.

Nachito le presentó la orden del médico al jefe de los establos, Don Lactio de Ítaca, hombre muy blanco, hecho de dulce de leche claro. Era tan amable como todos los habitantes de Jauja, y les ofreció darles leche inmediatamente y les preguntó si querían tomarla al pie de la vaca. Los niños dijeron que sí, y Don Lactio los acompañó a uno de los establos, llevando consigo dos perros muy pacíficos. Cuando llegaron al establo, los dos perros ordeñaron a las vaquitas, y la leche caía en jarras que ellos mismos habían puesto debajo.

Muy azorada, Mariquita preguntó por qué eran los perros, y no las gentes, quienes ordeñaban a las vacas. Don Lactio les explicó que resultaba peligroso que las gentes de Jauja ordeñaran, porque, como las vacas eran más fuertes que ellos, en cualquier movimiento les hacían daño. En los primeros tiempos de Jauja, las vacas, si se enojaban, mataban fácilmente a los vaqueros; y hasta cuando no se enojaban, cualquier movimiento brusco le rompía el brazo al ordeñador. Discurrieron entonces enseñar a los perros a ordeñarlas, y los perros habían aprendido con mucha facilidad, y de ellos nunca había nada que temer, porque eran muy tranquilos, querían mucho a los amos y nunca les hacían daño, ni por descuido; al contrario, tenían siempre mucho cuidado para evitarles cualquier golpe o tropiezo. Ahora ellos se encargaban de todo el cuidado de los demás animales, y entendían muy bien las órdenes que se les daban: ellos sacaban al campo y volvían a traer a los establos las vacas, las cabras y las burras; ellos las ponían en orden y las obligaban a tranquilizarse si se ponían inquietas. Cuidaban también de los animales machos, que eran menos, y estaban encerrados en otros establos; los perros eran también los que los sacaban al campo, y después los separaban de las hembras y se los llevaban; los hombres de Jauja encargados de los establos iban junto a ellos, diciéndoles lo que tenían que hacer.

Acabadas de ordeñar las vacas, los perros quitaron del suelo las jarras, tomándolas por el asa con los dientes. Los niños veían aquello con asombro, y esperaban que en cualquier momento se les iban a caer las jarras o se iban a derramar; pero los perros, con mucha habilidad, los trajeron hasta ellos y las pusieron en sus manos. Nachito y Mariquita se tomaron cada uno una jarra, y después de tantos días de no tomarla, les pareció la leche mejor que todos los dulces.

Cuando Nachito y Mariquita hubieron tomado su leche en los establos de las afueras de Jauja, saludaron a Don Lactio, se despidieron y se fueron al bosque. A poca distancia de donde terminaba el pasto de las vacas, comenzaban los grandes árboles. Allí encontraron los dos hermanitos muchas plantas de tierra caliente, que ellos no habían visto nunca, aunque conocían las frutas: mangos, guayabas, cocoteros, bananos, piñas... Encontraron después otros de los que no conocían ni las frutas, y preguntaron sus nombres al joven habitante de Jauja que mandaron con ellos para acompañarlos. Se llamaba Citroño de Almería, y estaba hecho de dulce de limón, dulce que los hermanitos nunca habían comido antes de venir a Jauja. Él les explicaba:

—Éste se llama marañón... Éste hicaco... Éste guanábana... Éste es hobo...

Probaban las frutas nuevas; a Mariquita le gustaban unas, pero otras no.

—¡Ay, ésta agarra la garganta!

—¡Ay, ésta parece hecha de algodón!

—¡Ay, ésta sí es buena, huele a rosa!

—¡Ay, ésta parece de madera! ¡Qué dura!

—¡Ay, ésta tiene muy buena pulpa!

Nachito le decía que no llamara malas las frutas tan pronto:

—Hay que probar más de una vez, y no todas juntas tampoco, hasta hacer que le gusten a uno todas.

—¿Y para qué quiero yo que me gusten todas? Con comer de las que me gustan nada más...

—Es que así no sabes por qué les gustan las otras a los demás.

—¿Y a mí qué?

—Pues cuando estés donde no haya más que de las que no te gusten ¿qué haces?

—Es verdad... Pero ya veremos. ¡Ahora hay tantas de todas!

Nachito le preguntó a Citronio:

—¿Y dónde hay plantas de las frutas que nosotros conocemos más, manzanas, y peras y duraznos, y fresas?

—Ésas las tenemos en lugar especial, porque en Jauja estamos en tierra caliente y no se dan bien.

—¡Ah, será como en esas casas de vidrio en que tienen flores en México! Dicen que en otras partes, donde hace mucho frío, tienen muchas casas así, para flores de tierra caliente...

—Sí, pero fíjate que aquí no hace frío nunca...

—Pues entonces es al revés. ¿Y cómo hacen ustedes para que crezcan esos árboles de tierra fría?

—Ahora lo verás.

Siguieron andando por el bosque, y durante media hora vieron árboles que no conocían, y helechos grandes como árboles... Y vieron dos montañas, y entre ellas una barranca grande oscura, y de la barranca subían los árboles por las pendientes. Antes de entrar a la barranca se veía bien la figura de los árboles: todos iban a terminar a la altura de la montaña, las copas se juntaban como formando techo, de manera que los árboles que nacían en la pendiente, y los que estaban ya muy bajos eran tan altos como la montaña.

Y vieron orquídeas de todas las formas y de todos los colores. Mariquita vio unas mariposas posadas sobre los árboles, y quiso acercarse a verlas:

—Cógelas —le dijo Citronio.

—Pero si no tengo con qué... Si las quiero coger con la mano, se me van.

Mariquita entonces extendió la mano, y cogió una mariposa amarilla salpicada de puntos rojos. La mariposa no se movió. Entonces Citronio, la arrancó por fuerza.

—¡Ay, qué extraño! ¿Por qué no quería despegarse?

—Porque no es mariposa: es una flor, es una orquídea.

—¡Ay, qué lindo! Yo quiero muchas.

Y se puso a arrancar un manojo de mariposas blancas y amarillas para llevárselo.

Mariquita iba muy contenta por el bosque, en compañía de su hermano y de Citronio de Almería, llevando en la mano sus flores en forma de mariposas. Citronio le enseñó otras orquídeas extrañas, en forma de picos de ave, en formas de lazo; pero ella no encontraba ningunas como sus mariposas.

Nachito, curioso siempre para las cosas serias, dijo que quería ver dónde crecían los manzanos, los perales. Citronio les dijo que había que atravesar la barranca de los árboles muy altos, y fueron hacia ella.

—¿Y por qué —preguntó Nachito— estos árboles crecen así, y van haciéndose más chiquitos mientras más arriba nacen en la montaña, y todos tienen las copas a un mismo nivel?

—Porque todos buscan el sol, todos quieren que les dé mucha luz y calor en las hojas, y cuando llegan a la altura en que les da todo el sol que necesitan, ya no crecen más; pero los de abajo crecen y crecen hasta que encuentran la luz.

Atravesaron la barranca, y los niños se asombraban de ver qué largos eran los troncos de los árboles que nacían en el fondo; nunca se habían figurado que hubiera árboles tan altos. Nachito, sin embargo, recordó:

—Dice mi papá que él ha visto árboles muy altos en California. Y dice que los hay muy anchotes, y que en uno han abierto los americanos un túnel para que los coches pasen por adentro.

—¡Ah, qué gringos! —dijo Mariquita.

—Esta Chachalaca...

—No sé bien de qué hablan ustedes —dijo Citronio.

Nachito le explicó quiénes eran los “gringos”; Citronio sabía que existían, pero no que los llamaran así.

Al acabar la barranca, llegaron a otros bosques, y estaba oscuro.

—¿Por qué está tan oscuro, si todavía es temprano? —preguntó Mariquita.

—Porque este bosque lo tenemos cubierto para que no haga calor.

—¡Ay, de veras, que hace frío!

—¿Y con qué lo tienen cubierto? —preguntó Nachito.

—Con nubes de las que hacemos de algodón dulce. Como estos árboles crecen donde hace frío, y esta es tierra caliente, hay que tener frío este bosque durante una parte del año. En verano, que es cuando dan flores y frutos, quitamos las nubes; ahora, que ya va entrando el otoño, ponemos unas pocas nubes que tapen el sol; cuando llega el mes de diciembre, ponemos nubes muy espesas, y en abril, quitamos unas pocas, y para mayo las quitamos todas.

—¿Y cuando llueve no se derriten las nubes?

—No, acuérdense de que en Jauja tenemos hechos arreglos con los poderes del cielo. En la ciudad nunca llueve. En los campos donde

crecen las plantas de tierra caliente sí llueve siempre que queremos. Y en este bosque solamente llueve durante el verano, precisamente en la época en que quitamos las nubes de algodón.

—¡Qué bueno sería que donde nosotros vivimos lloviera nada más cuando quisiéramos! ¿Por qué no se hará?

—Porque dicen que las gentes de carne y hueso todo lo enredan, y nunca se ponen de acuerdo.

Cuando Nachito y Mariquita iban a salir del bosque de árboles de tierra fría para regresar a la ciudad de Jauja, oyeron una voz que los saludaba de entre los manzanos y reconocieron al duende Don Yo de Córdoba que estaba metido en una flor.

—Muy bien, hijo mío, veo que ya se convencieron de que no es posible vivir sólo de dulce. No sólo de dulce vive el niño.

—Pues sí —dijo Mariquita— nos estábamos enfermado ya, pero hemos ido al establo a tomar leche y luego venimos a los bosques a comer fruta.

Y se puso a contar su excursión con toda clase de pormenores, lo cual divertía mucho al duende.

—Bien, chamacos, voy a acompañarlos hasta Jauja. Las frutas son mejores que los dulces, pero estoy aburriéndome después de tantos días aquí. O tal vez no me aburro de estar aquí, sino de saber que no puedo irme.

—¡Ay, cuánto lo siento! ¡Y pensar que si no me descuido con los anillitos de virtud no nos hubiéramos tenido que quedar en esta isla!

—Bueno, hija, no te apures ya, pero ten cuidado en otra ocasión. Yo he querido inventar algún modo de salir de esta isla de Jauja; pero los primeros días que me vine a pasear a estos bosques me interesaba tanto todo lo nuevo que iba encontrando, que no pensaba en otra cosa, y ayer y hoy, que ya comencé a aburrirme, no se me ha ocurrido nada. ¡Si siquiera viniesen otros seres de fuera que nos ayudaran! ¡Parece que vienen ahora pocos visitantes a Jauja!...

—Sí —dijo Citronio de Almería— vienen pocos, porque molestaban mucho y hemos procurado estorbarles la venida, sobre todo a las brujas. Pero siempre recibimos dos o tres visitas cada mes.

—Pues que sirvan para algo los que vengan ahora.

Así iban conversando, andando por el bosque, y el duende saltando de árbol en árbol. Nachito y Mariquita comenzaban a cansarse, pues llevaban más de dos horas de paseo, cuando vieron las primeras casas de Jauja a la distancia; apretaron el paso, y cuando ya estaban muy cerca llegaron dos señoras, una de merengue y otra de azúcar cande, vestidas de fantasía, con trajes de oblea color violeta, y les dieron la noticia de que en "Las Fábricas Centrales" se habían encontrado uno de los anillos de ópalo.

Apretaron otra vez el paso, y llegaron a “Las Fábricas”, donde Don Escarragut de Narbona, el jefe, les tenía guardado el anillo. ¡Era el pequeñito del duende!

—¿Y cómo lo encontraron? —preguntaba Mariquita.

—Pues barriendo, en un rincón, entre la basura.

—¿Y no aparecieron los otros?

—No; buscamos con mucho cuidado en todos los rincones, cosa que no se nos había ocurrido hacer, porque estábamos seguros de que los tres anillitos se habían ido por el lavadero; pero no se encontró ningún otro anillo.

—Muy bien —dijo el duende— con éste yo me voy, y volveré a buscarlos.

—¡Qué bueno, qué bueno! —gritaban los dos niños.

—¿De manera que se alegran de irse de Jauja? —les preguntó maliciosamente Don Escarragut.

—No es eso, es que mis papás... —dijo Mariquita.

—No pensabas mucho en tus papás cuando te empeñaste en venir a la ciudad de dulce...

—Bueno —dijo el duende— yo me voy en seguida. No hay que perder tiempo.

—¡Adiós, adiós! Vuelva pronto a buscarnos.

Nachito y Mariquita estaban contentísimos de que el duende, Don Yo de Córdoba, hubiera encontrado su anillo de virtud, y de que se hubiera ido de Jauja, ofreciéndoles volver a buscarlos, para que regresaran a México. Se fueron a su casa, a prepararse, y se cambiaron de ropa, quitándose la de papel que les habían hecho en Jauja y volviendo a ponerse la de tela con que habían llegado. Aunque los dulces les habían hecho daño, por ser lo único que habían comido en diez días, Mariquita no se olvidó de su deseo de llevar dulces de Jauja para su casa, y pidió a “Las Fábricas Centrales” que le regalaran una docena de cajas de los mejores, escogiendo muchos de los más raros, para dejar azorados a su papá y su mamá, que no los conocían. Ahora no le parecían mal las frutas extrañas, que encontraba feas en el bosque, y sólo pensaba en la extrañeza de sus papás.

—Y no creo que sea demasiado pedir —decía Mariquita—, porque todos los días les hemos trabajado, no diré que hasta cansarnos, pero sí haciéndoles cosas útiles.

—No, hija mía —le había contestado Don Escarragut—, se han portado ustedes bien aquí en Jauja, y de todos modos aquí hay derecho de pedir todo lo que uno quiera, porque para todos hay de sobra: Aquí no hay pobres ni ricos, todo el mundo tiene lo que quiere, y tanto como quiera y a nadie puede metérsele en la cabeza el ridículo orgullo de decir: “Yo tengo más que mi vecino”. Sólo al que no trabajara tendríamos que cortarle las raciones diarias; pero aquí a nadie se le ocurre no trabajar, y a los que vienen de fuera, si son molestos, los obligamos a someterse.

—Bueno —le preguntó Mariquita—, si ustedes tienen esos bosques tan hermosos, con tantos árboles frutales ¿por qué yo nunca veo que coman fruta?

—Porque nosotros no nos alimentamos de frutas, sino de dulces, que es de lo que estamos hechos.

—Entonces ¿para qué tienen esos bosques?

—Para hacer dulces con las frutas, así como tenemos establos para hacer dulce de leche...

—Y el azúcar ¿de dónde lo sacan?

—De unas minas.

Nachito se quedó sorprendido: él había oído decir que el azúcar se fabricaba en grandes máquinas, con jugo de plantas como la caña y la remolacha; y había oído decir que la sal se podía sacar de las minas, pero el azúcar no.

—Eso es entre la gente de carne y hueso —le explicó Don Escragut—, pero precisamente Jauja se estableció en una isla que tenía minas de azúcar. El día que se enteraran las grandes naciones, ya las veía yo mandar barcos a conquistarnos; pero nunca podrán saber dónde queda nuestra isla.

Entretanto se hizo de noche, y Nachito y Mariquita, en su casa, esperaban el regreso de Don Yo con gran inquietud, haciendo muchos planes sobre todas las cosas que iban a contar en su casa y en la escuela. Pero pasaba el tiempo, y don Yo no venía. Los habitantes de Jauja se acostaron, y en todas las casas se apagaron las luces.

Ya cerca de media noche, oyeron los hermanitos ruido, y corrieron a la puerta, creyendo que tal vez había llegado el duende. Pero al abrir vieron que el ruido lo hacían cuatro brujas que estaban arrancándole pedazos a la casa. Como era la primera vez que veían brujas, se quedaron mirándolas fijamente; las pudieron reconocer, porque eran como siempre les habían dicho: muy viejas, encorvadas, con la nariz y la barba muy grandes. Las brujas los vieron, y se les echaron encima: dos cogieron a Nachito y dos a Mariquita y los montaron en grandes palos de escoba y los ataron. Los hermanitos gritaron pero en seguida les taparon la boca y se la ataron con pañuelos. Se acordaron de que los habitantes de Jauja atrapaban a las brujas con redes, pero ellos no tenían redes de aquéllas ni sabían manejarlas.

Los gritos de los niños fueron oídos en Jauja, pero demasiado tarde; cuando los que los oyeron salieron de sus casas, con redes en las manos, a ver de qué se trataba, los niños iban ya con las brujas por los aires en sus palos de escoba.

CON LAS BRUJAS

Las cuatro brujas se llevaron a Nachito y Mariquita volando sobre sus palos de escoba por los aires en medio de la noche, hasta sus casas, que estaban en medio de un bosque oscuro. A la entrada del bosque tenían una casita a medio construir, hecha de dulce; cada vez que podían iban a Jauja a robar dulce y lo agregaban a la casita, para atraer a los niños. Al llegar con Nachito y Mariquita, se detuvieron a la entrada del bosque, agregaron a la casita los pedazos de dulce que habían desprendido de la casa de los dos hermanitos en Jauja, y después echaron a andar hasta llegar a las casas en que vivían.

Ya en sus casas, dos brujas se llevaron a Nachito y dos a Mariquita, y los ataron con cadenas al pie de sus camas, y los hicieron dormir en el suelo. Los dos hermanitos estaban muy tristes, pero pensaban que quince días antes se hubieran asustado mucho más, porque todavía estaban en duda de si las brujas se comían o no a los niños, pero ahora sabían que sólo los hacían trabajar.

—Imagínate, Anabolena, qué suerte habernos encontrado a estos chicos. Ya estábamos cansadas de tanto trabajar. Como el último chico se nos escapó hace tanto tiempo, y...

—Cállate, Lucreciaborgia, mira que esta chica oye lo que decimos, y no vayas a contar cómo se escapó el otro. Los chicos son el diablo.

—La verdad es que dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo; pero los muchachos, con ser muchachos, le ganan.

Mariquita, oyendo esto, pensaba que los niños habían de escaparse con facilidad del poder de las brujas, y que Nachito, que estaba siempre estudiando todo lo que veía y le gustaban las cosas mecánicas y los inventos, de seguro pensaría en el modo de escapárseles. Se acostó, pues, en el suelo quitándose antes el vestido, y las brujas no le dieron ni almohada ni estera, ni frazada, así es que durmió con mucho frío, cubriéndose con su trajecito echado encima.

Al día siguiente se levantaron cansados, pero no mucho, porque los niños resisten bien las molestias cuando están sanos. A Mariquita se le ocurrió una buena idea: hacerse la enferma. Dijo que le dolía la

cabeza y el cuerpo todo, y que sentía la nariz tupida, y que se figuraba que tendría gripa. Las brujas se alarmaron.

Ya ves, Lucreciaborgia, no debemos tratar a los chicos con tanta dureza. Más vale que pasemos a esta chica a la cama en que dormía Cataderrusia, y que se abrigue, porque si se nos muere es igual que si no la hubiéramos encontrado.

La pasaron, pues, a una cama vieja y medio rota, pero de todos modos mejor que el suelo, y la arroparon bien. Ella se hacía cada vez más enferma, y le trajeron café con leche bien caliente, con buen pan, y medicina amarga, que Mariquita fingió tomar sin disgusto, pero escupió del otro lado de la cama en cuanto salieron. La bruja a quien le decían Anabolena discutía enojada con la otra:

—Ahora estamos peor que si no hubiéramos cargado con esta muchacha, porque tenemos que trabajar para nosotras y para ella. Y todo porque tú te empeñas en que hay que tratarlos a la baqueta. Si han de trabajar para una, pues más vale que estén fuertes y sanos; si no, es como matar la gallina de los huevos de oro.

—Es que también tú los consientes demasiado, y nunca vigilas, y yo muchas veces los he encontrado, cuando a ti te tocaba ver qué hacían, jugando con las yerbitas del campo, y todo porque tú les habías ido dizque a buscar plantas de virtud secreta.

—Será como sea, pero lo que sé es que a mí me da mejor resultado mi modo de tratarlos que a ti el tuyo. Y si se van, no es por mí...

—Pues por mí no será...

Y así estuvieron discutiendo toda la mañana.

Mientras tanto, a Nachito lo habían puesto las otras dos brujas, Dubarrina y Juliaragona, a cortar leña en el bosque. Se le ocurría hacer una trampa en que cayeran, pero temía que, si atrapaba a una sola, las demás, sabiendo que él lo había hecho, lo azotarían. Decidió, pues, seguir pensando hasta dar con algún plan que no tuviera inconvenientes serios.

Mientras Mariquita se pasaba el día en la cama, engañando a las brujas y haciéndoles creer que estaba enferma, Nachito trabajaba cortando leña en el bosque. Pensaba qué haría para fabricar una trampa en que cayeran las brujas, pero el plan se le complicaba mucho, porque podía caer en la trampa una bruja sola, y después venir otra de ellas, y soltarla, y maltratarlo a él si comprendía que él lo había hecho. Y además, las brujas no lo dejaban solo sino muy poco rato, y él estaba atado con cadena, y la cadena tenía candados, uno que se cerraba sobre sus pies y otro que se cerraba en el lugar donde estuviera atada la cadena.

Pasó, pues, todo el día sin poder atinar qué haría para librarse de las brujas. Apenas se alejaba una, venía la otra a ver cómo trabajaba, y a veces se peleaban:

—Mira Juliaragona, que por no estar cuidando a este chico no va a hacer nada, y tenemos mucho trabajo atrasado.

—Siempre has de reclamar, Dubarrina, cuando no te toca. Más lo cuidó yo que tú, que cuando te pones a pensar en la corte de los reyes de Francia te quedas como ida y no ves lo que pasa cerca de ti.

—Pues peor te pones tú cuando te acuerdas de Italia, y que si los Duques, y que si los Cardenales... Y total, pueblos viejos que no se pueden comparar con París.

Nachito se asombraba de aquellas discusiones que no entendía: comprendió solamente que hablaban de sus tiempos pasados, pero las cosas que decían eran muy extrañas, porque hablaban de reyes de Francia y él había oído decir que ya se habían acabado. Como siempre que tenía ganas de saber, quiso preguntarles a las brujas, y les habló, pero aserrando madera con todas sus fuerzas para que no creyeran que por conversar dejaba el trabajo:

—¿Y cómo es eso de los reyes de Francia, si dicen que no los hay ya?

Juliaragona, enojada contra su compañera, le respondió inmediatamente:

—Claro que no los hay, y que cuando los hubo no valieron nada, sino que ésta se figura que los conoció, y que vivió en la corte de Luis Quince...

—Pues sí que viví —contestó la otra.

—Y te figuras que fuiste mujer célebre, y por eso te dicen Dubarrina, que ni se sabe cómo te llamabas de veras. Pero la mujer que tú pretendes que eres murió, y bien muerta, porque le cortaron la cabeza en la guillotina, y de eso hace bastante más de cien años.

—Edad no me vengas a sacar, porque si yo tengo más de doscientos años, tú tienes más de cuatrocientos. Digo, si va uno a creer que eras quien pretendes, porque la Julia que tú dices que eres murió creo que de la peste, porque en tu famosa Italia había pestes a cada rato.

—¡Bueno! Y que en París nunca se morfá nadie. Digo, si tu famoso rey Luis Quince...

Nachito se quedó sin enterarse de gran cosa, porque las dos brujas, que realmente parecían tener centenares de años, se enredaban en mil pormenores; sólo pudo sacar en claro que se figuraban haber sido mujeres famosas, pero lo que cada una creía la otra se lo negaba.

Por la noche, las brujas dejaron suelto a Nachito dos o tres veces, y él pudo darse cuenta de que tenían unos frascos con substancias raras; se acercó a leer los nombres que tenían, como en las boticas, y vio que había venenos. En pedazos de papel echó buena cantidad de polvo de tres o cuatro venenos de aquéllos, e hizo el plan de echarlos en la comida que tenía que ayudar a las brujas a preparar al día siguiente.

Nachito se acostó pensando en qué haría al día siguiente para envenenar a las brujas con los venenos que había encontrado en la casa; pero se le presentaba una nueva dificultad: si él envenenaba a Dubarrina y Juliaragona, las otras dos brujas, Anabolena y Lucreciaborgia, que tenían presa a Mariquita, lo descubrirían, y todo se quedaría en

nada. Cansado de hacer planes, se durmió al fin, en el cuartito donde lo metieron las brujas, porque, habiendo visto que Mariquita se enfermó (así creían) por dormir en el suelo, creyeron que era lo mejor darle comodidades a Nachito, que así podría trabajarles y no enfermarse.

Las brujas se habían acostado temprano, poco después de anochecer, y Nachito también; pero a las doce de la noche sonó el reloj, muy fuerte, y Nachito despertó oyendo ruido en la casa, y, aunque no pudo salir de su cuartito por la cadena que lo ataba a la cama, llegó hasta la puerta y vio que las brujas se preparaban a salir, montadas en sus palos de escoba. Al poco rato salieron, y las oyó conversar con las dos vecinas, y luego las cuatro se fueron agitando el aire. En las dos casas se habían quedado solos Nachito y Mariquita, pero no podían comunicarse... Nachito pensó:

—¡Qué buena ocasión para intentar huir, o cualquier otra cosa que nos salvara de esta situación!

En eso recordó al duende Don Yo de Córdoba, y pensó que de seguro habría ido a Jauja a buscarlos y no los había encontrado.

—¡Si pudiera venir!

Así pensaba, cuando oyó una risa de cristal que conocía muy bien. ¡Don Yo de Córdoba había llegado!

—¡Ay, qué bueno! —exclamó Nachito—. Y yo que pensaba que no iba usted a venir. ¿Cómo vino hasta acá?

—Queriendo. ¿No recuerdas que con los anillos de virtud se va a cualquier parte?

—De veras. ¿Y nos fue a buscar a Jauja?

—Precisamente. Anoche llegué, y vi que habían desaparecido ustedes. Esperé a la mañana, y los vecinos me contaron que las brujas se los habían robado; que cuando ellos salieron a ver qué pasaba, porque oyeron los gritos, ya iban muy lejos, y no pudieron echarles las redes a las brujas.

—¿Y cómo no vino en seguida a buscarnos?

—Porque lo mejor era esperar a las doce de la noche, cuando las brujas salen a recorrer el mundo en sus palos de escoba. Así no hay necesidad de pelear con ellas. Me fui, pues, de Jauja, a arreglar muchos asuntos, y ya cuando fueron las doce vine para acá.

—¿Y nos podrá sacar de aquí?

—Claro. Nada más sencillo. Ahora traigo muchas cosas útiles, y no solamente los anillitos.

Sacó del bolsillo una lima, y le dijo:

—Lima, lima.

Y la lima limó la cadena de Nachito y pronto quedó libre, y luego entraron a la casa vecina, y soltaron a Mariquita.

—Ahora —dijo Nachito— vamos a envenenar a las brujas. Les dejaremos preparado algún plato con veneno...

—No se lo comerían —dijo el duende— y además yo no puedo matar a nadie. Mejor les haremos otra jugada: vamos a encerrarlas aquí dentro de sus casas.

—¡Ay, qué bonito! ¿Y cómo?

—Les ponemos a todas las puertas y ventanas cerraduras que ellas no puedan abrir. Les dejamos abierta la puerta de la calle, y cuando ellas entren, y la cierren, se quedarán encerradas.

A Nachito y Mariquita les interesó mucho el plan del duende Don Yo de Córdoba, de dejar presas a las brujas dentro de sus propias casas.

—Bueno —le dijo Nachito al duende— usted dice que no puede matar a nadie...

—Claro, me está prohibido; el día que yo matara me moriría.

—¡Ay, qué raro! —exclamó Mariquita.

—Sí —dijo Nachito— pero encerrando a las brujas de manera que no puedan salir, se morirán de hambre, y es lo mismo que matarlas.

—No —les respondió el duende— porque primero vamos a dejarles qué comer. Las vamos a dejar a pan y agua. Y, además, les dejaremos leña para que no se mueran de frío en el invierno, que aquí es fuerte.

Nachito se quedó pensando, y al fin preguntó:

—Bueno ¿y cuando se acaben las provisiones, no se mueren las brujas?

—No, porque antes de que eso suceda vendrán a sacarlas. Al cabo de unos meses, pasa por aquí cualquiera y abre las puertas.

—Entonces —terció Mariquita— no tiene mucha gracia dejarlas encerradas. Yo creo que lo bueno hubiera sido matarlas.

—Ya te he dicho que eso no puedo hacerlo ni dejarlo hacer. ¡Qué ganas de matar tienen estas gentes de carne y hueso! Hay otra cosa que no sabían ustedes: hay brujas de diferentes clases, unas que se vuelven brujas de puro viejas; otras que se vuelven brujas de puro malas, y otras que son buenas mujeres encantadas. Una de éstas, si se queda mucho tiempo sin salir a volar de noche sobre palos de escoba, empieza a quitársele lo bruja, y si entonces se la encuentra una persona de buenos sentimientos sobre todo algún príncipe joven, puede salvarla. ¡Qué sabemos si están en esa situación!

—Yo no lo creo —dijo Mariquita— porque yo las oí pelearse y se decían la una a la otra que habían sido mujeres muy malas; que una de ellas engañaba a su marido y él la mandó matar, y que la otra envenenaba a los hombres.

—Y las que me cogieron a mí también se decían cosas... —agregó Nachito.

—No lo crean; a veces se hacen ilusiones cuando están encantadas. Y sea como fuere, vamos a prepararlo todo, porque se pasa el tiempo y a las brujas puede ocurrírseles venir.

El duende sacó del bolsillo una cesta muy chiquita, y le dijo:

—Pan, cesta, pan.

La cesta se hizo grande, y echó a andar sola, ante el mayor asombro de los dos niños. Al poco rato volvía llena de pan, lo descargaba en el comedor de una de las casas, y volvía a salir y regresaba con una nueva carga. Así estuvo haciéndolo mucho rato, hasta dejar medio llenos los dos comedores de las dos casas.

Mientras tanto, el duende se sacó del bolsillo una hacha chiquitita como la cesta y le dijo:

—Corta, hacha, corta.

El hacha se hizo grande, echó a correr sola hacia el bosque, y pronto se oyó que cortaba árboles a toda prisa.

El duende se sacó del bolsillo una carretilla chiquitita, y le dijo:

—Leña, carretilla, leña.

La carretilla creció y echó a andar hacia el bosque. Al poco rato regresó con leña y comenzó a llenar las cocinas de las brujas.

Por fin, Don Yo de Córdoba se sacó de los bolsillos muchos trastecitos, y todos comenzaron a trabajar en las puertas y ventanas de las casas poniéndoles cerraduras que no podían abrirse.

Los instrumentos mágicos a quienes el duende Don Yo de Córdoba dio órdenes de que pusieran cerraduras nuevas, que no se pudieran abrir, a todas las puertas de las dos casas donde vivían las brujas, trabajaron con gran rapidez y en menos de una hora estuvo todo hecho.

Terminado el trabajo, el duende recogió sus trastecitos, los hizo volver de tamaño pequeñísimo, y se los guardó en el bolsillo. Entonces él y los niños dejaron las casas de las brujas, y se fueron andando por el bosque.

Mientras andaban, el duende les dijo:

—Si quieren ustedes, podemos esperar por aquí, cerca de las casas, a que lleguen las brujas. Nos esconderemos entre los árboles.

Los niños decidieron esperar, y las brujas regresaron pronto, como a las tres de la mañana, sobre sus palos de escoba. Estaban inquietas por Nachito y Mariquita, y en cuanto oyeron el primer canto del gallo Cantaclaro, lo pusieron como pretexto para dejar a sus amigas en el aquelarre, aunque éstas aseguraban que aquel canto no era el anuncio del día, porque el cielo estaba todavía muy oscuro. Llegaron sorprendidas de ver abiertas las casas, se metieron a toda prisa, y las cerraron con fuerza. Al poco rato se oyeron sus voces de azoramiento al ver tanto pan y tanta leña, y Anabolena quiso salir inmediatamente para avisar a las dos vecinas; cuando pretendió abrir la puerta, vio que no podía, llamó a Lucreciaborgia, y al fin se dieron cuenta de que allí habían puesto una cerradura nueva.

Igual pasó en la otra casa: Dubarrina quería salir para contarles a las otras lo que había encontrado y preguntarles si ellas no habían hallado cosa igual en su casa, cuando se dio cuenta de que no podían abrir las puertas. Ensayaron abrir las ventanas, y descubrieron que

también era imposible. Trataron de hablarse de una casa a otra con gritos, pero no podían entenderse: la gritería era espantosa.

—Así se estarán —dijo el duende— hasta que haya quien pase por aquí y se le ocurra abrir las puertas a la fuerza, cosa que tendrá que suceder. Vámonos, pues.

Nachito y Mariquita apretaron sus anillos, cerraron los ojos, y al poco rato se encontraron en México, cerca de su casa.

—¿No sería mejor esperar a mañana —dijo Nachito— para volver a casa? Si llegamos ahora, despertamos a papá y a mamá, y ya no volverán a dormirse. Mejor sería dejar que durmieran y llegar mañana temprano.

—Vámonos a pasear a mis jardines —dijo el duendecito— a menos que quieran dormir.

—No tenemos sueño.

Y el duende los llevó a unos jardines donde había muchas flores raras y hermosas, pero todas pequeñas, como si fueran jardines para muñecas. Mariquita estaba encantada. Nachito preguntaba cómo se había hecho aquello, y el duende le explicó que los seres pequeños como él, y con poder como el suyo, hacían casas y jardines y montañas y de todo, semejante a aquéllos en que vivían los hombres, pero más pequeños. Sólo que, cuando se cansaban, los deshacían, y después se hacían otros nuevos.

En aquellos jardines vieron el amanecer, y Mariquita preguntó si aquel era el sol que ella conocía. El duende le explicó que sí; que sus poderes no llegaban hasta hacer otro sol nuevo.

Entonces, ya de día, el duende los acompañó hasta su casa, y allí les pidió que le devolvieron los dos anillitos de ópalo, porque era mejor que él los guardara, y les prometió verse con ellos de cuando en cuando. Nachito y Mariquita entraron a su casa, encontraron a su papá ya vistiéndose para salir y a su mamá dirigiendo a la cocinera en la cocina. Fue tanto el gusto que recibieron los papás de volver a verlos, que no los reprendieron; pero la mamá se hizo contar y repetir muchas veces la historia de todo lo que les había pasado, y los obligó a prometer que nunca volverían a irse de paseo con el duende.

CON LAS HORMIGAS Y LA CIGARRA

La Nana Lupe dio por terminada la historia de Nachito y Mariquita cuando regresaron a México, después de haber visitado Jauja y caído en poder de las brujas; pero, como le pedíamos que nos contara otras cosas que les hubieran sucedido, se puso a escarbar en su memoria y recordó cuentos nuevos.

Nachito y Mariquita —nos dijo— se estuvieron en su casa quince días sin atreverse a ver al duende, Don Yo de Córdoba. Doña María les pidió que no volvieran a verlo, y ellos lo prometieron, aunque sabían que les bastaba irse al campo y ponerse a desear que viniera el duende para que él se apareciera entre los nopales. Pero una tarde que buscaban tunas, Mariquita se acordó del duende, y tuvo ganas de que viniera, y aunque no se puso expresamente a desearlo, él se apareció.

—Ay —decía Mariquita— no sé cómo ha venido...

—Pues tú querías verme —le respondió el duende.

—Sí quería yo, pero no me puse a llamarlo.

—Llamarme, llamarme no... Pero como supe que querías verme, vine.

—Es que le habíamos prometido a mamá que no lo veríamos nunca más.

—Bueno, pero nada malo ha de pasarles. Yo tendré mucho cuidado de que nunca se vayan demasiado lejos y de que siempre puedan volver.

Se quedaron allí, paseando entre los nopales, buen rato, y el duende les contaba muchas cosas, que ellos no sabían de las plantas y de los animales. Nachito preguntó:

—¿Es verdad que hay animales que hablan?

—Las cotorras...

—No, ésas repiten palabras nada más, pero no conversan. Yo digo animales que hablan y discuten y explican.

—Pues en el mundo en que viven ustedes no los hay, o, mejor dicho, los hombres no entienden el lenguaje de los animales. Pero en mi jardín sí puede entenderse.

—Pero nosotros hemos estado en su jardín y no oímos hablar a los animales.

—No, porque estaban durmiendo. Pero si se hubieran fijado habrían entendido lo que cantó el gallo. Si quieren ir allá...

—¿No nos pasa nada?

—No, yo cuidaré de que no pase nada.

El duende les prestó dos anillitos de virtud, y cerrando los ojos, y queriendo llegar, en seguida estuvieron en el jardín. Don Yo los llevó junto a un gran hormiguero: las hormigas, que eran grandes, no se habían contentado con abrir hoyos en la tierra, sino que habían hecho unas como chozas o jacales de dos pisos, sobre el suelo, y en ellas cabía Don Yo. Aquellas hormigas estaban acarreado muchas cosas que arrancaban de las plantas vecinas: granos, y frutitas, y hojas... Una cigarra verde se les acercó y les habló: las hormigas se hablaron entre sí, tocándose unas a otras las cabecitas, y mandaron a una de las más grandes a hablar con la cigarra. La cigarra les dijo que ya empezaba a hacer frío y que estaban secándose las plantas cuyas hojas se comía ella; como veía que ellas guardaban tantas cosas, deseaba que le dieran de comer.

Nachito y Mariquita se quedaron sorprendidos al ver que entendían todo el discurso que decía la cigarra, y les pareció que la hormiga jefe le ofrecería de comer. Pero se sorprendieron más que antes al ver que la hormiga contestaba:

—De ningún modo podemos darte de comer. Lo que guardamos es para nosotros...

—Pero algo les sobraré.

—Eso no sabemos. A veces sobra, a veces falta. ¿Tú por qué no guardas?

—Porque yo no hago casa. Yo me hospedo en árboles verdes, y me ha ido bien todo el verano, mientras hizo calor. Canto, y todos se ponen contentos.

—Pues debías guardar que comer para el invierno, como nosotros. Debías trabajar. El que no trabaja no come.

—Pero yo trabajo. Hay días que trabajo mucho. Canto de tal manera que me siento muy cansada al llegar la noche.

—No creo que sea trabajo eso de cantar. Nosotros no cantamos.

—Pues sí es trabajo...

—De todos modos, no importa. Ya vas a morirte: tú no puedes resistir los inviernos como nosotros. El verano del año que viene, nacerán tus hijos, y nos vendrán con los mismos cuentos al acabarse el calor. Todos los que no saben pensar en el día de mañana acaban pidiéndonos dinero a los que nos creen ricos. Adiós: que te den de comer los que se pusieron contentos oyéndote cantar, si es que ellos tienen de qué.

La cigarra metió la cabeza en el hueco de una piedra, muy triste, y así se estuvo hasta que sintió que dos hormigas le tiraban de una de las alas.

—Ah, ya quieren hasta comerme —dijo—. Pues no, que todavía no me he muerto. Y mi carne pudiera hacerles daño: tal vez aprenderían a cantar.

Y echó a volar. Mariquita la llamó y se puso a conversar con ella. La cigarra seguía muy triste.

—Creo que sí voy a morirme. Me siento muy débil.

—Pues no —dijo Mariquita— yo te haré una casa y te pondré comida en ella.

Y con ayuda del duende le arregló un nido caliente de hojas en el hueco de un árbol, y allí le amontonaron hojitas que pudiera comer. La cigarra se quedó ya contenta y cantó hasta que Nachito y Mariquita se volvieron a su casa. No cantaba ahora con tanta fuerza como antes; su voz era más pequeña, pero cantaba con más delicadeza: su canción era una canción de otoño.

CON EL CUERVO Y EL COYOTE

Aquella tarde en que Nachito y Mariquita oyeron en el jardín del duende la conversación entre la cigarra y la hormiga, y la niña le hizo nido y le dio alimento a la pobre cantora, volvieron temprano a su casa. Convencidos de que podían seguir visitando el jardín del duende sin extraviarse ni tardar en volver, a la tarde siguiente se fueron al campo y se pusieron a desear que viniera Don Yo de Córdoba. El duende apareció en seguida, bailando sobre las espinas del nopal sin clavarse, y se los llevó a su jardín.

Mariquita se puso a coger flores, una de cada mata, porque quería que todas fueran distintas, y había muchísimas, como ella sólo había visto allí. Nachito se dedicaba a ver en qué eran diferentes unas de otras.

En eso estaban cuando vieron un cuervo de plumas negras muy brillantes que picoteaba un gran pedazo de queso en el suelo. Poco a poco se le fue acercando un coyote, y cuando ya iba a echársele encima lo vio el cuervo, y voló, llevándose el pedazo de queso en la boca, hasta plantarse en una rama de árbol. El coyote se quedó abajo, mirándolo, y pensó que no lo podía alcanzar.

—Vuela demasiado —decía en voz baja— y no lo he de poder devorar. Pero si pudiera quitarle el queso, que parece del mejor de Holanda... Qué bien se ve lo anaranjado del queso, con lo rojo de la cáscara, junto a las plumas negras del cuervo. Son tan negras las plumas, que azulean.

Las últimas palabras las dijo ya en voz alta, y el cuervo comenzó a poner atención. El coyote siguió hablando alto:

—Don Cuervo es un ave muy hermosa.

El cuervo lo miraba con asombro, pero en su expresión se veía que no estaba convencido de que el coyote hablara desinteresadamente.

—Lo engañaré con la verdad —oyeron los niños que decía en voz baja el coyote—; y luego, levantando la voz:

—Yo bien sé que la gente dice que el cuervo es feo; pero hay tanta gente de mal gusto... Basta ver los Kewpies y los Bilikens que tienen en sus casas. ¡Cómo va uno a hacer caso de lo que dicen! Pero,

luego, cuando quieren elogiar a una mujer de pelo negro dicen que su cabellera es como el ala del cuervo: quiere decir que los poetas si se han dado cuenta...

Mariquita estaba azorada del largo discurso que echaba el coyote, y no comprendía que elogiara tanto al cuervo cuando poco antes se lo había querido comer.

—Lo negro muy negro es hermosísimo —seguía diciendo el coyote. Sobre todo, cuando de negro que es se ve azul. Mi pariente el zorro, muy amigo de los cuervos que comen queso, me cuenta que en Grecia, donde él nació, había un dios de cabellos negros y le cantaban himnos diciéndole que tenía los cabellos azules. El zorro dice que eso era porque se embriagaban para cantarle al dios; pero no es verdad: es que aquella gente sí sabía lo que decía, y sabía ver... El zorro es demasiado práctico: no le gustan las cosas bellas; no piensa más que en su provecho. Yo, aunque soy de la familia, soy de otro modo. Como nací en México, sé ver y sé oír.

El cuervo miraba ahora con mucho interés al coyote.

—Y francamente, no sé por qué atacan al cuervo. Dicen que saca los ojos, y que se los saca hasta al que lo cría. Pero yo nunca he sabido que nadie haya visto suceder eso. ¿Por qué no se defenderá el cuervo? Él, que sabe hablar con voz de hombre.

El cuervo no resistió más, y rompió a hablar:

—Calumnias, calumnias...

Al abrir la boca, el queso se le cayó y el coyote se le echó encima. El cuervo, azorado, dejó de hablar; luego, al darse cuenta de lo que le había sucedido, echó a volar furioso detrás del coyote dándole picotazos en la cabeza. El coyote se detuvo para defenderse y atacar por su parte, pero le era imposible hacerle nada al cuervo. Entretanto, el queso rodaba por el suelo y Nachito se apoderó de él:

—Basta de pelear —les dijo—. Le devuelvo su queso al cuervo, pero le quitaré un pedazo para el coyote, en castigo de haberse dejado engañar.

—Es que todo el queso es mío —gritó el cuervo.

—El queso será de quien lo hizo, y no tuyo: tú se lo robaste a su dueño. Así es que conténtate con lo que te devuelvo.

CON LAS RANAS

Aquella misma tarde, cuando se alejaron el cuervo y el coyote, Nachito y Mariquita siguieron paseándose por los jardines de Don Yo de Córdoba. Llegaron a un estanque, y oyeron cantar muchas ranas:

—Brekekekex, brekekekex, coac coac.

Mariquita y Nachito cogieron piedras y las tiraron al estanque. El coro de ranas siguió croando:

—Brekekekex, brekekekex, coac, coac.

Los niños estaban azorados de ver que no se callaban con las pedradas, pero poco después cuando parecía que estaban más contentas, olvidadas de las piedras, se callaron todas. Así estuvieron unos minutos, y al fin volvieron a croar:

—Brekekekex, brekekekex, coac, coac.

Volvieron a tirarles piedras, y siguieron ellas croando, pero al rato se quedaron en silencio, para volver a empezar después. Nunca parecían hacer caso de las piedras sino después de pasado buen rato.

—Son muy curiosas mis ranas —les dijo el duende—. Nunca quieren confesar de una vez que tienen miedo.

Anduvieron los niños otro poco, y vieron un pozo con brocal bajo, y de él subían grandes ramas de helechos. A la orilla del pozo había dos ranas, solas, conversando.

—Coac, qué bueno que hemos encontrado este pozo. Ya estaba yo muy cansada de tanto saltar. Buen trecho hay desde el estanque que se nos secó hasta aquí.

—Pues no estaba yo menos cansada, coac, coac —dijo la otra—. ¿No será bueno meternos en el pozo?

—Coac... no. Hay que ver bien. ¿No será demasiado hondo? Fíjate: si se seca ¿cómo salimos después?

—Tienes razón. Habrá que informarse primero.

Nachito, que ya iba tomando la costumbre de conversar con los animales, les habló:

—¡Qué prudentes son las señoras!

—Sí que hay que ser prudentes —le contestó la rana calculadora—. En nuestra familia hemos aprendido con la historia de nuestras antepasadas y el dios Zeus.

—¿Pues cómo fue eso?

—Una vez las ranas de una gran laguna, muy al norte de Grecia, querían rey. No eran enteramente griegas, de manera que no tenían aspiraciones democráticas, como los griegos de verdad, que se gobernaban entre todos; querían rey, como los bárbaros.

—¿Sólo los bárbaros tienen reyes? —preguntó Mariquita.

—Es cuestión de opinión —dijo la rana—. Los griegos así pensaban. Ello es que aquellas ranas, a las que yo no me parezco, le pidieron rey al dios principal en que creían los griegos, a Zeus.

—¿Y por qué no a Dios, como nosotros? —volvió a preguntar Mariquita.

—Pon tú que le llamaran Zeus y que fuera el mismo.

—Pero decías que dios principal... ¿Creían que había muchos?

—Eso dicen, bueno, tú crees que hay Dios y muchos santos; pues así creían ellos que había dioses mayores y menores... Zeus, el mayor de los dioses, les tiró un palo desde arriba. El palo, al caer, hizo mucho ruido, las ranas se asustaron y se escondieron debajo del agua; pero luego, viendo que todo estaba tranquilo, fueron sacando las cabezas, y las más valientes se fueron acercando al palo:

—Señor, coac... Brekekekex, señor... El palo no contestaba; las ranas siguieron acercándosele, y acabaron por subírsele encima... A los pocos días no hacían más que reírse de él, diciendo que no servía para nada, ni mandaba, ni se daba a respetar, y se figuraba que lo iban a tomar por sabio porque no hablaba... Al fin armaron una revolución, y entre todas sacaron de la laguna al palo, que no hizo nada por impedirlo ni se defendió de ninguna manera. Ya triunfantes, se lanzaron todas a la laguna, gritando al cielo: —Brekekekex, brekekekex... Otro rey, otro rey... Las muy bárbaras se parecían a los bárbaros que piden: Otro toro... Zeus, enojado por la injusticia que cometieron con el rey pacífico, les echó ahora un culebrón, que las devoró a todas, excepto a las pocas que se salvaron huyendo por caminos polvorientos hasta que pudieron encontrar otra laguna. Si no huyen, se habría acabado entonces la especie de las ranas.

Cuando la rana prudente acabó la historia de las imprudentes que pedían rey, Nachito declaró que era muy interesante.

—¿Y desde entonces son prudentes las ranas?

—No crea, hay de todo. Después de aquello del rey que se las comió, sucedió la historia de la que quiso parecerse al buey.

—¿Pues cómo fue eso?

—No sé bien. Unos dicen que la rana era muy vanidosa y quiso competir con el buey en tamaño, otros dicen que estaba contando el cuento muy a lo vivo; ello es que se puso a inflarse, inflarse, inflarse... y cuando ya estaba resultando enorme ¡puf! reventó... Pero tengo mucha sed, voy a beberme las gotas de agua que hay en las hojas de este helecho que sale del brocal del pozo.

—No te vayas —dijo Mariquita— cuéntame otras historias de tu familia.

—Te puedo dar buenos informes —dijo Nachito— si nos dices más. Bebe y vente.

La rana subió a saltos al brocal, bebió y regresó a conversar.

—Pues sí, no se han acabado la imprudencia ni la vanidad entre las ranas. Hubo una que vivía en los charcos de un camino y le aconsejaron que se mudara de allí. —“¿Por qué —contestó—. Aquí he vivido siempre, y nunca me ha sucedido nada. Aquí vivió mi madre, y murió de vieja. Aquí vivió mi abuela...” —“Bueno, y tu bisabuela, y tu tatarabuela; pero hay peligro...”

—“Es que tenemos práctica, y cuando se acerca una carreta nos apartamos”.

—“Eso irá bien con las carretas, pero ahora van a pasar por aquí carros nuevos, que van muy aprisa. Se llaman automóviles. Adiós”.

—La consejera se apartó del camino, y en ese momento vino corriendo el primer automóvil que pasaba por aquel camino. La rana de los charcos no tuvo tiempo de apartarse, y el automóvil la aplastó.

—¡Qué tontas son las ranas! —dijo Mariquita oyendo las historias que le contaba la rana viajera.

—No creas que sólo las ranas son tontas. ¿Pues y las gentes? Te podía contar yo cada cosa que he sabido de los hombres.

—No, yo no quiero que me cuentes cuentos de nosotros. En mi casa oigo bastantes... Quiero saber de las ranas.

—Pero es bueno que pienses que todo lo que nos sucede a nosotros puede muy bien suceder entre los hombres. Los animales no somos los únicos que tenemos defectos. Así es que todo lo que me oigas contar aplícalo, y verás que te sirve. Tu ocurrencia me hace recordar la historia de una de nosotras con una gallina.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Estaba una vez una rana croando sola: “Brekekekex coac”, cuando oyó un gran escándalo: “Co-co-co-co-co-coriaco, co-co-co-co-co-coriaco”. Como era muy curiosa, quiso saber qué sucedía y a saltos se fue buscando el lugar de donde venía el ruido. Pronto vio que era una gallina, la cual cacareaba rodeada de otras muchas, que la miraban fijamente y de cuando en cuando decían en voz baja y muy despacio: “Creo, creo”. La rana quiso saber más, pero era peligroso acercarse a las gallinas saltando por el suelo, porque la podían picotear, así es que se subió a un arbolito, y desde allí, sintiéndose segura le habló a la gallina escandalosa: “Brekekekex, brekekekex, ¿qué pasa?” La gallina, encantada, se esponjó y le contestó: “Coco-co-riaco, acabo de poner un huevo”. La rana se echó a reír: “Coac, coac, coac... ¿Y eso es todo?” La gallina, furiosa, quiso volar hasta el arbolito a picotearla, pero no pudo, porque tenía un ala recortada precisamente para que no volara bien; entonces se contentó con responderle

a la rana: “Pues sí es todo, pero un huevo sirve de algo... En cambio tú te pasas todo el santo día gritando ¡Brekekekex! y no haces nada de provecho. Antes de ponerle faltas a otro, fíjate si tú no las tienes también”.

La rana que contaba los cuentos, al acabar, dijo que tenía sed, y que además ya era tiempo de darle los buenos informes ofrecidos.

—Otra historia —pidió Mariquita— y te decimos lo que quieres saber.

—Bueno, voy a beber primero.

—Bebe y vente.

La rana fue a saltitos, hasta el brocal del pozo, bebió en los helechos, y volvió a hablar.

—Es verdad que a veces somos vanidosas las ranas. Por eso una de nosotras, que era prudente, le advirtió a una de sus hijas: “¿Ves esa caña que baja por el río, con aire como de cosa importante? Pues no vale nada: Es hueca y vacía”. Pero ya estoy cansada de tanto hablar y de tanto andar, y todavía no sé dónde voy a vivir.

—Pues síguenos y verás: no tienes que meterte en este pozo, que es hondo; aquí cerca hay un buen estanque.

Echaron los dos niños a andar y las dos ranas a saltar, hasta llegar al estanque, donde había tantas otras. Las dos viajeras se lanzaron al agua muy contentas, y se despidieron de Nachito y Mariquita.

—Muchas gracias. Adiós. Brekekekex, brekekekex.

CON EL LEÓN

Después de su conversación con las ranas viajeras, Nachito y Mariquita regresaron a casa cuando ya iba a ser de noche. Tenían temor de que su mamá supusiera que andaban de paseo con el duende y le contaron que se habían detenido frente a una laguna que descubrieron, tirándoles piedras a las ranas. La mamá les dijo que la ocupación le parecía muy poco interesante y el papá les aconsejó que no se entretuvieran en hacer daño a los animales; pero los niños les aseguraron que sólo tiraban piedras a la laguna por ver cuánto tiempo tardaban las ranas en callarse.

Al día siguiente, volvieron a pasear con Don Yo de Córdoba, pero le dijeron que ya estaban cansados del jardín y que preferirían un bosque, con árboles grandes.

—Pero eso sí, que en el bosque podamos también entender lo que dicen los animales.

—Muy bien, así lo haremos. junto al jardín tengo bosques muy hermosos.

Y el duende se los llevó a un bosque de pinos, y a poco de llegar vieron allí un venado grande, de piel lustrosa y manchada, con gran ramazón de cuernos. El venado estaba mirándose en un gran charco, y Nachito le preguntó.

—¿Qué haces allí?

—Me miro y me admiro.

—¿También los venados son vanidosos? —dijo Mariquita.

—No es vanidad —contestó el venado—. Es que soy realmente hermoso. Mi piel es lustrosa como la seda. Pero fíjense bien: no soy uno de esos venados amarillos, que no se ven mal, pero que resultan vulgares. Mi piel es más oscura y tiene manchas. ¿Y han observado mis cuernos? Son hermosísimos. ¿Nunca han visto los árboles en invierno cuando no tienen hojas? Pues tengo más cuernos que ramas tiene cualquier árbol. Y además ¡qué bien repartidos están! Forman una corona magnífica.

Mariquita, que a veces le daba por burlarse, le dijo:

—Pero tienes las patas muy flacas.

El venado se disgustó con aquello, pero disimulando dijo:

—Sí, no son muy gruesas. Es lo único que no me agrada por completo...

Nachito le observó:

—Pero así flacas te sirven para correr.

El venado respondió:

—Yo preferiría...

Pero no pudo seguir, porque se acercaban unos cazadores. Echó a correr, y los cuernos se le enredaron entre las ramas de un árbol bajo. Nachito y Mariquita lo miraban con interés, temiendo que no pudiera escapar de los cazadores. Pero el venado pudo desenredar los cuernos de las ramas y volvió a correr como el viento. Los cazadores no pudieron cazarlo.

—Ya ven —les dijo el duende— los cuernos de que estaba tan orgulloso el venado iban a ser la causa de su muerte; en cambio, las patas, que lo avergonzaban, son las que lo han salvado.

Pasaban por allí dos coyotes, y uno de ellos saludó a Nachito:

—Buenas tardes. Supongo que te acordarás de mí. Yo soy el del queso del otro día.

—¿Qué buscabas ahora por aquí?

El coyote, que era franco, le dijo:

—Creí que los cazadores matarían al venado, y quería comerme lo que dejaran. ¡Pobres venados! Se creen la gran cosa, porque tienen grandes cuernos, hermosa piel y buena carne, pero por eso mismo los matan. Y cuando no mueren por los cuernos, mueren por los pies.

—¿Cómo así? —preguntó Nachito.

—Pues que caen en trampas y quedan presos de los pies. Así sucedió con aquél que cogimos cuando íbamos cazando con el león.

—¿Pues cómo fue eso?

—Creí que la cosa era bien conocida. Una vez decidimos tres coyotes cazar en compañía de un león. Como el león muchas veces deja la parte que no le gusta de los animales que mata, y nosotros nos la comemos, creímos que a todos nos convendría el arreglo, porque nosotros podríamos coger, con nuestra astucia, animales que él no podía matar por sorpresa, como lo hace. Así es que hicimos una trampa, y cayó en ella un venado. Era lo primero que cogíamos desde que nos juntábamos para cazar. El león tenía hambre, porque hacía días que no lograba coger nada, y cuando lo llamamos para que hiciera el reparto del venado, tomando para sí las partes mejores, que le gustan (por ejemplo, los sesos), le dieron ganas de comerse todo el animal, y dijo: “Haremos cuatro partes: ésta, la primera, será para mí; la segunda será para el más valiente, y me toca a mí, porque el más valiente soy yo; la tercera será para el más fuerte, y me toca a mí, porque el más fuerte soy yo; la cuarta será para mí también, porque me llamo león”. Naturalmente allí acabó nuestra sociedad de cazadores.

—¡Qué bandido es el león! —dijo Mariquita, cuando terminó el cuento en que el rey de los animales, como le llaman a veces, se adjudica todas las porciones de la caza.

—¿Crees tú —dijo el coyote que había contado el cuento— que sólo los leones hacen eso? Los hombres fuertes, sí son injustos, también...

—Pero el león tiene buena fama —dijo el otro coyote— y muchas veces no la merece. Acuérdate de aquél que se hizo el enfermo.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Una vez un león estaba poniéndose viejo y apenas podía cazar. Comenzó a pasar hambres. A veces tenía que comerse las sobras que dejaban otros animales menos fuertes, lo cual, para uno de sangre real, es una gran humillación. Por supuesto, él esperaba que nadie lo viera; pero los coyotes a veces lo sorprendíamos, y no le decíamos nada para que no se enojara. Viejo y todo, era peligroso andar cerca de él cuando estaba irritado.

—¡Pobre! —dijo Mariquita—. ¿Y nadie lo ayudaba?

—Sí, los chacales, que adulan siempre a los leones; pero no podían conseguirle gran cosa, porque sólo tienen buen olfato para las cosas podridas. Bueno, el león se hizo el enfermo y mandó a los chacales que se lo dijeran a todo el mundo por los bosques, y les rogaran a todos que fueran a visitarlo, porque se sentía muy solo. Además, el león todavía se cree rey, y espera que se le haga homenajes.

—¿Pues ya no es rey el león? —preguntó Nachito.

—Ya no; también entre los animales van acabándose los reyes. Como hemos visto que los hombres pueden acabar con todos nosotros, ya no le tenemos respeto especial a ninguno. Pero no faltan animales que crean todavía en eso de los reyes y la nobleza y las cortes, y muchos fueron a visitar al león, a veces nada más que por darse tono y contar que tenían amistad con el gran personaje. Yo me encontré a un venado que iba rumbo a la cueva y le dije: “¿Qué es eso? En otro tiempo decías que el león era muy tirano; que los que sabíamos matar debíamos hacer una revolución en contra suya; pero ahora vas a visitarlo”. —“No, enemigo suyo nunca he sido; ya ves que siempre me respetó, aunque hubiera podido matarme, como a muchos parientes míos; en realidad, nos llevábamos bien... Es de buenos sentimientos, y, de todos modos, personaje muy distinguido, de la mejor familia del reino animal. Yo no creo en esas cosas de cortes, pero siempre...” —“Bueno, el tigre... Realmente, es demasiado feroz; pero ¡qué animal tan elegante! ¡Qué piel! ¡Qué movimientos! Feroz y todo, no pierde la distinción”. —“No, claro, mata muy bien. Un zarpazo, y ¡zas! queda partida en dos la víctima. ¿Nunca has visto los de Bengala? Tienen dos metros de largo...” —“¡Qué mal gusto! —interrumpió el venado, tembloroso—. No hables así de cosas tan tremendas”. —“¿Es de mal gusto? Pues y la pantera...” —“Se ve que le tienes mala voluntad a la familia. Adiós”. —“Adiós —le contesté—, deme noticias de Su Felina

Majestad al regreso". Y allá se fue, muy orondo, con los cuernos muy en alto y esponjando la piel para que la admiraran; yo creo que por la piel se figuraba que valía tanto como la familia real. ¡El pobre! Así le fue...

—¿Pues qué le pasó? —dijo Mariquita.

—Ya verás. Yo veía a muchos animales ir a la cueva del león, pero nunca me acerqué. Los chacales vinieron a verme: "¿Qué es eso? Su Majestad está muy sorprendido de ver que no vas a visitarlo, ni tú ni nadie de tu familia". —"Muchas ocupaciones, amigo mío; cuesta trabajo ganarse la vida. Apenas hay qué comer; hay muchos muertos, con la sequía. Ya ves que el león, con ser quien es, apenas tiene qué llevarse a la boca". El chacal frunció el entrecejo: "¿Que no tiene qué comer el león? No sé quién andará contando eso. Quieren desacreditar a la familia real. Política, intrigas... Pues ahora que está enfermo, le llevan andando solos los platos ¿verdad?" —"No sé qué quieres decir. No se puede tratar con esta gente, que ha perdido el respeto a la autoridad". Y se fue el chacal, agitando la cola con furia.

—¿Y qué era eso de los platos que andaban solos? —preguntó Nachito.

—Hijo mío, los animales que entraban allí no volvían a salir. Cuando murió aquel león, porque su vejez ya no tenía remedio, fui a visitar la cueva. Lo primero que me encontré fue la piel de aquel venado presuntuoso que quiso presumir de amigo del león.

—Yo he oído —dijo Nachito—, que el león es una fiera generosa.

—Pues a veces sí —dijo el coyote del queso—. Cuando tiene toda su fuerza hace cosas buenas. Así aquella vez del leopardo y el perro.

—¿Pues cómo fue eso?

—Una vez acababa un león de matar un toro. Estuvo esperándolo subido sobre una roca, hasta que el toro pasó cerca. Entonces saltó sobre él, montándosele en la espalda, y con dos zarpazos le abrió la cabeza. Un leopardo de muchas pretensiones había estado acechando también al toro, desde un árbol y cuando vio que el león lo había matado se acercó a reclamar una parte. —"Yo te doy con gusto una parte para que comas, pero ¿por qué reclamas como si tuvieras derecho a ella?"

— "Porque tengo derecho —contestó el leopardo—; yo he estado acechando al toro".

—"Pero eso no te da ningún derecho; tienes demasiadas pretensiones, y cualquier día reventas de vanidades; pero te aseguro que no reventarás de comerte a este toro, porque no te tocará ni la pezuña".

—"Es que..."

—"Nada, acércate si te atreves".

El leopardo vio que el león estaba irritado y se azotaba a sí mismo con la cola; tuvo miedo, y se fue refunfuñando, gruñendo entre dientes; que si el león era un tirano insoportable, que si abusaba de su fuerza...

—Pues la verdad es que sí abusaba —interrumpió Nachito.

—Eso depende de cómo miremos las cosas. Si quieres decir que el león se le impuso al leopardo porque sabía que su fuerza era superior, es verdad. De todos modos, en seguida demostró generosidad. Andaba por allí un perro salvaje, con mucha hambre y miraba el toro muerto sin atreverse a acercarse. El león lo vio, y, calmado el enojo que tenía contra el leopardo, le invitó a acercarse y a comerse un pedazo del toro. Pero el perro no se atrevía.

—“¿Tienes miedo?” —preguntó el león.

—“Pues la verdad... la verdad es que sí”.

—“Pero no debes tener miedo; acércate”.

—“...Gracias, pero...” Y el perro seguía sin acercarse. Entonces el león partió en dos pedazos al toro, se llevó uno y le dejó el otro al perro salvaje diciéndole:

—“Te dejo ese buen pedazo, y me voy de aquí para que puedas comértelo, en paz y sin temor”.

Acababa el coyote de contar el cuento cuando apareció un león. Mariquita ya estaba asustándose y Nachito lo miraba con asombro, cuando el duende les dijo:

—No tengan miedo. El león no se acercaría sin mi permiso y no se atrevería a hacerles daño. Además, ha comido bien.

—No vengo —dijo el león— sino a conversar. Oí que hablaban de mí y quise venir. Los leones, yo creo, sabemos ser tolerantes con los débiles. Y a veces nos recompensan muy bien. Así me pasó con el ratón del campo.

—¿Pues que sucedió?

—Una vez estaba yo durmiendo debajo de un árbol, y un ratón hacía ruido corriendo entre las hojas secas y me quitó el sueño. Desperté rugiendo, y el ratón no me hizo caso, seguía removiendo las hojas secas y se escondía entre ellas, jugando conmigo, aunque me veía disgustado. Al fin lo atrapé, y ya lo iba a aplastar de un manotazo cuando me rogó que le perdonara la vida. Así lo hice. Poco después, caí en una trampa de cuerdas, y aquel ratón, oyéndome rugir, acudió a verme, y al darse cuenta de lo que me pasaba royó las cuerdas y me libertó.

—Yo he oído contar —dijo Nachito— que una vez un hombre le sacó una espina de una pata a un león, y que el león no quiso comérselo cuando se lo echaron en el circo para que lo devorara.

—Es posible —dijo el león que visitaba el bosque del duende— aunque la historia no me la habfan contado. Lo que sé es que ahora en los circos no nos echan ni conejos que devorar, cuando menos hombres.

—Eso —terció el duende don Yo— sucedió en el circo romano, hace mucho tiempo: entonces sí se echaban hombres a las fieras. Ahora dicen los hombres que eso estaría muy mal.

—¡Quién sabe! —dijo el león—. Yo creo que si se hiciera iría mucha gente a verlo. Dicen que en Yanquilandia la gente va a ver quemar hombres como si el espectáculo fuera muy divertido.

—Los yanquilandeses dicen que eso no es malo —agregó uno de los coyotes— porque los hombres a quienes queman son negros y no les parecen iguales a ellos. Pero yo los he visto quemar blancos. La costumbre de quemar...

—Francamente —dijo el león— no sé por qué los hombres acusan tanto a las fieras. Los leones no nos matamos unos a otros, ni los lobos; pero el hombre es lobo para el hombre ¡Y vanidosos! Hasta presumen de fuertes. El otro día tuve aquí mismo una discusión con un hombre, a quien Don Yo de Córdoba invitó a cazar (cosa que no debía hacer, porque introduce el desorden en el bosque)...

—Si los leones tienen derecho a cazar en este bosque —dijo el duende— ¿por qué he de prohibírselo a los hombres, cuando son mis amigos?, además que sólo los dejo cazar animales que abunden, como los venados.

—Bueno —continuó el león— el hombre aquel no pretendía atacarme a mí, sino al contrario, conversar, y me aseguraba que yo no era rey de animales ni cosa que lo valiera, porque los hombres eran más fuertes que los leones. Yo le dije que era absurdo decir eso; se comprende que el hombre se declare más inteligente que el león, porque hace más cosas que el león que requieren su inteligencia; construye ciudades, barcos, carros... La verdad es que esas cosas puede hacerlas porque anda en dos pies y tiene manos. Los que sólo tenemos patas no podemos hacer muchas cosas aunque nuestra inteligencia nos diga cómo pudieran hacerse... ¡Pero pretender el hombre llamarse más fuerte que el león! De todos modos, aquel hombre quiso demostrarme la superioridad del hombre, y me llevó a la salida del bosque donde hay una estatua de Hércules venciendo al león de Nemea.

—“¿No ves?” —me dijo—. “Ahí tienes la prueba, ahí tienes al hombre venciendo al león”. —Eso es pintar como querer. Otra cosa sería si la estatua la hubiera hecho un león.

—¿Y es verdad —preguntó Nachito— que hubo un león que se enamoró de una muchacha?

—Eso dicen, pero yo no lo vi. Dicen que se enamoró de la hija de un hombre del campo, y quería casarse con ella; pero el padre tenía miedo de que la devorara, así es que le dijo que, por ser hija delicada y débil, era necesario que el león se sacara los dientes y se cortara las uñas. El pobre enamorado aceptó, y cuando se presentó sin uñas y sin garras, el campesino agarró una tranca y le partió la cabeza.

A Nachito le divertía mucho conversar con el león, sabiendo que la fiera no le haría nada, y hasta Mariquita encontraba aquello muy interesante. Como era maliciosa, le dijo:

—Pero si los leones son tan justos ¿por qué cuentan aquello de “porque me llamo león”?

—Raum —rugió el león, como si fuera a disgustarse— yo no sé si es verdad, pero no crean que siempre nos asociamos con otros animales que saben portarse bien. Mal me fue con aquel lobo, pariente de estos señores coyotes.

—¿Pues qué pasó? —preguntó Nachito.

—Viajaba yo por los Estados Unidos, y como no conocía bien el terreno me asocié con un lobo. Una vez, ya cayendo la tarde, oímos el “be-eh-eh” de las ovejas. El lobo, conociendo que era caza menor, dijo: “Ésta es la mía; nada más fácil que matar dos o tres ovejas, y me luzco con este personaje extranjero. A él le dejaremos matar toros, búfalos y demás”. Declaró que iba en seguida a buscar la comida del día; que era cosa de pocos minutos; que yo no tenía que molestarme... Se fue, y al rato volvió diciéndome que estaban muy flacas y no valía la pena comérselas. “Bueno —dije yo— pero flacas y todo lo mejor es comérselas. Hasta ahora no hemos cazado nada en el día”. —“Es que de veras, señor, de veras no valen la pena —insistía el lobo—, como son puro hueso van a hacerle daño a los dientes”. —“Me como yo los huesos si es preciso. Voy a ver esos animalitos”. Me fui en dirección de donde se oían los balidos, y descubro que las ovejas no estaban solas, sino que las iban llevando a recoger en los rediles sus pastores acompañados de buenos perros. El lobo se había asustado, y no quería confesar la verdad. Estaba como su pariente el zorro con lo de las uvas.

—¡Señor! —exclamaron los coyotes—. Hoy toca hablar mal de toda nuestra familia.

—¿Pues cómo fue eso de las uvas? —preguntó Nachito.

—Ya te lo contaré después; pero creí que lo sabrías, porque hasta los cachorritos conocen el cuento. Bueno: vi por qué se había asustado el lobo, y le di la razón, aunque me disgustó su mentira. Era cosa de arreglárselas para atrapar dos o tres de aquellas ovejas, que no tenían nada de flacas. Me escondí detrás de unas rocas y comencé a rugir: no era cosa de salirle al frente a aquellos pastores, que iban vestidos como los cowboys de cinematógrafo y llevaban pistolotas y rifles. Cuando oyeron rugidos, apretaron el paso; los perros se pusieron a ladrar, y corrían de un lado para otro juntando las ovejas. Yo seguí rugiendo y ellos iban cada vez más aprisa. Al fin echaron a correr, y yo detrás, escondiéndome siempre y rugiendo. Con la prisa dejaron atrás dos ovejas, y yo les eché mano; estaban muy sabrosas. Todavía le di de comer al lobo, porque, al fin y al cabo, en tierra extraña, pensé que me convenía su ayuda. Pero me disgusta la mentira de los lobos y todavía más la de los zorros.

—¿Pues qué hizo aquél de las uvas? —insistió Nachito.

—Pues igual cosa que el de las ovejas. Vio unas uvas que colgaban en racimos sobre una tapia, y estaban diciendo: “Cómeme” digo,

a los que comen uvas, porque yo no las pruebo. El zorro creyó que sería fácil alcanzarlas, y se puso a saltar, pero fue inútil, estaban demasiado altas. Después de ensayar muchas veces, se convenció de que no las alcanzaría, y se quedó contemplándolas buen rato. En eso pasó por allí un cuervo, y como los cuervos les tienen mala voluntad a los zorros desde el asunto del queso, le preguntó con burla: —“¿Qué tal? ¿Tenemos ganas de uvas?” —“¡Oh no! —contestó el zorro— no están maduras”. —“Pues para mí, como no están demasiado altas, si están maduras”.

Nachito y Mariquita estaban divertidísimos con la plática del león (¡nunca se habían imaginado poder conversar con el rey de los animales!) y se les iba pasando el tiempo, cuando el duende Don Yo de Córdoba les advirtió que debían regresar a su casa, porque se les iba a hacer tarde. Se fueron, pues, y llegaron al anochecer con gran disgusto de la mamá, que decía:

—Yo creo que estos niños ven al tal duende. Mañana voy a buscarlos a la escuela.

—No, mamá —dijo Nachito—, no hay necesidad. Nosotros vendremos temprano.

CON EL CAMELLO

Al otro día Nachito y Mariquita le dijeron al duende que no irían con él, ni tampoco en los días siguientes. Regresaron temprano a su casa aquella tarde, y después cada día regresaban con un poquito más de retraso, pero sin irse con el duende. Entre tanto, Nachito le pedía a su papá que le comprara libros donde hablaran de animales. El papá le trajo de México uno con muchas ilustraciones, que representaban animales de todas clases. Nachito leyó mucho sobre cómo eran esos animales, y cómo vivían, y mil cosas muy curiosas; Mariquita, más perezosa para leer, se contentaba con saber lo que su hermano le refiriera de sus lecturas. Al fin, entusiasmado con todo lo que había aprendido, decidió que volvieran a visitar los bosques del duende, y una tarde lo llamaron y se fueron con él.

Nachito dijo que quería conocer los camellos, y el Don Yo hizo venir uno. Mariquita se lo encontraba gracioso con sus jorobas, y aunque no le dijo nada comprendió el camello por qué ponía ella la cara risueña al mirarlo.

—Yo sé —murmuró al fin el camello—. que mi figura les parece ridícula a muchos.

—Pero eres muy útil —le dijo Nachito—. En los desiertos sirves de mucho.

—Claro está, porque sé pasarme semanas enteras sin comer y hasta sin beber. Pero nadie se burlaría de mí si mis antepasados hubieran tenido buen juicio.

—¿Pues qué sucedió?

—Uno de mis antepasados se quejaba con Zeus, el dios griego, cuando repartió sus dones a los animales, de que le habían dado poco. —“¿Crees que te he dado poco?” —le dijo Zeus—. “Te he dado resistencia como a muy pocos animales. Muy pocos tienen la vida asegurada como tú”. —“Pero no tengo con qué atacar a mis enemigos”. —“No te hace falta”. —Pues yo creo que sí: el león y el tigre tienen garras, el jabalí tiene colmillos, el toro cuernos...” —“Pero repito que no te hace falta nada de eso”. El animal siguió insistiendo, y Zeus disgustado le

dio un golpe en la espalda, y le salió allí una joroba. Inmediatamente a todos los camellos que ya existían les salió allí una joroba en la espalda. Uno de ellos, al verlo, corrió a hablarle a Zeus y a quejarse, pero como iba de mal humor le faltó al respeto y entonces Zeus le hizo salir una segunda joroba. Por eso hay ahora dromedarios con una joroba y camellos con dos.

—Pero ahora los camellos tienen mucha paciencia ¿verdad?
—preguntó Nachito.

—Sí, desde entonces aprendimos, porque todavía otro volvió a quejarse y entonces Zeus le recortó las orejas y a todos se nos quedaron cortas. Comprendemos que lo mejor es acostumbrarnos a la suerte que nos toca y tratar de mejorarla con nuestro trabajo pero no con quejas. Muchos no saben las ventajas de su propia situación hasta que una experiencia se la demuestra. Y si no, aquí está el burro que lo diga.

Un borriquito blanco se acercaba, y terció en la conversación:

—Yo a veces me quejo de que se burlen de mí y me tomen como ejemplo de estupidez, pero me acuerdo de lo que me contó mi padre.

—¿Pues cómo fue eso?

—Iban mi padre, con otros burros, llevando a cuestas a unos indios cuando vieron pasar una caballería muy briosa con militares bien vestidos como jinetes. Los burros se pusieron a quejarse de que a ellos nunca les tocaba llevar tan buenos arreos ni darse tanta importancia como aquellos caballos. En eso se encontraron los militares con enemigos y se pusieron a pelear. Al poco rato, muchos de aquellos caballos habían sido heridos o muertos. Entonces mi padre les dijo: “No creo que tengamos nada que envidiar a la suerte de los caballos”.

—¿Estarán todos los animales descontentos de su suerte? —preguntó Nachito al camello.

—No sé; es probable que sí.

—Pues hay unos que parecen satisfechos, como los venados —observó Mariquita—. ¿No te diste cuenta?

—Y es verdad —dijo el borriquito—. Aquí viene el pavo real, que es de los más vanidosos.

Y dirigiéndose al ave:

—¿Tú eres feliz, verdad? Digo, mirando cómo te esponjas para que te vean tus maravillosas plumas.

—Es verdad que mis plumas me gustan mucho y hago que todos las vean. Pero procuro que todos olviden mi voz. Uno de mis antepasados era favorito de la diosa Hera, la esposa de Zeus; oyó cantar al ruiseñor, y tuvo envidia; le pidió a la diosa que le concediera una voz como aquélla: “El ruiseñor es un pajarillo insignificante y feo: ¿por qué se le ha concedido tan buena voz?” La diosa, enojada por su envidia y su codicia, le contestó: “Las cosas buenas están repartidas igualmente entre todos los animales. Si el ruiseñor tiene voz, tú tienes plumaje, y eres de buen tamaño. En tu plumaje llevas el resplandor del arco iris, ¿qué

más quieres?" Y desde entonces los pavos reales no podemos aspirar a tener buena voz. Pero ya ves, hay quienes nos envidian.

—¿Quién? —preguntó Mariquita.

—Pues el grajo.

—¡Ah! —exclamó Nachito—. Yo he visto ese pájaro en mi libro. Es muy feo.

—Pues el grajo a veces se roba nuestras plumas y se las pone. Durante buen rato se pavonea con ellas, y los otros animales creen que es uno de nosotros, pero al fin se le acercan y ven que tiene otra cabeza, y que todo él es distinto, y empiezan a quitarle las plumas a picotazos, hasta que lo dejan como es, en medio de grandes risotadas.

—Y luego —terció el duende— como dicen: "Cuando falta el pavo real hace la rueda el pavo". O como le llamaban los aztecas, el guajolote.

—Ahí tienen ustedes al animal vanidoso —dijo el pavo real—. Ese tiene poca cosa de qué estar orgulloso, y sin embargo, se esponja y abre sus plumas como si fueran iguales a las mías.

—Pero es muy bueno para comer —dijo Mariquita—. En mole ¡fff! es para chuparse los dedos.

—Eso será bueno para los hombres —contestó el pavo real— pero al guajolote no debiera ponerlo orgulloso.

En el bosque cantaban muchas aves, y se oyó la voz del cuclillo que decía:

—Cucú, cucú.

—Oigan a ese pájaro —dijo el pavo real—. No dice más que su nombre: es el cucú.

—¿Y por qué no dice otra cosa? —preguntó Mariquita—. ¿No sabe decir nada más?

—Sí sabe, y cuando se le habla responde; pero a la hora de cantar no canta más que su propio nombre, como si se anunciara.

Mariquita y Nachito se echaron a reír:

—Entonces es como esos anuncios que repiten y repiten el nombre del sombrero o del jabón que quieren que compre la gente ¿verdad? ¿Y por qué hace eso el cucú?

—Ya verán. Una vez vino de la ciudad una golondrina, cansada del ruido: contaba que en la casa donde vivía, porque había hecho su nido en el techo, pusieron una fábrica, y que quiso cambiar de casa y no encontró ninguna donde no hubiera fábrica o donde no hubiera una cerca, de manera que el ruido era insoportable. Entonces se vino al bosque, y puso su nido en un agujero que hizo en la piedra floja de una colina cuya pendiente era recia como una pared. El cucú se puso a conversar con ella mientras agujereaba la piedra, y le preguntaba: —"Tú que conoces bien a los hombres, porque vives en sus casas, dime: ¿qué dicen de nuestro canto? ¿Qué piensan del ruiseñor?" —"Dicen primores. Todo el mundo cree que nadie canta como él. ¡Pobre! Por

eso lo meten en jaulas”. “¿Y de la alondra?” —“También la elogian mucho, pero prefieren oírla cantar en el campo, cuando sale el sol y ella echa a volar hacia arriba, siempre hacia arriba, subiendo y cantando” —“¿Y el mirlo?” —“Pues no tanto; reconocen que sabe cantar, pero dicen que es burlón”. —“Y... bueno ¿de mí qué dicen?” —“De ti, no sé. Nunca los he oído hablar de ti”. El cuclillo se puso furioso y dijo: —“Si no se acuerdan de mí, yo los obligaré a acordarse. Desde ahora me oirán hablar siempre de mí: cucú, cucú, cucú”.

—Pues no es sólo el grajo el que se roba mis plumas —dijo el pavo real—. Quiero decir que muchos animales se apoderan de cosas ajenas para engañar. Así este señor borriquito.

—¡Yo! —exclamó el burro— ¿Qué cosa ajena me he cogido yo? Satisfecho, vivo, sobre todo desde que me escapé del poder de los hombres y ando libre en los montes.

—¿Pues quién fue el que se puso la piel del león?

—Ése era pariente mío, pero hace mucho que sucedió el caso.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Una vez un burro se encontró una piel de león, y se la puso encima, y se dedicó a corretear los campos. Todos los animales se asustaban de él, y él estaba encantado de inspirar tanto miedo, cuando antes nadie se lo tenía. Un coyote, astuto como siempre, tuvo sospechas al ver que el falso león no rugía ni devoraba a nadie, y lo siguió a escondidas, hasta que lo oyó rebuznar en el fondo del bosque, pero bajo, para que no lo oyeran, y le vio las grandes orejas, que los demás animales, por huir de él, no le habían notado. El coyote le hubiera arrancado la piel pero temió a las patadas, y prefirió irse a avisar al dueño del burro. El dueño, que lo creía muerto y suponía se lo hubiera comido el león de cuya presencia en aquellos campos todos hablaban, tomó un palo y fue a buscarlo; lo apaleó, lo hizo volver a casa, naturalmente se cogió la piel del león, para ponerla en su sala, contando que era de una fiera que él había matado en una cacería.

—Menos mal que cuentas las debilidades del hombre —dijo el burro—. Pero te olvidas de tu pariente la avutarda.

—No es porque la tenga a menos —replicó el pavo real—. Cada animal es como Zeus lo hizo, decíamos en tiempos de los griegos. Pero no es pariente mía.

—Como apenas puede volar...

—Gracias por la amabilidad. Parientes de poco vuelo tengo bastantes, como mi bien ponderado primo el pavo.

—¿Pues qué ha hecho la avutarda? —preguntó Mariquita—. Yo no la conozco.

—Yo sí la he visto en mi libro. Es gorda y bajita —dijo Nachito—. ¿Qué hace?

—Como quien no dice nada —explicó el burro—, se roba los huevos de los otros pájaros, porque no le gusta que sus hijos sean tor-

pes para volar y de feo plumaje. Así se hace la ilusión de que van a tomarla por ave distinguida, con hijos hermosos. Cuando nacen los polluelos de los huevos ajenos, ella va por todas partes contando que tiene hijos hermosísimos, que volarán tanto como el águila, que cantarán como el ruiseñor... Todos esperan aquella sorpresa, y cuando los pajaritos salen por primera vez a ensayar vuelos, detrás de ella, que poco les puede enseñar, vienen a verla los otros pájaros, y el ruiseñor dice: “¡Anda! Ahí va uno mío; ése nació del huevo que me robaron y no sabía yo quién; ven para acá, hijo”. El ruiseñor joven, al oír la voz que entiende mejor, deja a la avutarda. Y así van reclamando, uno la alondra y otro el canario, y otro la golondrina, y acaba la avutarda por quedarse con los dos o tres polluelos que nacieron de huevos suyos y no robados. Entonces pretende que esos vuelen y canten: pero todo lo hacen como ella, y al fin se esconden para que no se burlen de sus pretensiones fracasadas.

CON EL PERRO

Nachito y Mariquita se despidieron de aquellos animales, y con el duende Don Yo de Córdoba siguieron andando por el bosque hasta llegar a la orilla de un arroyo ancho y tranquilo. Allí vieron un perro que llevaba un pedazo de carne en la boca y miraba atentamente el agua. De pronto, el perro soltó la carne que tenía en la boca y se echó al agua. Los niños se quedaron sorprendidos, no comprendiendo aquello, y cuando el perro salió nuevamente del arroyo le preguntaron qué era lo que había hecho.

—Vi debajo de mí otro perro que llevaba otro pedazo de carne en la boca y quise quitársela. Pero cuando me eché sobre él desapareció, y, lo que es peor, yo solté el pedazo de carne que era mío y ahora se me ha perdido: se me cayó dentro del agua, que yo no había visto hasta que me sentí dentro del arroyo.

Los niños no comprendían bien aquello, pero el duende les explicó:

—Este perro no se dio cuenta de que estaba frente al arroyo, y vio en él su figura, creyó que era la de otro perro con otro pedazo de carne en la boca. Ya ven: por pretender robar al perro imaginario perdió lo suyo.

—Es que yo tenía mucha hambre —dijo el perro— y quise comerme también el otro pedazo.

—Eres demasiado envidioso —le dijo el duende—. Si ya tenías lo tuyo, no debías de envidiar lo ajeno, que ni siquiera era mejor que lo tuyo. Bien castigado estás.

—El castigo no me quita el hambre —replicó el perro.

—No; el hambre es el castigo —contestó el duende—. Y luego qué tontería: no conocer tu figura.

—¡Qué quieres! Los perros pobres no vivimos en casas con espejos y no se nos ocurre mirarnos en el agua, así es que ni sabemos qué figura tenemos.

—¡Pobre! —dijo Mariquita—. ¿No le pudiéramos encontrar su pedazo de carne dentro del arroyo? No es hondo...

Se acercaron al arroyo y vieron la carne en el fondo; el perro se echó al agua y la sacó.

—Agradece a esta niña el no haberte quedado con hambre —dijo Don Yo— y para otra vez quítate la envidia y acuérdate de que más vale pajarero en mano que ciento volando.

El perro, que era tonto, respondió:

—Como yo no he de coger pájaros...

—Quiero decir que no abandones lo que ya tienes por coger lo que no tienes. Y vete, que tu compañía nos sirve de poco.

—¿Cómo es eso de más vale pájaro en mano? —preguntó Nachito.

—Se cuenta de muchas maneras. Unos dicen que un gavilán había cogido un ruiseñor y lo iba a matar para comérselo. El ruiseñor suplicaba y le decía que, por ser él tan pequeño, lo alimentaría poco, y que mejor esperara a coger pájaros más grandes, como los que pasaban, volando en aquel momento. Le hablaba además de su canto, que le agradaría. El gavilán contestó que él no entendía de música y que como los pájaros que pasaban volando no los había cogido, y quizás no iba a poder cogerlos, no lo alimentaban, así es que no atendió a los ruegos del ruiseñor y lo devoró diciendo: Más vale un pájaro en la mano que ciento volando.

—¡Qué malo! —exclamó Mariquita.

—Otros dicen que fue una lechuza —pero yo no sé si las lechuzas se comen a los ruiseñores. Otros dicen que fue un cazador. De todos modos, hace ya tanto tiempo de eso, que no se sabe bien lo que pasó.

Al poco rato vieron venir por la orilla del arroyo un corderito corriendo a toda prisa. Al ver a Nachito y Mariquita, corrió hacia ellos, y al preguntarle qué le sucedía les prometió decírselo después de algún rato, porque ahora le era imposible: venía sin aliento.

CON EL CORDERITO

Cuando el corderito se tranquilizó, Nachito y Mariquita le preguntaron qué le sucedía. Él les contó que venía huyendo de un lobo. A Nachito le interesó mucho, porque nunca había visto lobos, aunque a cada rato oía hablar de ellos, y en su libro los tenía pintados.

—Yo estaba bebiendo en el arroyo, cuando vi que se acercaba el lobo, y comencé a alejarme, pero él me vio y me dijo: “¿Por qué me ensucias el agua que voy a beber? Mereces que te devore”. Yo le contesté: “Mal puedo ensuciar el agua que bebas, porque el arroyo corre de allá para acá, y no de acá para allá”. El lobo siguió mirándome con ojos de fuego y dijo: “Pues tú eras el que hablabas mal de mí el año pasado”. Yo me defendí: “No pude ser yo, porque el año pasado yo no había nacido”. —“Pues entonces fue tu hermano mayor, que se parece mucho a ti”. —“Yo no tengo hermanos —contesté—, mi madre es muy joven y yo soy su único hijo”. —“Pues entonces fue uno de tus parientes. No pretendas excusarte. Te he de devorar”. Y echó a correr hacia mí, pero yo salí huyendo y he tenido la suerte de llegar hasta aquí. Bien dicen que los tiranos se sirven de cualquier pretexto para hacer el mal.

En eso vieron que el lobo se acercaba, por las orillas del arroyo, andando y bebiendo. Dentro del agua venía, y detrás de él, un cocodrilo. El cocodrilo le hablaba al lobo:

—¿Por qué bebes andando? Hace daño beber así.

El lobo contestó:

—Sí que hará daño, pero más daño me haría beber tranquilo, para que tú llegaras y me tragaras.

—Ya ves —le gritó el duende— tú sabes también lo que es huir de quien nos quiere devorar.

El lobo volvió la cara y vio al corderito con los niños y el duende, y dijo:

—Es que este cordero es muy falso...

—Nada, nada —replicó el duende— a éste no le harás nada.

—¡Ay, qué bueno! —grito Mariquita—. Yo me lo quiero llevar a casa.

—¿Y si tu mamá sospecha de dónde ha salido?

—Yo le digo que me lo he encontrado en el campo y que no tiene amo.

—Pero tu papá, que es muy honrado, dirá que se lo debe devolver al amo, porque alguno debería tener.

—Bueno —dijo Nachito— le avisamos a todo el mundo que nos hallamos al cordero y que se lo devolveremos a su dueño cuando lo reclame.

—Ah —dijo Don Yo— mucha gente se presentará a reclamarlo.

—Eso no —contestó Nachito— porque preguntaré señas especiales que tenga el cordero, y como no han de poder decírmelas no se lo entregaremos.

—Veo que eres muy inteligente; vámonos, pues, con el animalito, y volveremos por aquí mañana.

CON EL GALLO Y LAS GALLINAS

Al día siguiente, volvieron Nachito y Mariquita al bosque de Don Yo de Córdoba donde se entendía la charla de los animales, y se encontraron a un gallo que se paseaba rodeado de muchas gallinas. Todos buscaban cosas por el suelo y escarbaban la tierra. Cada vez que encontraban algo de comer, que era a cada momento, murmuraban las gallinas: “Cro, cro, cro”. Pero cuando el gallo encontraba algo lo anunciaba con voz sonora y todas las gallinas corrían a ver y a celebrarlo. Hubo un momento en que el gallo encontró en el suelo un grano rojo, y creyendo que sería un fruto llamó a todas las gallinas a que celebraran su hallazgo.

—¡Co-co-ri-co!

Todas llegaron aleteando y cacareando, y entonces el gallo muy serio, picoteó el grano rojo esperando partirlo. El grano no se partió, y el gallo siguió picoteando inútilmente, ante el gran asombro de las gallinas.

Al fin el duende le dijo:

—¿No ves que eso no se come? Es un rubí.

El gallo, con aire de desprecio, dijo:

—¿Pues si no se come, para qué sirve?

—Para adorno. A los hombres les gusta mucho.

—Pues allá ellos. A mí no me sirve de nada. Como los hombres no tienen nada hermoso en el cuerpo, se adornan con nuestras plumas y nuestras pieles y hasta con piedras. Pero ¿para qué necesito yo piedras rojas, si mi cresta es más roja?

—Pero no echa reflejos de luz como esta piedra —dijo Mariquita—. Yo la quiero. ¿Puedo llevármela?

—No, eso no —dijo el duende—, tus papás se asombrarían y todavía no es tiempo de que te gusten las piedras preciosas. Pero ya ves cómo varía el aprecio que se hace de las cosas según las personas y según los animales. Por eso se habla de echarles perlas a los cerdos como el mayor disparate.

En aquel momento vieron llegar un coyote, y el gallo y las gallinas que por vivir en el bosque tenían fuerza para volar, se subieron a

un arbolito. El coyote se acercó, vio a una de las gallinas en el árbol y se puso a conversar con ella:

—¿Cómo está la señora? Me dijeron que no gozaba de buena salud.

—No me siento muy bien.

—¿Por qué no baja para que vea si tiene fiebre? Ya sabe que tengo algo de médico.

—Aquí estoy bien.

—No lo crea. Subida en el árbol tiene que hacer esfuerzos para sostenerse con las patas. En cambio aquí en el suelo puede estar echada.

—Gracias por el interés, pero no tengo ganas de moverme. Creo que si bajo de aquí me muero.

El coyote entendió la burla, y se puso a darle vueltas al árbol, por si la gallina se bajaba. En eso distinguió al gallo, trepado también allí, por otro lado.

—Hola, Don Cantaclaro de Francia...

—Gracias por el nombre, que es el del personaje más ilustre de la familia.

—Pero ¡cómo te le pareces!

—Demasiado honor... Creo que exageras... —contestaba el gallo burlándose.

—Pero yo debo de haberte conocido en alguna parte. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Pico de Orizaba. Y no creo que nos hayamos visto antes; ya ves, todavía vivo.

—¡Guasón! ¿Por qué no bajas a dar un paseo? Hay muy buenas cosas en este bosque.

—Ya voy —fingió el gallo—. Y desde aquí arriba veo venir a unos hermosos perros de caza, que nos harán compañía.

El coyote, por miedo a los perros, dijo:

—Ahora que me acuerdo... No voy a poder ir al paseo. Mi mujer me dijo que volviera pronto, y como somos recién casados...

—¡Pero coyote! Por unos perros...

—No es por los perros, te aseguro. Adiós, que tengo prisa.

CON EL ZORRO AZUL

Cuando el duende vio que el gallo había hecho huir al coyote con aquella mentira, dijo:

—Este gallo no es como aquel de que hablaba el viejo Don Juan Manuel.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Un gallo era perseguido una vez, como éste por el coyote, por un zorro. El zorro lo instaba a que se bajara, pero el gallo no lo hacía. Entonces el zorro le dijo que para vengarse de su poca confianza iba a hacer caer el árbol, y se puso a roer el tronco. El gallo se asustó y se puso a volar de árbol en árbol, y cada árbol donde se paraba lo roía el zorro; el gallo no pensaba que el zorro tardaría mucho en roer los troncos y que él no tenía por qué agitarse tanto, así es que siguió volando y cambiando de lugar, hasta que en un momento de descuido cayó al suelo y el zorro lo devoró.

—Nunca he visto zorros sino en mi libro —dijo Nachito.

—¿No los hay aquí en el bosque? —preguntó Mariquita.

—Sí, llamaremos uno —contestó el duende.

El duende dio un aullido especial, y al poco rato se apareció un hermoso zorro azul, que saludó a todos muy amable. El gallo y las gallinas, que habían ido bajando del árbol, volvieron a subirse a él, y desde allí participaron de la conversación.

—Sí, sí, ya sé que esta familia no ha querido bajar del árbol a instancias del coyote.

—Tu primo ¿verdad? —le dijo el duende.

—No lo negaré; como precisamente es el pariente pobre, no debemos negarlo. Pero digo que no insistiré con la familia gallinácea para que baje, ya sé que no había de bajar. De todos modos, bien se están arriba, aunque no sea de noche.

—¿Y qué nos cuentas de tu vida? —le preguntó Nachito—. ¿Te ha sucedido cosa notable?

—Contaré un episodio divertido en que por poco pierdo la vida. Una noche me metí al patio de una buena casa y tuve allí un festín. Por respeto a los vecinos del árbol no diré qué cosas buenas había en

aquel patio. Estuve muy entretenido, tanto, que no me di cuenta de que ya llegaba el día; ya había luz completa en todas partes cuando me decidí a salir, y en las calles andaba mucha gente. Quise escaparme escurriéndome junto a las paredes, pero en eso pasaba un grupo que no podía dejar de verme, y decidí hacerme el muerto. Me tendía en la acera, y los que pasaron se detuvieron a verme; esta piel azul que es mi orgullo es también mi perdición porque todos quieren matarme para cogérsela y hacerle un abrigo a alguna mujer. Aquellos hombres se detuvieron a mirarme, y uno dijo: —“¡Qué buena piel! Vamos a traer una carretilla para llevarnos a este animal”. Yo pensé: Ésta es la mía. Mientras van por la carretilla me escabullo. Pero uno de ellos dijo: —“Bueno, ve a buscarla, y te esperamos aquí”. Yo seguí haciéndome el muerto hasta ver en qué paraba aquello. Uno dijo: —“Dicen que con los cabellos de la frente se evita el mal de ojo”. Y quiso cortarme cabellos de la frente con una navaja. Pero otro le gritó: —“¡No seas bruto! Echas a perder la piel”. Otro dijo entonces: —“Lo que sí es bueno contra los panadizos es la uña; voy a sacarle una”. Yo me dejé sacar la uña, sin moverme a pesar del dolor. Otro dijo que mis dientes eran buenos contra el dolor de muelas, y me sacó uno. ¡Figúrense lo que me dolería! Pero lo soportaba yo todo tan bien que siguieron creyéndome muerto. Al fin dijo uno que el corazón del zorro era bueno para preservar contra el dolor de corazón y que mientras venían con la carretilla me lo podía sacar. Al oír aquello, decidí arriesgar el todo por el todo, y me levanté y eché a correr. Por suerte, la sorpresa no los dejó a aquellos hombres hacer nada, y aquí me tienen ustedes.

—¿Es verdad —preguntó Nachito al zorro azul— que los zorros son muy inteligentes?

—Tenemos la fama, y no faltan zorros que la propaguen, como aquél que se encontró con el leopardo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El leopardo estaba hablando de su gran hermosura, de las admirables manchas de su piel, de la distinción de su paso, que no se siente.

—Como los del gato —dijo Mariquita.

—Son parientes, pero el gato se ha dejado domesticar, y ya lo ven mal los miembros de la familia. El leopardo, por ejemplo, se creería insultado si se le recordara el parentesco del gato. Aquel leopardo, pues, se elogiaba, delante del zorro, no uno azul como yo, sino de esos vulgares zorros amarillos que no tienen ninguna distinción. Mi pariente lo dejó hablar, y después le dijo:

—No es verdad, no eres tan hermoso, yo lo soy más.

—¿Estás loco? Cómo vas a comparar tu pelaje de lana amarillenta con la seda manchada de mi piel...

—Eres muy vulgar —contestó el zorro—, sólo piensas en la hermosura del cuerpo. Pues soy mejor que tú porque mi hermosura está

en la inteligencia, no en la piel—. Y se marchó muy orondo, dejando al leopardo con la boca abierta con aquella respuesta que no esperaba.

—¿Y es verdad que es superior la hermosura de la inteligencia a la del cuerpo? —preguntó Nachito.

—Yo creo que no —dijo Mariquita.

—Pues yo creo que sí —dijo Nachito.

—Es cuestión de opiniones —les dijo el duende—. Pero además —agregó dirigiéndose al zorro azul—, además de la fama de inteligentes, no tiene la especie zorruna fama de muy honrada.

—Eso no lo debo yo juzgar —dijo el zorro azul— pero a veces es demasiada la prevención en contra nuestra, como en el caso del mono y el lobo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El lobo alegaba que el zorro le había robado una buena pieza de carne, la cual el lobo decía haber guardado bien escondida para que nadie la descubriera. Los dos animales discutieron largo rato, hasta que decidieron llamar al mono para que juzgara y decidiera. El mono oyó a las dos partes, hizo como que pensaba y después dijo:

—Es posible dudar de que el lobo haya tenido guardada una pieza de carne; pero no es posible dudar de que el zorro se la haya robado.

—Pero a veces sí hemos demostrado los zorros mucha inteligencia, como cuando cazaba uno de nosotros con un león y un lobo.

—¡Ah —dijo Nachito. —¿Cuando ocurrió aquello de “porque me llamo león”, en que el león se quedó con todo? Pero entonces no veo en qué estuvo la inteligencia...

—No, no fue entonces, fue después.

—¿Pues cómo fue eso?

—El león, el lobo y el zorro iban cazando juntos; el zorro, con sus pasos que no se oyen, descubrió dónde estaba descansando un venado, y les avisó a los otros dos animales. El león acudió, y con dos zarpazos despachó al venado. El lobo se puso a bailar de gusto, y tenía tantas ganas de comer que cuando el león le dijo que hiciera el reparo se guardó el pedazo más grande.

—¿Y este león querría todo el venado, como la otra vez?

—No, éste ya sabía que no era conveniente cogérselo todo, porque no lo ayudarían a cazar; así es que de buena fe iba a permitir que cada quien se llevara su parte. Pero la torpeza del lobo lo enojó mucho, porque el león reclama siempre las mayores consideraciones, y ya irritado mató de un zarpazo al pobre animal. Entonces le dijo al zorro que repartiera lo que quedaba. El zorro, con toda prudencia, tomó para sí una parte pequeña, y le dejó al león la parte mayor y mejor. El león, complacido con aquello, le preguntó: —¿Quién te enseñó a repartir con tanta habilidad? —¿Quién? —dijo el zorro—. El cadáver del lobo.

Mientras el zorro azul contaba esta historia, se acercó una leona, y saludó a todos, que le contestaron con mucha cortesía. El gallo, desde

el árbol, le cacareó una marcha de honor. La leona, cuya falta de melena sorprendió a Mariquita, se daba, sin embargo, tanta importancia como si fuera león y llevara coronada de pelo la cabeza.

—El zorro se entretiene, en nuestra ausencia, en hablar mal de los leones —dijo.

—De ningún modo, señores —intervino el duende— el zorro ha contado con toda imparcialidad cuentos de todo el mundo.

—Pues para que se le quite la vanidad, y no crea que todos son como el leopardo, que no supo qué contestar, les referiré la discusión que tuvimos hace poco una zorra y yo. La presuntuosa de la zorra me decía que ella tenía muchos hijos y que por eso la envidiaban otros animales que nunca llegan a tener sino poca familia. “Cada año —me decía—, tengo yo una buena partida de cachorros. Pero otros... Mire al elefante”. —“¿Pretenderás hablar de las leonas también?” La zorra, envalentonada con su charla, dijo: “Pues al que le venga el saco que se lo ponga”. Indignada le respondí: —“Tus pretensiones son ridículas, porque tus hijos serán muchos, pero ¿qué son? Zorros y nada más. Mis hijos son pocos, pero son leones”. Ella se asustó creyendo que iba yo a hacerle algo, pero le volví la espalda y la dejé allí plantada y escarmentada de su vanidad.

El gallo que oía la conversación desde su árbol, que no tiene buena voluntad a los zorros, como es natural, habló al fin, sin bajar de las ramas, por supuesto:

—Mucho hay que decir, realmente, de las habilidades del zorro y de sus pretensiones. Este gran personaje azul no se acuerda de las veces que ha tenido que huir de mí.

—No sé cómo...

—Pues verán ustedes: cuando yo cacareo, el zorro huye, porque cree que despertarán los hombres y acudirán a perseguirlo. Así ocurrió hasta con aquel zorro que se vistió con piel de lobo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El zorro le decía a su pariente el lobo que estaba descontento de su suerte: —“Tengo siempre que robar por engaño, rondando las viviendas de los hombres para meterme en los gallineros. Y, francamente, la carne de gallina me tiene ya cansado; muy a menudo me tocan gallinas o gallos viejos, porque los más jóvenes, al verme llegar, vuelan y se trepan adonde yo no los alcance. Y luego el gallo comienza a cacarear, y ahí viene el amo con sus mozos armados de palos”. —“Tienes razón, dijo el lobo—; no hay como la vida libre del campo, y la caza del animal salvaje. Es verdad que a fuerza de cazarlos acaba uno con ellos, como sucede ahora, así es que tengo que dedicarme a atacar los ganados de los hombres, y eso no deja de tener peligros”. —“De los peligros me reíría yo —replicó el zorro—, con tal de no comer más carne de gallina. Si me enseñaras tu sistema...” —“Muy bien —dijo el lobo—. Hace poco murió mi hermano mayor, puedes coger su piel y

disfrazarte con ella, porque eso te ayudará bastante". En seguida se puso a enseñarle el arte de la caza mayor, y el zorro estaba encantado, porque aprendía con mucha facilidad. Cuando se consideró bien enseñado, quiso que los dos salieran a cazar, y allá se fueron, el lobo verdadero y el lobo fingido, detrás de un rebaño de ovejas que los pastores llevaban a encerrar. Las dos fieras se pusieron a aullar con tanta furia que asustaron a los pastores y a los perros, y no se diga a las pobres ovejas. Todos corrían para llegar cuanto antes al redil. Cuando ya iba el zorro a lanzarse sobre las ovejas, oyó mi canto: "Coco-ri-có", y salió huyendo olvidándose de su piel de lobo, y de las lecciones, y del maestro. El lobo verdadero sólo tuvo tiempo de atrapar una oveja y llevársela al campo. El zorro lo alcanzó y le pidió que le diera un pedazo; pero el lobo lo despachó con cajas destempladas diciéndole: —"Si no tienes el valor de lobo, no pretendas cazar cosa seria. Vuelve a comer carne de gallina vieja".

Entre tanto llegó un gato montés, que tampoco tenía muchas simpatías por el zorro, y dijo que a él no le faltaban cosas que contar.

—El otro día —refirió—, me encontré con un zorro amarillo...

—Menos mal —dijo el zorro allí presente—, nosotros los de piel azul...

—Sólo falta que digas los de sangre azul. Todos los zorros son iguales para mí.

—No diré yo lo mismo de los gatos —respondió el zorro—. Los hay monteses, que son salvajes, y los hay domésticos, que son bien educados.

—Orden, orden, señores —dijo el duende, poniendo paz.

—Pues aquel zorro amarillo se puso a decirme que él era muy inteligente y que sabía muchos modos de escapar a la persecución. "¿Y tú sabes muchos?" —me preguntó. —"No —contesté—, desgraciadamente, si ahora vinieran a perseguirme, lo único que podría hacer es subirme a este árbol". —"Es poca cosa... Me das lástima" —contesté yo con paciencia. En aquel momento vimos venir unos perros de caza, con sus amos, y apenas nos olieron se lanzaron furiosos hacia nosotros. Yo inmediatamente trepé al árbol. El zorro amarillo echó a correr, pero los perros corrían más y lo alcanzaron y lo hicieron pedazos.

—Mucho más hay que contar del zorro —dijo el gallo—. ¿Recuerdas lo que le hiciste al pobre mono?

—Yo no le hecho nada —dijo el zorro azul.

—Pues sí debías ser tú, porque era un zorro azul.

—¿Pues qué fue eso? —preguntó Nachito.

—En uno de estos bosques, pero más al norte, había muerto un león que se daba aires de rey de los animales. Al morir él, se reunieron los animales que creían en reyes y noblezas para ver a quién le tocaba el poder. Como no había descendientes del león, decidieron elegir al animal que mostrara mayor nobleza. El zorro pretendió que lo

eligieran, no porque él crea en los reyes, pues tiene muy poco respeto a la monarquía y sabe que ya no goza de ningún prestigio, sino por vanidad pura. Pero como allí juzgaban a los candidatos, enumerando sus defectos y sus méritos, imagínense cómo pondrían al zorro; fue tan acerba la crítica, que se retiró indignado. Al día siguiente, supo con gran disgusto la noticia: había sido electo rey el mono. Éste había demostrado que sabía andar con gran solemnidad, dándose aire majestuoso; que tenía toda clase de habilidades; que se parecía mucho al hombre... En fin, hizo tantas monerías, que aquellos animales, capaces de creer en reyes, declararon que todo lo hacía admirablemente y que nadie lo igualaría a la hora de llevar el manto y la corona. Dicen las malas lenguas que aquel mono había trabajado en circo y allí había aprendido tantas habilidades. A los pocos días, los animales democráticos tenían acosados a los aristocráticos con sus burlas, porque el pobre mono hacía muchas tonterías queriendo darse importancia; pero sus partidarios lo excusaban diciendo que eran rarezas. El que no lo podía aguantar era el zorro, y decidió hacerlo caer. Una vez vio a unos hombres preparar una trampa destinada a los animales carniceros, poniendo dentro una carne. En seguida que la vio terminada, corrió a decirle al mono que había visto un gran tesoro y venía a darle aviso para que se apoderara de él. El mono acudió muy confiado, y cuando llegó vio que era simplemente una carne. —“¿Cómo? —dijo—. Esto es carne, y a mí no me sirve de nada”. —“¿Cómo? —exclamó el zorro, fingiendo ignorancia de las costumbres del mono—. ¿Un rey que no come carne?” —“Efectivamente, no la como; ni siquiera tengo buenos dientes para comérmela”. —“Bueno —insistió el zorro—, ya que no te la comes, por lo menos puedes tomarla y obsequiarla a tus mejores cortesanos. Es un magnífico pedazo, y el regalo te dará prestigio”. —“Muy buena idea —declaró el mono—. Voy a coger la carne”. Tendió la mano a coger la carne y quedó cogido en la trampa. Entonces comenzó a quejarse del zorro y a llamarlo traidor. El zorro, descaradamente, le dijo: “¿Eres rey y no sabes conocer una trampa? Y allí lo dejé, hasta que llegaron los hombres y se lo llevaron; dicen que el pobre mono volvió a trabajar en el circo. Así acababan a veces los reyes modernos.

—Pues por el estilo se burló del tigre —dijo el gato montés.

—¿Qué le hizo? —preguntó Nachito.

—En un bosque estaban, como de costumbre, muchos animales, cada uno entregado a sus actividades propias. Entre ellos se hallaban un tigre y un zorro. En eso llegaron al bosque unos hombres y todos los animales echaron a huir; pero el zorro y el tigre vieron que no traían armas y que sólo uno de ellos se entretenía en tirar flechas. —“Calculo que no son de peligro —dijo el tigre—, no vienen armados”. —“¿Crees? —dijo el zorro con sorna—. “Sf” —contestó el tigre enojado por la burla, y se puso a lanzar grandes rugidos avisando

a los demás animales que no tuvieran miedo, porque él iba a atacar a los enemigos. El zorro se escondió a ver lo que iba a suceder. El tigre salió al frente, y apenas lo divisó el arquero le disparó una flecha que le fue a dar directamente al corazón”. —“¿Conque calculabas que no era de peligro?” —dijo el zorro con nueva burla. El tigre, con gran seriedad se limitó a contestarle: —“Calculé mal” —y murió.

CON LA CIGÜEÑA

Como aquella conversación se prolongaba demasiado, y cada vez llegaban nuevos animales a conversar, con la despreocupación que reina en el bosque cuando se sabe que no hay peligros, el duende Don Yo de Córdoba dijo a Nachito y a Mariquita que se fueran a su casa y que volvieran al siguiente día, porque se les hacía tarde.

—Pero quiero que esté el zorro aquí cuando volvamos —dijo Mariquita.

—Muy bien —dijo el zorro—, aunque sea para que todos me caigan encima. Pero no será la primera vez.

A la tarde siguiente, en efecto, allí estuvo el zorro azul, y acudieron otros animales a hacer tertulia. Los niños se interesaron mucho al ver llegar a la cigüeña, a la cual sólo conocían pintada, con sus patas larguísimas y su pico no menos largo.

La cigüeña dijo que una vez había hecho paz con el zorro, el cual le aseguró que no le haría daño, ni trataría de comérsela; antes al contrario, la invitó a comer.

—Imagínense ustedes que cuando llevo encuentro una gran comida, y en seguida siento gran apetito. Pero al querer tomar la sopa me encuentro con que está servida en platos como los que usan los hombres, y yo, que por lo largo de mi pico tengo que comer y beber en platos y vasos en forma alargada, apenas pude sorber unas cuantas gotas. El zorro, entonces, se apoderó de mi plato diciendo: —“Ya veo que no te gusta mucho la sopa. Me la tomaré para que no se pierda”. —“No es la sopa, es que con esos platos no puedo tomarla”. —“¡Qué lástima! Pues a mí me parece tan buena, que voy hasta a lamer el plato”. Yo rabiaba de hambre y de envidia, porque la sopa estaba buena. Luego vino el arroz, en plato llano, y con gran trabajo, a fuerza de picotear, llegué a comer algo de él. Esperaba yo que después viniera un pescado, pero el zorro me dijo con aire compungido: “Cuánto lo siento! Pero como yo no como pescado...” ; Y yo que esperaba tragarme dos o tres pescaditos, o dos o tres buenos trozos de pescado grande, como acostumbro! Entonces vinieron los platos de carne y, aunque no la como, me puse a picotearla para no quedarme enteramente con

hambre. El zorro, al ver que yo no podía tragármela, se la comió, a pesar de estar picoteada por mí, por el gusto de causarme envidia. Y así fue todo. Hasta los vinos los sirvió en copas anchas, y me daba mucho trabajo beber. En fin, que salí de allí con hambre y con sed, y tuve que irme a desquitar en el río, atrapando pescaditos y bebiendo agua buena.

—Es que te habías burlado mucho de mí —dijo el zorro azul—. Cada vez que me pillabas descuidado me dabas de picotazos, y ¡con ese pico tuyo!

—Pero tú bien que me hubieras devorado una vez, si no hubiera estado allí toda mi familia para hacerte huir a picotazos. Pero ya verán —continuó la cigüeña—, yo decidí que el zorro me las pagara, y allí mismo, aquel mismo día, lo invité a una comida que daría yo. Esta comida la serví toda en vasos largos, como los que usamos las cigüeñas para meter el pico hasta el fondo, y en ellos puse todas las cosas que más le gustaran al zorro. Él, naturalmente, sólo podía comer o beber lo que hubiera muy arriba de los vasos, y le daba mucha rabia, sobre todo, no poder comer más de un picadillo de carne de carnero, que sabía yo era cosa que le gustaría mucho. Pronto comprendió de qué se trataba, y hay que decir que en eso sí se portó bien. Al despedirse me dijo:

—“Estamos a mano. Yo no creí que las cigüeñas tuvieran tanta chispa como yo, pero me gusta reconocer el talento, y no me enoja de la burla. El que gasta una broma debe saber tomar con buen humor la broma que le den”.

El león que había estado conversando en ocasión anterior con los niños y los animales en el bosque del duende Don Yo de Córdoba regresó aquella tarde y tomó la palabra contra el zorro.

—No han de saber ustedes la jugada que nos hizo este mañoso animal al tigre y a mí.

—No. Es mucho atrevimiento —dijo Nachito—. ¿Cómo fue eso?

—Pues una vez que había mucha hambre, porque la sequía había hecho morir a muchos animales y apenas se encontraba caza, andábamos los carniceros hambrientos por el bosque, cuando vimos a unos cazadores perseguir un venado, dispararle y matarle. Tenía yo tanta hambre, que decidí apoderarme de aquel venado, aunque me pusiera en peligro con los cazadores, y avancé rugiendo. Oí, al mismo tiempo, rugidos de tigre. Tantos rugidos asustaron a los cazadores y huyeron dejando el venado. El tigre y yo llegamos al mismo tiempo al lugar donde estaba la víctima y como cada uno pretendía apoderarse de ella, y los dos teníamos mucha hambre, peleamos por ella. Peleamos largo rato, y como los dos éramos muy fuertes nos hicimos muchas heridas, hasta que caímos al suelo sin poder movernos. Más nos hubiera valido repartirnos aquel venado, pero el hambre nos había hecho ciegos. Cuando estábamos allí caídos los dos, respirando fuerte y rugiendo de

cuando en cuando, se acercó este zorro azul, se aseguró de que no podíamos movernos, y se llevó el venado dando aullidos de burla.

—Ea —dijo el zorro—, tantos cuentos sobre mí, aunque sean contra mí, indican que les parezco importante. Pero yo he de referir una historia a favor mío, ya que entre ustedes no hay imparcialidad.

—¿Contra quién será? —preguntó la cigüeña.

—Contra el hombre, de quien tenemos derecho de hablar mal todos los animales. Una vez me perseguían unos cazadores y yo no sabía ya dónde podía esconderme, porque entre los hombres y los perros no me dejaban lugar donde no me encontrarán. En eso me encontré con un campesino que cortaba leña, y, confiado por esta vez le rogué que me dijera dónde podía esconderme. Me señaló su cabaña, que estaba allí cerca, y me metí en ella. Cuando me creía más seguro, llegaron por allí los cazadores, y le preguntaron al leñador dónde estaría yo. Como él sabía que yo estaba oyendo todo, porque la cabaña estaba muy cerca y además me interesaba oír, les contestó: —“¡Quién sabe!” Pero además yo estaba mirando por la puerta entreabierta y vi que con la mano les hacía señas indicándoles la cabaña. Los cazadores, sin embargo, no entendieron aquello, y se fueron, cuando yo ya me preparaba a huir por el lado contrario. Entonces esperé a que se alejaran y salí de la cabaña para volverme a mi madriguera”. —“Oye —me gritó el leñador—. No seas mal agradecido. Ni siquiera das las gracias por el asilo que te di”. —“Te las daría —le dije—, si tu mano fuera tan honrada como tu lengua”.

Una cabra que llegó por allí dijo que también tenía que quejarse del zorro.

—¿Pues qué te ha hecho? —preguntó Nachito.

—Una vez íbamos paseando, lo cual les parecerá extraño, porque en general el zorro prefiere devorarme a pasear conmigo, pero en aquella ocasión vi que acababa de comer bien, y comprendí que no me haría nada. Acepté ir de paseo, por ver si algo aprendía yo de su famosa sabiduría, pero después comprendí que él quería ver si yo lo ayudaba a encontrar agua para beber después de su gran comida. No había agua en aquellos campos, y los dos teníamos sed. Después de mucho buscar algún arroyo, no encontramos otra cosa que un pozo, y el zorro declaró que aquello era excelente para beber. No era muy hondo, y pudimos bajar, con cierta prudencia. Bebimos a nuestro gusto... Cuando acabamos, quisimos salir y descubrimos que si el pozo no era muy hondo para bajar a él, sí era muy hondo para subir y volver a salir. —“¿Qué haremos? —interrogué yo— Si yo tuviera tu inteligencia... Pero tú serás capaz de descubrir el modo de que salgamos de aquí”. El zorro se quedó pensando, y al fin dijo: —“Mira; pégate bien a la pared del pozo, levanta tus patas, y alárgate todo lo que puedas. Subiendo por encima de tu cuerpo, y después por tus cuernos, llegaré yo afuera. Cuando esté afuera, te ayudaré a salir”. Dicho y hecho; me

levanté sobre las patas de atrás, apoyé las de delante, y el zorro echó una carrera sobre mí y saltó desde la punta de mis cuernos al campo. Como no vi que se volviera atrás para sacarme, le grité: “Eh, oye, te olvidas de mí”. —“No me olvido, pero no puedo sacarte. Ten paciencia. Debiste comenzar por no bajar al pozo”. —“Entonces ¿tú sabías que no podríamos salir de aquí?” —“Yo sabía que tú no ibas a poder salir, pero yo sí”. —“Pues si para eso sirve la inteligencia, maldita sea” —le contesté yo, como despedida.

—¿Y cómo saliste de allí? —preguntó Mariquita.

—Pues me puse a hacer: “Me-eh-eh” cada media hora, esperando que me sintieran.

—Pero ¿y si te sentía una fiera?

—Eso no lo pensé. Tenía tantas ganas de salir de allí, que no pensé en otra cosa.

—No revelas mucha inteligencia —dijo el zorro.

—Tal vez no, pero me salió bien. Pasaron por allí unos hombres, me vieron dentro del pozo, buscaron unas cuerdas, me lazaron los cuernos y me sacaron. Creyeron que yo me iba a quedar con ellos, pero en cuanto me soltaron los cuernos les di dos toques y eché a correr. Ellos me gritaron “¡Mal agradecida!”, pero yo les dije que la esclavitud no puede ser el pago de ningún favor.

—Vamos —dijo el zorro azul— ya que todos se ponen en contra mía, contaré la historia de uno de mis parientes. Iba el zorro —era uno de esos amarillos pardos— corriendo a escape porque detrás le venían unos cazadores con muy buenos perros. Sucedió esto en Inglaterra, donde los hombres se entretienen en cazarnos; lo consideran gran diversión. Corriendo, corriendo, llegó hasta una cerca, y pensó que podría saltarla y esconderse dentro de una zarza que adentro veía. Le pareció que los perros no podrían saltar tanto como él... En efecto, saltó y se escondió dentro de la zarza; entretanto, los perros, no sabiendo dónde se había metido, dejaron de perseguirlo. Pero la zarza, que es planta muy espinosa, arañó todo el cuerpo del zorro, y él, mientras se lamía las heridas, se puso a quejarse:

—“¿Es justo que a un pobre perseguido se le reciba así? Realmente, eso es no tener idea de la hospitalidad; no, ni de la caridad”.

—“Bueno está eso —dijo la zarza— vienes a meterte dentro de mis ramas con tanta furia que me destrozas dos o tres; no te fijas en cómo me tratas, y pretendes que yo te trate mejor. Pero por lo menos te doy este consejo: nunca pretendas agarrarte de quien tiene por costumbre agarrarse de los demás”.

En aquel momento pasaba volando un águila sobre el bosque, y los niños, que la vieron, le dijeron al duende que la llamara. El águila vino al llamado, y preguntó de qué se trataba en aquel grupo.

—Pues de mí; ¿de qué quieres que se hable? —dijo el zorro.

—¡Vaya con la vanidad! —exclamó el ave.

—No es vanidad; ojalá fuera, porque la verdad es que hablan de mí, pero no para bien.

—¿No te reconocen inteligencia?

—Es lo único, pero honradez me niegan. Y yo creo que si se viera bien la conducta de todos, no dirían que soy yo menos honrado que los demás animales.

—Quizás tengas razón... Yo, por lo menos, puedo contar que he visto a los zorros defender enérgicamente a sus hijos. Una vez pude comprobarlo con la hermana del señor aquí presente...

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Mariquita.

—Una vez que estaba yo muy preocupada, porque tenía aguiluchos nuevos y no había mucho de qué comer, vi en la llanura a la zorra que sacaba a pasear a sus cachorritos. Olvidándome de que entre nosotros existía entonces, y existe todavía, una tregua, la tregua que conciertan entre sí, con mucha frecuencia, los animales que comen carne, me lancé sobre ellos, y me llevé uno de los cachorritos. Llegué rápidamente al árbol donde tenía el nido de mis aguiluchos, pero hasta allí me llegaban los gritos de la zorra. Pensé bien en el asunto y ya me decidía a devolver el cachorro cuando vi que la zorra se había robado un tronco ardiendo de una hoguera encendida por unos hombres y venía con él a pegarle fuego al árbol donde estaba mi nido. Tanta inteligencia y tanta audacia me dejaron sorprendida. Afortunadamente, tuve tiempo de devolver el cachorro antes de que el árbol comenzara a arder, y quedamos en paz.

Los monos tienen muchas quejas de los zorros, como habían visto Nachito y Mariquita, por lo que se les había contado, así es que el mono que llegó a aquel lugar del bosque mientras hablaba el águila, dijo cuando ella acabó:

—Pues a mí no me falta qué contar.

—Hable, amigo —dijo el zorro azul— que tengo mucha paciencia para oír lo que se dice de mí.

—Uno de estos amigos fue cogido una vez en una trampa, pero lo que la trampa le alcanzó fue la cola. Viendo que podía escapar si se arrancaba la cola, decidió cortársela con los dientes.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Mariquita—. Lo que le habrá dolido.

—Dirá este mono que no somos valientes. A fe que si era el mono el que caía en una trampa, los berridos se oírían por todo el bosque.

—No presumimos los monos de tener mucha sangre fría. Concedo que los zorros la tengan, y es verdad que cuando se ven en un peligro y se pueden salvar cortándose una parte del cuerpo lo hacen...

—Bueno: concedido que tenemos siquiera esa cualidad, sigue adelante.

—Pues el zorro aquél quedó sin cola y se puso a pensar que sus compañeros se iban a burlar de él, porque los zorros son muy burlores. ¿Dirá el amigo que ésa es una de sus buenas cualidades?

—No digo nada —respondió el zorro azul.

—Bueno: aquel zorro sabía que iba a sufrir la burla de todos los demás, y discurrió lo que podía hacer para evitarla. Pensó entonces que engañaría a los demás zorros hablándoles de una nueva moda.

—¿Y cuál había de ser aquella nueva moda?

—Nada menos que la de no usar cola. Aquel día se celebraba una gran asamblea de zorros, y éste se presentó dándose mucha importancia y echó un largo discurso sobre los viajes que había hecho y las cosas que había visto. Aseguró que en Francia había animales que no usaban cola, y que en los Estados Unidos iban muchos a seguir la moda; habló de los perros a quienes les cortan la cola sus amos, considerando que así se ven mejor, de los caballos a quienes también se les recorta; de que hasta a los gatos se les cercena... Los zorros oían aquello con muy poco interés, y uno dijo: —“Hay que ver que esos animales no están sin cola por su gusto. Se la cortan a la fuerza. No veo por qué hemos de adoptar nosotros esa moda”. Otro habló después: —“Esas modas que hacen padecer debemos dejárselas a los hombres. Dicen que las hembras del género humano sí se martirizan por la moda, pero nosotros no tenemos que imitarle nada al odioso enemigo de todos”. El zorro sin cola contestaba a todos los discursos, y la opinión parecía estar dividida. Al fin uno de los zorros viejos dijo: —“Yo aceptaría la proposición del compañero si la creyera desinteresada; quiero decir si él tuviera cola. Pero como la ha perdido, me parece muy sospechosa. Quizá si yo la hubiera perdido pensaría como él. Pero, no siendo así, prefiero quedarme con mi cola y creo que mis compañeros pensarán como yo”. Naturalmente, después de este discurso nadie pensó en cortarse la cola.

—Déjenme hablar en contra de los hombres— dijo al fin el zorro azul—, creo que contra ellos todos podemos hablar.

—¿No creen que hay que guardarle consideraciones a los presentes? —dijo el duende Don Yo, refiriéndose a Nachito y Mariquita.

—Son muy niños —dijo el zorro.

—¿No se les respeta por chicos? —insistió el duende—. “Gran reverencia se le debe al niño...”

—No es eso; quiero decir —contestó el zorro, que era gran diplomático—, que como ellos son muy jóvenes no tienen todavía el orgullo de sus mayores, y no les molesta oír hablar contra su especie; creo, además, que les convendrá oír las hazañas de los hombres contra nosotros, a ver si así se corrigen y aprenden a tratarnos mejor.

—No crean —dijo Mariquita—, en casa oímos hablar bastante mal de las gentes, pero siempre es gracioso saber cómo nos ven los animales.

—Pues les contaré —dijo el zorro—. Allá por el Norte había unas viñas muy buenas, y uno de mis compañeros acostumbraba ir a comer uvas. Éstas no estaban verdes... como las del cuento que se cuenta

contra nosotros; al contrario, muy maduras y muy fáciles de alcanzar, así es que cada noche se daban de banquetes dos o tres compañeros que vivían allí cerca. Pero un día el dueño de las viñas encontró al del cuento, y le echó mano, pero no lo mató inmediatamente, sino que quiso hacerlo sufrir antes de morir.

—¡Qué malo! —exclamó Mariquita—. ¿Y qué le hizo?

—Le empapó la cola en aguardiente y le prendió fuego.

—¡Qué horror!

—El zorro salió huyendo asustado, y viendo un campo de maíz, se lanzó a él, pensando que, si azotaba la cola entre las plantas, podría apagar el fuego de la cola y salvarse de que se le comunicara a todo el cuerpo. Así fue: a fuerza de correr entre el maíz, la cola fue dejando atrás los pedazos encendidos y el zorro pudo salvarse, pero el maíz estaba reseco, y cogió fuego. ¿Y de quién creen ustedes que era el campo de maíz?

—¡Del mismo dueño de las viñas! —dijo Nachito.

—Del mismo, que al ver lo que le sucedía se arrancaba los cabellos pensando que mejor hubiera sido no querer castigar con tanta crueldad al zorro.

El duende terció entonces y dijo:

—Amiguitos, esta vez hemos conversado ya mucho. Don Pelón y Doña Chachalaca deben regresar a su casa.

—¿Yo? —dijo la chachalaca verdadera a quien nadie había visto, pero que estaba por allí cerca—. Bien me estoy aquí.

—Vaya —dijo el duende—. Doña Chachalaca no eres tú, ni nadie estaba pensando en ti, sino en la señorita María.

—Ahora entiendo. Pero me parece ridícula la costumbre de robarnos nuestros nombres para ponérselos de motes a las gentes. Al día siguiente Mariquita dijo que ya le cansaba conversar siempre con zorro, y que quería ver animales distintos, sobre todo aves con grandes plumas. Así pues, por la tarde, cuando volvieron al bosque del duende Don Yo de Córdoba, pidió que invitaran a muchas aves y el duende hizo que vieran unas cinco o seis que sorprendieron mucho a la niña; la mayor parte eran aves del paraíso con colas fantásticas; había también un quetzal de Guatemala, con su larga pluma de colores que baja, y una ave lira, con las plumas de la cola levantadas en forma de lira.

Pero allí estaban también el zorro azul, invitado desde la tarde anterior a volver a reunirse en aquel punto, y diez o doce animales distintos, de los que acostumbraban acudir en las tardes.

El zorro venía acompañado de un jabalí, grande y lustroso, que produjo impresión a Nachito y Mariquita; si no hubieran estado bien acompañados, le habrían tenido miedo a sus formidables colmillos.

—¿Le son muy útiles esos colmillos? —preguntó Nachito.

—Mucho, pero sobre todo para asustar: pocas veces tengo que usarlos realmente. Pero ¿qué te figuras que me decía el zorro poco antes de venir para acá?

—No me lo figuro.

—Pues me encontró afilando los colmillos en el tronco de un árbol y me dijo: —“¿Por qué te afilas los colmillos, cuando no hay enemigo que te amenace? Creo que, como dicen los hombres, ves moros con tranchetes”. —“Te equivocas —le contesté— cuando no hay enemigo al frente es cuando debe uno prepararse. Cuando ya el enemigo está a la vista, otra cosa me toca hacer, y no afilar los colmillos”.

En eso llegaba un gran lobo, y habló:

—No creo que fuera de buena fe la pregunta del zorro. Nunca habla de buena fe...

—Primo...

—No hay primo que valga. Acabo de saber lo que hiciste, contra mi hermano.

—¿Yo? Hace mucho que no veo a nadie de tu familia.

—Entonces fue otro como tú, hermano tuyo...

—¿Pues qué ha sucedido? —preguntó Nachito.

—Imagínense que hace poco rato me encontré a un león cubierto con la piel de mi pobre hermano. Me figuré que estaba loco, porque yo comprendo que haya quien se ponga la piel del león, como hizo el burro, pero no entiendo cómo el león puede querer disfrazarse de otro animal, y sobre todo animal carnicero como él. Todavía se disfrazara de cordero...

—¿Le hablaste? —preguntó el zorro.

—No, no me pareció prudente. Pero me fui a ver al chacal que sirve al león, y me dijo que su rey (el chacal cree siempre que el león es rey) había estado enfermo y había echado de menos la visita de los zorros. El lobo, mi hermano, al irlo a visitar le dijo que los zorros no querían visitarlo y que hablaban mal de él.

—¿Muy buenas muestras de amistad?

—Yo no decía más que la verdad. Ello es que el chacal se echó a buscar a los zorros y se encontró con uno, al que convenció de que fuera a ver al rey, pero procurando disipar la mala impresión que tenía por lo que le había contado el lobo. El zorro llegó con muchas zalamerías, diciendo que sólo sus muchas ocupaciones y su poca salud le habían impedido hacer aquella visita, pero que le traía una buena receta. —“¿Y cuál es?” —preguntó el león—. “Pues cubrirte con una piel de lobo”. Naturalmente, apenas el lobo, que había estado muy atento con el león, llegó de visita, la gran fiera lo deshizo de un zarpazo, y por eso anda ahora con la piel de mi hermano. No cabe duda de que está trastornado.

—Por lo que oigo contar —dijo Mariquita—, los chacales no son muy estimados entre los animales.

—No —dijo el oso, que había llegado poco antes—. Son aduladores, ladrones. Y sobre todo, comen carne muerta. Yo respeto mucho los cadáveres; nunca los toco... Especialmente los de los hombres, a quienes respeto mucho.

Nachito y Mariquita comenzaban a ver con simpatía al oso pensando que una fiera grande y poderosa como él respetaba a la especie humana; pero en eso dijo el zorro azul:

—Me convencerías de respetar a los hombres si les tuvieras igual consideración cuando los ves vivos que cuando los ves muertos.

—¿Pues cómo es eso? —preguntó Nachito.

—El oso, es verdad, no se comería nunca un cadáver. Pero si está hambriento y ve a un hombre vivo, sí se lo come.

—Siempre gracioso este zorro —dijo un puercoespín—. ¿No saben lo que me dijo el otro día?

—No sabemos.

—Pues ya supondrán ustedes que el zorro y yo somos buenos amigos. Yo no me como a nadie, como él, pero a mí nadie me puede comer, porque las púas de mi cuerpo lo impiden.

—¿Y no te pueden matar? —preguntó Nachito.

—Matar sí pueden. ¿Pero quién me ha de matar si no me ha de comer? Eso de matar a quien no nos hemos de comer, no lo hacemos los animales: ésas son cosas de los hombres.

—Veo que no tenemos buena reputación entre ustedes —dijo Nachito.

—No; ya lo has podido advertir muchas veces. Pues como les decía: somos amigos el zorro y yo. El otro día, este zorro se cayó al río y en la parte honda, y empezó a nadar como desesperado contra la corriente que se lo llevaba. Después de mucho luchar, pudo salir a tierra, entre unos pantanos llenos de moscas y mosquitos. Andaba yo por allí cerca, y cuando lo vi salir del río me acerqué a ver si necesitaba algo. Lo encontré tirado en el suelo, sin poderse mover del cansancio. Y lo peor era que las moscas y mosquitos se entretenían en molestarlo y chuparle toda la sangre que podía. Entonces me ofrecí a espantarle los insectos que tanto lo hacían sufrir, pero él me dijo con mucho tino: “Déjalos. Éstos que tengo encima ya se van cansando; si me los espantas, vendrán otros que no me han picado, y éstos sí acabarían conmigo”.

—Nada, nada —intervino el lobo— aquí se habla demasiado bien del zorro...

—¿Conque se habla demasiado bien? —dijo el zorro azul—. Les he de contar cómo es el lobo.

—¿Pues qué te ha hecho?

—Ya verás. Un día me caí en un pozo y no sucedió como en la historia de la cabra, que me fue posible salir de allí, aunque dejando a la compañera; allí estaba yo quejándome, cuando llegó este primo mío, y viéndome allí se puso a preguntarme: —“¿Cómo es posible que te hayas caído? ¿Cómo sucedió eso? ¿Hace mucho rato? ¿No tienes frío dentro del agua?” Así estuvo haciéndome preguntas que yo le contestaba como podía, pero de mala gana, hasta que le dije: —“Mejor es

que me busques una soga y me la eches. Déjate de hacerme preguntas y dame ayuda”. Entonces parece que tuvo vergüenza y se fue.

—Tal vez me burlaba yo de ti —dijo el lobo—. Bastante mal nos has hecho. Recuerda lo del león.

—Ya lo he sabido —dijo Nachito.

—Recuerda lo que le hiciste a mi hermano cuando le pedías de comer.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Mi hermano vivía en una buena madriguera, y una vez hizo una gran cacería, y tenía tanto qué comer, que durante varios días no salió a cazar, y se mantenía de sus provisiones. Este zorro azul se dio cuenta de su ausencia, y se puso a averiguar lo que sucedía. Llegó a la madriguera, y preguntó por el lobo. Mi hermano le dijo que no estaba bien de salud y que no podía salir. El zorro insistió en visitarle, metió la cabeza en la madriguera, y vio las provisiones que el lobo tenía. —“¿No me invitas? —le dijo—. Hace días que como mal. La situación está difícil”. —“No puedo darte nada —contestó mi hermano disgustado—. Como estoy enfermo, si se me acaba esto no tendré qué comer, y no puedo salir a buscar más”.

—Pero no era verdad. El lobo estaba bueno y sano —dijo el zorro azul.

—Bueno, pero no quería regalar lo que le había costado trabajo conseguir.

—Pues eso debía castigársele —insistió el zorro.

—En todo caso, no como tú lo hiciste. ¿Qué crees que hizo este animal perverso? Se fue a ver a unos pastores, y les contó dónde estaba mi hermano, y los llevó a la madriguera armados de palos y ellos sacaron al lobo y lo mataron. Todavía tuvo este zorro el valor de comerse las provisiones de mi hermano.

—¿Y tú no te has vengado? —preguntó Nachito.

—No —respondió el lobo—. Los animales nos vengamos muy pocas veces. La venganza es fea, y sólo los hombres la practican sistemáticamente.

CON EL BURRO

—Si quieren ustedes conocer otra historia de nuestros astutos amigos —dijo el mono, disgustado con los zorros, como ya se sabe—, aquí está el burro que la cuenta.

—¿Pues qué fue eso? —preguntó Nachito.

—Pues que un día me escapé de los establos de mi amo —dijo el burro— para salir a pasear. Cada vez que puedo lo hago, como ahora... Pero mi amo no se asusta, porque sabe que yo regreso. Es más seguro comer en el establo que en el campo: a veces hay sequía. Bueno: me encontré con un zorro amarillo, que iba muy contento porque acababa de tener un gran banquete de gallinas, y se había puesto muy amistoso, como siempre que comen bien ellos. El zorro me contaba cosas de los animales a quienes persigue y yo le contaba cómo son las yerbas que me como, y discutíamos cómo sería aquel año, si bueno o malo, si llovería mucho o no, si se morirían muchos animales. Las cosas no iban muy bien en aquel momento, y muchos tenían hambre. Así conversando, vimos llegar a un gran león hambriento que apenas nos ve exclama: —“Al fin tendré qué comer y por partida doble”. Yo me eché a temblar, que por poco me caigo al suelo. Yo no creía que hubiera por allí fieras peligrosas: todavía no sabía yo escoger los lugares para pasear, que ahora sí sé por dónde no andan leones. El zorro me dice en voz baja: —“No te muevas, y te salvaré la vida. Déjame ir a decirle dos palabras al león”. Yo le creía, y me quedé allí plantado, esperando mi salvación. El zorro amarillo se dirigió hacia el león, haciéndole muchas reverencias, y no acercándose mucho por temor a los zarpazos. Habló con tanta zalamería, haciéndole tantas promesas, que el león consintió en oír lo que quería decirle antes de comernos. Obtenida la promesa del león, el zorro se le acercó y le habló en voz baja. Yo no me figuré qué cosas le diría, pero después lo supe.

—¿Pues qué fue? —preguntó Mariquita.

—Le dijo al león —nada menos— que él, el zorro, me pondría en lugar seguro para que me devorara, con tal de que le perdonara a él la vida; que en cambio, si no consentía, podía escaparse uno de los dos.

—¡Qué maldad! —dijo Mariquita.

—Después volvió a mi lado, y me dijo que lo acompañara, porque el león nos perdonaba la vida con tal de que le señaláramos un lugar donde encontraría mejor caza, y que teníamos que ir hasta un sitio muy bueno, y el león nos seguiría hasta que se lo indicáramos. Echamos a andar, y el perverso animal amarillo me hizo caer en una trampa que había descubierto, puesta contra él precisamente. Entonces le dijo al león: —“Aquí está el burro con una pata cogida en la trampa y bien asegurado. Yo me despido”. Pero el león le echó un zarpazo y lo mató, y el león me dijo: —“A ti te tengo seguro en la trampa y te puedo devorar mañana. Al zorro me lo como ahora, y tengo dos comidas aseguradas. Los tiempos están muy malos”. Así fue castigada la maldad del zorro.

—¿Y tú cómo escapaste? —preguntó Mariquita.

—De casualidad, la trampa aquella la había puesto mi amo, porque las fieras le molestaban mucho a sus animales y pasó por allí aquel mismo día a ver si había caído alguno, me vio y me llevó al establo. Suerte fue porque el zorro ya me había condenado a muerte.

El gallo terció y dijo:

—Seguramente nadie tiene con los zorros tantas relaciones como mi familia. Ellos nos tienen afecto especial. O por lo menos, eso nos dicen cuando nos encuentran. ¿Recuerdan ustedes lo del otro día? Nos quiere tanto, que si nos acercamos mucho a ellos acabamos por formar parte de su cuerpo: vamos a parar a su estómago. Pues no hace mucho me contó uno de mis parientes, a quien voy a visitar a un buen gallinero, lo que le había ocurrido con uno de ellos. Yo nunca me dejaría meter en un gallinero, pero mi pariente está contento allí: le dan muy bien de comer y muchas gallinas lo rodean... Pues un día el amo de mi pariente puso una buena trampa, porque los zorros le hacían demasiados estragos en el gallinero; ya no sabían cómo impedirselos; unas veces se colaban por la puerta, y había habido que ponerle candado; otras veces roían la cerca, que era de madera, y fue necesario rodearla de red de alambre; después acabaron por treparse por la red, metiendo las uñas en los huecos... Entonces el amo decidió poner una trampa en el gallinero y dentro de ella una gallina, pero no una gallina real, viva, sino una figura que habían fabricado, en forma de gallina, y a la que le pusieron plumas; estaba muy bien hecha, y hasta el gallo le pasaba cerca haciéndole la rueda. Sólo después que vio que se quedaba inmóvil comprendió que no era “de verdad”. Por la noche vino un zorro, y viendo aquella gallina en el suelo, cuando las demás se habían trepado en árboles y palos para dormir, dijo: “Ésta es la mía”. Y fue a cogerla, y la trampa le atrapó una pata. El gallo vio lo que sucedía, y no pudo menos que dejar escapar un grito de alegría, acordándose de las muchas veces que la llegada de los zorros lo obligaba a subirse a toda prisa a los árboles y dar gritos de alarma a todas sus gallinas para que se trepan lo más alto que pudieran, lo cual no impedía que siempre

cayera una, la más torpe para volar, en manos del enemigo. El zorro oyó aquel grito del gallo, y discurrió el modo de salvarse con ayuda de su propia víctima. —“¡Mi querido amigo! —le dijo—. ¡Cuánto me agrada oír tu voz! Hasta aquí vine nada más que por el gusto de saber cómo estabas. ¿Estás bien?” — “Muy bien —contestó el gallo—. ¿Pero desde cuándo te interesas tanto por mi salud? Generalmente, cuando vienes por aquí, te llevas a una de mis esposas”. —“Pero a ti nunca te he hecho nada. No puedes decir que soy enemigo tuyo. A tus esposas sí, pero son tantas, y te molestan a veces de tal manera con sus exigencias, que yo creo que te hago favor llevándome a las más tontas ¿verdad?” —“Veo que eres muy inteligente, como siempre”. —“Gracias, amigo mío. Y ya que tiene buena opinión de mí ¿por qué no me ayudas? Si me trajeras un palo, lo metería dentro de la trampa, y haciendo palanca la abriría y podría escaparme”. —“Voy a ver si traigo el palo” —dijo el gallo—. “Pues ve pronto, porque esta trampa me aprieta mucho la pata, y está cogida de tal manera que difícilmente podría arrancármela”. El gallo bajó de su árbol, y fue hasta la puerta de la casa del amo, y se puso a cacarear con tanta fuerza que el amo despertó y vino al gallinero; apenas vio al zorro, cogió un palo y con él mató al zorro, mientras el gallo le decía: “¿Ya ves? Ahí tienes el palo que querías”.

—Francamente —dijo Nachito—, yo creo que se juzga al zorro con mucha injusticia. Ya ven ustedes que no es vengativo...

—Los animales no lo somos —dijo el mono—. Pero acuérdate de que iba a quemarle el nido al águila, y eso es venganza.

—No —dijo el zorro azul—, eso fue para salvarle la vida al cachorro; para que el águila lo devolviera.

—Eso dices ahora —insistió el mono— porque así resultó; pero quién sabe.

—Bueno —terció Mariquita—, dicen que a los hijos debe defenderseles de cualquier modo.

—Y, sobre todo —agregó Nachito—, me gusta el zorro porque no cree en los reyes.

—Buena te va —le dijo el zorro al mono—, a ti que sueñas con ser rey. A propósito: mi padre me contó que cuando él era joven se le tenía a los reyes más respeto que ahora. El león, por lo tanto, era famoso. El zorro que fue mi padre, cuando era cachorro, oía hablar de él con gran asombro. Al fin un día lo vio, y, como él era chico, y el león grande y con gran melena, se asustó mucho y salió huyendo. Pero muchos días después volvió a verlo, y ya no le huyó, sino que se quedó mirándolo para conocerlo bien. Entre tanto, los chacales, que andan siempre haciéndole propaganda al león, le contaron que era muy bueno, y que sólo hacía daño cuando estaba disgustado o tenía hambre. A la tercera vez, el zorro se acercó al león y le habló de tú. No le sucedió nada. —Lo que pasa —continuó diciendo el zorro—,

es que los animales más tontos que yo tienen envidia de mí, como lo he dicho siempre. Por eso no me quiere el lobo. Es más tonto que yo y es más malo.

—Insultos, no —dijo el duende Don Yo—. Recuerden que aquí estamos todos en paz, aunque se discutan los méritos de los diferentes animales. Al decir que el lobo es más malo, das a entender que tú no eres bueno.

—No quise decir eso, sino que él es malo y yo no.

—La primera palabra vale más. Me haces recordar a una familia de cuatro hermanos, todos con aspiraciones políficas, en un país muy turbulento. El hermano que se llamaba Apolinar quería ser personaje importante, pero no lo conseguía; sus otros hermanos sí. Y cuentan que decía:

“No sé por qué no llego yo a ser personaje en este país, cuando mis tres hermanos lo son, cada uno con diferentes elementos, y yo soy tan sabio como mi hermano Emilio, tan valiente como mi hermano Luis y tan malo como mi hermano Manuel”.

—Pues la diferencia entre el lobo y yo la verán ustedes en lo que nos sucedió con el caballo —dijo el zorro.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Ya verán. Eramos muy jóvenes, apenas acabábamos de salir de cachorros el lobo y yo, cuando vimos por primera vez al caballo. El lobo lo vio antes que yo, y vino a contármelo:

“He visto una hermosa bestia en el campo; alta, gruesa, de pelaje rojizo con crines.

“¿Qué será?” —dije yo—. “¿Crees que podríamos comérmola?”

“Tal vez sí, atacándola entre los dos. Pero tengo gran curiosidad de saber cómo se llama”.

“¿Es peligrosa?”

“No no lo parece; no le vi nada con que pudiera atacar, y es muy pacífica”.

“Pues vamos allá a verla”.

Fuimos a donde el lobo había visto al caballo, y nos acercamos a él muy humildes, para ver bien cómo era el animal y por dónde podría ser atacado, pero como también queríamos satisfacer nuestra curiosidad, que era muy grande, le preguntamos:

“Ilustre animal, a quien nunca habíamos visto, te admiramos mucho y quisiéramos saber tu nombre”.

Entre tanto, yo me daba cuenta de que sería muy difícil que nosotros matáramos al caballo, que es demasiado grande y tiene la piel muy gruesa: me pareció que matarlo era tarea para el león, pero superior a nuestras fuerzas.

El caballo, que tenía buen humor, nos contestó:

“Mucho me honro en saber que me admiran ustedes. Yo sí conozco sus nombres, don Lobo y don Zorro, y sé todo lo que valen.

Conozco a toda su familia. Mi nombre... Bueno, les diré, me han prohibido que lo diga; pero puede leerse en la punta de mis patas de atrás."

El lobo encontró aquello muy interesante; pero yo sospeché algo malo, y dije:

"Siento mucho que sólo leyéndolo en tus patas se pueda conocer tu nombre. Mis padres son pobres y no me enseñaron a leer".

"Nadie lo diría" —contestó el caballo—. "Hablas bien".

"Ya ves. Parece que aun sin saber leer se puede tener inteligencia. Adiós".

Pero el tonto del lobo dijo:

"Yo si sé leer y quiero saber tu nombre".

Se acercó el caballo, y la gran bestia levantó la pata y le dio al lobo una tremenda patada en la cabeza que lo dejó tendido buen rato.

CON EL BURRO Y EL RATÓN

—Aunque es costumbre hablar bien del león, tanto como mal de los zorros —dijo el zorro azul— yo les quiero contar hazañas del llamado rey de los animales, para que vean que no siempre es justo.

Una vez, estaba enfermo uno de los leones de tierras al norte, donde andaba yo de visita. A los leones les gusta que los vayan a visitar cuando están enfermos, y ya saben ustedes cómo se aprovechan de estas visitas muchas veces. Los zorros tenemos mucha prudencia en tales casos, y no nos acercamos a la cueva del león en estas ocasiones, no sea que entremos y no salgamos. Pero esta vez me aseguraron que el león no haría nada, porque los chacales le llevaban buena comida y no pasaba hambre. Fui, pues, acompañado de un oso negro y de un mono gris, porque yendo en compañía disminuía el peligro aún más.

Llegados allí, preguntamos cortésmente al león por su salud. El mono se deshacía en caravanas. Yo procuraba conducirme discretamente. Pero el oso, que a veces es muy tonto, se puso inquieto y se veía que no estaba a gusto.

—¿Qué te pasa? —preguntó el león irritado.

—Pues no está nada agradable esta cueva. Se ve que no la limpian tus chacales...

—¿Y a ti qué te importa?

—A mí me importa, porque los olores no son nada agradables.

El león se encendió en furia, entonces, y de un zarpazo lo tendió muerto en el suelo, diciéndole:

—Toma olores agradables.

El mono, al ver aquello, comenzó a dar de chillidos:

—¡Qué absurdo! ¡Qué ofensa para el rey! ¡Oso estúpido!

—No chillas, le gritó el león.

—Es que no puedo tolerar la conducta del oso. ¡Ponerse a censurar la mansión real, que sólo huele a perfumes de Arabia!

—No es verdad: el oso tenía razón en lo que decía, y mis chacales son muy sucios, no entienden cómo debe tenerse una casa distinguida, y me van a obligar a llamar a los gatos para que la limpien. Pero lo que me molesta fue el aire grosero con que habló el oso.

—Pues a mí, de todos modos, me huele aquí a perfumes de Arabia...

El león, a quien le subía de punto el enojo, acabó por darle otro zar-pazo al mono y tenderlo también muerto, en el suelo, con esta frase:

—Toma perfumes de Arabia.

Yo lamentaba haber accedido a aquella visita. Mis dos compañe-ros yacían muertos, y yo no veía el modo de salir de allí.

El león me dijo entonces:

—¿Y a ti cómo te huele?

—¿A mí? —le dije—. No me huele a nada. Tengo catarro.

—Ya me cansan los cuentos del zorro —dijo Mariquita—. No se habla aquí sino de zorros y zorros. Vámonos para casa.

—No —dijo Nachito—. Que nos cuenten todavía otra historia.

—Bueno, una más. Pero mañana ya no volvamos a ver a los ani-males... El duende bien podría inventar otra cosa para nosotros.

—Muy bien, hijos míos, ya veremos qué otra cosa les gusta...

—Pues verás —dijo el ratoncito—. Tengo amigos en las pobla-ciones y a veces los invito a visitarme y a comer conmigo. Cuando vienen les obsequio granos de cereales, que es lo que comemos en el campo. Pero uno de ellos, gran ratón de ciudad, me dijo un día:

“Es pobre tu comida. ¡Si vieras qué bien se come en la ciudad!”

“No ha de ser tanto —contesté yo—. Dicen que tienen ustedes que comer papel”.

“¡Oh no! Eso sólo les ocurre a los ratones que viven en las casas de los escritores honrados”.

“¿Y por qué en las casas de los escritores honrados? ¿No hay pa-pel en las casas de los escritores que no son honrados?”

“Si hay papel, aunque no mucho que digamos. Pero como los es-critores deshonestos tienen muchas cosas buenas de comer en la des-pensa, a nadie se le ocurre ir a roer el papel”.

“¿Entonces los escritores honrados no tienen buena despensa?”

“No. Se mantienen con muy poca cosa. Viven al día... Así es que a los ratones que viven en esas casas no les queda otro recurso que co-merse el papel. Pero no son muchas esas cosas, no creas, así es que la historia de que los ratones de ciudad nos alimentamos de papel es fal-sa, es una de tantas consejas que corren en el campo. Vamos: te invi-to a que comas conmigo en la casa de uno de esos señores ricos...”

Y dicho y hecho. Aquel mismo día fuimos a la ciudad, cuando iba anocheciendo, y llegamos hasta la casa donde se alojaba mi amigo.

“Espera a que cenén los dueños” —me dijo.

Esperamos, y cuando se levantaron de la mesa los dueños, y las criadas se pusieron a lavar platos, nos metimos en la despensa. Lo malo era que había que atravesar buen trecho de la habitación, desde el agujero abierto en el piso hasta el agujero abierto en la despensa. A mí me pareció peligroso aquello, pero llegamos a la despensa, y comenzamos a disfrutar de un gran banquete; excelentes bizcochos,

quesos de varias clases, frutas secas, dulces... Cuando estábamos royendo un magnífico queso de Gruyere, oímos ruido: una criada venía a abrir la despensa para guardar un bote de dulce. Salimos huyendo a toda prisa, pero la criada nos vio, y agarró un palo para pegarnos, y un gato corrió detrás de nosotros, que yo no sé cómo no nos alcanzaron antes de llegar al agujero del piso. Pudimos escapar, sin embargo, pero yo le dije a mi amigo el de la ciudad:

“Será muy buena la despensa del escritor rico, pero yo prefiero comer maíz en el campo a comer queso y dulces con tanta intranquilidad...”

Entonces Mariquita quiso despedirse, y ella y Nachito se fueron, acompañados por el duende Don Yo de Córdoba, saludando a todos los animales: “Adiós, don Zorro; adiós todos”.

ÍNDICE

PALABRAS LIMINARES

<i>Por Manuel Lara Hernández</i>	IX
--	-----------

PRESENTACIÓN

Desde el Pórtico de sus <i>Obras completas</i> <i>Dr. Tony Rafal, Secretario de Estado de Cultura</i>	XI
--	-----------

INTRODUCCIÓN

La dimensión de la ficción y su práctica en Pedro Henríquez Ureña <i>Por Diógenes Céspedes</i>	
Introducción	XV
I. PHU y el poema como identidad biográfica.....	XVI
II. “El nacimiento de Dionisos”	XVIII
III. Cuentos para sonar y soñar	XLI
El ciclo argentino	XLII
El oído mexicano.....	XLVI

FICCIÓN

Poesías juveniles	1
Ofrenda	5
Aquí abajo	7
¡Incendiada!	8

En memoria del decano de la poesía patria.....	10
Fiez-Vous.....	11
La belleza.....	12
Flores de otoño.....	13
En la cumbre.....	14
Mariposas negras.....	16
Íntima.....	18
Música moderna.....	21
Frente a las "Palisades" del Hudson.....	22
Ensueño.....	23
Escorzos.....	25
Ante el mar.....	28
Máximo Gómez.....	30
Lux.....	32
La serpentina.....	37
El pinar.....	39
A un vencido.....	40
A un poeta muerto.....	42
Todo lo que pasa es bello.....	44
Despertar.....	45
Imitación d'annunziana.....	46
El niño.....	47

Teatro

El nacimiento de Dionisos	
(Ensayo de tragedia antigua).....	49
Justificación.....	51
Parodos.....	53
Episodio I.....	55
Stasimon I.....	56
Episodio II.....	57
Stasimon II.....	58
Episodio III.....	59
Commos.....	60
Stasimon III.....	62
Episodio IV.....	62
Stasimon IV.....	63
Episodio V.....	64
Éxodo.....	65

Cuentos.....	67
El hombre que era perro.....	69
El peso falso.....	73
La sombra.....	77
Cuentos de la nana Lupe.....	81

En los volcanes	83
En Jauja.....	89
Con las brujas	111
Con las hormigas y la cigarra.....	119
Con el cuervo y el coyote	123
Con las ranas.....	125
Con el león.....	129
Con el camello	137
Con el perro	143
Con el corderito	145
Con el gallo y las gallinas.....	147
Con el zorro azul	149
Con la cigüeña	157
Con el burro	167
Con el burro y el ratón.....	173

COLOFÓN

Esta edición de Pedro Henríquez Ureña, *Obras Completas*, t. I, *Ficción*, se terminó de imprimir en Santo Domingo, República Dominicana en el mes de abril de 2003, en los talleres de Editora Universal y consta de 2,000 ejemplares.

La Secretaría de Estado de Cultura manifiesta su reconocimiento y agradecimiento al Banco de Reservas de la República Dominicana, por su generoso aporte para hacer realidad la edición de esta obra.



PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
1884 / 1946

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. Nació el 29 de junio de 1884 en la ciudad de Santo Domingo. Hijo de Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935), político, educador y médico graduado en la Universidad de París, y de Salomé Ureña (1850-1897), poeta y educadora.

PHU se graduó de bachiller en ciencias y letras en 1901. De 1901 a 1904 permaneció en la ciudad de Nueva York. Leyó mucho y fue un asiduo al teatro junto con su hermano Max. A partir de 1904 llegan los dos hermanos a La Habana en razón de la estrechez económica del padre, el cual no puede sufragar los gastos de la estancia en la urbe de hierro. La impronta que deja PHU en Cuba en el seno de la intelectualidad está documentada con la publicación de su libro Ensayos críticos en 1905.

En Ciudad México estará desde ese 1906 hasta 1914, cuando vuelve a Nueva York con un contrato de trabajo. En la capital azteca se gradúa de abogado en aquel año. Luego entraría a la Universidad de Minnesota con otro contrato que le permitiría enseñar a las clases no graduadas e iniciar su doctorado en literatura

peninsular. Pero antes había sido el mentor de la juventud intelectual que se insubordinó contra la dictadura de Porfirio Díaz. Su viaje de 1911, a más de vacaciones, tuvo el motivo principal de salir al extranjero en previsión de cualquier inconveniente con el régimen autoritario de Victoriano Huerta, victimario del presidente Francisco I. Madero y de su vicepresidente Pino Suárez.

Mientras realizaba el doctorado, le sorprendió la intervención militar de los Estados Unidos a su país y PHU adoptó una actitud cónsona con los intereses de la patria. Inició a través de la prensa norteamericana e hispanoamericana una campaña que reforzó la de su padre, Presidente de la República de jure en 1916, de su tío Federico Henríquez y Carvajal, así como de su hermano Max y de Fabio Fiallo, Tulio Cestero y demás colaboradores de primera fila. Recorrieron gran parte de América hispánica para ilustrar y convencer a gobiernos, intelectuales y pueblos de la justeza de la causa dominicana.

Al término de sus estudios, PHU volvió a México en 1921, pero ya todo había cambiado. La juventud se dispersó y los intereses eran distintos. Sin apoyo como el que tuvo en su primera estancia, era difícil sobrevivir y dejar huella de un trabajo perdurable. Obligado por las circunstancias de precariedad financiera, decidió irse a la Argentina en 1924. Consiguió trabajo de profesor en el Colegio Nacional de La Plata y luego en la Universidad de Buenos Aires, donde sus amigos y discípulos —Rafael Alberto Arrieta, Ripa Alberdi, José Ingenieros, Alfredo Palacios y otros— le abrieron las puertas para que pudiera realizar una labor similar a la que hizo en México.

La gran obra de madurez de PHU irradiará al mundo desde ese pequeño rincón del Plata: sus libros *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, *El español en Santo Domingo*, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* y *Las corrientes literarias en América hispánica*, la traducción de la tesis de Minnesota, publicada en 1933 en Madrid bajo el título de *La versificación irregular en la poesía española*, la traducción del *Curso de lingüística general*, de Saussure, que tiene su sello inconfesado, en fin, toda la labor filológica será realizada desde la sede del Instituto de Filología.

El 11 de mayo de 1946 le sorprendió la muerte por infarto al corazón en el tren que le llevaba a La Plata a cumplir con su apostolado de maestro.

FICCIÓN

En los cuentos, más que en los poemas –los cuales fueron siempre obra de juventud– es donde Pedro Henríquez Ureña exhibe sus dotes de escritor de

ficción. Es fundamentalmente en “El hombre que era perro”, en “El peso falso” y en los Cuentos de la Nana Lupe donde el autor supo siempre que estaba el valor y lo permanente. Vivió con cierta amargura, por razones de supervivencia para un extranjero con familia que mantener en México o Buenos Aires, el no poder dedicarse a tiempo completo a la obra de creación. Estos cuentos le redimen de aquellas preocupaciones, sobre todo si se toma en cuenta que la grandeza no reside únicamente en la ficción, ya que la crítica es un valor que atraviesa las épocas si se inscribe en contra de las teorías literarias que circulan, en una sociedad determinada, como verdades eternas.